

SECRETOS
EN LAS
HIGHLANDS
LEENTI CHASE

SECRETOS EN LAS HIGHLANDS

LEENI CHASE

Copyright © 2024 Aileen Chase

Primera edición: 8 de mayo de 2024

ISBN: 9798324098063

Impreso por CreateSpace Independent Publishing Platform

Edición especial para Amazon.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para mi Duque de las Highlands

Contents

Title Page	
Copyright	
Dedication	
Untitled	
ADVERTENCIA	
PRÓLOGO	
CAPÍTULO 1	
CAPÍTULO 2	
CAPÍTULO 3	
CAPÍTULO 4	
CAPÍTULO 5	
CAPÍTULO 6	
CAPÍTULO 7	
CAPÍTULO 8	
CAPÍTULO 9	
CAPÍTULO 10	
CAPÍTULO 11	
CAPÍTULO 12	
CAPÍTULO 13	
CAPÍTULO 14	
CAPÍTULO 15	
CAPÍTULO 16	
CAPÍTULO 17	
CAPÍTULO 18	
CAPÍTULO 19	
CAPÍTULO 20	
CAPÍTULO 21	
CAPÍTULO 22	
CAPÍTULO 23	
CAPÍTULO 24	
CAPÍTULO 25	
CAPÍTULO 26	
CAPÍTULO 27	
CAPÍTULO 28	
CAPÍTULO 29	
CAPÍTULO 30	
CAPÍTULO 31	
CAPÍTULO 32	
CAPÍTULO 33	
CAPÍTULO 34	

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

Untitled

ADVERTENCIA

En la novela podrás encontrar guiños muy concretos a la realidad, pero TODOS los personajes que aparecen son ficticios (o casi todos) y no pretenden en modo alguno emular ninguna relación real. Este libro se ha llevado a cabo poniendo por delante el respeto y el cariño con el único objetivo de *divertir*.

Además, esta historia no trata de una relación propiamente dicha, sino de cómo comienza una. También vais a encontrar escenas de sexo explícito.



PRÓLOGO

No puedo creer que esté haciendo esto.

Cristian se pone a vociferar tonterías mientras bromea con nuestros amigos. Se coloca la banda en la que pone feliz cumpleaños y me agarra de la mano. Le sonrío y observo mis zapatos nuevos. Son de color rojo, a juego con el vestido que me he puesto expresamente para la ocasión.

Piso una hoja seca que se ha caído de uno de los árboles del paseo de la Castellana y el ruidito llama la atención de Fani, que por alguna razón no lo soporta. Me disculpo por haberlo hecho, aunque lo que de verdad me apetece decirle es algo muy diferente. Quizá un jódete, zorra. Pero me lo guardo para mis adentros porque no quiero que las cosas se salgan de madre. Lara, mi mejor amiga, hace un gesto de desagrado sin que la vea Fani y yo me río por lo bajo.

—No sé cómo darte las gracias, cariño —me dice Cristian al oído mientras me abraza por la cintura—. Has conseguido que todos nos juntemos para celebrar mis veinticocho. Incluso Quique y Triana, que con eso de ser padres —lo codea a él, ya que está a su lado— no aparecen en ninguna quedada. Eres la mejor.

Somos un grupo bastante amplio y nos conocemos desde el colegio. Vivimos todos en la capital, pero nuestras vidas han tomado rumbos diferentes y ya no quedamos tanto como antes. Quique y Triana tienen una preciosa bebé de cinco meses. Lara, el alma de las fiestas por excelencia, tiene un trabajo en el que la explotan; aunque ella siempre saca tiempo para darse un homenaje. Pilar e Iván están en la fase *luna de miel* porque, a pesar de gustarse desde hace una cantidad de años indecente, no empezaron a salir hasta hace poco. Luego está Pablo, que vive por y para su trabajo al igual que Fati, nuestra querida diseñadora de modas marroquí que ha roto con todos los estereotipos familiares con los que ha crecido. De Fani tampoco sé mucho, salvo que trabaja en un bar y le gusta más el rabo de toro que a un extremeño. Y, por último, estamos yo y Cristian, que llevamos saliendo desde hace diez años y vivimos juntos desde hace tres.

—Ya veréis que bonito hemos dejado el local. —Lara me guiña un ojo y a Cristian se le ilumina la mirada—. Va a ser inolvidable.

Paramos en un semáforo en rojo y Cristian me pega a su cuerpo. Se acerca a mi oído.

—De eso estoy seguro, aunque lo mejor va a venir después, ¿no? —Insinúa, dejando un beso en el cuello—. Hoy estás irresistible, cariño.

Siento los ojos de Fani sobre nosotros y cuando giro el rostro para mirarla, ella se pone a hablar con Fati de su último diseño. Lara intercambia conmigo una mirada cómplice y le dedico a Cristian una sonrisa socarrona, que interpreta como una afirmación.

—Si es que mi chica sabe lo que me gusta. —Y de forma descarada, me da una cachetada en el culo.

Le he dicho millones de veces que no lo haga delante de la gente y él sigue a lo suyo. Es un cerdo.

Pablo, que nota mi incomodidad, lo reprende y en el fondo se lo agradezco. Es el más

maduro de todos nosotros con diferencia.

—Tío, córtate un poco —le dice—. Sabes que a Isi no le gusta que le hagan eso en público.

Cristian chasquea la lengua y yo pongo los ojos en blanco.

—Tío, es mi novia, sé perfectamente lo que le gusta —insta él, tomándome de la mano y enseñándole el anillo que llevo en el dedo anular—. ¿Ves esto? Significa que se va a casar conmigo, así que no te metas.

Ah, sí, es verdad. Me pidió matrimonio hace unas semanas y le dije que sí. Pablo hace una mueca con los labios y se aparta. Triana suelta a Quique y les toca el hombro a los dos.

—Que haya paz, chicos. Hoy venimos a pasárnoslo bien como en los viejos tiempos. ¿A qué sí, Isi? —Asiento, sonriendo por la sorpresa que les espera al llegar al local que he alquilado para la ocasión—. Ya sabéis, un billar, unas copas y...

—Un porrito para alegrar la noche —bromea Cristian.

Triana lo mira mal, pero que muy mal. Nuestra amiga tiene una política antidrogas muy estricta porque fue lo que desestructuró su familia cuando ella era pequeña. Así que no les pasa ni una, incluso tiene la sospecha de que Cristian ha vuelto a fumar. Quique también lo hacía, estuvo unos meses que le daba al petardeo con Cristian. Pero Triana le dio un *ultimátum* y se dejó los cigarrillos de la felicidad de inmediato.

Cuando llegamos a la calle en la que se encuentra el local, mi corazón comienza a latir con rapidez por los nervios. Lara me agarra de la mano y me la aprieta para darme ánimos. Incluso hace el amago de bromear con Fati, que la pobre está muy seria y creo saber por qué es. Tuvo una calurosa discusión con Fani por temas culturales. Fati, hace un tiempo, nos invitó a celebrar una cena de Ramadán con ella y todos aceptamos encantados. A pesar de que ella le haya dado la espalda a su familia, tiene muy presente su cultura y la respetamos... menos Fani, que tiene menos sentido de la humildad que el *Tío Gilito* y criticó cada uno de los platos que Fati preparó con dedicación para nosotros.

—Todo va a salir bien —susurra Lara cerca de mi oreja—. Confía en mí.

Los pasos retumban en mis oídos como si estuvieran marcando el tic tac de un reloj en una habitación silenciosa. Cada vez que avanzamos por la acera, siento como si el suelo se desvaneciera bajo mis pies. Triana sigue mirándome con ese gesto que me hiela la sangre, como si pudiera leer mis pensamientos más íntimos con solo mirarme fijamente y supiera que algo no va bien. Intento mantener la compostura, pero por dentro estoy hecha un manojo de nervios.

Nadie, absolutamente nadie, se espera esto.

Con las manos un poco temblorosas, saco las llaves del local y busco a tientas la correcta.

—¡Ponedle al cumpleaños el antifaz! —grita emocionada Lara, sacando de su bolso la tela opaca.

Iván es el encargado de hacerlo y Pilar lo coge para adentrarse en la penumbra. Me dirijo junto a Lara al cuadro de luces y cojo aire antes de levantar los plomos y que el local reluzca por completo. Una exclamación salta, seguida de un silencio aterrador que hace que Cristian mueva la cabeza hacia todos lados.

—¿Qué? ¿Tan impresionante es? Joder, cariño, no tenías que...

Se quita el antifaz y sus ojos se abren como platos. Se ha quedado mudo, observando las paredes empapeladas de fotos suyas y de Fani mientras lo hacen. Sí, Cristian lleva engañándose con Fani desde ha-

ce unos meses. Me enteré porque encontré debajo de la cama un charms que le regalamos a ella en su cumpleaños. Supe que era suyo porque siempre lleva la pulsera puesta y vi que ese

no lo llevaba. Solo hizo falta poner cámaras en toda la casa para confirmar mis sospechas.

—¿Qué? ¿Ahora te quedas sin habla, pedazo de mierda? —suelta Lara.

Me quedo mirándolo, con las manos entrelazadas en la espalda y una fina línea en los labios. Pablo es el primero en darle un empujón que lo manda a volar hacia un lado, pero Quique lo para. Fati coge del brazo a Fani y la pone en medio del corrillo que han formado.

—¿La estás engañando? Eres un hijo de puta y... —lo mando a callar y todos dirigen la mirada a mí, que me acerco como si Cristian fuera mi presa y yo el depredador.

Me quito el anillo delante de él y se lo tiro a la cara, dejándole una pequeña marca que cubre con su mano.

—Eres un hijo de puta, Cristian, y métete ese anillo por dónde que quepa, aunque se me ocurre un sitio en el que cabría perfectamente. —Hago una pausa y me saco del bolsillo del abrigo el charm de Fani y se lo lanzo—. Hazme el favor y la próxima vez que quieras follarte al novio, o exnovio mejor dicho, de otra, quítate la puta pulsera.

Triana estaba atónita, tanto que ni habló. En cambio, Fati sí lo hace.

—Sabía que no eres trigo limpio, Estefanía. Podemos pertenecer al mismo grupo de amigos, pero a mí no me vuelvas a hablar en tu vida —brama ella, mirándola con asco.

Chasqueo la lengua y me doy la vuelta para irme, pero antes me dirijo a ellos.

—Nunca os voy a pedir que dejéis a alguien de lado por lo que nos haya pasado —hablo claro y alto, intentando que las emociones no se desborden—. No quiero que dejéis a ninguno de lado. —Lara se pone a mi lado y me coge de la mano. Entonces, la miro y ella asiente—. Os comunico que mañana mismo Lara y yo nos iremos a Edimburgo. He aceptado la oferta de trabajo como directora comercial que me propusieron hace unas semanas.

Y me voy junto a ella sin mirar atrás porque odio que me vean llorar. No me giro cuando escucho, desde la esquina, los gritos de reproche hacia Cristian y Fani. Siento como el corazón se resquebraja con cada paso que doy y no soporto la sensación. Me vengo abajo justo en el semáforo y Lara me abraza para que lllore en su hombro. Ella acuna mi cara entre sus manos mientras sollozo como una niña pequeña y me limpia las lágrimas con las yemas de sus dedos.

Lara y yo planeamos esto desde que confirmé que era Fani con quién me engañaba. Estuve durante semanas aguantando las ganas de gritarle a la cara lo desvergonzado que era, pero mi sed de venganza me pudo y seguí con él hasta hoy. Y ha valido la pena cada segundo.

—Ya está, ¿vale? Cristian no se merece ni una de las lágrimas que estás derramando por él, Isi. Se acabó, has aguantado como una guerrera y le has dado donde más le duele. Es momento de que comiences una nueva vida, lejos de ese tunante.

Asiento sin poder articular una palabra y una sonrisa sube por las comisuras de mis labios.

—¿Acabas de llamarlo tunante? —le pregunto más calmada, hipando todavía.

Ella echa la cabeza hacia atrás y se carcajea.

—Me parezco a tu madre, que, por cierto, no ha salido a cortarle la *cuca* de milagro. ¡Qué carácter tiene la mujer!

Río con ella y echamos a andar hacia casa de mi madre. Desconecto el móvil en el camino y dejo que el viento acaricie mi rostro, llevándose consigo las últimas lágrimas de una historia que se desvanece en el horizonte.

Mis pensamientos son un torbellino mientras camino junto a mi mejor amiga. Cristian ha sido una constante en mi vida durante demasiado tiempo, pero ahora es el momento de dejarlo atrás. Aunque mi corazón aún siente la punzada del dolor, sé que esta decisión es lo mejor para mí. No puedo permitir que alguien que no valora mi amor siga ocupando espacio en mi vida.

El aire fresco de la tarde me envuelve, y por un instante, siento como si un peso se hubiera levantado de mis hombros. Pero aún así, hay una sensación de vacío, como si una parte de mí estuviera faltando. Es difícil dejar atrás lo que alguna vez fue una promesa de amor y felicidad, pero sé que debo hacerlo.

Al llegar a casa de mi madre, el bullicio familiar me da la bienvenida. Me sumerjo en el calor de las risas y los abrazos, intentando ahogar cualquier pensamiento que me lleve de vuelta a Cristian. Pero incluso entre las risas y las bromas, hay un hueco en mi pecho que parece imposible de llenar.

Mi padre está decidido a ir tras él con la escopeta de caza en mano, pero mamá lo calma diciéndole que yo ya le he dado su merecido.

Me siento en el sofá, observando a mi madre preparar la cena. Su fortaleza es un recordatorio constante de lo que soy capaz de lograr, incluso en los momentos más difíciles. Pero por ahora, solo puedo esperar que el futuro que me espera en Edimburgo sea más brillante que el presente que estoy dejando atrás.

Mi amiga me ofrece una taza de té, y mientras el aroma llena mis sentidos, siento un destello de esperanza. Tal vez, solo tal vez, este nuevo

comienzo sea exactamente lo que necesito para sanar mi corazón.

Todo empezó como una broma. Lara y yo echamos el *currículum* en una empresa extranjera de Escocia porque en Madrid no encontrábamos nada de nuestro sector. O bien necesitabas entre cinco y ocho años de experiencia, o bien trabajabas en precariedad. Este segundo caso es el nuestro. Muchas horas, una paga que no nos da ni para vivir solas y un jefe al que no soportamos. Así que cuando nos llamaron e hicimos la entrevista en la sucursal de Madrid y nos dijeron a los pocos días que estábamos dentro, sentimos una mezcla de emoción y sorpresa. ¿Nos íbamos a Escocia? Parecía una locura, pero también una oportunidad que no podíamos dejar pasar.

Nos pusimos manos a la obra, preparando todo para la mudanza mientras planeábamos cómo hacer que Cristian y Fani lo pasaran un poquito mal al descubrirlos.

Con cada sorbo, me lleno de determinación. Ya no seré prisionera del pasado, ni de los amores que no me valoran como merezco. *Se acabaron los hombres por una larga temporada.*

Mientras la noche cae y el aroma del té se mezcla con el amor de mi familia, me permito soñar con un futuro en el que finalmente encuentre la felicidad que tanto anhelo. No será fácil, pero estoy lista para enfrentar cualquier desafío que se interponga en mi camino. Porque hoy, más que nunca, sé que merezco algo mejor que lo que dejé atrás. Y en Edimburgo, estoy decidida a encontrarlo.



CAPÍTULO 1

Los pasos acelerados de Lara y el ruido que hace la puerta de mi habitación al abrirse ferozmente me hacen saber que está cabreada; y Lara enfadada parece un maldito Gremlin empapado.

—O sales de debajo de las sábanas o te juro que te saco yo a rastras —exclama, dando un golpe al suelo con el pie.

Me destapo la cara y la observo de arriba abajo. Sorbo por la nariz, porque me he pegado una panzada a llorar desde que he llegado del trabajo, y me vuelvo a tapar.

—Déjame —le digo.

Lara chilla de la frustración y se acerca a mí. Agarra las sábanas con las manos y tira de ellas hasta destaparme por completo. El frío me enmudece y tiemblo, intentando, sin éxito, volver a taparme.

—Te lo he avisado. —Con una fuerza descomunal, hace las sábanas una bola y las tira al suelo—. Te lo voy a decir de la manera más tranquila posible —sonríe con inocencia—. Sal de la puta cama. Ahora.

Lo dice de una manera tan terroríficamente serena que me muevo de forma automática. Pongo los pies en el suelo y un escalofrío me recorre el cuerpo. Joder, que frío hace. Aunque, claro, fuera hacen como menos cuatro grados.

Dirijo la mirada a la ventana y observo que se ha hecho de noche. Hago una mueca con los labios y me pongo el batín que mi madre me ha echado a escondidas en la maleta, que ya decía yo que pesaba más de lo que me acordaba.

Me levanto y me rasco los ojos con la manga.

Lara se acerca al armario y empieza a sacar ropa, dejándola tirada en la cama.

—¿Qué haces? —le pregunto, frunciendo el ceño.

Me agacho cuando veo un pantalón volar en mi dirección. Está tan ensimismada, con la cabeza y medio cuerpo metido en el armario, que no se da cuenta ni a dónde está apuntando.

—Tú esta noche te vienes conmigo. Vamos a ver el festival de Samhuinn —no entiendo cómo ha podido pronunciarlo— y me importan tres pitos lo que digas. Te vienes y punto en boca, hombre ya.

Parpadeo y doy un paso hacia atrás.

—¿Vas a llevarme a que me hagan un exorcismo o qué?

Lara me mira con una ceja enarcada, escéptica como es ella sola, en mi dirección y me arrastra hasta el baño del apartamento. Gira el grifo del agua y esta comienza a caer en cascada desde arriba. Mi amiga se cruza de brazos y repiquetea el suelo con el pie impaciente.

—¿Te metes con o sin ropa?

Levanto las manos en señal de derrota y me desabrocho el lazo del batín. Sé que es capaz de lanzarme dentro de la ducha con ropa incluida, no sería la primera vez que lo hace.

—¿Te vas a quedar para ver si me limpio bien la huha? —inquiero en su dirección.

Y es la primera vez desde que llegué a Edimburgo que me echo a reír junto a Lara. La huha es la forma en la que llamamos a la vagina, mi madre siempre lo ha dicho de esa manera y ya se sabe que se pega todo menos la hermosura.

—Te espero fuera, ponte lo que tienes ahí —señala la taza del inodoro.

Lara sale del baño y me deja sola. Saco del bolsillo del batín, antes de quitármelo, el móvil y lo dejo encima del lavamanos, junto al jabón. Me deshago de la ropa y dejo que el agua caliente me quite los nudos de los hombros.

Cierro los ojos mientras me enjabono el pelo con el champú que mi amiga se ha traído de España. Huele a melocotón y deja el cabello muy suave. Pero cuando estoy masajeando mi cabeza con las yemas de los dedos, la imagen que captó las cámaras que puse en el comedor de casa me atormenta. Recordar como Fani y Cristian retozaban en mi sofá hace que se me hiciera un nudo en el estómago.

Creía que sería más fácil, pensé que venirme aquí haría que me olvidara antes de él; pero han sido diez años de mi vida junto a Cristian y se me está haciendo más duro de lo que pude imaginar en un primer momento.

La rabia ha dejado paso a la tristeza, esa que viene cada vez que vuelvo del trabajo y que no me deja disfrutar de mi sueño. Joder, estoy en Edimburgo trabajando con mi mejor amiga de lo mío, siendo directora de comercio en una empresa que tiene sede en España, Escocia, Irlanda y Alemania, cobrando un salario más que perfecto y no puedo disfrutarlo porque al gilipollas de mi exnovio le dio por tirarse a la que era mi amiga.

Chapoteo con el pie de la rabia y respiro para que las lágrimas no salgan disparadas de mis ojos. ¡Qué impotencia, Señor! ¡Maldito Cristian!

Salgo de la ducha y me enrolló en la toalla que Lara me ha dejado al lado de la suya, es de color crema y muy suave. Creo que es el juego que le compró su madre cuando le dijo que se venía a vivir aquí por trabajo.

Me seco y cojo el teléfono móvil cuando veo que la pantalla brilla. Es Fati, ha mandado un mensaje al grupo que tenemos sin Cristian y Fani, decisión que tomaron ellos después de lo que vieron.

Fati: ¡Chicas! ¿Cómo os va por Escocia? ¿Hace tanto frío como dicen por la tele?

Fati es de esas personas a las que no vas a escucharla decir una palabra fea en la vida. Es la educación personificada, incluso nos tejió dos jerséis en apenas unos días y nos lo mandó para que estuviéramos calentitas.

Lara: ¿Frío? No, que va, solo parezco Rodolfo el reno.

Me río por lo bajo y niego. Entonces, tecleo con rapidez.

Isabel: No le hagas caso, Fati. Tampoco hace tanto frío. Solo estamos a... ¿menos cuatro grados?

De repente, todos comienzan a dejar mensajes alegrándose de que por fin dé señales de vida. Pero es el mensaje de Triana, con Quique cantando la canción de La Vaca Lola a Mireia, su bebé, de fondo, que me hace replantearme mi situación de reclusión máxima post-ruptura.

—”Te juro que pensábamos que te había dado algo, Isi. Incluso llamábamos a tu madre para saber de ti porque no nos decías ni mu. Es... ¿qué? Oh, sí, cielo —pone la voz aguda—. La vaca Lola, la vaca Lola, tiene cabeza y tiene cola —canta y escucho a Lara reírse—. A lo que

iba, ¿estás bien?”

Todavía no me atrevo a mandarles un audio porque tema resquebrajarse en cualquier momento.

Isabel: Sí, no os preocupéis. Ya estoy mucho mejor, siento haberos preocupado.

Me visto con lo que Lara me ha dejado en el inodoro y estoy a punto de caerme al escuchar como da un golpe en la puerta. Maldigo por lo bajo y me subo el pantalón, que no podía haber elegido otro que el de cuero junto a un jersey en tono crudo oversize.

—Date prisa o no llegamos —insta detrás de la puerta.

—¿Quieres darme tiempo? —exclamo, poniendo los ojos en blanco.

Cojo el secador del cajón y lo enciendo. Me seco el pelo boca abajo y termino en un periquete. Cuando salgo, Lara ya tiene preparado mi abrigo y las botas altas blancas con un poco de tacón. Dando saltitos, me las pongo y salimos de nuestro apartamento para dirigirnos al centro de la ciudad.

El ambiente de Edimburgo está cargado de una energía única en esta noche de Samhuinn. Las calles empedradas están iluminadas por las tenues luces de las farolas y las hogueras que arden en las plazas principales. El aire fresco de otoño me acaricia el rostro mientras caminamos entre la multitud que se congrega para celebrar el festival.

Las personas pasean disfrazadas con trajes extravagantes, algunos luciendo máscaras de animales o criaturas fantásticas. El olor a comida callejera se mezcla con el aroma a incienso, ¡vaya colocón!

En las plazas, grupos de artistas y músicos improvisan espectáculos para entretener a la multitud, mientras que en los rincones más oscuros se reúnen los narradores de historias para compartir relatos de fantasmas y misterios que hacen estremecer la piel.

Por un momento, lo olvido todo y disfruto. Lara y yo nos sacamos fotos y se las mandamos a nuestra familia y amigos, que se quedan boquiabiertos al ver el espectáculo. Pero mi amiga decide que la noche no ha acabado y me mete dentro del Lochside Tavern, una taberna en la que parece que hay un campeonato de dardos.

Nos acercamos a la barra y pedimos dos cervezas escocesas.

—¡Salud! —choca su jarra de cerveza con la mía, luego da un pequeño golpe en la barra y se la lleva a los labios. La imito y me bebo casi la mitad de un trago—. ¡Eso, eso, hasta el fondo! —exclama entre risas.

No suelo beber cerveza, pero siempre he querido probar la de aquí. Una vez hecho, y una cosa más tachada de la lista de qué hacer en Escocia para olvidar al cabrón de mi ex, dejo la cerveza a un lado y llamo al camarero que está detrás de la barra para que se acerque. Me inclino hacia él y le pido mi bebida favorita.

—Malibú con piña —exclamo entre el jaleo, pero al ver que pone cara de póker, se lo repito en inglés—. Malibú and pineapple —pero sigue sin entenderme—. Joder, ¿alguien sabe cómo se dice malibú con piña en escocés a ver si así me entiende?

Lara se echa a reír y su risa llama la atención de grupo de hombres que está en medio de un campeonato de dardos.

—Creo que no tienen de eso.

—¿No me digas? No me había dado cuenta —utilizo mi sentido del sarcasmo—. Pues ponme algo de alcohol: un gin-tonic, un ron-cola, un pacharán... ¡Pero ponme algo ya!

El camarero me sonrío de la manera más socarrona posible y coje una botella de Whisky escocés. Levanto el chupito y me lo bebo de un trago sin pensármelo dos veces. El alcohol quema mi garganta, y es tan fuerte que comienzo a toser.

Lara me da unos golpes en la espalda y abre los ojos con desconcierto.

—¿El plan ahora es emborracharse para olvidarte de tus penas?

Niego y me levanto del taburete. Nunca me han gustado esos asientos, me parecen incómodos a rabiar.

—El plan es olvidar como Fani y Cristian se lo montaban en el sofá de casa. —Un escalofrío me recorre el cuerpo y hago cara de asco—. Es que si tengo que emborracharme para olvidarlo, lo voy a hacer.

—Pero si tú no te has emborrachado ni con el calimocho de las fiestas del pueblo — bromea—. Anda, anda, deja ya de beber.

Le pido al camarero otro y él rellena el vaso de chupito.

—Y a esta le pones otro —le digo.

El chico, que salta de la impresión al escuchar los gritos de los que están en el torneo, pone encima de la barra otro vaso y lo llena hasta arriba.

—Por nosotras —murmura Lara.

Levanto el chupito y tuerzo el gesto.

—Porque a Cristian le salga un herpes genital —brindo con ella y me lo bebo de a una—. Pero pequeñito, que no le deseo el mal.

Lara se echa a reír y niega.

—Solo le deseas un susto, ¿no?

—Más que un susto —me encojo de hombros—, un castigo por ser infiel y tirarse a otra en nuestra propia casa.

Mi amiga pone los ojos en blanco y se apoya en la barra. Se echa el pelo para atrás y resopla.

—Triana me ha contado que Fani se ha instalado en el piso —enarco una ceja en su dirección y trago saliva con dureza. No te duele, no te duele; hago el amago de convencerme de ello—. ¿Cómo ha podido ser tan imbécil? Es que todavía no entiendo cómo ha podido engañarte.

Yo tampoco me lo explico, aún sigo pensando en ello y en la posibilidad de que en algún momento Cristian aparezca por la puerta y grite a los cuatro vientos que me ama y que está muy arrepentido. Pero conforme pasan los días, esa posibilidad se desvanece y el vacío de mi interior se amplía.

—No lo sé, quizá fue la monotonía —intento buscar una respuesta, pero acabo suspirando—. Creía que era feliz, ¿sabes? Que yo lo hacía feliz, pero me he dado cuenta de que no es así.

Lara pone su mano sobre la mía y la aprieta. En su rostro se planta una sonrisa cerrada de ánimo.

—No te preocupes, Isi. Si Cristian ha hecho eso es porque no te merece. —Se escuchan los gritos de los jugadores de dardos y nos tenemos que tapar los oídos. Hay un corrillo de gente alrededor que vitorea al que acaba de lanzar, pero no logro verlo por la cantidad de gente que se ha aglomerado allí—. Tú te mereces algo mejor, no puedes parar tu vida por él. Ni por él ni por nadie, entiéndeme. ¿Y si Cristian es tu chico de paso?

Barajeo esa posibilidad y repiqueteo la barra con los dedos, caigo en que pronto tengo que hacerme la manicura.

—A Triana se le escapó que Cristian me había pedido matrimonio porque Quique le insistió, que no fue algo voluntario, por así decirlo.

A Lara se le abre la boca de la sorpresa y cachetea mi pierna.

—¡Eso no me lo habías contado! ¡Qué cabrón!

Asiento y busco con la mirada el baño. Lo encuentro al otro lado de la taberna. No estoy acostumbrada a beber y lo poco que ingiero de alcohol, tiene la necesidad de salir al poco tiempo. En eso me parezco a mi madre.

—Voy al baño, ¿vale? Ahora vengo.

Lara asiente y me dirijo al aseo a paso apresurado. Cuando llevo, entro en uno y hago pis. Al salir, me lavo las manos y, después de secarlas con papel, saco el móvil del bolso y me apoyo en el lavamanos. Necesito un minuto antes de volver. Pero mi piel empalidece al ver un mensaje de Cristian.



CAPÍTULO 2

Cristian: Isi, por favor, tenemos que hablar de lo que ha ocurrido. Llámame, por favor.

Me muerdo el labio inferior y me limpio con rapidez una lágrima que cae por mi mejilla. Estoy harta de llorar por él. Llevo una semana en Edimburgo, sin responderle a ninguno de sus mensajes, pero creo que es hora de hacerlo y ser sincera con él.

Tomo aire mientras que otra chica entra al baño, porque hay varios cubículos, y tecleo.

Isabel: Hola Cristian, pensaba que suponías por lo que había pasado que no quería hablar contigo, pero veo que no. Te lo voy a dejar claro, no quiero hablar contigo. Me siento muy dolida por lo que has hecho y solo quiero olvidar. No sé tus motivos y, hoy por hoy, tampoco quiero saberlos. Te pido tiempo para procesar lo que ha pasado y, cuando me encuentre mejor, hablaremos. Pero, hasta entonces, te pido espacio.

Cuando lo lee, no responde y se lo agradezco en mi interior. Guardo el móvil en el bolso y me miro en el espejo. Tengo los ojos un poco rojos por la llorera de una semana entera, pero tomo aire y me recompongo. Me retoco el labial rojo y salgo.

Intento encontrar a Lara entre el gentío y lo hago, pero está con un hombre. Cuando me ve, me hace señas con la mano para que vaya con ella y por su cara deduzco que le ha gustado. Aunque como para no hacerlo... está cañón.

Antes de ir, le pido al camarero una cerveza y la pago. Me dirijo a donde está, pero, por algún motivo que desconozco, la gente a mi alrededor comienza a empujarse. Esquivo los que puedo, pero acabo en el suelo al chocar con el torso de alguien que parece una maldita pared. La copa se desparrama a un lado y yo me levanto a toda prisa de la misma vergüenza. Me sacudo el pantalón mientras maldigo por lo bajo al culpable de que mi cerveza se haya derramado.

—¿Estás bien? —Es un hombre y tiene la voz más sexy que he escuchado en mi maldita vida—. Perdona, me han empujado y no he podido esquivarte.

Levanto la mirada y me quedo atontada. Delante de mí tengo al hombre más atractivo que he visto en mis veintiséis años de vida. Es un espectáculo de masculinidad en cada uno de sus gestos. Su presencia irradia confianza y seguridad, como si estuviera acostumbrado a ser el centro de atención donde quiera que vaya. Los rasgos de su rostro, perfectamente esculpidos, le confieren una apariencia casi divina, como si hubiera sido moldeado por los mismos dioses.

Sus ojos marrones parecen tener la capacidad de penetrar en el alma de quien los mira, profundos y enigmáticos. Cada vez que se mueve, su cabello ondulado y castaño parece bailar. Su estatura imponente le otorga una presencia dominante, pero no intimidante.

El hombre lleva puesto un sencillo pantalón vaquero y un jersey blanco, pero incluso en esa aparente simplicidad, su elegancia y buen gusto son evidentes. Cada prenda parece estar diseñada a medida para él, realzando sus atributos físicos de manera sutil pero efectiva.

Y yo me he quedado mirándolo fijamente a tal nivel que el pobre está pasando la mano por delante de mi cara.

—¿Estás bien? ¿Hola? —pregunta con cierta preocupación.

Parpadeo y alejo sus manos de mi cara.

—Estoy bien, estoy bien —murmuro en un inglés perfecto, consecuencia de años teniendo un profesor nativo.

—Pensaba que te habías quedado... —se calla, rascándose la nuca—. Vaya, te he tirado la cerveza.

Observo la jarra en el suelo y el líquido por todas partes. Me encojo de hombros y veo a Lara y a su acompañante acercarse. Al parecer, el desconocido que me ha tirado al suelo con su pecho de acero a lo Iron Man es amigo del acompañante de Lara.

—Tío, vaya golpe le has dado a la pobre —le palmea la espalda y dirige su mirada a mí. Extiende su mano y la estrecho—. Soy Blair, encantado, y este de aquí es...

—Alastair —respondió él, interrumpiéndolo y estrechando mi mano con la suya.

Umm, que calentita que la tiene, pienso.

—Siento muchísimo haberte empujado, he salido de allí —hace un ademán con la cabeza de la zona de los dardos— porque ha acabado la partida y se han lanzado todos a por la diana.

—Pues sí que os gusta aquí jugar —comenta Lara—. ¿Y quién ha ganado?

Blair mira a Alastair con sorna y le pasa un brazo por los hombros.

—Tenéis delante de vosotras al ganador —hace un gesto hacia Alastair y Lara y yo nos miramos. El pobre se rasca la nuca y desvía la mirada a otro lado, ¡qué mono!

—Que guay, a mí me gustaría aprender, pero no sé si seré yo muy buena —hago una mueca con los labios y oteo una de las dianas.

Lara me codea las costillas a modo de broma y se echa a reír.

—Estoy segura de que si te imaginas la cara de tu ex, aciertas en medio —bromea ella.

Pongo los ojos en blanco y no puedo evitar sonreír.

Alastair y Blair comparten una mirada cómplice y el segundo se dirige a nosotras.

—Entonces, ¿tú tampoco tienes novio? —me pregunta.

Niego y me abrazo, como si eso me consolara.

—No, no tengo. —Mi voz sale en un hilo, pero suficiente para que Blair le pegue un empujón a Alastair—. ¿Y por qué no la invitas a una copa? Ya que se la has tirado...

Alastair me mira y me encojo de hombros. No me viene mal una cervecita, que precisamente barata no es. Se acerca a mí y se mete las manos en los bolsillos.

—Quizá también pueda enseñarte a jugar —se acerca a la barra y le pide un bote al camarero en el que hay unos cuantos dardos—. ¿Qué te parece? —Me los enseña.

Agarro uno y lo muevo entre mis dedos. Quizá divertirme un poco no me viene mal, y parece simpático. Así que asiento y le devuelvo el dardo.

—Solo si me invitas también a una cerveza —digo, guiñándole el ojo.



La luz de un nuevo día entra por la ventana y azota mi rostro, provocando que frunza el ceño y me eche la almohada, con una fragancia masculina que me resulta familiar, sobre la cabeza.

Me giro y observo a la persona que se encuentra a mi lado durmiendo la mona. Abro los ojos como platos y levanto a malas penas la sábana que cubre nuestros cuerpos.

—Esto no puede estar pasando —susurro mientras vuelvo a mirar bajo la sábana por si mi vista me ha jugado una mala pasada. Pero no, no lo ha hecho; y es que me encuentro desnuda al lado de Alastair—. No me jodas, no me jodas...

Repto para intentar buscar las bragas, o algo que me cubra para salir pitando de aquí antes de que mi amiguito de juerga se despierte. Las encuentro después de un buen rato en la lamparilla y no en el suelo. Estiro la pierna y cojo el sujetador y el jersey con el pie. Me los pongo a toda prisa y salgo de la cama con cuidado de no despertar a Alastair.

Me tropiezo con todo lo que se pone en mi camino, pero consigo salir de la habitación sin que se despierte. Un dolor horrible se instala en mi cabeza y comienzo a recordar vagamente qué ocurrió ayer.

Llamadme rara, pero no estaba en mis planes tirarme a un tío. A ver, no es que no me lo haya pasado bien, o eso creo porque apenas tengo recuerdos nítidos. Pero mi idea es estar sola. SOLA.

Que si chupito para aquí, que si chupito para allá, que si una miradita, un roce... ¡Maldito escocés! No puedo, ni quiero, permitirme eso porque solo me traerá dolores de cabeza. Se acabaron los hombres y los dramas en mi vida.

Salgo de mi habitación con pasos suaves, casi como si temiera perturbar la paz que envuelve el espectacular pasillo del hotel. Con cada paso, mis ojos se deleitan con la elegancia y la sofisticación que lo envuelve todo. El ambiente es sereno y refinado, como si cada detalle hubiera sido cuidadosamente seleccionado para crear una experiencia inolvidable para los huéspedes.

Al descender por el ascensor y adentrarme en la recepción, me quedo maravillada por la visión que se despliega ante mí. El diseño del lugar sigue un estilo minimalista y sobrio, pero al mismo tiempo exuda una sensación de lujo y exclusividad. Una enorme mesa de madera oscura se erige majestuosa, alcanzando casi el suelo, con líneas limpias y elegantes. En el centro, un panel de cristal opaco, iluminado desde dentro, agrega un toque contemporáneo y sofisticado.

Un exquisito florero, repleto de dalias en tonos rosados, adorna la recepción con su belleza natural, aportando un toque de frescura y vitalidad al ambiente cuidadosamente planeado.

Dos mesitas a juego con la mesa principal, cada una adornada con una lámpara elegante, flanquean el espacio, añadiendo un equilibrio perfecto a la composición. La luz tenue que emana de las lámparas crea una atmósfera cálida y acogedora, invitando a los huéspedes a relajarse y dejarse llevar por la elegancia del entorno.

Sin embargo, lo que más llama mi atención es la presencia de una multitud de fotógrafos congregados fuera del hotel. A pesar de que los cristales parecen ser bastante oscuros, los flashes de las cámaras estallan intermitentemente.

Me acerco a la recepcionista y me rasco la nuca. ¿Qué le iba a decir? ¿Qué anoche llegué tan pedo que no me acuerdo de si pagué la habitación?

—Disculpe, quería saber si la habitación en la que me he alojado se encuentra pagada —murmuro con la voz ronca.

La recepcionista, que es bastante joven, me mira y sonríe sin enseñar los dientes.

—¿Me dice el número de habitación, por favor?

—El 298 —respondo.

La chica teclea en el ordenador.

—En efecto, se encuentra pagada. ¿Necesita algo más?

Niego y salgo pitando calle abajo con el GPS puesto para encontrar mi casa. Resoplo y comienzo a caminar y rezando en mi interior para que Lara pueda darme una explicación de lo

que pasó. Porque, claro, ¿qué podía salir mal anoche? Está claro: acostarme con un desconocido, que tiene un trabuco enorme, y acabar pegándome una maratón con tacones porque el hotel está a cuarenta minutos de mi casa. Aunque, claro, estaba decidida a no estar con más hombres por una larga temporada y he acabado con un escocés en la cama. Ahora tengo que mantener mi palabra.

Nada de hombres por una larga temporada, esto ha sido una excepción a la regla, el último adiós.



CAPÍTULO 3

ALASTAIR

Un año después.

Es la última vez que le cojo una llamada, me tiene hartó. Mi madre no para de insistir en que me case con Ava, que ella es quien me conviene. ¿Cómo diablos me voy a casar con una mujer a la que no conozco de nada y con la que he salido en varias ocasiones por compromiso? Estoy jodido, muy jodido.

—¿Tu madre otra vez? —me pregunta Blair desde el sillón.

Me doy la vuelta y lo veo lanzar una pelota al aire. La recoge y vuelve a repetir el gesto.

—Sí, se ha empeñado en que me case con Ava.

Recoge con las manos una última vez la pelota y me mira con reproche. Blair está tan hartó, más incluso, como yo de la situación en la que me he metido por imbécil.

—No soporto a esa tía, te lo digo en serio, Alastair. —Blair se levanta y da dos pasos hacia mí—. ¿Cómo cediste a quedar con ella? ¿Cómo pudiste ser tan estúpido? Estás de mierda hasta el cuello.

Eso es quedarse corto. Mi madre lleva años insistiendo en que encuentre a una mujer con la que casarme porque tengo que tener un heredero a quien pasarle el título, pero me niego a hacerlo por conveniencia.

—Necesito salir un poco, me estoy ahogando —murmuré, resoplando.

Blair me palmeó la espalda y me hace un ademán con la cabeza para que lo siguiera hasta fuera, al “jardín”. Se puso a mi lado para bajar las escaleras.

—No te imagino casándote y mucho menos con Ava —hace una mueca de asco—. ¿Por qué no nos vamos a Edimburgo unos días? —me propuso—. Hace más de un año que no lo pisas.

Es verdad. He estado tan sumido en mis quehaceres, de un lado para otro, batallando con mi madre y su idea de un matrimonio de conveniencia, que llevo sin divertirme por más de un año.

Blair se acercó a mí para que nadie lo escuchara, mi casa tenía muchos oídos.

—Además, te lo pasaste muy bien la última vez que estuvimos allí —me codea y me guiña un ojo.

Chisto para que se calle cuando Sean pasa por nuestro lado. Nos saluda con solemnidad y sigue su camino.

—¿Quieres no hablar de esas cosas aquí? —Me paso la manos por el pelo y Athol nos abre la puerta.

Me subo al coche y Blair se pone de copiloto. Se abrocha el cinturón y enciende la radio.

—Lo que no me creo es que no te hayas puesto en contacto con ella desde hace más de un año. ¿Cómo se llamaba? —Se quedó pensando.

Suspiré y las comisuras de mis labios se elevaron una sonrisa al recordarla.

—Isabel —murmuré, metiendo la llave en el contacto y saliendo de la finca—. Se llamaba Isabel.

Blair dio una palmada al aire.

—¡Eso, Isabel! —exclamó—. Madre mía el pedo que llevábais los dos esa noche, no sé ni cómo llegasteis al hotel.

Ruedo los ojos y me centro en la carretera.

—No me acuerdo mucho, la verdad. —Y no miento, los recuerdos no son demasiado nítidos.

—Solo te acuerdas de que te la tiraste —insta Blair con sorna—. Yo sí me acuerdo de la noche que pasé con Lara —bufa—. ¡Qué mujer!

Me carcajeo y los pocos recuerdos que tengo de aquello regresan a mi mente.

»Se echa el pelo para atrás y el aroma de su perfume me embriaga.

—¿Estás seguro de que tengo que lanzar con fuerza? A ver si va a pasar alguien y se lo clavo —dice y estallo en carcajadas.

A estas alturas de la noche, voy un poco achispado y ella también. Así que solo sabemos decir tonterías y coquetear el uno con el otro.

Me pongo detrás de ella, la tomo de la cintura y hago que se gire un poco para posicionarse bien. Nuestras miradas se encuentran cuando Isabel gira el rostro, parece que está algo sonrojada. Agarro su mano, hago que retroceda y, impartiendo algo de fuerza, hago que lance el dardo contra la diana. Da en el blanco y comienza a saltar junto a Lara, que ha estado muy cariñosa con Blair.

—Lo he hecho, lo he hecho —exclama.

Sonrío y me termino la cerveza que mi amigo me está sujetando, dejándola en la barra. Cuando vuelvo, todavía siguen celebrándolo. Me acerco a ellas dos e Isabel me da un beso en la mejilla, alzándose en las puntillas. Luego me da otro, y otro.

—¡Ay, qué bonito que eres, jodio! —dice, pero no la entiendo muy bien—. Por un momento me he imaginado la cara de Cristian, que subidón.

—¿Cristian? ¿Quién es Cristian? —inquiere Blair, pero por la cara que pone Isabel sé que no ha sido la mejor pregunta.

—Es el hijo de puta del ex de esta —señala a Isabel mientras se bebe de un trago lo que le queda en la jarra.

La campana suena y los camareros nos reparten a todos un chupito, es la hora del chupito gratis. A los cinco minutos, vuelve a sonar y la taberna se queda en absoluto silencio mientras nos empinamos la bebida. Solo se oye Paranoid de Black Sabbath. Al acabar, se escuchan gritos y Lara e Isabel se ríen. Con cada copa que se beben, más se emborrachan.

Entonces, Isabel se pasa una mano por el pelo y coge un dardo. Apunto y dispara, pero no logra llegar al blanco. Veo como su mano tiembla levemente y me acerco a ella con otro venablo.

—No sé qué diantres te ha pasado con ese chico, pero enfoca toda tu rabia en acertar —le susurro.

La posiciono y voy bajando mis manos por sus brazos, acariciándola. Siento como Isabel se agita ante mi tacto y como si respiración se entrecorta. Se relame los labios y me parece el gesto más sensual del mundo. Tira el aire por la boca y lanza, provocando que sonría de satisfacción cuando da justo en medio.

Se da la vuelta y levanta el puño en señal de victoria. La aplaudo y nos abrazamos en un gesto de cariño, como si nos conociéramos de toda la vida. Pero es cuando nos separamos que mi rostro queda a solo centímetros del suyo. Mi mirada viaja de sus ojos, de un precioso tono verde, a sus labios. Y ella se muerde el labio inferior, coqueta.

Me está dando cancha, lo está haciendo.

—Tienes unos ojos muy bonitos —susurro.

Isabel sonríe y sus mejillas se tiñen de un ligero rubor ante mi cumplido. Sus ojos brillan mientras me sostiene la mirada.

—Gracias, Alastair. Tú también tienes unos ojos increíbles —responde con voz suave, apenas un susurro cargado de complicidad.

No suelo ser de los hombres que se dejan llevar, pero Isabel... Isabel es puro magnetismo. La atmósfera entre los dos se vuelve más íntima, como si estuviéramos conectados por un hilo invisible que nos acerca cada vez más. Quizá fuera el alcohol, pero siento la urgencia de acercarme aún más a ella, de sentir sus labios contra los míos. Sin pensarlo dos veces, me inclino lentamente hacia ella, con el corazón latiendo con fuerza en el pecho.

Isabel inhala profundamente, anticipando lo que está por venir. Puede sentir mi aliento cálido rozando su piel, enviando escalofríos por todo su cuerpo, los siento. Cierra los ojos instintivamente, dejándose llevar por el momento, por la electricidad que fluye entre nosotros.

Y entonces, finalmente, nuestros labios se encuentran en un beso apasionado que desencadena una oleada de emociones que nos envuelve por completo.

Y de ahí solo recuerdo seguir besándola durante toda la noche hasta acabar, con un par de copas más en el cuerpo, en el hotel y hacerla mía salvajemente; porque si algo tengo claro es que Isabel es dinamita.

—Qué pena que fueran extranjeras. Me hubiera encantado conocer más a Lara, parecía buena chica.

Asiento y vuelvo en mí.

—Sí, la verdad es que parecían muy buenas chicas. Fue una noche divertida —siseo—. Pero siquiera tuve tiempo de pedirle el teléfono o despedirme de ella. —Tuerzo el gesto y a lo lejos veo Edimburgo. Acelero y entro en la ciudad—. Se fue antes de que despertara.

Aparco y nos bajamos. Hoy el día está soleado, de los pocos que se logra atisbar en Escocia, aunque todavía hay rescoldos del verano. Estamos a principios de noviembre, mi época favorita para visitar la ciudad porque hay muchísimo ambiente por las calles gracias a la noche de Guy Fawkes, en la que conmemora la fallida Conspiración de la pólvora de 1605 con hogueras y fuegos artificiales.

Me gusta porque no soy el maldito centro de atención. La gente está demasiado distraída como para

Blair y yo andamos hasta el Museo Anatómico y nos pedimos de un puestecillo callejero una mars frita, una bomba calórica que está de vicio y que no probaba desde que era un crío.

La disfruto mientras respiro con tranquilidad. Pero una risa armoniosa y dulce hace que me gire de inmediato.

—Tío, ¿qué pasa? ¿No serán los paparazzi? —pregunta Blair—. O pero aún, no será tu madre.

Pero no le respondo, pues vuelvo a oír su risa. Niego y la comienzo a buscar por todos lados. Reconocería su voz en cualquier lugar. Y como si el destino la hubiera querido poner en mi camino una vez más, la veo a unos metros de mí cuando un grupo de personas se disipa para entrar al Museo.

Su cabello rubio, con mechas doradas bañadas por el sol, deslumbra y ondea con la ligera brisa. Lo tiene más largo de lo que recuerdo, aunque la última vez que la vi fue hace más de un año. Parece que está un poco más delgada y definida, como si hiciera deporte. Sus largas piernas están cubiertas por un vaquero que realza su trasero. Lleva tacones rojos y un abrigo corto del mismo color. En su cabeza hay unas gafas, también rojas. Sonreí al darme cuenta que ese es su color favorito, no me cabía duda.

Estaba deslumbrante, sonriendo y riendo de espaldas a mí.

—Alastair, ¿esa no es...? —se queda a medio preguntar Blair.

—Sí —mi voz suena en un hilo—. Es ella, es...

Pero cuando se gira un poco, veo que el causante de su sonrisa es un bebé. Me quedo petrificado en mi sitio. El bebé no parece tener más de cuatro meses y se ríe con las carantoñas que ella le hace.

¿Y si...? Intento hacer memoria de si aquella noche utilicé protección, pero iba tan borracho que no me acuerdo; aunque supongo que no.

—Dime que te pusiste el puto gorrito —murmura Blair, mirándome con los ojos muy abiertos. Me agarra de la chaqueta y me acerca a él—. Dime que te pusiste el puto condón porque ese bebé no tiene más de tres o cuatro meses y las cuentas me salen perfectamente.

No puede ser, no puede ser; pienso. ¿Es posible que Isabel se quedara embarazada aquella noche?

Blair me da una palmada en la espalda y me hace un ademán con la cabeza.

—O vas tú a averiguarlo o te juro que voy yo —amenaza.

Trago saliva y me quedo mirándola por un momento. Con bebé o sin él, está preciosa y eso es indudable. Cuando desperté a la mañana siguiente y no vi, me sentí bastante mal. Me lo pasé tan bien con ella que pensé que podría seguir conociéndola. Deseché la idea y creí que no volvería a verla. Lo que nunca me imaginé fue poder encontrar en esta situación... con un bebé que podría ser mío.

Doy un paso. Luego otro y así hasta que mi figura le hace sombra.

—¿Quién es el bebé más guapo del mundo? ¿Quién es el bebé más guapo del mundo? —Escucho como el retoño se ríe mientras que ella gira lentamente—. Sí, tú. Claro que sí. Eres...

Cuando se gira por completo y levanta la mirada, frunce el ceño y parpadea.

—¿Alastair? —pregunta.

Trago saliva, decidido a enfrentarme a mi destino.

—Isabel.



CAPÍTULO 4

Le sonrío a la camarera con agradecimiento cuando deja el café delante de mí. Alastair me ha invitado a hablar con él en una cafetería preciosa y muy pintoresca. ¿Quién me iba a decir que después de un año lo volvería a ver? Ha sido toda una sorpresa y más después de cómo me fui. Pero me asusté muchísimo, yo no soy así, no me acuesto con el primer tío que me dice que tengo unos ojos bonitos y no me emborracho. Esa noche fue la excepción, algo que hice por el dolor que me supuso la ruptura con Cristian.

—Ha pasado mucho tiempo —susurro y observo de soslayo como Martín duerme en su carrito.

Si hace un año me dicen que llego a estar así con un bebé, me muero... de la risa.

—Sí, mucho —murmura serio.

Lo recuerdo de una manera muy diferente y no tan... tan... adusto. Sigue siendo guapísimo, las cervezas que me tomé no desvirtuaron mi vista y me alegro porque estuve durante muchas semanas reconcomiéndome con lo que pasó y la forma tan infantil en la que actué y lo único que calmaba mi ansiedad era saber que, por lo menos, me había follado a un Adonis con un buen... ya me entendéis.

—Oye, Alastair, siento... —oigo como Martín refunfuña y lo mezo en el carro—. Perdona —vuelvo a mirarlo—. Te quería decir que siento muchísimo haberme ido ese día del hotel de esa manera. —Bajo la voz para que nadie me escuchara—. Sin despedirme ni nada —me echo el pelo para atrás y le doy vueltas al café con la cucharilla—. Tuviste que llevarte una mala impresión de mí.

—¿Una mala impresión de ti? —Su espalda toca el respaldo de la silla y me mira de una manera tan dulce que siento que me derribo.

Alastair es un hombre que tiene un aspecto dulce, angelical, pero sexy. Es una mezcla de todo lo que está prohibido.

—Creo que quien tiene que pedirte disculpas soy yo —dice y mira el carro de Martín.

—Bueno —me rasco la nuca—, ese día íbamos los dos muy borrachos y pasó lo que tenía que pasar.

Me encojo de hombros y me llevo el café a los labios. Hoy es de esos días raros en los que en Edimburgo ha salido el sol, pero hace frío y un café siempre ayuda a entrar en calor; aunque con Alastair enfrente de mí no creo necesitarlo.

Una sonrisa triste asoma por la comisura de mi rostro y niego para mí misma.

—Estaba muy mal —le confieso—. Hacía una semana que había dejado a mi novio de toda la vida porque me engañaba con una amiga de la pandilla y estaba destrozada. No suelo ser así, yo no me acuesto con el primer hombre que me dice que tengo los ojos bonitos y mucho menos me emborracho.

Alastair me mira con los ojos entrecerrados.

—Es que tienes unos ojos muy bonitos, Isabel —murmura y siento como mis mejillas se enrojecen—. Yo tampoco hago esas cosas, creo que los dos estábamos pasando una mala racha. Pero me gustó pasar la noche contigo.

Enarco una ceja en su dirección y cuando entiende el doble sentido que puede tener lo que ha dicho, abre los ojos.

—No me refería a eso. Bueno, sí, pero no. Joder, que difícil es esto.

Parece estar nervioso, se pasa la mano por el cabello y siento como repiquetea el suelo con el pie. Me río por lo bajo, por lo apurado que está.

—No te preocupes, sé a qué te refieres —mezo a Martín de nuevo—. Nos divertimos, lo pasamos bien y nos acostamos. Somos adultos, ¿no? No vamos a hacer un drama de eso.

Pero en su mirada veo la incertidumbre. Alastair está tenso, tanto que temo que su chaqueta vaya a romperse por sus músculos de acero.

—En serio, no te preocupes. No me acuerdo mucho, pero estoy segura que me lo pasé en grande. —Y tan grande, qué pena no acordarme—. Además, posiblemente fuera yo la incitadora —hago una mueca, intentando bromear—. Es lo que tiene estar meses sin sexo.

Daba gracias a que el ruido de la cafetería mejora bastante la atmósfera incómoda que se había instalado entre nosotros. Aunque intento mantener la compostura, no puedo evitar sentir un nudo en el estómago al recordar la noche que Alastair menciona. Fue un momento de debilidad, de necesidad de escapar de la realidad, pero ahora que todo ha vuelto a la normalidad

—Entonces, ¿no mantenías intimidad con tu expareja?

Frunzo el ceño y niego con cierta cautela.

—No, no desde que me enteré que me estaba engañando y eso fue como dos o tres meses antes de venir aquí.

Se queda blanco de la impresión. Puedo ver cómo su rostro palidece repentinamente, como si mis palabras hubieran golpeado algo dentro de él con fuerza. La sorpresa se refleja en sus ojos, y por un momento, parece incapaz de articular una respuesta.

El bullicio de la cafetería parece intensificarse a mi alrededor, como si el mundo estuviera tratando de llenar el vacío que se ha creado entre nosotros. Pero incluso con el ruido de fondo, puedo sentir la tensión en el aire, palpable y densa como el humo.

Alastair finalmente recupera su compostura, pero su expresión sigue siendo una mezcla de incredulidad y pesar. Puede que haya subestimado el impacto de mis palabras, o tal vez no se lo esperaba.

—Lo siento, Isabel. No tenía ni idea de lo que estabas pasando —dice con su voz apenas en un susurro perdido en el bullicio de la cafetería.

Posa su mano sobre la mía y la aprieta.

—No importa, Alastair. Ya es pasado —respondo, intentando tranquilizarlo aunque mi corazón sigue latiendo con fuerza en mi pecho por su toque.

—Sí, claro que importa —insta él con determinación—. Voy a hacerme cargo, ¿vale? No estás sola en esto.

Parpadeo perpleja y retiro la mano de debajo de la suya. ¿Tan afectado está de lo que ocurrió con Cristian? Pues sí que es empático, pienso.

—De verdad que no, Alastair. —Me termino el café y miro la hora en el reloj de muñeca. Ya es hora de volver a casa—. No te preocupes, yo puedo...

—¡No! —exclama y siento como la gente murmura a nuestro alrededor. Alastair mira en todas direcciones y se relame los labios. Se inclina en la mesa—. Esto también me incumbe a mí, ¿no crees?

Vale, esto está pasando de castaño a oscuro. Me largo.

—Tío, que solo fue un polvo —me levanto y dejo encima de la mesa el dinero para pagar mi café—. Me ha encantado verte otra vez, pero me tengo que ir.

Agarro el carro de Martín y salgo volando de la cafetería. Lo que me faltaba ahora es tener a un loco que se cree mi justiciero solo por haber echado un polvo. ¡Sí, hombre! Cuando estoy en la calle, echo un vistazo por encima de mi hombro y lo veo seguirme, así que ando más rápido en busca de un policía. Esto ya me está dando miedo.

—Isabel, por favor —lo escucho y acelero mi paso.

—Déjame —le digo cuando se coloca a mi lado.

¡Pues sí que corre el jodio!

Me para al ponerse delante del carrito y lo observo con pavor. Rebusco en el bolso el móvil y marco el número de la policía.

—Tenemos que hablar de esto —señala a Martín—. Espera, ¿estás llamando a la policía? —Da una zancada hacia mí y me quita el móvil.

—Oye, devuélveme el móvil y lárgate si no quieres que comience a gritar —bramo.

Las calles están abarrotadas, así que es una buena baza.

—Oh, claro, ¿es que no tengo derecho a estar con mi hijo? —señala a Martín y frunzo el ceño—. ¿Crees que no tengo derecho a conocerlo?

¿Su hijo? Mi mente procesa cada una de las palabras que ha dicho y empiezo a atar cabos. ¡Ay, Dios mío! Me echo a reír a carcajadas hasta el punto de que me doblo y me empieza a doler el estómago. Sí, soy un espectáculo de señora.

—Oh, Dios mío, Alastair —me limpio una lágrima de la risa—. Es mi sobrino, Martín es mi sobrino.

Abre los ojos como platos, mira al niño y luego a mí.

—¿Es tu sobrino? ¿Me lo estás diciendo en serio? —pregunta. Asiento y él suelta todo el aire—. Joder, lo siento, he tenido que sonar todo este tiempo como un psicópata.

Pongo una mano en mi cintura y niego.

—Vaya susto me has dado —me jacto, dándole un golpe en el brazo y me acerco a él—. Tuvimos suerte esa noche porque todavía seguía tomándome las pastillas anticonceptivas. Además, en cuanto salí del hotel caí en que era muy probable que no utilizáramos protección y fui a por una pastilla del día de después —le guiño el ojo—. Así que puedes estar tranquilo que, aquí dentro —hago un movimiento con la mano para señalarme la barriga—, no ha habido ninguna concepción indeseada. Y deseada tampoco.

Me apoyo en el carro de Martín y lo mezo, va siendo hora de su biberón y está refunfuñando. Es igualito que mi hermano.

—Lo siento mucho, Isabel —dijo Alastair, con un tono sincero—. De verdad no fue mi intención causar ningún problema.

—Llámame Isi —le digo con una sonrisa.

—Me gustaría más llamarte Bel, ¿puedo? —propuso.

—Por supuesto —murmuro—. Tengo que irme, Martín tiene ganas de comer. Ha sido muy bonito volver a encontrarme contigo, Alastair.

Intento seguir mi camino, pero me toma del brazo con suavidad y me giro hacia él.

—¿Sigues soltera? —me pregunta—. O sea, si tienes pareja.

Su pregunta me toma por sorpresa y bajo la mirada algo avergonzada. ¿Yo? ¿Pareja? Después de lo de Cristian me prometí no cometer el error de estar con alguien por un largo tiempo, la ruptura me dejó con un sentimiento de vulnerabilidad. No quería repetir esa

experiencia.

—No, no tengo pareja —respondo con sinceridad.

Alastair se rasca la nuca con nerviosismo y me sostiene la mirada. Se aparta un poco cuando un grupo de persona pasa por su lado y me ayuda a hacer el carro a un lado.

—Quizá podamos quedar en algún momento.

¿Me está diciendo a mí de quedar otra vez? Por un lado, está la parte que ansía la compañía y la posibilidad de volver a sentir esa chispa de emoción que había compartido con Alastair en el pasado. recuerdo los buenos momentos que habíamos compartido juntos en el Lochside Tavern, las risas, las conversaciones y las miradas cargadas de una pasión desenfrenada. Con él me sentí querida, amada, deseada; todo lo que Cristian había reducido a cenizas. La idea de volver a experimentar todo eso me atraía de una manera que era difícil de ignorar.

Sin embargo, hay otra parte, más oscura y temerosa, que se resiste a la idea de dejarme llevar por esos sentimientos. La sombra de mi anterior relación aún se cernía sobre mí, recordándome el dolor y la decepción que había experimentado al final de esa historia. Había jurado no volver a permitirme ser vulnerable de esa manera, no quería enfrentarme de nuevo al riesgo de ser lastimada.

Estoy decidida a no cometer más errores y los hombres para mí han desaparecido.

Alastair me mira con expectación.

—Lo siento, Alastair —murmuro—. No creo que sea una buena idea quedar otra vez. Estoy en un momento complicado en mi vida y no quiero complicarlo más.

Alastair parece decepcionado, pero asiente con comprensión.

—Lo entiendo.

Fuerzo una sonrisa y un grupo de chicas para por nuestro lado, haciendo que el carro de Martín se zarandee. Mi sobrino llora y yo les echo la bronca a gritos.

—Lo siento, Alastair, quizá nos veamos por aquí en otro momento. Tengo que irme, me ha encantado volver a verte de nuevo.

—¿Siquiera como amigos? —me pregunta—. No quiero acostarme contigo, Bel. —Ese diminutivo en sus labios suena muy bien—. Es solo que me lo pasé muy bien contigo y pensé que podríamos repetir una partida de dardos. ¿El viernes en el Lochside Taver a las ocho, quizá?

Sonrío con perspicacia y me encojo de hombros. No estoy muy segura de ello, pero a mí también me apetece mucho quedar con él... como amigos. Y sin emborracharme, claro.

—Ya veremos —le comunico.

—¿Cómo que ya veremos? —me sigue el paso, parece divertido por su sonrisa—. ¿Eso es un sí o un no?

Enarco una ceja en su dirección y le quito mi móvil de la mano, que me iba sin él y ya es lo que me falta. Le doy mi mejor sonrisa. No quiero ser desagradable, pero me he prometido a mí misma que no estaría con más hombres. Me he transformado en una especie de Meg, como la de Hércules.

¿Cómo evito que me hagan daño? No quedando con el género masculino ni como amigos ni como nada. Sí, una respuesta radical al estímulo, pero ciertamente necesaria.

—Tu ves y espera a ver si aparezco.

Eso, ves y espérame sentado porque te vas a cansar.



CAPÍTULO 5

¡Estoy agotada!

Me dejo caer en el sofá del apartamento como si fuera un peso muerto, que a estas alturas me considero eso, pero me levanto en cuanto mi cuñada Diana se acerca con Martín en brazos.

El único hombre del que me permito estar enamorada es de mi sobrino Martín, es un bebé encantador. Algo gruñón porque ha sacado los genes de su padre, alias mi hermano, pero muy mono. Lara se ríe cuando le quito a Diana a Martín de los brazos y le empiezo a hacer ñoñerías. Sí, soy una tía y madrina orgullosa y consentidora.

—Isi, lo vas a malacostumbrar —me dice Diana, sentándose a mi lado y moviendo el biberón.

Se lo quito de las manos y lo meneo delante del pequeño, que se pone desesperado.

—Deja que disfrute de mi sobrino —le hago un puchero y abro la tapa del biberón para dárselo—. ¿A qué sí, Martín? Díselo a la mamá —pongo la voz más aguda—. Mami, a mí me gusta estar con la tita Isi. Claro que sí, con la tía Isi.

Mi hermano y su mujer han venido para estar conmigo unos días y se están quedando en casa. Mi sobrino es muy exquisito y le gusta tomarse el biberón en el comedor. Lo entiendo, es la mejor parte del apartamento. El comedor del apartamento en Holyrood, que es dónde vivimos, es un espacio acogedor, que refleja perfectamente el ambiente tranquilo del barrio. Ubicado en un edificio histórico de piedra, el comedor conserva elementos tradicionales escoceses, como vigas de madera en el techo y paredes de piedra expuesta, que le otorgan un encanto rústico y auténtico.

Las ventanas son grandes y luminosas, permitiendo que la luz natural inunde el espacio durante el día y ofreciendo vistas pintorescas del vecindario. Desde aquí, se puede observar el bullicio ocasional de la Royal Mile, pero sin el ruido constante y la agitación de la zona más turística.

Una larga mesa de madera maciza ocupa el centro del comedor, rodeada de sillas cómodas tapizadas en colores cálidos que invitan a sentarse y disfrutar de las comidas juntos, aunque solo seamos dos. Sobre la mesa, un mantel de cuadros escoceses añade un toque tradicional y hogareño.

Mi sobrino tiene gusto hasta para comer porque como te lo lleves a otro sitio del apartamento se pone a llorar como un condenado.

Desvío la mirada cuando oigo los pasos de mi hermano. Se apoya en la puerta con el pelo húmedo y Diana lo mira muy mal, pero no dice nada.

—Isi, ¿te parece bien que vayamos a conocer un poco Edimburgo? —me pregunta.

—Toni, ¿por qué me pides permiso? Sabes que podéis ir dónde os dé la gana —murmuro—. Espera, coge mis llaves y así no tenéis que estar tocando el timbre ni mirando la hora.

Mi hermano, con su metro ochenta y cinco de alto, asiente. Me da las gracias cuando me

levanto ya sin Martín, Diana lo ha cogido para terminar de darle la comida, con un beso en la mejilla.

Toni es mi hermano mayor, el primero de los tres que somos. Tiene treinta y un años recién cumplidos. Dicen que soy un calco de él, pero yo siempre digo que soy más guapa. Es el papi chulo de la guardería. Alto, musculoso, pelo rubio con alguna que otra canilla, ojos verdes y siempre lleva una sonrisa en los labios. Toni es quien ha heredado la pasión por hacer vino, pues mi familia tiene un cortijo y es fabricante de uno de los mejores vinos españoles que hay en el mercado. Luego viene mi hermana Amparo, que es idéntica a mamá y está embarazada de cuatro meses. Se casó hace dos años y medio y han esperado a que consiga la plaza para tener hijos. Todavía recuerdo cuando me pedía que le desenredara la cabellera morena que tenía porque ella no podía. Y luego estoy yo, Isabel o la tercera en desgracia. Vine de penalti, mis padres no me esperaban. Pero mi llegada los hizo muy felices... aunque algún que otro disgusto les he dado porque de pequeña era un trasto. Soy como mi hermano, pero más pilla y bajita. Creo que es lo único que he sacado de mamá porque mientras que mi padre es bastante alto, ella es un taponcillo de balsa. Mis hermanos han sido como mis padres, siempre me han cuidado y se han hecho cargo de mí porque papá y mamá trabajaban a destajo para lograr su sueño.

Rebusco en el bolso y saco todo lo que llevo dentro, incluso algo que a mi hermano hace que se le salgan los ojos de las órbitas. Encuentro hasta un caramelo de menta pegado al fondo que quito con cara de asco, pero no las llaves.

—¿Me he dejado las llaves por algún sitio de la casa? —le pregunto a Lara.

Ella enarca una ceja en mi dirección y se cruza de brazos.

—No sé dónde te las habrás dejado, pero al final les voy a poner un microchip para encontrarlas. ¡Siempre las estás perdiendo! —bufa.

Vale, no puedo quitarle la razón porque la tiene. Hay dos cosas que siempre pierdo: la cartera y las llaves.

—Que no cunda el pánico —aireo las manos y me siento encima de Lara—. Aparecerán en un par de días.

—O semanas —asegura Toni, asintiendo.

Me miro las uñas y me hago la tonta. Lara me palmea la pierna y hace que me levante. Va hasta su bolso y saca otro juego de llaves. Por eso la quiero tanto, porque me conoce mejor que yo misma.

—Toma —se las da a Toni. Desvía la mirada hacia mí y me señala—. Y tú, ni se te ocurra acercarte a esas llaves. Son mías.

Levanto los brazos en forma de rendición y hago una mueca. Pero siento como el móvil me vibra en el culo. Deslizo el dedo por la pantalla táctil y frunzo el ceño cuando veo que un número desconocido me ha mandado un mensaje.

Desconocido: ¿Las reconoces?

—¿Quién es? —me pregunta Diana al ver mi cara de confusión.

El desconocido me envía una foto y la descargo. Cuando veo que son mis llaves con el llavero que me compré hace poco de Escocia, abro los ojos como plato.

Tecleo con rapidez mientras me dejo caer en el sofá.

Isabel: ¿Quién eres y cómo tienes mi número y mis llaves?

—Isi, te has quedado blanca. ¿Quién demonios es? —me pregunta Toni, pero no le respondo.

Repiqueo el suelo con el pie y me muerdo la uña. Lara se pone a mi lado a trompicones y lee el chat. Intercambia una mirada conmigo y se lleva las manos a la cabeza.

—¿Quién coño tiene tus llaves, Isabel Márquez? —brama—. Espera, está escribiendo el muy... ¿Ven el viernes a las ocho y te las daré? —dice Lara. ¡Mierda! Me hundo en el sofá y cierro los ojos—. ¿Ven el viernes a las ocho y te las daré? —alza la voz y Diana y Toni se miran—. ¿Quién es esta persona, Isabel?

Lara se levanta y pone las manos en su cintura, esperando mi respuesta. No puedo creeme que las tenga él y que me esté haciendo chantaje.

Trago saliva y carraspeo mientras susurro: —Alastair.

Pero no me entienden.

—¿Quién? —inquieren los tres al unísono.

Suelto el aire que he mantenido en los pulmones y me relamo los labios.

—Alastair.

Lara suelta una exclamación y se tapa la boca.

—Hostia puta —murmura mi amiga y una sonrisa pícara se planta en su rostro—. ¿Alastair, Alastair? ¿El mismo Alastair de...? —Le chisto y ella se echa a reír—. Pero, ¿cuándo te has encontrado con él?

Diana levanta la mano y le quita el biberón a Martín.

—¿Quién es Alastair? —pregunta.

—Oh, es el tío que se tiró Isabel hace un año porque iba toda borracha —le aclara y yo le reprendo con la mirada.

—¿Cómo?

Toni se separa del marco de la puerta y da una zancada hacia mí. Ya va a empezar, lo sé, lo presiento. Mi hermano siempre ha sido muy sobreprotector y esta vez no iba a ser diferente. Con Cristian, sobre todo al principio, me hacía la relación imposible. Lo acorralaba en cada esquina y lo amenazaba con cortarle el pito si me hacía algo. Suerte tuvo de que mamá le parara los pies, a él y a papá, cuando les dije que había hecho.

—Que me tiré a un tío estando borracha a la semana de estar aquí y hoy me he reencontrado con él —murmuro como si fuera lo más normal del mundo, aunque a Toni le está a punto de dar un patatús—. Creía que Martín era hijo suyo.

Lara se echa a reír y mi hermano se lleva las manos a la cabeza.

—¡Qué encima lo hiciste sin protección! —grita con desesperación—. Pero ¿yo a ti qué clase educación te he dado?

Chasqueo la lengua y comienzo a discutir con él. Al final, Diana se lo lleva para que las cosas se calmen y yo me pongo a hacer la cena. Después de un año, me he acostumbrado a los horarios de aquí.

Me siento en la mesa de la cocina y reviso el móvil. Me meto en su chat y lo añado a mis contactos. Me debato en si hablarle o no. Lo he dejado en visto por la movida que he tenido con Toni.

—¿Pensando en si ir o no? —me pregunta Lara desde atrás, con un bol de ensalada en las manos. Se está comiendo una zanahoria pelada.

Arrastra la silla y se sienta delante de mí. Asiento en respuesta y suspiro.

—Pues sí. Sabes que lo último que quiero es quedar con hombres.

Lara se ríe y deja el bol de ensalada en la mesa. Le pega un mordisco a la zanahoria y mastica.

—Pero te lo pasaste bien con él, ¿no? ¿Por qué no volver al mercado? Ha pasado un año.

Un año en el que me he preguntado cada día qué es lo que no tengo y por qué Cristian me engañó. Un año en el que he pasado por muchas fases hasta hallar cierto equilibrio. No quiero

que nadie vuelva a jugar conmigo, me niego a ello. No quiero siquiera la simple posibilidad de un quizá.

—Porque no quiero, Lara. —Soy tajante con la respuesta—. Sí, vale, me lo pasé bien con él y nos acostamos. El chico es majo, pero...

—Pero estás acojonada y has reducido tu círculo a los de toda la vida —dice con total acierto—. Ya sé que tienes miedo, Isi. Estuviste mucho tiempo con Cristian y le querías muchísimo. A todos nos ha dolido, créeme. Yo creo que tendrías que ir, darte una oportunidad para conocer a alguien, aunque sea como amigos. Y recoger las putas llaves.

Me río y asiento.

—Sobre todo, recoger las putas llaves —repito, no muy convencida de qué hacer.



CAPÍTULO 6

Recojo los papeles que tengo encima de la mesa del despacho y me dirijo a la salida. Hoy me he quedado hasta tarde porque mi jefe, Clyde Aird, necesitaba que acabara unos informes para un proyecto en el que estamos trabajando. Me sorprende la forma que ha tenido de agradecérmelo. No solo me va a pagar las horas extras (que le va a salir por un pico), sino que me va a dar algunos días, que yo elegiré, de descanso y me ha enviado una cestita con dulces.

Estoy segura de que a Lara le van a encantar. La pobre se ha ido hace unas horas y se ha quedado prendada de varias chocolatinas.

—Señorita Márquez —me despide el guardia que custodia el edificio todas las noches.

—Buenas noches, Leslie.

Me tapo el pecho con la mano cuando salgo a la calle y el viento azota mi cabello hasta alborotarlo. No hay ni un alma por la calle, están en sus casas o en las tabernas. Me subo al coche y un escalofrío me recorre el cuerpo. ¡Qué frío que hace, joder!

Meto la llave en el contacto, pero antes de arrancar miro la hora en el reloj del coche. Mierda, he acabado más tarde de lo que pensaba y no llego al Lochside Tavern. ¿Estará todavía Alastair allí? Necesito recuperar mis llaves. Además, he estado tan ocupada y despistada que se me ha olvidado el móvil en casa y todo. Soy un desastre.

Conduzco por las calles, alumbradas por las farolas. Las tripas me rugen y me llevo una chocolatina a la boca. A lo lejos, veo el ajeteo de la taberna.

Aparco entre dos coches y me abrocho el abrigo hasta arriba. Me bajo y siento como el aire se mete en mis huesos. Me estoy haciendo vieja, antes esto no me pasaba. Aunque cabe la posibilidad de que sea porque en España no hay tanto frío. El sonido de mis tacones retumba contra mis oídos, pero me detengo cuando escucho como uno de los tacones de mis maravillosos zapatos rojos se quiebra.

Abro la boca por la sorpresa y atino a ver que definitivamente me tengo que comprar otros.

—No me jodas, no me jodas... —siseo y maldigo por lo bajo—. ¡Lo que me faltaba! —exclamo con frustración, pataleando el suelo—. Todo me pasa a mí, si es que todo me tiene que pasar a mí.

Me apoyo en una farola y me quito el zapato para ver cuánto se ha roto, en mi cabeza existía la posibilidad de que pudiera arreglarlo con pegamento extrafuerte, el superglue de toda la vida, pero me da que van a descansar en paz en el contenedor.

—¿Te ayudo? —dice alguien detrás de mí.

Pego un grito por el susto y, cuando me giro, le lanzo el zapato roto a Alastair, que parece muy divertido por mi reacción.

—¡Pero tú estás mal de la cabeza! —le grito con la mano en el pecho—. ¿Sabes el susto que me has dado?

Se ríe y se agacha para cogerlo. Cuando lo ve, frunce el ceño.

—Tienes el zapato roto.

Pongo los ojos en blanco y lo tomo de sus manos.

—Qué genio estás hecho —ironizo—. He venido a por mis llaves.

Sueno bastante desagradable y no es mi intención, pero hoy he tenido un día de mierda y solo quiero comer algo.

Alastair las saca de su bolsillo y las mueve delante de mi cara. Las intento coger, pero las aparta.

—Podrías ser un poco más agradable, ¿no? —murmura y pongo cara de poker—. Un gracias, por lo menos.

Suspiro de cansancio y me rugen las tripas tan fuerte que se sorprende.

—Alastair, te doy las gracias por haber encontrado mis llaves. ¿Puedes dárme las para que me vaya a casa y no te devore y me metan a la cárcel por canibalismo, por favor?

Me las entrega y me mira de arriba abajo.

—¿No has comido?

Niego y me encojo de hombros.

—Mi jefe me ha pedido el favor de quedarme y acabo de salir de trabajar ahora. No he tomado nada desde esta mañana a las once.

Un escalofrío me recorre el cuerpo y él, al percatarse, se quita la bufanda que lleva y me la pone alrededor del cuello. Huele a él, a su perfume. El gesto me hace sonreír.

—Iba a invitarte a una cerveza y a una partida de dardos, pero creo que va a ser mejor llevarte a cenar. ¿No lo crees?

Dobla su brazo y espera a que se lo coja. Una parte de mí me grita que lo haga, pero la más parte más racional me dice que lo mejor es irse a casa. ¿A quién hacer caso en estos casos?

—No quiero abusar de tu confianza, de verdad.

Me hace una burla y me agarra del brazo para cruzarlo con el suyo.

—Ya sé que no quieres nada conmigo. ¡Yo tampoco! Te prometo que solo vamos a ir a cenar y luego a casa, tú a la tuya y yo a la mía.

Me relamo los labios y asiento, pero antes de caminar hacia su coche, que vaya cochecito que tiene, me paro en seco y me quito el otro zapato. Arranco los tacones y los hago planos. Me los pongo y frunzo los labios.

—Voy a echar de menos esos tacones —murmuro.

Alastair me abre la puerta del coche y me subo. Me quedo impresionada por su caballerosidad, anda que Cristian hacía eso alguna vez. Se sube al lado del conductor y emprende el viaje hacia un restaurante que me ha dicho que conoce. No sé muy bien qué hago aquí metida, pero comienza a preguntarme cómo me ha ido el día. Parece raro, pero que alguien que no te conoce te pregunte eso porque te ve agotada es halagador.

Me desahogo un poco sobre la cantidad de trabajo que tengo mientras que él me escucha. ¡Me escucha de verdad! Cuando llegamos, me bajo. Al entrar, me encuentro con una atmósfera iluminada por una suave luz que emana de las lámparas que cuelgan del techo alto. El ambiente está impregnado de un suave murmullo de conversaciones y el tintineo de cubiertos y copas. El aroma de las especias y hierbas recién cortadas flota en el aire. El personal se mueve con eficiencia, atendiendo a los comensales con una sonrisa amable.

Parpadeo con incredulidad cuando Alastair me retira la silla, pero me siento con una sonrisa cerrada en los labios. Cuando se lo cuente a las chicas se van a morir de envidia, pienso.

Se sienta delante de mí y se desabrocha la chaqueta. Lo imito con el abrigo. El camarero

viene con la carta y el vino de la casa en una cubitera. Le sirve un poco y lo cata. Al asentir, el camarero nos sirve una copa y luego toma nota de lo que queremos para cenar.

—¿Te está gustando vivir en Edimburgo? —inquire él, tomándose por sorpresa.

—¿Qué si me está gustando? —Aleteo los orificios de la nariz—. Este lugar es una pasada. Aquí estoy muy tranquila. Parece que aquí es todo así, muy calmado. Además, la gente es maravillosa.

Alastair asiente con una sonrisilla en los labios.

—También tenemos lo nuestro —bromea.

—Me he dado cuenta. —Río por lo bajo—. Pero aquí estoy muy bien. Por cierto, tengo mucha curiosidad. ¿Quién estaba en el hotel aquel día para que la prensa estuviera abajo esperando? Me lo llevo preguntando un año.

En los ojos de Alastair reluce algo que no logro identificar, y siento que su cara cambia por completo aunque lo disimula muy bien.

—Sí, ha tenido que ser muy incómodo para esa persona. Que te sigan a todas partes sin tener intimidad debe ser...

—Un asco —lo interrumpo con una fina sonrisa curvando mis labios. Cojo la copa de vino y me la llevo a los labios. Bebo un pequeño trago y la vuelvo a dejar en la mesa—. El vino es exquisito. Por cierto, Alastair, no te he preguntado. ¿Qué edad tienes?

—No es que hayamos hablado mucho —bromea con una sonrisa pícara que me hace enrojecer—. Tengo treinta y dos, ¿y tú cuántos años tienes?

—Unos cuantos menos —murmuro haciendo una pausa para que el camarero ponga los platos delante de nosotros—. Tengo veintisiete —añado, y cojo los cubiertos para comenzar a comer.

El hambre me puede. Nos quedamos unos instantes en silencio, tiempo en el que cada uno prueba su plato.

—¿Y llevas mucho tiempo en Edimburgo? —inquire él después de limpiarse con la servilleta, que segundos antes estaba sobre su regazo.

Niego y trago.

—Llevaré un año y poco. Llegué una semana antes de... —me callo y carraspeo—. ¿Tú has vivido toda tu vida aquí? —Esta vez la que pregunta soy yo, y su respuesta no tarda en llegar.

—Nacido y crecido aquí, aunque viajo mucho —confiesa.

—Yo nací en España, y me he criado allí —le cuento sin ton ni son, y es que soy de esas personas que sueltan cosas sin que alguien se las pregunte.

Alastair bebe de su copa, pero su mirada sigue fija en la mía. Un acto que hace que observe por la ventana después de aclararme la garganta. Me pone nerviosa. Es tan penetrante que dudo que pueda evitar ponerme colorada. No puedo creer que siga teniendo el mismo efecto después de un año.

—Nunca he estado en España, aunque me parece un país entrañable. Mis primos sí han estado, y cada vez que van y me cuentan qué han hecho me dan ganas de coger un avión e irme —confiesa él con una sonrisa torcida—. ¿De dónde eres?

Me muerdo el labio inferior antes de hablar, una manía que en más de una ocasión ha hecho que los labios se me llenen de heridas.

—Soy de Madrid, de madre madrileña y padre valenciano —respondo, echándome un trozo de lo que he pedido a la boca.

Mastico con lentitud y lo saboreo. La comida de aquí es una delicia, aunque echo de

menos la paella del domingo que siempre hace mamá. ¿Podré hacer yo una aquí?

—Valencia —musita, haciendo una pausa—. ¿Dónde se celebran las fallas?

Abro los ojos y asiento.

—¡Sí! —exclamo—. Son una pasada, y no es porque yo sea de allí.

Alastair ríe por lo bajo y se pasa la mano por su pelo ondulado.

—De verdad, tengo que ir en algún momento —murmura—. ¿Y qué te parece Escocia? ¿Qué te hizo venir aquí? ¿Nuestra gastronomía? ¿Nuestra cultura? ¿La oportunidad de trabajo? —inquire él, a lo que respondo con una sonora carcajada que hace que frunza el ceño.

—No te ofendas, pero no fue por nada de eso. Bueno, quizá por el trabajo —me limpio con la servilleta y bebo un poco de vino para aclararme la garganta—. Si te soy sincera, no tenía ni idea de a donde venía. Se me presentó la oportunidad y la cogí.

Pone su mano sobre la mía y la aprieta.

—¿Pasó algo? ¿Fue por lo que dijiste aquella noche de tu expareja? —inquire con cautela—. No tienes que contarme nada que no quieras, solo pregunto por...

—¿Por cortesía? —Aparto mi mano de la suya—. Esto que te voy a contar no lo sabe nadie aparte de mi familia y mis amigos. Eres la primera persona fuera de ese círculo que se lo digo, así que siéntete afortunado. Te dejo que por un momento te lo creas —bromeo.

Alastair sonríe, divertido.

—Entonces me creeré alguien relevante para ti por un momento. ¿Qué te ocurrió?

Tomo aire y lo suelto todo. ¿Qué podía pasar? Aquí no me conoce nadie, así que me da igual decir que era una cornuda.

—Pillé a mi novio de toda la vida follándose a una amiga —suelto, y su cara pasa a ser de póker.

—¿Me estás mintiendo, verdad? —inquire atónito, a lo que yo niego y bebo el último trago de vino que queda en la copa—. ¿Me estás diciendo que tu novio estaba con otra?

—Oh, sí —asiento—. Encontré un charms que le regalamos, la muy tonta no se quitó la pulsera y no sé qué tuvo que pasar para que se le soltara. Un día, limpiando, lo encontré. Pensé que era mío, me lo quise creer. Pero la verdad me azuzó en toda la cara cuando, una tarde, quedamos todos para tomarnos algo y en su pulsera no estaba el charm. Nadie se dio cuenta menos yo —suspiro—. Puse cámaras por toda la casa y, entonces, lo vi con mis propios ojos, Alastair.

—¿Y lo dejaste? —pregunta, asombrado.

Niego.

—Esperé durante meses para vengarme de ellos. No soy tan buena como parezco. Saqué imágenes de esos vídeos, estuve meses con él aún sabiendo la verdad. Incluso me pidió matrimonio. —Se ahoga con la cena y tiene que beber vino—. Pero mereció la pena. El día de su cumpleaños, empaqué con ayuda de mi amiga Lara todo el local con las fotos de ellos dos. Invité a todos nuestros amigos y los dejé en evidencia. Al día siguiente me vine aquí.

—Estoy... estoy —balbucea, sin encontrar las palabras.

—¿Perplejo? ¿Atónito? ¿Flipando en colorines?

Su ceño se frunce.

—¿Flipando en colorines? —inquire, y es cuando caigo que no entiende los modismos de España.

Me doy un golpe mental y gesticulo con las manos de forma exagerada.

—Sí, flipando en colorines es como estar alucinando.

—¡Ah! —exclama—. Disculpa, no estoy hecho a vuestra forma de hablar. Pero sí,

estoy... ¿flipando en colorines?

—Aprendes rápido —exclamo con una sonrisa cerrada—. Ahora te toca a ti contarme algo, ¿no crees?

—¿Qué quieres saber? —inquire, amable.

Me encojo de hombros y termino mi plato.

—No sé, cualquier cosa.

Se inclina sobre la mesa y me hace una señal para que me acerque. Dejo los cubiertos a un lado y lo hago.

—Me lo estoy pasando muy bien contigo, sobre todo porque he conseguido que quedes conmigo.

Me retiro y le lanzo un trozo de pan. Tenía que haber sido jugadora de béisbol o algo por el estilo, vaya fuerza que tengo.

—Si estoy aquí es porque tenías mis llaves y porque llevo sin comer lo suficiente como para pasarme al canibalismo. Ha sido más bien una coacción.

—¿Una coacción? —Enarca una ceja en mi dirección—. ¿Y sería también una coacción preguntarte si quieres volver a quedar otro día?

Ah, que va en serio.

Me apoyo en el respaldo de la silla y le sostengo la mirada.

—¿De verdad quieres volver a quedar conmigo?

Alastair se encoge de hombros y pasa su dedo alrededor del borde de la copa vacía.

—¿Por qué no querría hacerlo? Eres divertida y me has caído bien, además, hablas mucho. Una persona de mi posición no siempre encuentra a alguien así.

Quiero pensar que se refiere a que tiene un buen curro. Aunque no sé a qué se dedica, asumo que tiene que ser algo de gran magnitud. El coche que tiene debe costar un riñón y medio del otro, así que debe ganar bastante bien para poder permitírselo.

—¿Lo dices por el trabajo? —No me voy a quedar con la duda, eso lo tengo claro.

Tuerce el gesto, pero asiente.

—Sí, algo así. —Llama al camarero y pedimos los postres. Cuando se va, retoma la conversación—. No todos los días encuentro a una persona como tú, que no se acerca a mí por conveniencia.

—Bueno, es que no todos son Isabel Márquez —bromeo para que disminuya la tensión—. Y a tu pregunta, la responderé cuando me digas una cosa.

¿Voy a quedar con él? Sí, me lo estoy pasando muy bien y me gustaría repetir la experiencia. Pero antes tengo que saber cómo ha conseguido mi número de teléfono. Es algo que llevo guardando desde que supe que era él quién tenía mis llaves. Quiero asegurarme de que estoy saliendo con una persona normal y no un acosador.

—Dispara.

—¿Cómo has conseguido mi número? —inquiero.

Se echa a reír. Su risa es cálida, pero puedo percibir un dejo de nerviosismo en ella.

—Oh, eso. Bueno, digamos que tengo mis formas —responde, evitando mi mirada directa.

—¿Tus formas? ¿Eso significa que has estado investigándome? —pregunto, sintiendo una mezcla de intriga y preocupación.

Alastair se encoge de hombros, jugando con la servilleta sobre la mesa.

—Digamos que me tomé la libertad de hacer algunas averiguaciones.

Qué fuerte, qué fuerte, qué fuerte. ¿Con quién coño me estoy juntando? Es peor que Fati,

Pilar, Lara y Triana juntas. Y mirad que ellas parecen el CSI, la Interpol y la CIA todas juntas cuando se trata de investigar a alguien. Pero esto, esto es otro nivel. Debería salir corriendo ahora mismo, antes de que las cosas se pongan aún más raras. Pero, por otro lado, hay algo en Alastair que me atrae, algo que me hace querer quedarme y descubrir más sobre él. Tal vez sea su encanto, su sentido del humor o simplemente el misterio que lo rodea. La verdad es que no lo sé. Pero de lo que sí estoy segura es que le voy a sacar cómo lo ha conseguido.

—Lo siento si te incomodé. No era mi intención —añade Alastair, notando mi reacción.

Niego y me termino el postre.

—Te tengo una propuesta. El viernes que viene, tú y yo. Un uno contra uno en el Lochside Tavern. Si gano, me dices cómo lo has conseguido. Y si pierdo...

Entrecierra los ojos y sonrío con malicia.

—Vuelves a quedar conmigo.

Me encojo de hombros y le doy la mano para que la estreche y así se cierre el trato.

—Yo te iba a decir de vestirme de brownies, pero también me sirve. —Sobre todo porque te pienso ganar en tu propio territorio, pienso—. Trato hecho.

—Trato hecho.



CAPÍTULO 7

Lara es muy buena chica y la quiero con locura, nunca me imaginaría estar aquí con otra persona. Pero todo lo que tiene de buena, también lo tiene de bocazas. Hoy el día se tercia bastante jodido y es gracias a ella. Quitando el hecho de que me ha llegado una carta desde España de Cristian y me da miedo abrirla, están todos nuestros amigos preguntándome quién es Alastair.

Resoplo y dejo el móvil, que está que arde, en el sofá. ¡Hasta mi madre se ha enterado! Un audio de diez minutos me ha mandado para que le dé una explicación de quién es él. La que se ha liado.

—Tía, te podías haber callado un poquito, ¿no?

Lara, que todavía va en pijama y con el pelo recogido en un moño que más bien parece un nido de pájaros, me saca la lengua y se sienta en el sillón con un tazón de leche y cereales a rebosar.

—Somos una familia y las familias lo comparten todo —se excusa.

—Joder, tía —me pongo las manos en la cintura y repiqueteo el suelo con el pie—. Pero córtate un poquito, que se ha enterado hasta mi madre.

—Uhm —asiente con la boca llena—. Es que el otro día me preguntó cómo estabas y le dije que muy bien porque habías salido de la cueva —se refiere a mi habitación—.

—¿Y tú desde cuándo hablas? —La voz se me agudiza y abro los ojos de la sorpresa.

Mi madre y Lara siempre se han llevado bien, pero esto era ya de traca. Parece que está haciendo un complot en mi contra, como si los astros se hubieran alineado en mi contra y me quisieran joder, pero bien jodida, porque la insistencia de mi madre es mítica. En el barrio la temen, con eso lo digo todo. Cosa que ocurre, cosa de la que mi madre se entera. Aún no ha pasado y ella ya lo sabe, así es Estela Jiménez, todo un personaje.

Le lanzo un cojín y me voy a la habitación para ponerme los zapatos. Me siento en la cama y me pongo el primero, un precioso modelo Monroe que me ha costado un pastizal. Son negros, tal como lo es mi alma, pero comodísimos.

—¿Tú has abierto la carta que te ha enviado Cristian? —me pregunta a gritos.

Eso, hija, dale más motivos a los vecinos para que piensen que el paradigma de que el español grita mucho es real; pienso, planchándome la chaqueta del traje de dos piezas que llevo puesta.

Me asomo por la puerta y la observo en la cocina, metiendo al lavavajillas el cuenco.

—No, no la he abierto y estoy tentada a tirarla a la basura.

Llegó hace unos días y la dejé encima de la cómoda. No he vuelto a hablar con él desde que le pedí espacio. La curiosidad me genera ansiedad, pero no quiero saber nada de él.

—¿Por qué lo preguntas? —inquiero en su dirección cuando voy a la cocina y comienzo a meter en el maletín todo lo que necesito para el trabajo.

Se gira y me quedo ojiplática. Lara tiene un sobre idéntico al mío y el remitente es Cristian. Lo cojo entre mis manos y me quedo mirándolo con miedo. ¿Por qué diablos Lara ha recibido otro? ¿Se habrá muerto y será una carta de despedida o es que es tan pesado que al ver que no le he respondido ha mandado otro a nombre de Lara?

—¿Pero qué coño...? —siseo, antes de escuchar como los mensajes queman el chat de grupo.

Me dirijo al comedor, en dónde tengo el móvil. Lo cojo con el ceño fruncido y escucho a Lara gritar desde la cocina. Venga, eso, que los vecinos sepan que tienen a dos españolas en el edificio,

—¡Ni se te ocurra leer el grupo! —grita, pero ya es tarde.

He deslizado el dedo por la pantalla táctil y estoy que sigo de pie de milagro. Siento como el mundo se me viene encima y me parece oír como lo poco que me queda de corazón se resquebraja. Lara aparece en la puerta del comedor y maldice cuando me ve estática. Una lágrima cae por mi mejilla y me pillo el cabreo del siglo.

—¡Pero será cabrón! —escupo con rabia.

A zancadas, voy a la habitación y abro el sobre. Saco la maldita invitación y la leo.

Queridos amigos y familiares,
¡Es con gran alegría que os anunciamos nuestro matrimonio! Nos complace enormemente invitarlos a compartir este momento especial con nosotros mientras unimos nuestras vidas en amor y compromiso.
Cristian y Estefania tienen el honor de invitaros a su boda que se celebrará el 21 de febrero a las 12:00 horas en la Iglesia de San Jerónimo el Real, Madrid.
Después de la ceremonia, os invitamos a uniros a nosotros para una recepción llena de alegría, comida deliciosa y música en el Cortijo del Valle, a partir de las 14:00 h.
Por favor, unios a nosotros para celebrar este día especial y hacerlo inolvidable.
Esperamos con ansias contar con su presencia y compartir este momento único en nuestras vidas.
Con amor, Cristian & Estefanía.

¡Es mi boda! ¡Es mi puta boda! La misma iglesia, el mismo lugar... ¡incluso el mismo día y hora!

—Pero serán cabrones —susurro por lo bajo.

—Eso es quedarse corta —dice Lara a mi espalda.

Tiro la invitación a la papelera que tengo en la habitación y cojo las llaves de casa. Me pongo el abrigo y camino hacia la puerta. Lara me persigue, pisándole los talones.

—¿Dónde vas? —me pregunta.

—A trabajar —digo en un hilo de voz y me pongo las gafas de sol que llevo encima de la cabeza. La miro por encima del hombro—. Te espero allí, no llegues tarde.

—¡Pero no llevas el móvil! —exclama mientras bajo las escaleras.

Con tacones y bajando las escaleras como un rayo, si no me mato es de milagro.

—Que le den al móvil —murmuro, ya en el piso de abajo—. Maldito imbécil —mascullo una y otra vez.

Soy la viva imagen de la desolación, pero es lo que siento. Mi mundo se ha desmoronado otra vez por la misma persona en cuestión de segundos. Todo ha hecho PUF.

Me miró en el cristal de la puerta de la entrada y limpio la lágrima que surca mi mejilla.

Me arreglo el pelo cuando llego a la calle y me enderezo. Camino hacia una de las cafeterías que hay cerca de casa y hago cola para poder comprarme un café. Necesito cafeína en vena para afrontar este día de mierda o me tiro cuesta abajo y sin frenos por el primer acantilado que encuentre. Espero a que llegue mi turno y pido un capuchino. Pago y me en el coche hacia el trabajo.

Menos mal que, nada más llegar, Clyde me coge por banda y me pone a hacer y supervisar un millón de cosas. Si es que al final le voy a pillar cariño.

Ser la directora comercial me mantiene entretenida hasta la hora de comer, en la que decido irme con Lara y otros compañeros de trabajo a comer por ahí. Sí, hasta a mí me resulta raro decir que me voy con compañeros, un batiburrillo de ellos en los que también hay tíos, después de un año trabajando en la empresa.

No me malinterpretéis, no soy un monstruo con ellos ni nada por el estilo. Es solo que cuando me invitaban a irme a comer sacaba cualquier excusa y no me iba porque tenía el ánimo por el suelo.

Hoy lo tengo por el subsuelo, pero quiero comer y me he dado cuenta que hasta me lo puedo pasar bien y dejar de pensar en el innombrable. ¿Cómo es posible que ese espermatozoide consiguiera llegar al óvulo? ¿Tan mal polvo echaron que salió semejante aberración? Y lo más importante, ¿cómo puede estar con él durante tantos años y cómo es posible que mi amor por él se haya transformado en ira y dolor? La fase de luto la dejé atrás hace mucho, pero no la rabia y eso es lo que más me preocupa.

Nos sentamos en una mesa cuadrada. Estoy al lado de Lara, que no ha dicho nada del tema y se lo agradezco. A mi otro lado se encuentra Dougal Caddell, un compañero muy guapetón que Lara me ha insinuado que quiere salir conmigo. He charlado con él en varias ocasiones y es muy simpático. Trabajando es un hacha, no hay una que se le escape. Además, todo hay que decirlo, es muy mono. Es alto, no tanto como Alastair porque él medirá un metro noventa, pero me saca una cabeza. Tiene el pelo cobrizo y rizado, los ojos marrones y los pómulos altos. Se nota que se cuida, es más, el camarero pone delante de él una enorme fuente de ensalada con no sé ocho cuartos que tiene una pinta deliciosa.

—Parece que eso tiene muy buena pinta —dice, sonriéndome, cuando el camarero me pone mi plato.

Hemos venido a un sitio muy chic cerca de donde trabajamos, con una decoración moderna y minimalista que crea un ambiente acogedor. Las luces suaves iluminan el espacio, destacando las mesas de mármol blanco y las sillas de terciopelo azul.

—Sí, está muy bueno —le digo con una sonrisa—. Ha sido una buena idea venir aquí.

—Y que lo digas —comenta.

Lara me mira de reojo y me hace un gesto con las cejas para que meta baza, pero no me atrevo. ¿Pero para qué están las amigas? Para joderte los planes en un periquete.

—Oye, Dougal, tú salías a correr, ¿verdad? —desvió la mirada hacia ella, la quiero matar. ¡Putas casamenteras de pacotilla!

—¿Quieres no incomodar al chico? —mascullo en español con una sonrisa fingida digna del payaso de IT.

Lara me hace una mueca y se inclina sobre mí para hablar con Dougal.

—¿Es que sabes qué pasa? Que Isabel también sale a correr y lo hace sola, me quedo muy preocupada porque tampoco es que hayamos ido a recorrer la ciudad. Quizá podríais ir juntos —se le cae el tenedor y todos en la mesa me miran.

Pero yo solo tengo ojos para Lara.

—No molestes al pobre, seguro que... —insto, pero Dougla me interrumpe.

—A mí me encantaría, el deporte es mejor hacerlo en compañía, ¿no crees? —pregunta con una sonrisa en los labios.

No sé si eso ha ido con segundas o qué, mi amiga lo ha conseguido. Lara da una palmada al aire y festeja que ha conseguido su objetivo.

—Pues ya está. Isabel te espera mañana a las siete en la puerta de casa —me codea.

Le pellizco por debajo de la mesa la pierna y ella pone cara de circunstancia, que mezcla con una sonrisa de cuando llegues a casa te vas a enterar.

—Dougla, no tienes por qué quedar conmigo. —Lara resopla y sigue comiendo—. Lara es un poco...

—¿Maravillosa? ¿Perfecta? —Sugiere ella después de tragar.

El pobre Dougla está que se troncha de la risa. Y no es para menos.

—Entrometida —finalizo, mirándola mal—. Así que no te preocupes por nada, no te sientas en el compromiso de hacerlo.

La mirada de Dougla sostiene la mía y sonríe dulcemente. Agradezco que los demás estén a lo suyo, aunque sé de primera mano que voy a ser la comidilla de la oficina.

—A mí me encantaría hacerlo, Isabel —murmura y parpadeo perpleja. Espera, que hasta consigo una cita de gratis, pienso—. ¿Te paso a buscar mañana?

—Eh... yo... eh... yo —¡Vocaliza, Isabel, vocaliza!—. Sí, sí, claro.

Dougla sonríe y saca una tarjeta de visita junto a un boli. Apunta algo y me lo pasa. Lara, que está a mi lado, mira de soslayo para ver qué es y cuando observa el número privado de Dougla, suelta en un susurro un vítor para ella misma.

—Aquí tienes mi número, por si te surgiera algo —dice y se aclara la garganta—. ¿Puedo pedirte el tuyo?

Asiento, todavía sorprendida, y se lo apunto en otra tarjeta que me da. ¡Hay que joderse! Lara es una maldita celestina. Estoy segura de que si hubiera una carrera de ello, habría sacado matrícula en todo.

Comienzo a charlar con Dougla después de guardarme la tarjeta en la cartera. Ahora ya no la olvido porque he comprado un gancho para amarrarla al maletín de trabajo por dentro, en el cierre de la cremallera de uno de los bolsillos interiores.

La conversación gira entorno a temas laborales, pero, poco a poco, va tomando un camino más personal. No es desagradable hablar con él, aunque admito que para algunos temas es algo grotesco.

Cuando acabamos de comer, nos levantamos y pagamos la cuenta. Pero, mientras vamos la oficina, veo a Lara escribir en el móvil demasiado emocionada. La espero y me pongo a su altura, dejando que Dougla se adelante.

Lara: Chiques, ¡Isi tiene una cita!

—Pero ¿qué haces? —la cuestiono y ella se encoge de hombros—. ¡Borra eso antes de...!

Es demasiado tarde, los mensajes comienzan a correr como la pólvora y yo me veo en la obligación de enfrentarme a todas las preguntas que me están dejando. Quiero a Lara, pero es una metomentodo.



CAPÍTULO 8

ALASTAIR

Siempre me ha gustado este lugar, aquí me siento libre y la tranquilidad se palpa en el aire. Respiro y siento como mis pulmones se llenan de aire fresco. Me encanta vivir en las Highland, apartado de todo, pero a la vez cerca. Ahora más que nunca es cuando agradezco haberme mudado aquí.

Le cepillo la crin a Júpiter, el caballo Clydesdale que lleva conmigo desde hace unos años. Lo calmo cuando, por alguna razón, se pone nervioso y relincha. Le acerco un poco de heno fresco y se lo come. No tardo en darme cuenta porqué se ha puesto así. Mi madre entra en el establo junto a mi hermana y no puedo evitar ponerme tenso.

—Tenemos que hablar —dice, entrelazando sus manos y levantando el mentón.

Siquiera me giro para mirarla, sigo acicalando a Júpiter.

—¿Vienes a obligarme a hacer algo que no quiero? —le pregunto sin andarme con rodeos—. Porque si es así, ya sabes cuál es la salida, madre.

Siento en mi espalda el peso de mis palabras, pero no puedo doblegarme ante sus deseos.

—¡Eres un inconsciente! —grita, exasperada—. No puedes hacer lo que te dé la gana, tienes un nombre, un...

—¿Un título? —chasqueo la lengua y me doy la vuelta para encararla. me acerco a ella, quitándome los guantes de montaje—. Te he dicho mil veces que no pienso hacerlo.

Mi madre, más baja que yo, de pelo canoso y ojos azules, vestida con un traje fino de algún diseñador que desconozco y puesta de tacones bajos, se enrabieta.

—Tú padre estaría decepcionado —dice y mi hermana, que ha permanecido callada hasta ahora, suelta una exclamación. Siento un nudo en la garganta y el peso de los recuerdos posarse en mis hombros—. ¿Eso es lo que quieres, Alastair? ¿Decepcionar todavía más a tu padre, en paz descanse? ¿Sabes perfectamente que él quería esto para ti!

Me doy la vuelta para volver a peinarle la crin a Júpiter. No puedo mirarla a la cara porque sé que vería el dolor que me causa con sus palabras.

—¿No vas a decir nada? —insta ella, de nuevo—. Lo harás, Alastair, lo harás porque es lo que quería tu padre para ti y porque es lo correcto. Es tu obligación. —Es mi obligación, me repito—. Vamos, Olivia.

Pero mi hermana duda ante la petición de mi madre.

—Me quedará un rato más con Alastair, madre —escucho que dice a mi espalda.

Grace Hamilton, alias mi madre, se va murmurando lo equivocado que estoy con mi decisión y le pide a su chófer personal que la lleve de nuevo a su casa. Respiro con tranquilidad de nuevo cuando oigo que el coche arranca y siento los dedos de mi hermana ceñirse en mi hombro.

No lo dudo ni un momento. Me doy la vuelta y abrazo a Olivia. Cuando le sostengo la mirada, atisbo a ver un halo de tristeza envolviendo su iris. Los tiene algo enrojecidos y me juego el alma a que a mamá le ha dicho que es por alergia. Pero a mí no puede ocultarme la verdad, la conozco demasiado bien.

Júpiter relincha y se va hasta una esquina del establo y se tumba, dejándome algo de espacio en una paca de paja. Pongo una manta que tengo allí y hago que Olivia se siente. La cosa tiene que ser grave, porque se pone a llorar a lágrima viva nada más tocar la paja.

—Olivia —murmuro su nombre en un hilo de voz, pasándole un brazo por los hombros y atrayéndola hacia mí—, ¿qué te ocurre?

Se limpia las lágrimas que surcan sus mejillas y solloza.

—No... no... no puedo... puedo más.

Acaricio su brazo y su espalda.

—¿A qué te refieres con qué no puedes más? —pregunto.

Me tiene desconcertado y preocupado a partes iguales. Olivia se levanta y pega unos saltos mientras resopla para calmarse. Es una técnica que aprendió de nuestro tío Cowan, el hermano menor de mi padre.

—Gleann me engaña, Alastair —dice y hace su mayor esfuerzo para no echarse a llorar—. Me engaña desde hace mucho tiempo y yo no puedo más, Alastair. He intentado hablar con él, entender la razón por la que lo hace e, incluso, proponerle ir a terapia de pareja.

Sospechaba de él desde hacía tiempo, desde que sacaron una foto en donde se veía a alguien muy parecido a él en un yate rodeado de mujeres. Gleann lo negó, pero desde ese momento lo tengo en el punto de mira.

El matrimonio de mi hermana fue por conveniencia. Fue mi madre quien buscó a Gleann Baldón, un hombre de alta cuña, para casar a su única hija. Olivia se limitó a hacer lo que es correcto, según nuestra madre. Se casó y a ojos de todos son un matrimonio feliz, pero la realidad parece ser muy diferente a la ficción.

Me levanto y pateo la paca de paja.

—Será cabrón —maldigo—. ¿Y qué ha dicho mamá?

Olivia aparta la mirada de mí y la baja.

—¿Qué va a decir? —hipa—. El matrimonio es sagrado. No sabes cómo se ha puesto cuando he mencionado la separación. Se ha puesto de parte de Gleann —abro los ojos como platos—. Me ha dicho que es normal que busque satisfacer sus necesidades y más si no le doy hijos. —Hace una pausa—. Es mi marido, Alastair. Los dos sabemos por qué nos casamos, pero ¿una infidelidad? Creí que me tendría más respeto.

Olivia y Gleann no se amaban, al igual que nuestros padres. Es algo que los dos sabemos desde que somos muy pequeños. A pesar de ello, mi padre le fue fiel a mi madre hasta el día de su muerte. No se amaban, sí, eso es un secreto a voces, pero se respetaban.

—No quiero seguir allí, Alastair —me dice con la voz apenada—. No quiero seguir en esa casa con él.

Hunde su cabeza en mi pecho y le acaricio el cabello.

—Mandaré a Maen a que recoja tus cosas. Te quedarás de ahora en adelante conmigo y hablaré con Gleann para que no diga nada, mucho menos a madre.

Maen es mi ama de llaves. Trabajó para mi padre desde que era una chiquilla y, posteriormente, cuando el título pasó a mí, me la traje a la finca de las Highlands porque no soportaba trabajar para mí madre. En realidad, casi todo el servicio de mi padre me pidió venir conmigo en vez de quedarse en la mansión en la que reside mamá.

—¿Puedo? —me pregunto con un atisbo de esperanza reluciendo en sus ojos.

—Por supuesto. Es más, este viernes te vienes conmigo y con Blair. He quedado con alguien. Te vendrá bien divertirse.

Olivia frunce el ceño y hace una nueva con los labios.

—Dime que no es Ava, porque como hayas quedado con ella me niego a ir.

A mi hermana no le cae bien Ava Campbell, la mujer con la que mi madre me quiere casar. Dice que es como las demás, que solo buscan riqueza y fama. Y no le quitó razón, está claro que Ava no es tonta y que sabe lo que tendría si cedo al matrimonio.

—Para tú información —le doy un golpecito en la nariz—, es una amiga. Bueno, es una chica a la que estoy conociendo.

Enarca una ceja en mi dirección y me sigue hacia los jardines.

—¿Cómo se llama? ¿Es guapa? —inquiere, coqueta—. Necesito un poco de drama, así que cuéntame sobre ella.

Nos metemos en la mansión cuando la primera gota de lluvia cae de las nubes que obstaculizan ver el cielo. Se avecina una tormenta.

Maen recoge las botas a pesar de que le digo que no y me hace pasar a mi salón particular donde ya hay dos tazas de té y unas pastas. Olivia se deja caer en el sillón y mira por la ventana.

—Se llama Isabel —tomo asiento a su lado y engullo la primera galleta—. La conocí hace un año, pero me he reencontrado con ella esta semana —suelto una risa floja y niego—. Y pensar que creía que era nuestro hijo...

Mi hermana no escupe el té de milagro. Le da un ataque de tos y se da varios golpes en el pecho.

—¿Cómo que hijo? Alastair, ¿te acostaste con ella? —pregunta exaltada.

Me encojo de hombros.

—Fue una noche, luego tomamos caminos diferentes, pero nos hemos vuelto a reencontrar. La vi con su sobrino y me alarmé tanto que si di hecho que la había dejado embarazada. Tendrías que ver la cara que puso la pobre. —Mi hermana se echó a reír—. La cosa es que he quedado con ella para echar una partida a los dardos porque quiere que le diga cómo he conseguido su número de teléfono —veo que mi hermana quiere preguntarme algo y la interrumpo después de darle un sorbo al té—. Se le cayeron las llaves y las recogí. Se ve que la pobre salió de una relación turbulenta y no quiso quedar conmigo.

—Vaya, es la primera que te rechaza —murmura Olivia, impresionada—. Oh, espera, no me lo digas. Eso hizo que quisieras tener más ganas de quedar con ella.

Me conoce demasiado bien, tengo que reconocerlo. Asiento y me terminó el té.

—Conseguí su número de teléfono y una cosa llegó a la otra y volvimos a quedar para este viernes con la condición de que, si me gana ella, tengo que decirle cómo lo conseguí y, si gano yo, volveremos a quedar.

Olivia ríe a carcajadas y el solo escucharla me alegra el alma.

—¿Sabe, por casualidad, qué eres el mejor? Deberías romper el trato, está en desventaja.

Le guiño un ojo a Olivia y cojo una pasta.

—Los Hamilton tenemos dos reglas: nunca romper un trato y...

—Una promesa —finaliza ella, con una sonrisa socarrona en los labios—. La acompaño en el sentimiento, ha hecho una apuesta con el mismo diablo.



CAPÍTULO 9

Mi mente es una esfera de hormigón duro que no deja que nada penetre en ella, siquiera el bullicio de la Lochside Tavern. Le echo el aliento al dardo que he cogido y lanzo a la diana con la esperanza de que mi esfuerzo en convertirme en una jugadora decente dé sus frutos. Por desgracia, la mala suerte me persigue; o quizá será el runrún por la boda de Cristian y Estefanía. Como sea, no logro llegar al centro de la diana y eso hace que Lara se ría de mí.

—Mierda —murmuro, pidiéndole a Kennet, el dueño de la taberna que se encuentra detrás de la barra, más dardos.

Me pongo en posición, recuerdo todo lo que Alastair me enseñó y suelto el aire poco a poco por la boca. Entonces, se hace el milagro y Lara pega un salto del taburete para celebrar conmigo que, después de una hora, he dado en el blanco.

—¡Sí, sí, sí! —exclama—. Ahora te queda ganar y saber cómo demonios consiguió tu número. Viéndolo así, tampoco es tanto, ¿no?

Enarco una ceja en su dirección y me termino la botella de agua que he pedido nada más llegar.

—¿Eso son palabras de aliento? —replico con una mueca.

Lara, que hoy se ha puesto sus vaqueros favoritos porque también estará Blair, se encoge de hombros y zumba a mi alrededor como una mosca.

—Tómatelo como quieras —dice—. Por cierto, ¿qué tal hoy con Daglas? Habéis llegado juntos a la oficina —me chincha porque sabe que no aspiro a tener nada romántico con absolutamente nadie.

—Es un buen tío —admito, volviendo a lanzar y dando, de nuevo, en el blanco.

Eso, jódete Alastair, te voy a patear tu trasero escocés.

—¿Y nada más? —inquieta ella con una sonrisa maliciosa.

No puedo evitar poner los ojos en blanco y negar. Dejo los dados en la mesa y me siento enfrente de ella. El Lochside Tavern tiene una parte en la que hay mesas normales. Pero los dardos se encuentran en la zona en la que las mesas son barriles antiquísimos en perfecto estado y taburetes. La luz está a media asta y se escucha de fondo Bohemian Rhapsody de Queen.

Me gusta, me gusta muchísimo este lugar por el buen rollo que destila y en parte es gracias a Kennet, el dueño. Nunca hay una pelea, por mucho que la gente beba; que lo hace, creedme. Quizá es porque nunca he sido de ir a discotecas y me va más este rollo. Es tan diferente a lo que he vivido en España que es simplemente genial.

—Lara, cariño, que solo he ido a correr dos días con él. ¿Qué esperas?

Ella bufa en respuesta y se cruza de brazos.

—Pues que las telarañas de tu huha desaparezcan. No sé, un povete por aquí, otro por allá... —hace una pausa—. ¿Cuánto llevas sin follar? ¿Un año?

Me sorprendo de escuchar el tiempo, aunque tampoco es algo que haya tomado en cuenta durante este tiempo. Es como si después de la noche que pasé con Alastair todo en mí se cerrara hasta nuevo aviso. Como un ERTE sexual.

—Sí, un año —afirmo—. Pero, tía, es que no me apetece. me he vuelto asexual. —Y no lo digo de coña.

Lara gesticuló con las manos de forma exagerada.

—A ver si lo que pasa es que Alastair te dejó el listón muy alto y tu subconsciente está bloqueado porque cree que no va a encontrar a nadie mejor —me señala—. Porque una cosa te digo, Isi, Alastair parece el puto Príncipe de la Cenicienta. Ya no es que solo esté bueno, que también, es que parece perfecto. Y si encima maneja un buen manubrio...

Me echo a reír a carcajadas. No tengo pruebas de su teoría, pero tampoco dudas.

—Me encantaría poder darte más detalles, pero no me acuerdo —me tapo la cara con las manos—. Lara, es que fue de película de comedia. Me levanté y lo vi a mi lado, desnudo.

—Y a ti solo se te ocurre levantar la sábana e, al ver el elemento, irte. —Se jacta—. En vez de quedarte y disfrutar un ratito más, aunque sea para tener un recuerdo nítido, vas tú, que parece que el material genético de tus padres estaba defectuoso el día que te concibieron porque vaya idea, te largas. —Me alienta dándome unos golpecitos en la mano—. Tú quédate con que cataste una buena longaniza y lo demás es historia.

—¿Eso es para consolarte a ti o a mí? —pregunto con una sonrisa leve.

Lara se lleva la mano al pecho y asiento.

—Para mí, por supuesto. Y ya que estamos hablando de todo un poco, ¿vas a ir a la boda de Cristian? —Estaba tardando en preguntar por ello.

No he vuelto a decir nada al respecto, todavía me perdura el enfado. Lo más irónico es que soy tan masoquista que me he metido en las redes sociales de cristian para stalkarlos, porque sé que son tan presumidos que lo cuelgan todo. Y, efectivamente, se les ve muy felices. Lo que no asumo es que con ella vaya tan rápido. ¿Por qué? ¿Por qué es así? *Porque no mereces que nadie te quiera*, me dice mi subconsciente.

—De momento, no —digo en rotundo.

—Uh, que cerrada que estás, Isi. Vale que fue una putada, pero ellos han pasado página y tú también deberías hacerlo —me aconseja—. Mira allí —hace un ademán con la cabeza hacia un grupo de chicos—. Yo soy tú y voy a por alguno de ellos. El que quieras, están todos para toma pan y moja.

La arponeo con la mirada y ella se echa a reír.

—Vale, vale, a tu tiempo. —Le pide a Kenneth dos cervezas y se estira. Mira su reloj y se pone firme—. Sí que tarda el principito de las narices, ni que tenga que venir de Narnia.

Lara es increíble. Pero en algo sí que tenía razón y es que Alastair tiene cierto parecido a Caspian, de Las Crónicas de Narnia. Claro está que Alastair es muchísimo más guapo, pero le trae un aire. Creo que Ben Barnes fue mi primer crush. Recuerdo ir con las chicas al cine y quedarnos ojipláticas cuando lo vimos por primera vez. Qué bueno estaba el cabrón.

Me voy al baño porque necesito hacer pis. Lara decide quedarse por si aparece Alastair con Blair. Aunque me lo ha intentado ocultar, sé que está nerviosa. Al parecer, aquella noche saltó la chispa entre ellos, pero por cuestiones de trabajo Blair no ha podido quedar con Lara de nuevo hasta ahora. Que digo que qué clase de trabajo debe tener para estar tan ocupado.

Me miro en el espejo y le mando una foto a mamá para que vea que también sé divertirme. Poso delante del espejo a lo foto *tuenti* y pongo los dedos en V. Hago morritos y se la envío a mamá con el mensaje de “**¿Ves cómo sí sé divertirme?**”

Cuando acabo, me lavo las manos y recibo una llamada de un número desconocido. Estoy tentada a no cogerlo, pero ¿y si es Alastair que se ha quedado varado en la cuneta y me está llamando desde un teléfono de asistencia con la rendición? Sí, no me gusta perder una apuesta y más si de por medio hay algo que me interesa. Así que lo cojo.

—¿Quién es? —pregunto, poniéndome mi brazo en la cintura—. Alastair, si eres tú para decirme que te rindes, yo ya...

—Soy Cristian, Isi. —Me quedo estática y me obligo a respirar—. ¿Quién es Alastair?

—¿Cristian? ¿Por qué cojones me estás llamando? —inquiero sin un atisbo de pena en la voz.

—Solo quería hablar contigo porque sé que ya te ha llegado la invitación, me lo ha dicho Quique —responde.

Me hierva la sangre. Aprieto la mandíbula y la mano se me hace un puño.

—¿Y encima me vienes con esas? —bramo en un arrebató de ira—. O sea, te follas a otra en nuestro piso, tienes los santos huevos de ocultármelo, te casas con ellas en MI boda soñada y te atreves a enviarme una invitación para que vaya? ¡¿Pero tú que te has fumado?!

Tengo que relajarme, tengo que hacer que el cuerpo me deje de temblar o voy a explotar en cualquier momento. Me siento como una bomba en su cuenta atrás. Siento que voy a hacer BOOM en cualquier momento como no me controle.

Inhalo y exhalo, escuchando su respiración detrás de la línea. Me recompongo, me aclaro la garganta y suspiro.

—Mira, Cristian, no sé si voy a ir, ¿vale? —Mi voz sale en un hilo—. Como comprenderás, ha sido un palo muy gordo porque era... era... —me quiebro, me rompo en mil pedazos—. Era mi boda, Cristian, nuestra boda. El mismo día, el mismo sitio...

—Lo siento, de verdad. Ha sido culpa mía. Todo ha sido mi culpa. —Lo oigo triste, con la voz apagada—. Le comenté a Fani los lugares y le encantaron. Se enamoró de ellos. ¿Cómo le iba a decir que no a la persona que amo, Isi?

¿La persona que ama? ¿Y qué he sido yo durante diez años de su vida? ¿Un entretenimiento? El corazón se encoge en mi pecho y una lágrima surca mi mejilla.

—La amas.

Cristian suspira a través de la línea. Lo conozco tan bien que sé que se está pasando la mano por el pelo.

—Te he querido mucho, Isi. No creas que no lo he hecho —dice—. Y me he equivocado, fui un cabrón, un...

—Hijo de puta —continúo su frase.

—Sí, lo he sido. No te merecías nada de lo que hice —afirma y me muerdo el labio inferior.

Trago saliva y me cambio el móvil de oreja. Veo mi reflejo en el espejo y lo que observo no me gusta. No me agrada verme así. No quiero tener los ojos rojos de llorar, no quiero sentir el nudo en la garganta de tal manera que ni puedo hablar.

—He tardado muchísimo en decírtelo y me arrepiento. Me enamoré, Isi. Me enamoré de ella, pero a ti te quería. Eran muchos años juntos —bufa—. Joder, yo...

Me hago de tripas corazón y cierro los ojos. La ama, ¿qué puedo hacer yo ahí? Nada, absolutamente nada. Simplemente asumir que fui la persona de paso.

—Vale —respondo.

La línea se queda en silencio unos segundos, que aprovecho para limpiarme la mejilla con la manga del jersey.

—¿Vale? —inquiete, consternado.

—Que te perdono. —Las palabras salen de mis labios—. Eso no quiere decir que lo vaya a olvidar, pero te perdono.

—¿Y vendrás? Isi, ante todo eres mi amiga. —Su amiga, me repito.

Me aclaro la garganta y me sonrío de la manera más falsa ante el espejo.

—Claro, ¿por qué no? Además, yo... yo... —Dilo, di que irás sola—. Iré acompañada.

Soy gilipollas.



CAPÍTULO 10

ALASTAIR

—¿Dónde está Bel?

Lara hace un ademán con la cabeza hacia el baño y se acerca a mi oído. la música está tan alta que es la única forma de escucharla.

—Ha ido al baño, pero lleva ahí un buen rato. Quizá se ha colado por el váter o... a no, mira ahí viene.

Cuando la miro, sé que no está bien. Isabel es una mujer muy expresiva y hay algo que la inquieta. Además, sus ojos rojos la delatan.

—Ho, ho. Seguro que está así por la boda de Cristian —farfulla Lara—. ¿Tú te crees que el muy cabrón la ha invitado? Desvío la mirada hacia ella y frunzo el ceño.

—¿Cristian? —inquiero sin entender.

Lara asiente.

—Su ex. —Hace la mano cornuda y caigo. Luego me hace un gesto para que me calle y se acerca a ella, pasando un brazo por sus hombros. Isabel se recompone y me sostiene la mirada, pero la dirige directamente a Olivia, que aparece por mi derecha y me toma del brazo—. ¡Ya estamos todos! —grita Lara, emocionada.

Isabel da una zancada hacia mí y se cruza de brazos. A pesar de saber que está en una serie desventaja, levanta el mentón y se pone más recta que una estaca. Y eso solo la hace ver más atractiva. me encanta cuando me mira desafiante aun estando dolida.

—¿Listo para perder? —Su confianza me abrume.

Echo la cabeza hacia atrás y me río.

—Creo que eso debería decírtelo yo, pero ya veo que estás muy segura de ti misma.

Una sonrisa ladina ilumina su rostro.

—Yo siempre estoy segura de mí misma. Por cierto, ¿tú eres...? —Se dirige a mi hermana y ella se presenta, estrechándole la mano.

—Soy Olivia, espero que no te importe que haya venido, pero no me quería perder por nada del mundo esta partida. Necesito que le des una paliza a mi hermano y se le bajen esos humos que tiene.

Isabel enarca una ceja y la señala.

—¿Qué es tu hermano? —pregunta con un tono de voz más agudo y su mirada va de mi hermana a mí—. Pues que sepas que eres muchísimo más guapa que él. Ya sabemos quién se ha llevado los mejores genes en la familia.

¡Ouch! Justo dónde más me duele.

Olivia se ríe y mi corazón se llena de alegría al verla así. Mi hermana me suelta el brazo y se dirige con Isabel y Lara hacia la barra para pedirle a Kenneth los dardos. Me quedo en la mesa

con Blair, apoyado. Las veo hablar y reírse por algo que ha dicho Lara. Y, por un momento, recaigo en la sonrisa de Bel. Tan natural, tan... preciosa y encantadora que hasta siento que el aire deja de entrar en mis pulmones.

Blair me da una palmada en la espalda y me da la cerveza que ha pedido. Kenneth me hace un gesto con las manos, con el pulgar hacia arriba, para decirme que todo está bien. Asiento en su dirección de forma sutil y me doy la vuelta.

Recordar cómo encontré el Lochside Tavern me resulta muy divertido. Pero lo puedo resumir a que Kenneth nos abrió las puertas de su casa para tener un lugar seguro al que acudir cuando lo necesitáramos; porque aquí no soy Alastair Hamilton, solo soy Alastair.

Me termino la cerveza y la dejo, con un golpe seco, encima de la mesa.

—¿Has visto cómo está Lara? —me dice Blair. Lo miro por encima del hombro y una risa gorjea de mi interior. El pobre se sacrificó por mí y estuvo un año de aquí para allá. No tuvo demasiado contacto con ella y eso hizo que las cosas entre los dos se enfriaran. Me siento culpable porque, ahora que he podido verlos juntos, sé que a Blair le atrae. Y esa es la primera norma de una posible relación: la atracción—. Isabel tampoco está nada mal, parece más... menos...

Le doy un golpe en el brazo y le hago un gesto con la cabeza para que corte el rollo. Él, en respuesta, levanta las manos en señal de rendición y tuerce el gesto.

—No pienso decir ni una palabra. Pero sí que me veo en la obligación, como tu mejor amigo que soy, de preguntarte cómo está Olivia. Y a eso no puedes echarme una de tus miraditas fulminantes de *cállate o te rompo el pescuezo*.

La cerveza viaja sola a mis labios. Cuando me la acabo, cojo un dardo y muevo los hombros con resignación mientras observo a mi hermana reírse junto a Isabel. Sin quererlo, la fina línea que se ha formado en mis labios desaparece para dejar paso a una ligera sonrisa.

—Está jodida. He hablado con su marido y le he dejado claro que lo quiero lejos de ella y sin hacer un solo escándalo —respondo—. Y le he dejado caer que, como le diga algo a mi madre, le corto las pelotas.

A mi hermana pequeña no le hace daño nadie, antes tienen que pasar sobre mi cadáver.

Blair resopla y chasquea la lengua.

—Vaya con el gilipollas —farfulla—. ¿Y tú con lo de Ava cómo vas?

Pongo los ojos en blanco y niego.

—No sé qué hacer. Hay veces que pienso que es lo mejor, lo que debo hacer por mi padre, por la familia. —Pero desvío la mirada hacia Isabel y siento como el peso de mis acciones recaen en mis hombros—. Nosotros no podemos elegir con quién estar, Blair.

Ser quién soy es como un laberinto donde pierdo el control, donde soy prisionero de decisiones que me desgarran el alma. No puedo negarme por el simple hecho de ser un Hamilton, por la reputación de mi familia y por el honor de mi padre. Simplemente, no puedo.

—¿No puedes o no quieres? —me pregunta él con el ceño fruncido—. Alastair, eres como mi hermano y no quiero verte con alguien a quién no amas. Eres lo suficiente fuerte como para negarte a todo eso, pero el fantasma de tu padre te persigue y eso te está matando. —Me dirijo a la diana con Blair pisándole los talones. Lanzo el primer dardo con toda mi ira y doy justo en medio—. Alastair, recapacita —susurra a mi lado, posando su mano sobre mi hombro y apretándolo—. Date una oportunidad.

Pero tiro otro dardo mientras siento como el corazón se me encoge. ¿Darme una oportunidad? Todas mis relaciones han acabado en desgracia y la única que pensé que podría funcionar acabó con la vida de mi padre cuando la prensa descubrió que me engañaba y sacó a la

luz fotos que hicieron que el corazón Cameron Hamilton se detuviera. Fue en su último aliento cuando le prometí que estaría orgulloso de mí y que seguiría sus pasos como cabeza de familia.

Salgo de mi ensimismamiento cuando un dardo vuela hacia la diana y se clava al lado del mío. Por encima del hombro, observo a Isabel con otro más listo para ser lanzado. Su posición segura me delata que va a por todas, a aplastarme. Su sonrisa es ancha y su mentón se mantiene arriba. Se acerca con un contoneo de caderas natural, pero que me embelesa.

—Tenemos una apuesta pendiente —murmura—. ¿Estás listo para perder?

Su mirada desafiante hace que una corriente eléctrica me recorra el cuerpo. ¡Joder! Isabel me sostiene la mirada con insistencia y un brillo pícaro se instala en sus ojos verdes. Lanza el dardo y acorrala al mío junto al otro que ha tirado minutos atrás. Trago saliva cuando se recoge el pelo en un moño suelto y algunos mechones de su rubio cabello caen por su rostro. Bajo las luces tenues del Lochside Tavern apenas puedo ver las pecas de su nariz, pero sí el color rosado de sus labios mullidos.

Me desafía. Se acerca a la diana y coge los tres dardos, dándome una absoluta vista de su trasero, y, cuando vuelve, me los entrega. Me relamo los labios y los cojo, rozando su mano con los dedos.

—Que comience el juego.



—¡Mierda, mierda! —escucho como Isabel maldice a todo pulmón mientras que Lara y Olivia hacen el amago de animarla.

Blair choca los cinco conmigo y se carcajea, lo que hace que Isabel le dé un golpe en el brazo que lo hace jadear.

—Y tú no te rías. Tú amiguito me ha distraído, no se vale —refunfuña ella.

Me cruzo de brazos y encojo los hombros. Apoyo mi peso en la mesa mientras que ella se dirige a mí echa una furia.

—Sabes tan bien como yo que has hecho trampa —brama.

Puede ser que me haya esforzado un poquito en ponerla nerviosa. Nunca pensé que Isabel pudiera llegar al extremo de empatarme y he tenido que tomar la decisión de desatar mis encantos para que no descubriera cómo conseguí su número de teléfono. No es el momento de eso, no quiero estropear lo que sea que tenemos y que me ata a la realidad.

—No es culpa mía que te hayas puesto nerviosa —una sonrisa socarrona se desliza en mis labios—. Aunque, claro, yo también me hubiera puesto nerviosa teniéndome al lado.

Isabel suelta un resoplido y me mira mal... muy mal. Lara hace una mueca y se estira como si hubiera estado sentada durante mucho tiempo.

—A mí me da igual cómo hayáis quedado, quiero irme a la cama —bosteza y es cuando veo la hora que se ha hecho.

Son casi las tres de la mañana y Kenneth está recogiendo los taburetes del Lochside Tavern. No me he dado cuenta de cómo pasaba el tiempo. Me lo estaba pasando tan bien que el tiempo se ha transformado en algo relativo. A pesar de la rivalidad que Isabel tiene conmigo, nos hemos pegado unas buenas risas y eso es indiscutible.

Blair se acerca a Lara y le susurra algo al oído. Ella le devuelve una mirada cómplice y asiente. Se dirige a Isabel, que se está despidiendo de Olivia, y le mete la mano en el bolso hasta sacar las llaves del coche. Pero Bel la detiene con el ceño fruncido.

—¿Dónde crees que vas con mi coche? —le pregunta y solo me hace falta echarle una

ojeada a Blair para saber qué le ha dicho.

—Blair no lleva coche y lo necesito. A ti te puede llevar Alastair —insta Lara.

Isabel me mira y niega.

—Y una mierda —responde, tajante—. No puedes hacerme eso.

Lara chasquea la lengua y forcejea con Isabel para que no le quite las llaves. Kenneth intercambia una mirada conmigo y lo único que se me ocurre es encoger los hombros. Mi fiel tabernero echa la cabeza hacia atrás y se ríe mientras mete unas cosas al almacén.

—Y tú no puedes dejarme con él a solas —susurra Isabel—. Es posible que le arranque la cabeza por tramposo —levanta un poco la voz para que la escuche.

Mi hermana se pone a mi lado y se inclina de lado sobre el barril. Se lleva un mechón de pelo detrás de la oreja y sonríe.

—Me gusta —murmura mientras que Isabel y Lara siguen forcejeando por las llaves del coche. Los ojos de mi hermana se clavan en los míos y exhala—. Me gusta, Alastair.

Mi hermana es una persona muy reservada, quizá por la educación tan tradicional de mujer recatada que ha recibido durante toda su vida. Que le guste alguien es una buena señal, significa que ve algo bueno en esa persona.

Olivia me hace un ademán con la cabeza para que la ayude a separar a Isabel de Lara. Han llegado a tal nivel que parece que Bel la va a escalar. Lara está casi subida a la barra, con el brazo estirado y la otra mano impidiendo que Isabel coja las llaves.

Me acerco y le paso un brazo por los hombros a Isabel y la atraigo hacia mí. Con mis dedos rozo su brazo. Ella, con la sorpresa titilando en sus bellos ojos verdes, me observa y se aparta como si apestara. Me señala y me advierte con la mirada.

—La manita relaja que te tengo muchas ganas —suelta en español.

No tengo ni idea de lo que ha dicho, pero me parece un idioma precioso, sobre todo saliendo de sus labios.

—¿El qué? —le pregunta Olivia—. ¿La... la... ma... ma... manuta...? —intenta repetirlo y es cuando a Isabel se le suben los colores.

Se rasca la nuca y se aclara la garganta.

—Significa que como tu hermano me vuelva a coger así va a estar más jodido que el fontanero del *Titanic*.

Lara refunfuña y se pega a Blair, negándose a soltar las llaves que están en su poder. Una mirada rogante y una inspiración después, hacen que Isabel se apiade de ellos y ceda. Para mi sorpresa, me da un golpe con el bolso en el brazo mientras los ve irse hacia su coche.

Kenneth cierra la taberna y se despide de nosotros. Meto mis manos en los bolsillos del abrigo hasta el fondo y miro al cielo. Mi hermana se ha ido detrás de Blair y de Lara porque quiere quedarse en un spa que está cerca de aquí y la van a acercar. Se ha tomado muy en serio el desconectar y me parece bien, salvo porque Isabel está tan cabreada conmigo que ni me dirige la palabra.

—Es por aquí —la guío, comenzando a caminar hacia el coche.

Me sigue de cerca, separada por una distancia prudente como si el solo contacto conmigo quemara.

—Oye, ¿y si dejamos el mal rollo y tenemos una conversación? Me das miedo —murmuro, sacando las llaves del bolsillo del abrigo y apretando el botón.

Las luces parpadean e Isabel enarca una ceja en mi dirección al descubrir qué coche tengo: un Range Rover SV que compré hace bastante poco. Silba, y toca la carrocería con la yema de su dedo.

—Algo baratito, ¿eh? —dice—. ¿A qué te dedicas? ¿Eres empresario? Porque este coche es relativamente nuevo.

¿Empresario? Ya quisiera yo. Tengo muchos negocios, inversiones privadas aparte de mi verdadero trabajo. Pero nunca me he considerado un empresario, más bien un pobre desgraciado que ha nacido con una maldición de familia.

—¿Esa es tu forma de comenzar conmigo a hablar? ¿No hubieras preferido algo como: *me da asco tu riqueza*? Creo que te pega más.

Isabel pone los ojos en blanco y se prepara para disparar una respuesta, pero un lloriqueo agudo y lastimero hace que los dos dirijamos la mirada hacia el callejón que hay a pocos metros. Intercambiamos una mirada cuando se vuelve a oír. Isabel es la primera en dirigirse allí y suelta una exclamación que me hace acelerar el paso.

Cuando llego, se encuentra acucillada y viendo dentro de una caja de cartón. Un precioso Lebel Escocés me mira con pena. Está temblando y parece tener hambre. Isabel se quita la bufanda gruesa que tiene y lo envuelve con ella, cogiéndolo. Tendrá apenas unos meses de vida, como mucho cinco. Parece estar en buenas condiciones, salvo por la tristeza que destila su mirada oscura. Me acerco y le acaricio con la punta de los dedos la cabecita.

La boca de Isabel se ha transformado en una sonrisa, mira al cachorro con adoración y le dice tonterías con la voz aguda como si fuera un bebé.

—¿Quién lo ha dejado aquí? —Observo hacia todos lados y frunzo el ceño—. Desgraciado...

—No sé quién lo habrá dejado, pero esta preciosidad se viene conmigo a casa —dice, caminando hacia el coche. Pero, a los pocos pasos, se para y me mira por encima de su hombro—. ¿O no quieres que te manchen de pelos la tapicería?

Con una sonrisa ladina, me dirijo al coche y le abro la puerta del copiloto para que entre con la perra en brazos. Hemos comprobado que es hembra y eso ha alegrado mucho a Isabel.

Meto la llave en el contacto y me giro hacia ella antes de conducir a su casa.

—¿Has pensado cómo la vas a llamar? Porque, supongo, que te la vas a quedar.

—Isla, se llamará Isla. —La pequeña cachorro suelta lo que parece un ladrido muy agudo e Isabel ríe—. Ahora seremos tres perras en casa.



CAPÍTULO 11

“La Familia Real se ha reunido en una comida informal en la que se ha visto al Duque...”

—Isla, vamos a hacer un trato. Tú no me muerdes los calcetines y yo te doy esto. — Apago la televisión y me pongo delante de ella. Zarandeo delante de su hocico una chuchería y la perra se relame—. ¿Estamos?

Me he pasado toda la semana trabajando y yendo de un lado a otro con Lara para comprarle cosas a Isla. Cuando mi amiga volvió el día siguiente y se encontró con ella, no dudó ni un segundo en achucharla y preguntarme si nos la quedábamos.

—No la hagas sufrir, dáselo —exige Lara desde la cocina, asomada.

Tiene muy consentida a Isla, ya se sabe quién es el poli malo y bueno en la relación. Lara le hace unas carantoñas y la acaricia mientras que nuestra pequeña, no tan pequeña, Lebrél Escocesa mastica. Luego, se dirige a la camita que tiene en el comedor y se pone a morder el juguete que le regaló el veterinario al que acudimos para vacunarla y ponerle el chip.

Voy a la cocina y me sirvo una taza de café. Me apoyo en la encimera y pego el primer sorbo.

—Se ha hecho muy rápido a nosotras —dice Lara con una radiante sonrisa en los labios.

—Y que lo digas —asiento—. Y es muy lista y educada. ¿Te has dado cuenta?

—¡Sí! —La exclamación de Lara hace que pegue un bote y parte del café que reposa en la taza salga despedido. Mascullo una maldición y la miro mal mientras limpio con un trozo de papel la encimera—. Uy, perdón. Pero sí, es como si el destino la hubiera puesto en tu camino

¿El destino? ¿Ya está Lara otra vez con eso? Lleva toda la semana que si el destino esto o aquello. La presuntuosa piensa que hay una fuerza cósmica desconocida que ha hecho que ella y Blair se encuentren. Lara está como una berenjena y que se ha enganchado al pobre chico como al pica-pica a los siete años, esa es mi conclusión. Yo lo llamo casualidad, una de las tantas que te pueden ocurrir en la vida. Pero ¿el destino? ¡Vaya tontería!

Me río conforme sigue hablando y ella me dirige una mirada llena de enfado.

—¿Qué quieres que te diga? Me parece una tontería eso del destino, Lara. Ha sido una casualidad.

Frunce el ceño. Las manecillas del reloj de cocina nos advierten con su movimiento de que va siendo hora de acabar con la charleta e irnos a trabajar.

—Tú dirás lo que quieras, pero existe. —Me señala con su fino dedo y deja la taza en el fregadero—. Por cierto, ¿al final vas a ir a la boda de Cristian? Últimamente no se habla de otra cosa en el grupo principal. —Lara hace las comillas cuando pronuncia *principal*.

Lo que ocurrió fue que, cuando se destapó que Cristian estaba con Fani, se creó otro grupo aparte sin ellos. Lo hizo Pilar. Durante meses, el principal había estado inactivo, no había

ni una sola alma a la que se le ocurría escribir... hasta que lo hice hace dos días.

No le he contado a Lara que le dije a Cristian que sí iría, y muchos menos que lo haría acompañada. Pero mi amiga es demasiado lista y ve que pasa algo cuando no le respondo. ¡Maldita sea su ojo de loca, que nunca se equivoca! Me cierra el paso cuando intento irme y la excusa de que llegamos tarde al trabajo no la detiene en su escrutinio.

—Empieza a soltar por esa boquita qué pasó ese día cuando te llamó Cristian o me cojo un vuelo a España y lo dejo sin descendientes de lo mucho que le voy a apretar los huevos para que me lo cante todo —advierte, amenazante.

Me rasco el cuello y llego a la conclusión, bajo su mirada perspicaz, de que es capaz de todo por enterarse. Me resigno y suelto el aire de mis pulmones. Sé que si no quisiera contárselo, sólo tendría que decirlo. Lara respeta mucho mi privacidad, a pesar de que es bastante exigente e intangible. Es uno de sus muchísimo defectos, algo que la hace ser ella misma y no pienso cambiar por nada del mundo porque soy demasiado callada y un pequeño empujón nunca viene mal para soltar las cosas.

La escudriño con la mirada. Lleva un traje de pantalón y americana que le queda como un guante y luce unos tacones que la hacen ver muchísimo más esbelta. Se ha recogido el pelo, largo y rizado, en un moño. Por la cara, le caen algunos bucles azabaches, casi azules bajo la luz. Es increíble la mezcla de colores que tiene sus ojos. Son marrones y el ojo derecho tiene una mota azul que parte su pupila con un azul mar espectacular. Una heterocromía parcial que siempre la ha hecho diferente.

—le dije que sí, ¿vale? —Paso por su lado, mordiéndome el labio inferior, y camino hacia la entrada, en dónde me pongo el abrigo.

—¿Y? —pregunta Lara, haciendo lo mismo—. Te estás mordiendo el labio inferior, Eso es que hay algo más. No te he querido agobiar estos días porque hemos estado de trabajo hasta el cuello, pero ahora que tenemos un descanso necesito saberlo.

Abro la puerta y le lanzo a Isla un beso. Veo que tiene comida y agua suficiente y me aseguro que de estén todos los empapadores dispuesto por diferentes puntos de casa para que haga pis. Aún la estamos enseñando a que se debe hacer en las zonas adecuadas y habilitadas para ello, como el parque de perros. Sin embargo, nuestra pequeña es muy lista y no tardó demasiado en comprender que los empapadores están en casa por si acaso.

Bajo las escaleras de una en una con Lara pisándome los talones.

—Es solo que... que... —me callo al escuchar como una de nuestras vecinas abría la puerta. La saludamos y seguimos nuestro camino hasta llegar al descansillo de la entrada.

—¿Es solo qué? ¡Me estás poniendo de los nervios!

Cojo el pomo de la puerta y la abro para salir. Pero antes, me doy la vuelta y hago una mueca con los labios, lo que hace que Lara frunza el ceño.

—Isabel María Márquez Jiménez —me llama por mi nombre completo—, ¿qué gilipollez le soltaste?

La observo por encima del hombro y suelto un suspiro.

—Le dije que iría acompañada —respondo.

Lara enarca una ceja y sus labios se vuelven una línea recta.

—Tú eres tonta, pero tonta, tonta, tonta —refunfuña y se da un golpe en el brazo—. Ya pensaba yo que le habías soltado alguna gilipollez.

Caminamos hacia mi coche y nos subimos. Meto la llave en el contacto y conduzco bajo unas nubes que auguran tormenta.

—¿Te parece que eso no lo es? —suelto, enfadada conmigo misma.

Lara se encoge de hombros y suelta el botón de la americana para ir más cómoda. Pone la radio y se abrocha el cinturón.

—Puedes pedirselo a Dougal —murmura y desvía la mirada hacia mí, hay un brillo pícaro en sus pupilas que no me gusta nada—. O a Alastair.

Pego un frenazo y las dos nos hacemos, en un brusco movimiento, hacia delante. Pero no sé si ha sido por la loca idea de llevar a Alastair conmigo o porque he estado a punto de atropellar a alguien que se ha lanzado a pasar por medio de la calle. Aplasto el claxon con la palma de la mano, pero el chico hace un gesto vulgar hacia mí y yo le respondo de la misma manera.

Lara se aferra al cinturón como si su vida dependiera de ello, que no lo dudo, y me mira con los ojos muy abiertos.

—Nada de hablar de Alastair mientras conduces, lo he pillado —susurra.

Vuelvo a emprender el camino hacia la oficina con la música a una voz de ambiente. Mi amiga va ensimismada en el teléfono y suelta suspiros de vez en cuando. La muy idiota se ha pillado de Blair, me juego el pescuezo. ¿Cómo puede ser tan tonta? ¿Es que no ha aprendido nada de mi experiencia? Aunque, claro, a ella no tiene que pasarle lo mismo que a mí... o sí.



Estiro los brazos cuando acabo el último informe que me ha mandado hacer Clyde. Sonrío cuando cierro el ordenador, me siento muy orgullosa de mi trabajo. Me tomo unos minutos para girar sobre la silla y escuchar la lluvia caer desde las nubes. Sé que a mucha gente le disgusta este tiempo, pero es como si yo hubiera nacido para él.

Abro un poco la ventana y olfateo el ambiente.

Me recuerda a cuando pasaba los veranos en Rueda. El olor de la naturaleza, del césped húmedo bajo mis pies, del olor a tierra mojada... oh, sí, qué bien me lo pasaba allí con mis hermanos y con los otros niños del pueblo. Tenemos una finca enorme que mis padres adquirieron con muchísimo trabajo para cultivar los viñedos. Poco a poco, nuestro vino ha ido colándose en los paladares de los catadores más exquisitos y, hace poco más de dos años, mi hermano decidió ampliar nuestro negocio plantando olivos en una finca contigua a la nuestra de cien hectáreas que compró con los beneficios y abriendo las puertas de nuestra propia productora de vino a pequeños grupos que hacían catas por precios muy asumibles.

Tengo que volver allí, al *Caserón de la Villa*.

Alguien pica la puerta de mi despacho y le doy paso mientras recojo la mesa. Dougal me da una sonrisa abierta y cierra la puerta detrás de él. Pasa con cierto nerviosismo e intento tranquilizarlo dándole una sonrisa cerrada.

—Dougal, hola —le digo, cerrando la cremallera del maletín.

Se rasca la nuca. Lleva puesto un traje de dos piezas sin corbata, pero creo recordar que esta mañana sí la llevaba. Supongo que las largas horas trabajando han hecho que desaparezca.

—Isabel, quería preguntarte algo —murmura, tronchándose los dedos. «Qué no sea de trabajo, que no sea de trabajo», rezo para mis adentros—. Quería saber si... bueno —se aclara la garganta y le insto a que siga hablando con una mirada amable—. Quería saber si te gustaría salir a cenar conmigo mañana.

¿Me acaba de pedir una cita? ¿Dougal acaba de...? ¡Por favor! ¡Me acaba de pedir una cita!

Por un momento me quedo pensativa. Mi decisión de no estar con nadie tiene una base

muy fundamentada, pero tengo que admitir que Dougal ha sido muy amable conmigo y que tiene un encanto muy particular. Es agradable, un buen compañero de trabajo y, sí, guapete. Tiene un brillo tan especial en los ojos que me da apuro decirle que no. Así que asiento.

—Claro, ¿por qué no? —me veo obligada a decir—. Puede ser divertido.

Desde fuera, observo a Lara mirarme con una ceja enarcada y preguntarme con gesto qué está pasando.

Dougal sonríe todavía más y se echa el pelo para atrás.

—Joder, genial —exclama—. ¿Te paso a recoger mañana a las ocho?

Asiento y él se va. Tengo la suerte de que a Lara la llama Clyde para decirle algo. Me quedo unos minutos sola, de nuevo. Algo que agradezco con todo el corazón hasta que el móvil vibra en el bolsillo de delante del maletín.

Lo saco y deslizo el dedo para leer el mensaje de Alastair.

Alastair: Hola preciosa, acabo de llegar. ¿Te gustaría quedar en un rato para tomar algo? Me debes una cita.

Alastair y yo llevamos toda la semana hablando por Whatsapp debido a que ha tenido que irse fuera por trabajo, o eso creo. Siendo sincera, estaba deseando recibir su mensaje. Quizá porque mis ganas de fastidiarlo son más grandes que el cansancio o porque, simplemente, y por mucho que me duela aceptarlo, me lo paso bien con él.

Isabel: ¡Hola, idiota! Pensaba que llegarías más tarde, qué sorpresa (que se note el sarcasmo). ¿Quedar tú y yo? ¡Ni de coña!

—¿Y esa cara, Isabel? —inquire Lara con cierto tono pícaro entrando en mi despacho—. ¿Con quién estás hablando? ¿Es Alastair?

Pega un ligero grito de emoción.

—¡Qué fuerte que vayas a quedar otra vez con él! —exclama—. Porque vas a quedar, ¿no? Lleváis toda la semana hablando y tienes una carita de tonta... —apuntilla, recibiendo un codazo de mi parte—. ¡Ah, eso no se hace! —se queja mientras se soba.

—No tengo cara de tonta. Es solo que... —me muerdo el labio inferior.

—¿Solo qué? —pregunta con el ceño fruncido.

Suspiro y me encojo de hombros.

—Me siento como cuando era adolescente, ¿sabes? Llevo tanto tiempo fuera del mercado que me emociona muchísimo que un tipo como Alastair esté hablando conmigo —confieso—. Es una sensación muy rara. Pero me gusta, es como si aquí dentro —señalo mi estómago— hubieran millones de mariposas. Además, también he quedado mañana con Dougal y...

Lara suelta una exclamación.

—¡Qué fuerte, qué fuerte, qué fuerte! Primero, quien tendría que estar emocionado es él porque quedéis —me recuerda—. Mira, Isabel, han pasado dos años desde lo de Cristian y es normal que estés así. Has comenzado una nueva etapa de tu vida. Ahora tienes que disfrutarla a tope —añade, haciendo sonreír—. Tienes que hacer eso: sonreír. grita, baila, canta... ¡folla! Tienes que disfrutar el día a día. Y si te llevas bien con Alastair, y encima te lo pasas bien... ¿Quién te lo impide? ¿Tu cabeza? Serías tonta —me pica la nariz con su dedo—. Tienes que confesar que ese juego de *me caes mal y te quiero joder* que te traes con él te encanta.

Ella es la única que llega a comprender todo lo que puedo sentir o pensar en solo dos segundos. Una grandísima parte de mí quiere vivir el momento. Ya sabéis, *carpe diem* (o como dice mi madre; Carmen Díez). Pero luego hay una pequeñísima parte de mi cabeza que sigue estando de luto por lo que ocurrió con Cristian, que no llega a superar los cuernos y se culpa de

lo ocurrido. Porque sí, aunque no lo parezca, está ahí dentro martillando por salir y es una lucha constante mantenerla al margen.

Mi móvil vibra y deslizo el dedo por la pantalla.

Alastair: ¡Oh, vamos! ¿vas a hacer que te ruegue? ¿Te apetece ir al cine? Hace muchísimo tiempo que no voy.

Respondo con rapidez bajo la atenta mirada de Lara.

Isabel: Solo si hay palomitas grandes y refresco. ¡Y por qué te debo una!

Alastair: Quedamos en la sala 5, fila 12, a las siete. No llegues tarde. Espero que te gusten las comedias.

¿Acaba de decirme que quedamos dentro de la sala? Frunzo el ceño y bloqueo el móvil.

—Me ha dicho de quedar en la sala y no fuera —murmuro y Lara se sorprende.

—Es un poco raro, ¿no? —pregunta.

Asiento, pero ella se encoge de hombros.

—Quizá el chico ya tenía las entradas sacadas y quiere darle vidilla a lo vuestro —dice, a lo que parpadeo y le saco la lengua.

—No hay nada entre nosotros, penca. Pero... ¿qué me pongo?



CAPÍTULO 12

Le enseño mi entrada al taquillero y entro al cine para comprar las palomitas. Pido dos cubos grandes con dos refrescos y una bolsa hasta arriba de chucherías. Necesito curar mis penas a base de azúcar. ¡Qué se me ha roto el mecherito! ¡Mi coche!

Me dirijo a la puerta número cinco, intentando no matarme en el intento, y la empujo con el costado. Para mi sorpresa no hay nadie, salvo Alastair, que baja a toda prisa para ayudarme.

—Has comprado un cargamento de palomitas para todo el cine —bromea, cogiendo uno de los botes.

Río por lo bajo y niego.

—Soy una adicta a las palomitas —confieso, siguiéndolo.

Subimos hacia nuestras butacas y nos sentamos. Las luces del cine aún están encendidas, y me dejo cautivar por sus ojos y su negro pelo ondulado echado para atrás. Alastair parece cansado, sus ojos están un tanto apagados y tiene ojeras. Pero me sorprende al sonreírme.

Cojo un puñado de palomitas y me las como una a una.

—¿Qué tal el trabajo? Pareces cansado —inquiero con curiosidad.

Nunca he hablado con él de eso, a qué se dedica.

—Demasiadas cosas en un periodo de tiempo reducido —resopla—. Pero no es nada que no pueda controlar. ¿Y tú semana, qué tal? Pareces un poco...

Carraspeo y desvío la mirada a la pantalla aún en blanco. Hasta ahora, nadie más ha entrado a la sala.

—Pues... pues...

—¿Se ha aclarado ya lo de tu ex? —me pregunta y yo abro los ojos. Alastair se encoge de hombros y me sonríe con inocencia—. Lo dijo Lara.

Resoplo y me llevo unas cuantas palomitas a la boca.

—El muy idiota quiere que vaya a su boda —me callo y tomo aire—. Y yo le dije que sí. ¿Te lo puedes creer? ¡Me ha invitado a su boda! —exclamo, y las luces se van apagando.

Y yo que soy una imbécil voy y le digo que sí y que iré acompañada, me digo a mí misma, pero por la cara que pone Alastair creo que lo he pensado en voz alta.

Me coloco bien en la butaca y como palomitas.

—Es un sinvergüenza —apuntilla Alastair, y no es hasta que desvío la mirada hacia él que distingo enfado en sus pupilas—. ¿Te engaña y tiene la cara de invitarte a su boda? ¿Qué clase de persona es?

—Eso mismo he pensado yo —insto—. ¡Qué vergüenza cuando me vea aparecer sin nadie! Creerá que lo he dicho con intención de hacerle daño o...

Alastair se echa a reír y niega.

—Es normal, y más ante esa situación. Lo que la gente piense u opine de ti tiene que darte igual; y te lo digo yo, que en esa materia soy un experto. —Me guiña un ojo y se lleva una

palomita a los labios—. ¿Y sabes con quién vas a ir?

Sonríó sin enseñar los dientes, niego y desvío la mirada hacia la pantalla. Lo mejor de que no haya nadie más en la sala es que podemos comentar todo lo que nos hace gracia sin molestar a nadie.

Me río como nunca. Disfruto de la película y acabo llorando de la misma risa, aunque prefiero llorar de gracia antes que de tristeza. Codeo a Alastair cuando intenta quitarme el bote de palomitas.

Cuando la película acaba, Alastair se detiene de pie y tiende la mano hacia mí para que me levante. La agarro y nuestros cuerpos quedan a solo milímetros de separación, espacio que acaba cuando se atreve a darme un beso en la mejilla que hace que me ponga colorada.

«Esto con Dougal no me pasa», pienso.

Vale, acaba de darme un simple beso en la mejilla y me he puesto como un tomate. Pero es que nunca, nadie, me había tratado así de... *cute*. Alastair parece un gran tío. Ya sabéis, de esos hombres con trabajos importantes, caballerosos, divertidos, amables y máquinas en la cama (o eso creo). ¡Lo tiene todo!

Y es cuándo me pregunto qué clase de broma es esta. No me malinterpretéis, pero no he sido tan buena como para que el destino, Dios, el karma, la casualidad o lo que sea, me haya mandado a un ser como él para que se cruce en mi camino. Tiene que haber trampa; un pasado tenebroso con vísceras y miembros amputados, quizá. No puede ser perfecto, debe tener algo que se me pasa.

—Oye, Alastair, ¿en qué trabajas? —inquiero cuando salimos del cine y recorremos la sala hasta la puerta.

—Tengo una empresa de energías renovables —responde sin dudarlo—. ¿Y tú en qué trabajas?

«¿Preguntas de calibración, eh? Tengo que descubrir alguna imperfección»; pienso para mí.

—Soy directora comercial —digo, y abre los ojos con sorpresa—. ¿Qué? ¿Nunca habías conocido a una profesional del sector?

Quizá podría haber formulado la pregunta de otra forma y que no sonara como si me dedicara a la prostitución, ya que la señora mayor que se encuentra con su marido en el pasillo me ha mirado con una cara que tira para atrás. Pero así soy yo, Isabel Jiménez nunca sopesa las cosas dos veces... y así me va.

Alastair ríe por lo bajo y me lleva a través de los pasillos del cine hasta una puerta alejada de la entrada. Paro en seco y frunzo el ceño. Señalo la puerta y le pido una explicación con la mirada.

Se echa el pelo para atrás y se encoge de hombros en señal de nerviosismo.

—Tengo el coche aparcado por aquí —dice, y yo voy y me lo creo (nótese el sarcasmo) —. No te preocupes, no nos van a decir nada.

Frunzo el ceño y suelto una de las mías, de esas que salen solas disparadas.

—Alastair, ¿estás casado y no quieres que nos vean juntos? —pregunto, montando un par de teorías conspiratorias en mi cabeza—. Si es así, lo siento, pero no salgo con casados.

Echa la cabeza hacia atrás y ríe a carcajadas.

—No estoy casado, ni tengo novia —murmura—. Hay gente que me conoce y no me apetece intermediar con ellos.

Abre la puerta y me deja pasar primero.

—Oh, ¿es por tu trabajo? Te entiendo, mi padre tiene viñedos y no sabes la de gente que

lo para en la calle.

Caminamos por la parte de atrás del cine hasta llegar a su coche.

—No sabía que tu padre hacía vino —susurra, abriendo la puerta del copiloto para que entrara.

Da la vuelta y se mete. Nos ponemos los cinturones y conduce hasta pararse en un semáforo. De fondo suena una canción lenta, de esas que se repiten en la radio por ser un hit mundial.

—Pues sí, mi padre es viticultor. Así que cuidadito conmigo, que piso uvas como nadie. Mis pies son puro acero, chaval —bromeo, a lo que Alastair me responde con una sonrisa.

—Estoy comenzando a entender los modismos de España —se enorgullece—. Te refieres a que cómo se me ocurra pasarme, me vas a patear el trasero, ¿verdad?

—¡Eso es! Ya lo vas pillando.

Alastair conduce hasta el bloque de apartamentos y para justo en la puerta. Me despido de él, pero enrolla sus dedos alrededor de mi hombro y me giro.

—¿Te gustaría quedar conmigo mañana? —me pregunta, pero hago una mueca con los labios.

—Yo... yo... he quedado con alguien. Además, ya he cumplido con la apuesta. No tienes que quedar conmigo si no quieres.

Su rostro se tensa.

—Isabel, sí he quedado contigo es porque he querido porque me agrada tu compañía. ¿Tan difícil es entenderlo para ti? Pero ya quedaremos en otro momento. Espero que mañana te lo pases bien.

Me despido con la mano antes de entrar en el portal. La puerta está entrecerrada cuando siento un resplandor de fuera. Me acerco al cristal y observo al exterior, pero no hay nada o nadie.

¿Qué coño había sido eso? ¿Mi imaginación? ¿Un coche?

Con la duda y el cansancio haciendo mella en mi sistema, subo por el ascensor hasta entrar a mi apartamento. Mañana sería otro día, y espero que tan divertido como el de hoy.

Abro la puerta e Isla viene a saludarme.

“Se ha estado especulando sobre la nueva relación del Duque...”

—Lara, apaga eso que me está llamando mi madre —le grito nada más entrar a casa y cerrar la puerta.

Mi querida amiga, enganchada a los culebrones de la corona, apaga la televisión y se pone a husmear en su móvil mientras que yo deslizo el dedo por el mío.

—Hola, mamá —digo, y cojo el móvil con el hombro y la oreja (una táctica ancestral que me enseñó ella)—. ¿Cómo estás?

—Pues mira, hija, acabo de llegar del mercao y no sabes a quién me he encontrao.

Mi madre es una mujer de las de antes. Creo que ya os lo había dicho, ¿no? Somos como el agua y el aceite. Ella es una cotilla dedicada y yo... ¡Vale! ¡Lo confieso! A mí también me gusta mucho el cotilleo, lo adoro y vivo para ello. Es lo único que he sacado de ella.

—Estás tardando en contármelo, mamá —canturreo.

—Que me he enterao que se casa Cristian, ¿es verdad, hija? —pregunta en un tono tosco, enfadado.

Resoplo y me quito los pantalones.

—Sí, mamá. ¿Te lo crees? ¡Y me ha invitado a la boda después de ponerme los cuernos! —exclamo, haciendo que Isla ladre.

—¡Vaya... vaya...! ¿Tú te crees, Antonio? —le dice a mi padre—. Tendrías que haber cogido la escopeta y haberle dao un susto, que nuestra niña está en un lugar desconocido por su culpa. Y tú, ¿ves cómo te dije que no iba a acabar bien lo vuestro? Que era sagitario... ¡Sagitario, hija! Y tú géminis. Si es que esa relación iba a pique desde el primer día.

Me echo a reír y escucho a papá decirle a mamá que eso es una tontería.

—Antonio, a mí no me digas eso que tengo razón. Los signos del zodiaco están por algo —le riñe a papá—. ¿A qué sí, hija?

Intentando aguantar la risa, le respondo:

—A ver, mamá, no voy a ser yo la que te diga que no. Si están ahí es por algo, pero se dice zodiaco. Con una solo O.

—¿Cómo que no se dice así? Zodiaco de animales, que pa algo están pintaos —dice ella convencida de su razonamiento, y os aseguro que cuando se le mete algo entre ceja y ceja no se lo quita ni el mismo Papa de Roma. Isla ladra de nuevo y yo le chisto—. Uy, ¿eso es un perro? Isabel María, ¿tienes un perro?

—Sí, mamá. Se llama Isla y es una monada. La próxima vez que vaya a España, me la llevo y la conoces —le mando un beso a Isla y ella mueve la cola.

—Vale, vale, ya eres mayor para tener un perro a tu cargo —escucho a papá gritar por un penalti—. ¡Ay, Antonio, cállate, que no escucho a el niño! Hija, ¿vendrás esta Navidad, no? Te echamos muchísimo de menos.

—Ay, mamá, no empieces... —le ruego—. Pero sí, por supuesto que iré. Clyde me ha dado vacaciones. Pero me gustaría que este año lo celebráramos en Rueda. En el Caserón.

—¿Cómo qué no empiece? ¿Sabes lo mucho que te echamos de menos?—inquieta y suspira—. Pero me conformaré con tenerte aquí en Navidad.

Me despido de mamá y me pongo el pijama antes de salir y ver una película con Lara mientras comentamos lo que está pasando en ella. Somos una cotorras. Al final, me acabo acostando en la cama con un sabor agrisado en la boca. Alastair se ha enfadado después de decirle que había quedado con alguien y me siento mal por ello.

Refunfuño y le escribo un mensaje antes de que el sueño me pueda.

Isabel: Un compañero de trabajo me ha dicho de salir mañana y le he dicho que sí. No quiero que malinterpretes las cosas, lo he hecho por educación. El sábado estaré en Lochside Tavern tomándome una cerveza.



CAPÍTULO 13

ALASTAIR

—¿Me estás escuchando, Alastair?

No, claro que no la estoy escuchando. La aguda voz de mi madre es el reflejo de la increpez, de lo que significa ser un Hamilton. Y estoy harto. Me duele, me arde como el infierno.

Dejo la taza de té en la mesilla del salón privado que tiene madre en su mansión en Bathgate para atender a personas cercanas. Mi mirada viaja a la foto de ella y de mi padre cuando se casaron que está sobre la chimenea mientras que el sonido crepitante de las llamas llena el ambiente de una calidez verdaderamente inexistente entre nosotros.

—Te he escuchado. —Mentira, pero no tengo ganas de que me sermonee otra vez.

—Entonces, ¿me harás caso y llamarás a Ava Campbell? Ya estás en edad de casarte, Alastair. Mira a tu hermana, es feliz. —¿Con un marido que le falta el respeto al acostarse con todo lo que tenga vagina? Sí, muy feliz—. ¿Por qué tú no lo ibas a hacer?

—¿Por qué no la quiero? —inquiero con un tono que la pone en alerta.

Se levanta del sillón en el que está sentada y camina hacia la chimenea con las manos en la espalda. Escucho sus tacones sobre el suelo, el sonido me recuerda al de la tormenta que se avecina afuera. Sé que está analizando cada palabra, cada gesto, como si pudiera descifrar mis pensamientos con solo mirarme. Pero no puede, nadie puede. Mis pensamientos son un laberinto en el que me pierdo yo mismo a veces.

—No tienes por qué quererla, pero sí tienes que pensar en el futuro de la familia. —Su voz es firme, autoritaria, como siempre lo ha sido. Pero yo ya no soy el niño que obedecía sin chistar.

—¿Y qué hay del futuro de mi felicidad? ¿O eso no importa en esta ecuación? —rebato, dejando escapar la frustración acumulada durante años. Ella se gira hacia mí, con la mandíbula tensa y los ojos centelleando con indignación.

—Tu felicidad está ligada al bienestar de la familia, Alastair. No puedes ser egoísta. —Su tono es helado, como si la mera idea de que yo pueda tener deseos propios fuera un pecado imperdonable.

—¿Egoísta? ¿Acaso no es egoísmo obligarme a casarme con alguien a quien no amo sólo por el bien de la familia? —mi voz resuena en la habitación, desafiante.

Ella me mira en silencio por un momento, como si estuviera evaluando sus próximos movimientos. Finalmente, suspira y se acerca lentamente hacia mí.

—¿Crees que a tu padre —señala su foto en la repisa de la chimenea— le gustaría verte así? ¿No fue suficiente lo de Alexander? ¿No fue suficiente para ti matarlo, Alastair? ¿Ese es el ejemplo que quieres dar? Tienes un deber que cumplir, y lo harás.

Un nudo se forma en mi garganta al recordarle, al acordarme de todo.

La voz de mi madre resuena en la habitación, pesada como un manto de plomo sobre mis hombros. Sus palabras son como dagas afiladas que se clavan en lo más profundo de mi ser, haciendo eco de una culpa que ya pesa demasiado en mi conciencia. El recuerdo de Alexander la inunda, trayendo consigo un torrente de emociones difíciles de ignorar.

El deber. Esa palabra retumba en mi mente como el eco en los acantilados, recordándome las responsabilidades que recaen sobre mi persona como el primogénito de la familia. Un deber que había sido inculcado en mí desde que era apenas un niño, un deber que me había obligado a tomar decisiones que aún ahora me atormentan en las sombras de la noche.

Miro la fotografía de mi padre, aquel hombre cuya presencia aún se siente en cada rincón de esta mansión, cuya ausencia dejó un vacío imposible de llenar. ¿Qué pensaría él de mí si estuviera aquí? ¿De mi resistencia a cumplir con las expectativas de la familia, de mi incapacidad para aceptar mi destino con resignación?

El recuerdo de Alexander se convierte en un espectro que me acerca, recordándome la tragedia que había marcado nuestras vidas para siempre.

El nudo en mi garganta se hace izo más apretado, ahogando cualquier intento de resistencia. La culpa se apodera de mí, pesada y opresiva, como una losa que amenaza con aplastarme bajo su peso. He intentado escapar de mi destino, de las expectativas que se ciernen sobre mí como una sombra ominosa, pero ahora me veo atrapado en un laberinto del cual no sabía cómo salir.

Un deber que he tratado de esquivar, pero que ahora se alza ante mí como un imperativo ineludible. ¿Qué puedo hacer yo contra el peso de la tradición? ¿Acaso puedo realmente desafiar el legado que me ha sido impuesto desde mi nacimiento?

Con un suspiro resignado, me doy cuenta de que no hay escapatoria. Mi deber está claro, y debo cumplirlo, aunque eso significara renunciar a mi propia felicidad. Porque al final del día, ¿qué era yo sino un peón en el juego de la familia, un actor en el escenario de la tradición, destinado a seguir el guión que otros habían escrito para mí?

Me levanto lentamente, la resignación pesando en cada paso que doy. Miro a mi madre, con los ojos cansados, y asiento con la cabeza en silenciosa aceptación. No hay más que decir. El deber me llama, y yo debo responder.

—Está bien. Dame hasta primavera para aclarar todo el asunto de Alexander y me casaré con Ava.

Los ojos de mi madre se iluminaron. Se acercó a mí y me acarició la mejilla.

—Es lo correcto, Alastair. Eres un soñador como tu padre. Pero tienes que poner los pies en la Tierra. Lo prepararé todo para primavera, una fiesta de pedida en la que le des a Ava el anillo que me regaló tu padre.



Releo el mensaje que me mandó Isabel y maldigo por lo bajo. Olivia se ha instalado detrás de mí y me he llevado un buen golpe en la nuca cuando ha visto que no le he respondido.

—¿Qué haces que no le respondes? —insta, dándome otro golpe—. ¡Venga! —Sobo la zona afectada y la veo poner los ojos en blancos. Mi hermana se sienta en el sofá del salón y Maen le da un cuenco con uvas, su fruta favorita—. Maen, ¿puedes decirle a mi hermano que es idiota? Gracias.

Mi querida ama de llaves ríe por lo bajo y da un paso hacia atrás. Lleva un vestido negro por debajo de la rodilla y el pelo corto recogido hacia atrás con una pinza. Los pies los lleva

enfundados en unos tacones bajos, los que siempre le he visto llevar. Deben de ser muy cómodos. Maen es una mujer de cincuenta años, me ha cuidado desde que llegó al servicio de mis padres hace veinticinco. No dudé en traerla conmigo para que se hiciera cargo de mi casa, aunque a mi madre le desagradara la idea. Olivia y yo tenemos la ligera idea de que mi madre siente celos de ella porque era la favorita de mi padre y la trataba con mucho cariño. No había nada romántico en ellos, solo cariño y respeto.

Su lealtad y dedicación a lo largo de tantos años son evidentes en cada gesto, en cada mirada comprensiva. Es más que una simple ama de llaves; es una confidente, una consejera, una amiga.

—No se me permite decir tales cosas —dice ella, en sus ojos brilla la diversión—, pero mi madre siempre nos decía que el tonto era aquel que hacía tonterías. Y, usted, señorito, está realizando muchas.

Olivia se echa a reír y aplaude. Pero el gesto del rostro de Maen me hace saber que no está de acuerdo con lo que le he contado antes de que mi hermana nos interrumpiera.

—Alastair, me tomo la confianza de tutearte —dice—. Creo que vas a cometer el error de tu vida si cedes a casarte con Ava. Si bien es tu decisión, trataré a esa mujer con respeto. Pero no me pidas que la quiera, no me pidas que la trate con cariño porque esa mujer no me da buena espina, no es buena, lo siento aquí —se señala el corazón—. Es consentida, egocéntrica. Y a ti te va a hundir. ¿Es eso lo que quieres, hijo? ¿Quieres ser...? —se calla y baja la mirada.

Giro sobre los talones y desvío la mirada hacia ella.

—Es mi deber, Maen, no tengo alternativa —musito.

Asiente y clava su mirada en mí.

—Entonces te acompañaré en esto, Alastair. Pero siempre hay una salida, no puedes cargar con ese peso.

Olivia se remueve en el sofá y se despide de Maen, a la que han reclamado con la campanita. Pone sobre su estómago el cuenco de uvas y se lleva una a la boca mientras mira al techo.

—¿Te molestó que Isabel te dijera que hoy había quedado con alguien? —me pregunta.

¿Molestarme? Algo en mi interior se remueve y me siento como si un torbellino de emociones me envolviera por completo. ¿Me molestó que Isabel tuviera una cita hoy? La verdad es que sí, me sorprendió y me hizo sentir incómodo, aunque no puedo entender del todo por qué. Trato de ocultar mi turbación mientras le doy una respuesta vaga a Olivia, pero en mi interior sé que hay algo más profundo en juego aquí. Algo que va más allá de las apariencias y las expectativas sociales. Algo que tiene que ver con una española de lengua viperina y mal humor que lleva en mis pensamientos desde la primera vez que la vi.

—No, ¿por qué me iba a molestar? —Le miento, pero Olivia es demasiado inteligente como para creerse todo lo que digo.

—Pues, según ella —curva los labios en una sonrisa—, parece que sí. Incluso te ha dado una explicación cuando no tendría que hacerlo.

En eso tiene razón y me siento mal por ello. Isabel es muy divertida, es la primera persona, ajena a mi círculo íntimo, con la que mantengo una relación tan... natural. Me gusta estar con ella y eso, admitirlo ahora, hace que todo parezca más complicado. Tal vez es eso lo que me incomoda, el hecho de que, sin darme cuenta, Isabel se ha convertido en *alguien* para mí.

—Bueno, Olivia —suspiro, decidiendo ser un poco más honesto—, supongo que me sorprendió un poco. No es fácil admitirlo, pero quizás esperaba pasar más tiempo con ella.

Olivia me mira con una expresión comprensiva y un toque de complicidad.

—¿Has considerado decírselo? Quizá Isabel no sepa cómo te sientes y malinterprete las cosas.

La idea de revelar mis sentimientos a Isabel me provoca un nudo en el estómago. No soy alguien que suele expresar sus emociones tan abiertamente, especialmente cuando no estoy seguro de la reciprocidad. Pero Olivia tiene un punto; tal vez hablar con Isabel podría aclarar las cosas, para bien o para mal. ¿Qué puede salir mal de decirle que me gusta estar con ella?

—No estoy seguro de cómo tomaría eso —confieso—. Ha salido de una relación difícil y no quiero que se lo tome como si quisiera salir con ella o algo así. —¿O sí quería eso?

—No lo sabrás hasta que lo intentes —responde Olivia, dándome un leve empujón con el hombro—. ¿Qué es lo peor que podría pasar?

Todo.

Me quedo pensando en esa pregunta mientras observo a las personas pasar por la calle. La verdad es que el miedo al rechazo me atenaza. Pero también sé que no quiero seguir sintiéndome así, atrapado en mis propias incertidumbres.

Finalmente, tomo una decisión.

—Tienes razón, tengo que hablar con ella.

—Eso es el espíritu —sonríe Olivia—. Y, quién sabe, tal vez Isabel sienta lo mismo por ti. —Olivia me guiña un ojo. Lo ha dicho con segundas, lo sé—. Quién sabe si ella puede hacerte cambiar de opinión con lo de comprometerte con Ava en primavera.

Abro los ojos como platos y le dedico una mirada angustiada. ¿Cómo sabe ella eso? ¿Cómo se ha enterado si hace apenas unas horas que he hablado con madre?

Mi hermana deja el cuenco vacío de uvas sobre la mesa y se mira las uñas. Olivia hoy se ha puesto un precioso conjunto de pantalones y blusa en tonos pastel que resaltan su cabello oscuro y su piel bronceada. Parece completamente ajena a la tormenta que ha desatado en mi mente con su comentario.

—¿Olivia, cómo...? —Mi voz se quiebra ligeramente.

Ella levanta la vista y me mira directamente, su expresión se suaviza al notar mi desconcierto.

—Mamá me llamó. Estaba un poco preocupada, sabes cómo se pone con el tema del compromiso y todo eso. —Pone los ojos en blanco y hace una pausa y luego añade con más seriedad—. Que si los invitados, que si esto, que si lo otro... —chasquea la lengua—. Pero eso no importa ahora. Lo que realmente importa es cómo te sientes tú.

Respiro hondo, tratando de organizar mis pensamientos. La situación con Ava es complicada. Habíamos hablado de comprometernos principalmente porque parecía el siguiente paso lógico, pero mi corazón nunca estuvo realmente en ello.

—Yo estoy bien —miento.

Pero mi hermana, ágil y astuta como un gato, se levanta y se pone en mis rodillas como cuando era niña. Pasa sus manos por mi pelo y suspira.

—Puedes mentirle a mamá, a Blair, a todo el mundo... menos a mí —dice y clava su mirada en la mía al agarrarme el rostro entre sus manos—. Alastair, piénsalo. No sacrifiques tu felicidad por lo que supuestamente es bueno para la familia.

Hago que se levante cuando veo la hora en el reloj de muñeca que llevo. Me pongo en pie y agarro el móvil de la mesita de café. Lo único que me atrevo a decirle antes de descolgar la llamada que está entrando es: —La decisión ya está tomada, Olivia.



CAPÍTULO 14

Siempre he sabido que soy terca como una mula, pero no estúpida y el momento en el que me llevo la cerveza a los labios y me la bebo de un solo trago siento que lo soy. Lara se ríe cuando le cuento mi cita con Dougal, ha sido un desastre con todas las de la ley.

Me siento muy tonta por haber aceptado quedar con él y darle un pequeño atisbo de oportunidad cuando no la tiene. Ni él, ni nadie; por lo menos por ahora. Dougal, el pobre al que la ilusión se le ha desvanecido de los ojos en cuanto le he negado una segunda cita, ha comprendido que lo único que puedo llegar a tener con él es una amistad.

Sería muy fácil enamorarse de él. Dougal sería muy buen compañero de vida si no fuera porque somos exactamente iguales y no he sentido una chispita de nada.

—Vamos, que el chocho no te ha bailado una sevillana —argumenta Lara, echándose a reír otra vez—. De verdad, te van a salir telarañas ahí abajo.

Dougal me ha besado justo en el momento en el que pretendía subir a casa. Claro está que Lara se ha percatado de todo porque, como buena cotilla, estaba espiándonos por la ventana del salón con la luz apagada.

Después de ese beso incómodo que me ha sabido a tofu, ni mariposas en el estómago ni fuegos artificiales, me he dado cuenta de que no tengo futuro con él.

Niego repetidas veces y dejo caer mi cabeza sobre la barra. Hoy, al ser viernes, no hay demasiada gente en el Lochside Tavern. Kenneth recoge la jarra y la llena, me guiña un ojo y la pone enfrente de mí.

—A esta invita la casa —murmura, yéndose a atender a un chico.

Se lo agradezco pegándole el primer trago. Siento como la taberna me da vueltas y decido parar de beber por un rato largo.

—Mira, Lara, yo no sé si me saldrán telarañas o qué, pero no iba a acostarme con una persona que no conozco solo por hacerlo. Dougal es muy mono, pero no me pone cachonda. No me enciende, no...

Ella enarca una ceja en mi dirección y sus labios se curvan en una sonrisa cómplice.

—Pues bien que a Alastair te lo tiraste aquella noche, perra. Y lo conocías de poco y nada.

Me llevo un mechón de pelo detrás de la oreja y bufo.

—Eso fue diferente, Lara. Estaba borracha.

Mi amiga curva los dedos para agarrar el mando de la jarra y bebe un trago. Asiente en respuesta.

—Eso y que Alastair te pone. Y normal que lo haga, es guapísimo. Pero no guapo de guapo, sino guapo de...

—De haber sido creado por los malditos Dioses —concluyo.

—¡Eso! —Lara exclama y capta la atención de las pocas personas que hay alrededor. Se

acerca a mí y se disculpa con la mirada conmigo por haber levantado tanto el tono. Dudo que alguien nos entienda porque estamos hablando español, pero siempre es mejor no fiarse—. Te gusta quedar con él, el rollito ese que lleváis te da vida y lo sabes. Ese tira y afloja, el hacerte de rogar. Te. Mo. La. —Desliza las palabras con la lengua como si estas pesaran.

Veo reflejado en sus ojos mi sonrisa ladina.

—¿Para qué te voy a decir lo contrario? —admito—. Está guay, pero hasta ahí.

Lara posa su mirada en la puerta de la taberna, que se ha abierto con un ruido sordo y ha dejado entrar el sonido de la tormenta. Por el rabillo del ojo la veo sonreír. Se levanta y me da un ligero golpe en la espalda.

—Te espero en casa, ¿vale? —dice y yo observo hacia la puerta.

Me quedo observándolo desde la distancia. Tiene el pelo húmedo, y eso lo hace ver rematadamente sensual. Su cabello oscuro está ligeramente alborotado por la lluvia, gotas de agua se deslizan por su rostro, resaltando los rasgos angulosos y masculinos. Sus ojos, profundos y penetrantes, brillan con una intensidad aplastante. Y cuando clava la mirada en mí siento que el aire deja de entrar en mis pulmones. Cada movimiento suyo parece calculado, como si estuviera consciente del efecto que causa en quienes lo rodean.

El brillo de la luz tenue de la taberna resalta los contornos de su cuerpo atlético, delineando los músculos bajo la tela de su camisa empapada.

Su presencia llena la habitación, atrayendo miradas furtivas y suspiros contenidos. Es imposible no sentirse atraído por él, por esa aura de misterio y magnetismo que lo envuelve.

Así que me obligo a apartar la mirada. Pero lo siento detrás de mí y, con su voz ronca como si susurrara al viento, escucho como le pide una jarra a Kenneth.

Su cuerpo se desliza en el taburete y la mirada se mueve hacia él de forma irresistible. La manera en que se acomoda en el taburete es simplemente hipnotizante.

Mis ojos siguen cada movimiento suyo, desde el leve inclinar de su cabeza mientras conversa con Kenneth hasta el sutil movimiento de sus manos mientras sostiene la jarra. Cada detalle de su comportamiento es fascinante, como si estuviera actuando en una obra de teatro y yo fuera su espectadora más entregada.

Y cuando finalmente nuestros ojos se encuentran, siento como si el tiempo se detiene. La intensidad de su mirada me hace temblar, y sé que no hay escapatoria posible.

Sus labios se curvan en una sonrisa ligeramente burlona, como si supiera exactamente el efecto que tiene en mí.

—Te debo una disculpa —musita por lo bajo y yo frunzo el ceño—. Por lo del otro día y el mensaje que me mandaste.

Abro la boca al entender a que se refiere y niego.

—No pasa nada —susurro, mirando las botellas que Kenneth tiene apiladas en una balda de cristal.

—Sí qué pasa. Mi intención no era sonar como lo hice —se rasca la nuca—. No me malinterpretes, me encanta estar contigo. Me lo paso muy bien, Bel.

«Alastair se lo pasa bien conmigo», me repito hasta que se graba a fuego. No sé qué sentir frente a lo que estábamos hablando. Así que solo pude salir de la forma más Isabel posible. Encojo los hombros y chasqueo la lengua.

—¿Sabes? Yo también me hubiera puesto así. O sea, por favor, soy irresistible —mi voz suena con un tono nasal que hace que Alastair eche la cabeza hacia atrás y comience a reír a carcajadas. Una voz como la de las pijas de toda la vida—. Oye, ¿y tú cómo sabías que estaba aquí? ¿No me estarás siguiendo o espionando en plan acosador?

Se limpia una lágrima del ojo y niega.

—Quería hablar contigo para disculparme y te he llamado, pero no me contestabas y he recurrido a mandarle un mensaje a Lara.

«Putra traicionera», la maldigo para mis adentros.

—Así que mi mejor amiga —hago hincapié en ello— está compinchada con mi acosador. —Él ríe por lo bajo y yo hago una mueca. Agarro la jarra y la levanto. Alastair la choca—. Pues por ella, porque le habla el culo.

Alastair bebe, pero su mirada es confusa. Me doy cuenta de que el chip del idioma se ha cambiado solo y he hablado en español. Arquea una ceja con una sonrisa juguetona bailando en sus labios.

—Oh, sí, totalmente irresistible —replica, adoptando un acento exagerado inglés que hace que suelte una carcajada—. No puedo resistirme a tu encanto, ¿sabes? Eres tan natural...

Ruedo los ojos de forma teatral.

—Oh, por favor, Alastair, no me hagas ruborizarme aquí delante de todos. Tengo una reputación que mantener —bromeo y le doy un codazo, cogiendo el cubo de los dardos—. Te echo una partida —hago una pausa para apuntar con mi dardo—. ¡Bueno, intentar mantener!

Alastair hace una mueca exagerada de sorpresa.

—¿Una reputación?! ¿Desde cuándo? —pregunta con fingida incredulidad, antes de lanzar su dardo con precisión y hacer diana—. Muerde el polvo —vitea delante de mi cara.

Me mofa mientras recojo otro.

—Tienes razón, ¿qué estaba pensando? ¡Soy un desastre andante que siempre estará a tu sombra! —exclamo y lo lanzo con tanta precisión que da justo en la diana, al lado del suyo. Una sonrisa triunfal curva mis labios y lo miro—. O quizá no.

Los dardos siguen volando, a veces acertando en el blanco y otras veces desviándose por completo. Cada error es seguido de risas y burlas.

—Mierda, serás idiota —maldigo cuando veo que va ganándose. De repente, hago una pausa y frunzo el ceño, miro a Alastair con una expresión de sorpresa—. ¿Espera, hablé en español, verdad.

Alastair asiente con una sonrisa traviesa.

—Sí, lo hiciste. ¿Qué pasa, Isabel? ¿Estás revelando tu lado secreto políglota para intentar despistarme y ganarme?

Me río, sacudiendo la cabeza.

—No lo sé, quizás mi mente está tratando de expandir horizontes lingüísticos sin mi consentimiento. O tal vez solo estoy perdiendo la cabeza porque no entiendo cómo puedes ser tan bueno.

Alastair levanta las manos en señal de inocencia fingida.

—No preguntes, solo acéptalo. Pero, sinceramente, fue bastante sexy.

Me pongo roja como un tomate, quizá por el chupito que me acabo de beber. Pero le lanzo una mirada juguetona.

—¿Crees que ha sido sexy? ¿Quién sabe qué idioma podría hablar la próxima vez que te vea?

Alastair se echa a reír.

—Quién sabe, Isabel. Quién sabe.

Y con eso, vuelve a lanzar el dardo, disfrutando de su victoria.

Me muerdo el labio inferior y lo aporreo cuando se burla de mí por perder. No le estoy dando fuerte, básicamente porque acabaría yo peor que él.

Tomo un respiro profundo mientras observo a Alastair, con su sonrisa traviesa y sus ojos chispeantes. Por un momento, olvido todas las preocupaciones que me han estado acosando últimamente.

—Maldita sea, Alastair, eres un tramposo profesional —le acuso.

Pero antes de que pueda lanzar mi próximo dardo, siento que algo me hace tropezar, un pequeño obstáculo que no vi venir, una loseta levantada. Pierdo el equilibrio, y en un intento desesperado por no caer, mis brazos se extienden hacia adelante, buscando apoyo. Pero no sé como, ni cuando, antes de que pueda reaccionar, mis labios encuentran los suyos en un beso totalmente inesperado. El mundo parece detenerse por un momento, y el sabor de su boca me deja sin aliento.

Es como si unos fuegos artificiales estuvieran estallando en mi interior.

La sensación es eléctrica, un choque que me deja temblando. Pero a medida que la realidad vuelve a mí, me doy cuenta de lo que acaba de pasar y me aparto bruscamente, sintiendo cómo el rubor me sube a las mejillas.

—¡Lo siento, lo siento mucho! —balbuceo, sintiéndome completamente avergonzada. Mis palabras salen entrecortadas mientras trato de encontrar una explicación lógica para lo que acaba de suceder.

Alastair me mira con una expresión entre sorprendida y divertida, pero luego su rostro se suaviza con una sonrisa tranquilizadora.

—No te preocupes, Isabel. No me molesta en absoluto —dice con voz suave, colocando una mano en mi espalda baja—. La verdad es que me ha gustado mucho.

Nos miramos el uno al otro, casi compartiendo el aire. Y, entonces, simplemente pasa. Me pongo de puntillas, envuelvo mis brazos alrededor de su cuello y junto mis labios con los suyos.

Le quiero echar la culpa a la bebida, pero sé que no es así. Me advierto que estoy metiéndome en terreno peligroso, pero sus labios se mueven sobre los míos y pierdo la cordura.

La sensación de sus labios contra los míos es como una descarga eléctrica que recorre todo mi cuerpo, desencadenando una tormenta de emociones que amenazan con arrastrarme. Me siento atrapada en el calor de su aliento contra mi piel.

Mis manos se aferran a su cuello, sintiendo la firmeza de sus músculos bajo mis dedos mientras me acerco más a él. Cierro los ojos, dejándome llevar por la intensidad del beso, por la forma en que nuestros labios se mueven en perfecta armonía.

Intento recordar que esto es un error, que estoy cruzando límites que nunca debería haber cruzado. Pero cada pensamiento racional se desvanece en el aire cuando siento la pasión en el beso de Alastair, cuando sus manos encuentran el camino hacia mi cintura, atrayéndome más cerca de él.

El mundo parece desvanecerse a nuestro alrededor, y por un momento, somos solo él y yo. No hay pasado ni futuro, solo este instante perfecto.

Pero incluso mientras nos sumergimos más profundamente en el abismo del deseo, una voz en lo más profundo de mi mente me recuerda que esto no puede durar. Que sí, que soy una mujer y tengo mis necesidades, pero que lo mejor es alejarme de los hombres.

Con un esfuerzo sobrehumano, me aparto de él, sintiendo el vacío que deja su ausencia. Mi respiración es irregular, mi corazón late con fuerza en mi pecho mientras lucho por encontrar las palabras adecuadas. Y, para mi sorpresa, la excitación brilla sus ojos del color del chocolate.

—Mi casa está cerca —digo, sabiendo que voy a hundirme en el fuego más profundo si sigo por este camino, pero incapaz de resistir la atracción que siento hacia él.



CAPÍTULO 15

ALASTAIR

Isabel abre la puerta torpemente, sin dejar mis labios ni un solo segundo. ¿Cómo hemos llegado hasta su casa? La secuencia es borrosa, pero hemos venido en mi coche en un silencio sepulcral que se ha roto solo cuando ha abierto la puerta del edificio y me ha cogido del cuello de la chaqueta para besarme.

Las llaves se caen al suelo y cierra la puerta con el pie. Isabel me quita la chaqueta, la desliza por mis hombros y la deja tirada en el perchero.

Mi raciocinio se nubla cuando estoy con ella. pero, joder, se siente demasiado bien.

Isabel me lleva a su habitación y cierra la puerta. La arrinconó contra la madera y ella clava su mirada brillante por la excitación en la mía, que está igual; o quizá es un reflejo de la suya propia.

Su pecho sube y baja, igual que el mío. Mi mano viaja hasta la puerta de madera y la pongo al lado de su cabeza mientras que la otra viaja a su cintura para dejar caricias suaves sobre las costillas.

Lleva un vestido precioso, negro que le llega por encima de las rodillas, con el cierre de cremallera por delante. La junto tanto como puedo a mi cuerpo y jadea cuando siente mi miembro duro. Me acerco a ella y le muerdo el labio inferior.

Ella me quita la camiseta y se deshace de mis pantalones, dejándome en ropa interior. Sus manos acarician mi estómago, mis brazos y se hunden en mi espalda cuando dejo un reguero de besos en su cuello.

Bajo la cremallera del vestido poco a poco, hasta que su ropa interior aparece en mi campo de visión. Es como un caramelo, envuelto en una dulce promesa. La atraje más cerca, sintiendo el calor de su piel contra la mía. Y cuando su vestido cae al suelo, la agarro de las nalgas y la levanto en peso.

Isabel se sorprende, pero envuelve sus piernas alrededor de mi cuerpo y une nuestros labios mientras camino hacia la cama. Todavía lleva los tacones, el sostén y ese diminuto tanga que pienso quitarle con los dientes.

La tumbo en la cama sin dejar de besar sus labios y los bajo, húmedos, hasta el valle de sus senos. Me deleito con el derecho mientras masajeo el izquierdo. Los he sacado del sostén y pellizco el pezón de uno mientras chupo con fuerza el otro. Isabel se retuerce bajo mis caricias y me pide más entre jadeos ahogados.

La prenda queda fuera de mi vista, exponiéndolos por completo. Y yo me deleito como un famélico con los dos. Chupo, muerdo y soplo uno. Masajeo y pellizco el otro. Isabel sube sus caderas en respuesta y echa la cabeza hacia atrás.

Y solo cuando me suplica que siga, los dejo. Pero no para dejarla con las ganas, sino para

bajar hasta su sexo. Me relamo los labios mientras que ella me mira expectante, con las mejillas enrojecidas y la respiración entrecortada.

Me deshago de la última prenda y paso el pulgar por su hendidura. La escucho gemir tan fuerte que mi miembro reacciona queriendo salir en busca de consuelo.

—Alastair —dice Isabel, buscando con su sexo húmedo mi tacto—. Por favor.

Abro los pliegues y deslizo el dedo por su clítoris mientras que introduzco otro en su ser. Se agarra al cabecero de la cama y se muerde el labio inferior con tanta fuerza que temo que se haga daño. Pero, joder, verla así me encanta.

Meto la lengua sin permiso en su humedad, jugando con su centro de placer y haciendo que de sus labios salgan gemidos y maldiciones que se pierden en el aire. Siento como me agarra del pelo, como enreda sus dedos en él y me acerca más a ella.

La saboreo, le hago sufrir hasta que no puede más y se funde en mi boca. Explota de una manera tan brutal que arquea la espalda en un ángulo perfecto.

La miro a los ojos con la respiración agitada. Me relamo los labios y jadea cuando acaricio su muslo interior con las yemas de mis manos. Arde, está ardiendo. A estas alturas solo queremos una cosa.

SEXO.

Bel se muerde el labio inferior y, en un rápido movimiento, enrolla sus piernas en mi cintura y hace que me siente en la cama. Agarra mi cara entre sus manos y me besa de nuevo. No es, para nada, un beso lento. Sabe lo que hace, ¡y cómo lo hace!

Sonriéndonos con complicidad, saca un condón de su mesita de noche. Me lo pongo bajo su atenta mirada y se sienta horcajadas sobre mí. Toma mi miembro entre sus manos y lo masajea. Con la mano libre, ya que la otra está en su cadera, aparto su pelo hacia un lado. Mis labios comienzan un camino de húmedas caricias, de la oreja a la clavícula.

—¿Estás segura de esto? —le susurro en el oído.

Me devuelve una sonrisa ladina, descarada.

Tal como estamos, yo en el borde de la cama y sosteniéndola, puedo observar sus senos.

Me relamo los labios y un gemido se escapa de sus labios cuando meto uno de los pezones en mi boca de nuevo. Isabel roza su sexo húmedo con mi miembro, muerdo levemente su montículo haciéndola gritar.

Lo dejo y observo su rostro. Está sonrojada, pero sus ojos brillaban de deseo.

Vuelvo a besarla, esta vez más suave, disfrutando del beso. Baja su cadera y mi miembro entra en su sexo de una sola embestida. Ella recarga su cabeza en mi hombro y lo muerde.

—Se... se siente tan bien —susurra, jadeante.

Sin perder la velocidad, comienza a subir y bajar, jadeando a la vez que yo gimo. Es simplemente perfecta.

Nuestros cuerpos chocan uno con otro, y sus senos bambolean por la fuerza. El colchón chirría por las sacudidas y el cabecero golpea la pared de forma rítmica cuando la tumbo y me meto en su interior de nuevo.

—¿Así? ¿Te gusta?

—Más —pronuncia en un susurro que corta un jadeo—. Más, Alastair. Más rápido.

Me abro paso en su interior con más fuerza, más rápido. Mi corazón martillea contra mi pecho con furia.

—Bel —la llamo y ella clava su mirada en mí. Devoro sus ojos con auténtica pasión—. Mírame, mírame mientras te hago el amor.

Retomo la velocidad de las embestidas y pone los ojos en blanco cuando hago que suba

más su pelvis para sentirme todavía más dentro. Su sexo está húmedo, palpitante, deseoso de explotar.

Se aferra con fuerza a mi cabello y, cuanto más tira, más duro le doy. Tal es la velocidad que clava sus uñas en mi espalda mientras que nuestros cuerpos se sacuden y se transforman en uno solo.

Cuando creo que no puedo más, Isabel coge una de mis manos y me ruega con la mirada que estimule más su sexo. Le arranco un gemido ensordecedor mientras una gota de sudor cae de mi frente.

La garganta me arde de los gemidos y gritos ahogados. Pero ocurre, simplemente sucede. Isabel me aprieta en su interior y explota... y yo con ella.

Con un gemido final, me dejo caer sobre la cama a su lado. Bel se me queda mirando en el vago intento de recuperar un poco el aliento. Mi pecho agitado se mueve tan rápido como el suyo y siento que estoy sofocado. Me giro un poco y acaricio su rostro, le quito un mechón de pelo y ella se ríe.

Tiene los ojos brillantes y las mejillas rojas. Y esa imagen me la grabo a fuego en la cabeza.

—Ha sido... ha sido... —susurro con el sonido de la tormenta haciendo eco en el exterior.

—Ha sido una puta pasada —se acurruca en mi pecho y suspira, de placer, de tranquilidad, de gozo—. Una maldita fantasía.

Se queda durmiendo al poco tiempo mientras le acaricio la espalda en círculos vagos. La respiración la tiene acompasada, siguiente el ritmo del gorgoteo de las gotas de lluvia.

Siento que cada gota de lluvia que golpea la ventana es como un recordatorio de las realidades que me esperan fuera. Dentro de poco, deberé enfrentar las expectativas no solo de mi madre, sino de toda mi familia y, de alguna manera, de mí mismo.

Desde niño, se me ha inculcado la idea de que el deber y la lealtad familiar son principios que no deben cuestionarse. "Somos lo que debemos ser, Alastair, no lo que deseamos", solía decir mi madre. Y durante años, acepté ese credo como la piedra angular de mi existencia. Pero aquí, en la quietud de este pequeño paraíso efímero, junto a Isabel, me doy cuenta de cuánto peso ha ejercido esa norma sobre cada decisión, cada acción y cada momento de mi vida.

El compromiso con Ava no es una decisión personal, sino un arreglo, una extensión de esos deberes familiares que se supone debo honrar. Ava es maravillosa, sí, adecuada en todos los sentidos que mi madre considera esenciales: inteligente, respetable, y de buena familia. Sin embargo, con ella, siempre me siento en una especie de actuación, interpretando el papel que se espera de mí, nunca completamente yo.

Por otro lado, Isabel, con su risa fácil, sus enfados y su manera de ver el mundo, me ha mostrado un camino diferente, uno lleno de posibilidades, un camino que se abre a cientos de senderos. En su presencia, me siento liberado de las cadenas de la expectativa y el formalismo. Con Isabel, no hay guiones ni roles predefinidos; hay solo verdad.

¿Es la libertad simplemente la capacidad de hacer lo que uno desea? O ¿es, más profundamente, la habilidad de elegir quién queremos ser en el mundo sin estar atados por los hilos de las expectativas heredadas?

Cierro los ojos y me dejo llevar por Morfeo, sintiendo como la cabeza me va a explotar. Pero, cuando estoy a nada de entrar en el mundo de los sueños, mi móvil vibra en el bolsillo de mi pantalón. Isabel se remueve, pero me levanto con agilidad para atender la llamada entre susurros.

—Alastair, necesito que vengas urgentemente. Es Alexander.

ISABEL

Me despierto con una sensación de placidez en el cuerpo. Me desperezo, dándome la vuelta hasta quedar bocabajo, aún con los ojos cerrados, oliendo el perfume de Alastair en la almohada. Una sonrisa perezosa curva mis labios y estiro el brazo para tocarlo. Pero no hay nadie.

Abro un ojo y, efectivamente, no está. Ni él, ni su ropa, ni...

—Será cabrón —murmuro, bostezando.

Sin embargo, encuentro una nota en la mesita de noche. Con el ceño fruncido, la agarro y leo atentamente lo que pone en ella.

Querida Bel,

he tenido que irme. Recibí una llamada importante y tuve que marcharme, perdóname. Lo de anoche fue maravilloso, tú eres maravillosa. No sé cuánto tiempo estaré fuera, pero estoy deseando volver y verte. Escríbeme cuando estés despierta para saber que has leído esta nota, por favor. No quiero que pienses que soy un capullo de un polvo de una sola noche que se larga sin más.

Alastair H.

Me muerdo el labio inferior y hago lo que me ha dicho. Le escribo un mensaje diciéndole que no se preocupe y si todo va bien. Espero unos minutos a que me responda, pero siquiera está en línea. Así que me levanto y salgo disparada hacia la cocina para tomarme un café y saludar a Isla, que me hace ojitos para que la saque a pasear. Le acaricio la cabecita y le doy una chuchería cuando se sienta y me da la patita. Pero los pasos acelerados de Lara retumban por toda la casa.

Se asoma por la cocina y enarca una ceja en mi dirección. Va con un pijama de invierno que tiene desde los quince años y unas pantuflas dignas de señora de ochenta años. Me chista cuando pretendo hacer un comentario gracioso sobre sus ojeras.

—No me digas nada, Isi, que te mato. En serio, ¿TODA —hace hincapié— la puta noche dándole al tema? —Me pongo roja como un tomate y ella se prepara una taza de café farfullando—. ¿Tan bien lo hace Alastair?

Me siento en la silla y la miro desde abajo mordiéndome el labio inferior.

—Vale —bebe—. Con eso ya me lo has dicho todo.

Me río por lo bajo y me termino el café. Hoy es sábado y no tenemos que ir a trabajar, así que las dos nos vestimos y preparamos a Isla para salir. Pero cuando estoy apunto de cerrar la puerta de casa, me llega un mensaje de mi hermano Toni.

Toni: Amparo está ingresada.



CAPÍTULO 16

Cuando decidí coger un avión hacia Madrid para poder ver a mi hermana Amparo, no pensé estar en esta situación.

Mi familia se puso muy contenta al recibirme en el aeropuerto esa misma mañana solo cinco horas después de que recibiera el mensaje de Toni. Mamá me abrazó hasta el punto de estrujarme y no dejarme respirar, papá me pasó un brazo por los hombros y me acercó a él para susurrarme lo contento que estaba de verme y mi hermano... aunque sabía que me había echado de menos, solo cogió la maleta y me sacó la lengua expulsando por la boca la primera tontería que se le pasó por la cabeza. Muy típico de él, para ser sincera. Diana cargó a Martín en brazos hasta que la pillé por banda y me hice ama y señora de mi pequeño sobrino.

—¿Quién tiene a la mejor madrina del mundo? ¿Quién? Sí, sí... tú. —Martín se ríe mientras mueve las piernas para que parezca que está encima de un caballo. Hace solo unas semanas que no lo veo, pero ha crecido muchísimo. Pero Isla, que ha venido conmigo, me mira de soslayo desde una esquina, cerca de la chimenea—. No te pongas celosa, bebé.

Le mando un beso y ella mueve la cola.

Mamá nos llama a la mesa y me levanto para poner a mi sobrino en brazos de su madre para tomarse el biberón. Cuando estamos todos sentados, mi madre suspira y se lleva la mano al corazón.

—No sabes la alegría que se ha llevado tu hermana al verte, estoy segura de que se pondrá mucho mejor.

Mamá aprieta mi mano y yo le doy una sonrisa.

Amparo ha tenido un sangrado bastante grave y tienen miedo de que, por lo avanzado que está su embarazo, le pase algo a ella o a la criatura; así que la van a dejar ingresada hasta mañana.

—Lo que no sabía era que tenías mascota —murmura Toni, observando a Isla—. Es un poco... —hace una mueca y yo lo miro mal.

—Como le digas fea a mi perra, te juro que dejo a Martín sin hermanitos —lo señalo mientras pincho una croqueta que ha hecho mamá en honor a mi vuelta.

Mi hermano frunce el ceño y me reta con la mirada. Parecemos dos críos, pero ¿qué sería de nosotros sin estos momentos? Papá se ríe mientras que mamá suelta un bufido. Martín, que está en esa etapa en la que da golpes a todo, parece que nos anima, dando palmadas a la mesa, a que sigamos nuestra disputa. Observa a su padre y pega un grito que me saca una carcajada. Le cojo la mano y le choco los cinco, provocando que mi pequeño ahijado se eche a reír y haga pompitas con la baba. Comienza a balbucear y yo asiento, haciendo que lo entiendo.

—¿Qué dices, Martín? ¿Qué tu papá se va a quedar sin huevos como me toque las narices? —Mi madre pone los ojos en blanco y mi padre se carcajea.

—¿Qué dices, Isabel? Es que no te escucho con el hueso en la boca —contraataca él.

Enarco una ceja en su dirección y me aclaro la garganta. Sonrío de la manera más dulce que sé y me levanto, arrastrando la silla.

—Y ahora, un poema para mi querido hermano —todos prestan atención—: hermano querido, hermano adorado; eres el más feo y eres adoptado.

La mesa se convierte en un campo de batalla en el que mi hermano y yo nos lanzamos insultos y hasta vuela alguna que otra aceituna. No es hasta que mi madre da un golpe en la mesa que los gritos cesan al momento. Cuando Estela Jiménez da un golpe en la mesa, no hay quién se atreva a mover ni un dedo.

Me siento de inmediato y cojo una croqueta, que me llevo a la boca y mastico. Mi hermano me imita.

—Así me gusta —dice, seria—. Y ahora a comer en paz, ¡y punto en boca!

Os juro que desde que los guionistas de *Aquí no hay quien viva* tuvieron que ver a mi madre porque llevo toda la vida escuchándola decir eso, mucho antes de que saliera la serie. Viéndolo desde otra perspectiva, creo que el personaje de *Paloma Cuesta* se parece mucho a ella. O viceversa.

Mi padre, que se encuentra presidiendo la mesa, le toca la pierna y le hace un gesto para que se relaje. Mi madre endulza la mirada, se queda embobada con la mirada clavada en la de papá y yo siento una calidez que me recorre el pecho al ver cómo un simple gesto puede suavizar a una fiera.

Me centro en la croqueta crujiente entre mis dedos. De repente, mi hermano, aún masticando, me saca de mis pensamientos con un codazo suave.

—¿Te acuerdas cuando intentamos hacer croquetas con mamá el verano pasado? —me susurra con una sonrisa torcida, recordando nuestro desastroso pero divertido intento en la cocina.

Asiento, riendo por lo bajo. Ese día, la cocina acabó hecha un desastre, la masa se nos pegaba en las manos y en casi todas las superficies imaginables, pero al final, reímos tanto que los fallos culinarios pasaron a segundo plano.

—Ese día, mamá también dijo "¡y punto en boca!" cuando empezamos a discutir sobre quién había echado demasiada sal —agrego, y ambos reímos ahora más abiertamente.

Observo de nuevo a mis padres, viendo cómo mi madre ahora relajada, comparte una mirada cómplice con mi padre. Me doy cuenta de que, a pesar de las pequeñas riñas y el caos hay un hilo subyacente de amor y entendimiento que mantiene a nuestra familia unida. Cada gesto, cada mirada y cada frase son las notas en la partitura de nuestra vida familiar, una melodía que, aunque a veces desafinada, siempre busca volver a su armonía.

Y es que yo sueño con tener algo así. Algo como lo de mis padres. Tienen sus riñas, sus discusiones; pero se aman. Se miran con tanta intensidad que a veces me abruman.

—¿Y a ti cómo te va, hija? —pregunta papá.

Me encojo de hombros y devoro la última croqueta.

—Me va, papá. Me gusta el lugar, el trabajo, la gente... y, encima, estoy cerca de casa, que me pillo un vuelo y en nada estoy aquí.

Diana intercambia una mirada cómplice con mi madre y lo entiendo todo. Papá es demasiado tímido como para preguntarme directamente, pero su pregunta no se refiere a eso exactamente. Querían saber cómo me encontraba de la ruptura y supuse que sabían algo de Alastair, posiblemente porque a Lara le habla el culo.

Apoyo la espalda en la silla y me cruzo de brazos escuchando las múltiples preguntas que dispara mi madre contra mí.

—Pero, vamo a ver, hija, ¿estás saliendo con alguien o no? —Curvo los labios en una sonrisa cuando escucho el acento tan campechano de mamá—. Que a mí Lara me ha dicho que algo tienes por ahí.

Mi padre se troncha los dedos y señala la escopeta que hay encima de la chimenea.

—¿Tengo que bajar la escopeta para empezar a disparar culos escoceses? —me pregunta, tan serio y frío como un témpano.

Aireo la mano y niego.

—¡No! No sé que te habrá dicho Lara, pero no tengo nada serio con nadie —pero los ojos inquisidores de mi madre hacen que suelte un bufido y me echo el pelo para atrás—. Bueno, he salido con un chico un par de veces, pero no hay nada serio. Solo somos... amigos. —Claro, porque el polvazo de anoche no fue nada.

—¿Un amigo? —Diana sonríe con picardía—. ¿Cómo es tu... amigo? —pregunta.

¿Qué cómo es Alastair? Un puto Dios pagano, resumido. Aunque si le digo eso a mamá se va a quedar igual, incluso peor.

—Es muy caballeroso —me digno a decir después de unos minutos—. Hemos ido al cine y a cenar. Fue con él con quien encontré a Isla.

Mi padre interrumpe con una risa suave y se reclina en su silla, observándome con esa mezcla de curiosidad y diversión que solo él sabe expresar.

—¿Caballeroso, eh? No es una palabra que se escuche a menudo hoy en día. Cuéntanos más, Isabel. ¿Qué más tiene de especial ese joven?

Puedo sentir cómo la curiosidad de mi padre me da un poco de respiro del interrogatorio maternal, aunque la presión no desaparece del todo. Tomo un momento, reflexionando sobre cómo describir a Alastair sin revelar demasiado, sin adentrarme en esos detalles que harían sonrojar a cualquiera.

—Bueno, él... él es diferente —empiezo, buscando las palabras adecuadas—. Tiene una forma de ser muy propia, segura. No sé, es como si supiera quién es y lo que quiere. Y tiene una sonrisa... —me detengo, dándome cuenta de que estoy a punto de decir demasiado y cambio rápidamente de tema—. Y, bueno, es escocés.

Eso último parece captar completamente la atención de mi padre, quien levanta una ceja, claramente entretenido.

—¿Escocés, dices? Bueno, eso sí que añade un toque de... exotismo. ¿Te trata bien, no?

Asiento.

—Sí, papá. Pero no te tienes que preocupar porque es solo un amigo, en serio.

«Sí, solo un amigo y nada más»; me digo a mí misma.

Mientras trato de convencer a mi padre de la platónica naturaleza de mi relación con Alastair, mis ojos se desvían por el comedor, ese espacio tan lleno de recuerdos de mi infancia. La luz tenue del medio día se filtra a través de las cortinas de encaje, bañando la habitación, que resaltan los matices dorados de las paredes y la madera del mobiliario.

Cada rincón habla de los años que hemos compartido como familia. Al lado de la ventana, la gran mesa de roble oscuro, testigo de incontables cenas y discusiones familiares, refleja un brillo suave. Recuerdo cómo, cuando era niña, me parecía una mesa gigantesca, un campo de batalla para los debates entre mi hermano y yo sobre quién tendría el último trozo de pastel de manzana.

Mis ojos se posan en las paredes, cubiertas de fotografías enmarcadas. Hay una en particular, de un día de campo que tuvimos cuando yo tenía unos siete años, en la que todos estamos riendo bajo un cielo azul, con el mantel a cuadros esparcido con restos de un picnic. Mi

padre me tenía en brazos y mi madre estaba con Amparo y Toni. La foto la había sacado Vicente, mi tío.

El aparador antiguo al fondo alberga una colección de porcelanas y cristalerías que raramente se usan, reservadas para ocasiones especiales. Recuerdo cómo mi madre insistía en que aprendiera a poner la mesa adecuadamente, cada plato y cada cubierto en su lugar exacto, una lección de orden y precisión que contrastaba con mi espíritu libre y desordenado.

Mi madre interrumpe mis pensamientos, su voz llevándome de vuelta al presente.

—Así que, ¿cuándo piensas traerlo? Sería bueno conocer al chico que ha captado tanto la atención de mi hija.

Sonrío, sabiendo que, por más que lo describa, solo conocerlo en persona dará a mis padres la imagen completa de Alastair, el "solo amigo" y me niego a ello. Me niego a caer en la bravuconería del amor una vez más.

—¿Nunca? —digo con una sonrisa.

—¡Hija, es que lo describes como un príncipe! —se queja mi madre—. Bueno, ya hablaré yo con Lara para que me enseñe una foto del chico. Ahora, acábate la comida que te vienes conmigo al mercado, que quiero que te llesves una caja de comida para allá.



No puede ser en otro lugar, salvo en el puesto de Patricia, en el que me encuentro con la madre de Cristian. Esa señora es el demonio en persona, mala y calculadora, al menos así me lo parece cada vez que cruzamos palabras. Siempre se las arregla para dejar caer algún comentario que, aunque disfrazado de inocencia, lleva un filo que corta el aire y hiere al más pintado.

Hoy no es diferente. Estoy en el puesto de Patricia, ese rincón del mercado donde siempre encuentro las mejores especias y hierbas para la cocina. Justo cuando estoy eligiendo unas ramitas de romero, la veo acercarse con su paso decidido, el bolso colgando de un brazo y una expresión que no presagia nada bueno. Lleva un pantalón negro y una camisa. Su pelo, corto, deslumbra bajo el poco sol que queda.

Patricia, que ya la conoce de sobra, lanza una mirada de advertencia antes de retirarse a ordenar unas cajas, dejándome sola ante el peligro inminente.

—Isabel, querida, cuánto tiempo sin verte —comienza ella, su voz tan melosa que casi puedo sentir cómo se adhiere a mi piel—. Espero que tu familia esté bien, ya me he enterado de lo de Amparo. Y tú, ¿cómo estás? ¿Ya te has enterado de la boda de mi hijo con Fani?

No es una pregunta, es un dardo, y ambos lo sabemos. Mi madre y ella nunca se llevaron bien, dos fuerzas de la naturaleza chocando cada vez que se encuentran. Pero me mantengo firme, sonriéndole con educación.

—Todos estamos muy bien, gracias por preguntar —respondo, intentando mantener la cortesía.

Ella asiente, mirando de reojo los productos en el puesto como si realmente le interesaran.

—He oído que estás viendo a alguien. Un chico escocés, ¿no es así? —Su tono es casual, pero sus ojos no ocultan el brillo de quien cree haber encontrado un nuevo punto de ataque—. Qué pena, has tardado muy poco en encontrarle un sustituto a mi hijo.

—Sí, es un amigo muy querido —digo, tratando de parecer despreocupada, aunque por dentro me preparo para lo que sé que viene después—. Y no creo que deba hablar más de la cuenta. Le recuerdo que su hijo —alzo un poco la voz para que las cotillas del barrio lo escuchen

— me puso los cuernos. Lo he perdonado, por supuesto, porque ante todo soy su amiga. Pero no creo que deba inmiscuirse en qué pasó, qué hago o no hago.

—Oh, no te lo tomes a la defensiva —murmura, mirando de soslayo a las otras mujeres que ya se encuentran susurrándose al oído—. Pero ten cuidado, querida. Esos extranjeros... nunca se sabe con qué intenciones vienen. Además, ya sabes lo que dicen sobre los escoceses, ¿no? —Su sonrisa es un crespo, y siento cómo el ambiente se carga de esa energía tóxica que ella maneja a la perfección.

—Creo que los estereotipos son peligrosos, Concepción —contesto, con más firmeza de la que siento.

—Claro, claro, solo es un consejo de amiga —dice, y su risa me eriza la piel—. De cualquier modo, dile a tu madre que le dé recuerdos a tu hermana de mi parte. Y a ti espero verte en la boda.

Qué hija de puta.

Sonrío y me doy el dinero a Patricia.

—Por supuesto, allí nos veremos.

Me toca el brazo y lo aprieta. Los ojos le brillan de maldad y yo siento náuseas.

—Acompañada, espero.

Con eso, se aleja, dejando tras de sí un rastro de tensión que me toma minutos disipar. Patricia niega, su expresión es una mezcla de simpatía y resignación.

—Esa mujer podría amargarle el día hasta al más optimista —comenta en voz baja, y no puedo más que asentir.

—Y qué lo digas —murmuro.

Dejo el puesto y me voy en busca de mi madre, que lleva el carro de la compra lleno de embutido. Lo abre y me enseña el jamón que ha comprado.

—Mira, te llevas este y este —coge las bandejas y me las enseñas—. Que sé que a Lara también le gusta y... ¿y esa cara? —me pregunta.

Pongo los ojos en blanco y nos encaminamos hacia la salida del mercado.

—Me he encontrado a Concepción y no ha parado de pincharme —hago un gesto de asco.

—Esa mujer es un demonio —brama mamá—. Menos mal que ya no la tienes de suegra.

Asiento y siento como el móvil me vibra en el pantalón. Lo cojo mientras que mamá baja la pequeña rampita que hay para salir a la calle. Deslizo el dedo por la pantalla táctil y leo el mensaje de Alastair.

Alastair: No te imaginas lo mucho que echo de menos estar allí. Siento no haberte respondido antes, pero he tenido... he tenido cosas que hacer y no he podido coger el teléfono hasta ahora. ¿Cómo estás? Después de lo de ayer, digo.

Me relamo los labios y veo como mi madre me hace un gesto con la mano para que me dé prisa. Quiere ir a ver a Amparo al hospital.

Isabel: No te lo vas a creer, pero estoy en España. Han ingresado a mi hermana y he venido de urgencia con Isla. Por lo de ayer, ¿qué? Somos personas adultas, ¿no? Hemos echado un polvo y ya está.

Prefiero dejar las cosas claras. A pesar de que Alastair me atraiga y haya tenido un encuentro sexual con él, quiero dejarlo ahí. Siguiendo a mi madre unos pasos por detrás, observo

como escribe y luego para, como si estuviera pensando qué decir. Y me siento nerviosa hasta el punto de que me llevo la uña del dedo pulgar a la boca.

Alastair: Ah, o sea, ¿qué solo fue un polvo? ¿Ni “un buen polvo”? Vaya, tendré que esforzarme más la próxima vez.

Abro los ojos y me pongo roja como un tomate. Siento como el calor sube a mis mejillas y me ahogo con mi propia saliva.

Isabel: Uf, va a ver próxima, te lo aseguro.

—Isabel, hija, date prisa —insta mi madre y yo pongo los ojos en blanco. Pero me llega un nuevo mensaje, una promesa que me hace detenerme por un momento.

Isabel: Eso ya lo veremos.



CAPÍTULO 17

Me dejo caer en la cama y me llevo el móvil a la oreja. He pasado toda la tarde en el hospital con Amparo y mi madre, pero al volver a casa, después de haberme duchado, he sentido la necesidad de hablar con Lara.

—O sea, a ver que yo me entienda, ¿Alastair y tú sois *follamigos*?

Me pongo boca arriba y dejo que un suspiro salga de mis labios.

—Sí, eso parece.

Escucho a Lara reírse a través de la línea y le acaricio a Isla la cabecita. La pobre está cansadísima después del paseo de hora y media que hemos dado.

—¿Y qué hay de malo en eso?

Refunfuño.

—Pues que yo no quería eso, Lara —me quejo—. Tenía la idea de abandonar a los hombres por un largo tiempo y...

—¿Hacerte monja, no? —pregunta con ironía—. Tía, que no le des tantas vueltas a la cabeza. Alastair te cae bien, ¿no?

—Ajá —respondo, mirándome las uñas.

—¿Te pone cachonda?

—Uhum —murmuro por lo bajo.

—¿Y la tiene grande y gorda como...? —La corto.

—¡Lara! —exclamo, y hasta Isla se desconcierta—. No seas cerda, tía.

Se echa a reír.

—¿Cerda yo? ¿Te recuerdo lo de la otra noche? —se aclara la garganta y frunzo el ceño—. «Oh, sí, Alastair, dame más. Sí, así, más...» —Su voz intenta imitar a la mía, pero le sale un gallo agudo.

Me quedo sin palabras y me pongo más colorada que el pimentón. Lo que ocurrió entre Alastair y yo fue una puta maravilla, me desenfrené de tal manera que no me reconozco. Y cada vez que recuerdo su forma de tocarme, sus labios sobre mi piel... me erizo y siento como si en mi estómago saltaran fuegos artificiales. Y la sensación me abruma, me asusta.

Alastair ama como si cada momento fuera una obra de arte que merece ser apreciada con todos los sentidos.

Pero también sé que es algo pasajero, algo que un día desaparecerá y volveré a la normalidad; a la normalidad que yo misma me he querido imponer.

—No le des vueltas, Isi. Disfruta y ya está —dice Lara—. Haz como yo con Blair. Somos amigos, nos divertimos juntos y echamos algún que otro polvo. ¿Surgirá algo más? No lo sé, pero yo me he curado de espanto y me he dado un buen homenaje —continúa—. En serio, relájate. Mientras que los dos tengáis las cosas muy claras, sobra.

En eso tiene razón. Alastair y yo somos adultos, personas civilizadas que saben distinguir

los sentimientos.

—Bueno —me giro y me pongo boca abajo—, yo creo que en ese aspecto los dos sabemos muy bien a lo que vamos. Yo no quiero nada serio y parece que él tampoco. Ya has visto el mensaje que me ha puesto.

Lara estalla en risas y desvío la mirada hacia la ventana de mi habitación. Me levanto y voy hacia allí. A pesar de estar a principios de diciembre, no hace tanto frío como en Edimburgo. El clima aquí es mucho más cálido. Mi cuerpo se ha habituado a la temperatura escocesa y aquí apenas siente frío. Hoy, por ejemplo, mi madre se ha quedado asombrada cuando me ha visto con solo un jersey y una chaqueta. Ella llevaba hasta bufanda y guantes; aunque estos últimos son porque le salen sabañones.

—Pues por eso te lo digo, Isi. Sois adultos, tenéis necesidades y os atraéis físicamente. Blanco y en botella...

—Leche condensada —respondo y estallamos en carcajadas las dos—. Llegaré mañana por la noche. A mi hermana le dan el alta por la mañana.

Bajo la persiana, la única cosa que echo mucho de menos en Escocia porque no las hay, y vuelvo a sentarme en la cama.

—Nos vemos mañana, ¡y dale muchos besitos a Isla, que la echo de menos!

Le acaricio la cabecita. Ella mueve la cola, expresando que ha escuchado a Lara. Es muy lista.

—Lo que echas de menos es que se ponga a los pies de tu cama para calentarte —río y la escucho chasquear la lengua.

—También. Te quiero, Isi. Que pases buenas noches —me dice.

—Yo también te quiero, Lara. Y dile a Blair que esta noche no te deje dormir —me muerdo el labio inferior para no echarme a reír.

La línea se queda en silencio por un momento. Lara se piensa que soy tonta y que no me entero de las cosas, pero no es así. ¿Teniendo la casa sola se va a ir a un hotel a echar un casquete? Como si no la conociera... Además, he escuchado su respiración cerca en varias ocasiones. Bueno, eso y que Dougal me ha chivado por mensaje que han ido a recogerla al trabajo.

—¿Cómo... cómo lo has sabido? —me pregunta y me la imagino más blanca que el papel.

El trato que hicimos fue no llevar chicos a casa, pero eso ya me había encargado yo de romperlo al meter a Alastair en casa la noche anterior.

—Respira muy fuerte —respondo—. Pero no te preocupes, yo ayer metí a Alastair también en casa. He sido yo quien ha roto el trato que hicimos primero.

Sigo hablando con ella unos minutos más, pero acabo colgando cuando el sueño comienza a vencerme. Dejo el móvil en mi mesita de noche y observo la caja que mamá quiere que me lleve a Edimburgo. No sé cómo lo voy a hacer porque es enorme, gigantesca y llena de comida que con solo pensarla se me hace la boca agua.

Me tumbo de lado y cierro los ojos, cayendo en los brazos de Morfeo.

ALASTAIR

Maldigo una y mil veces en aquella habitación de hotel en la que me encuentro con el mejor de los abogados reunido. La opulencia del lugar contrasta con la tensión que se respira en el ambiente.

Las paredes están revestidas con un exquisito papel tapiz de seda, decorado con motivos

florales en tonos dorados y marfil que reflejan la luz de las lámparas de araña de cristal que cuelgan del techo. Cada paso sobre la alfombra de lana persa es como caminar sobre nubes, suave y reconfortante, mientras el aroma a flores frescas se mezcla con el perfume a cedro de los muebles de caoba finamente tallados.

En el centro de la habitación, una imponente cama con dosel se erige como el trono de un rey, cubierta por sábanas de satén blanco y cojines de seda bordados a mano. A su lado, una mesa de noche de mármol sostiene una lámpara de diseño art déco y una bandeja de plata con frutas exóticas y una botella de champán francés.

Frente a la cama, un amplio ventanal ofrece una vista panorámica de la ciudad iluminada por la noche, con sus rascacielos que se elevan hacia el cielo estrellado como monumentos a la ambición humana. Las cortinas de terciopelo rojo oscuro están cerradas, creando una sensación de intimidad y aislamiento del mundo exterior, aunque en mi mente resuena el eco de la vida que continúa fuera de estas lujosas paredes.

En una esquina de la habitación hay un sofá de terciopelo azul zafiro, en el que está Frederick sentado con una copa en la mano derecha, y un par de sillones tapizados en cuero italiano. Una mesa de café de cristal es el escenario perfecto para disfrutar de una conversación tranquila o de una copa de licor de renombre mundial, mientras el crepitar de la chimenea de mármol negro añade una sensación de calidez y confort al ambiente.

Pero incluso en medio de tanto lujo, la presencia de mi abogado y la razón de nuestra reunión arrojan una sombra oscura sobre la habitación, sobre mi ser.

—Alastair, está claro que ella va a quemar hasta la última de sus cartas —me dice con los ojos clavados en mí—. Pero tenemos los recursos necesarios para cuando se celebre el juicio. Ganaremos —me asegura.

Tenso la mandíbula y leo atentamente los informes que han estado recopilando los detectives privados que he contratado para la ocasión.

Me encuentro en un limbo emocional, como un náufrago en el mar, con Frederick como mi único faro de esperanza en la tormenta que se avecina. Su presencia serena, aunque cargada de seriedad, es reconfortante pero a la vez inquietante. Sé que está aquí para ayudarme, para guiarme a través del laberinto legal en el que me encuentro y alzarme con la victoria, pero también soy consciente de que su confianza puede ser una fachada, un intento por ocultar la gravedad de la situación.

El aroma del licor de renombre mundial que se eleva desde la copa en su mano crea un contraste con la tensión palpable que llena la habitación. Cada sorbo parece ser un intento de encontrar un atisbo de normalidad en medio del caos que nos rodea. ¿Acaso él también siente el peso de lo que está en juego, o soy yo quien proyecta mis propios miedos en su expresión imperturbable?

Los informes dispersos sobre la mesa son como piezas de un rompecabezas ominoso, cada una revelando una verdad incómoda que preferiría dejar enterrada en lo más profundo de mi conciencia. Los detectives privados, mis silenciosos cazadores de verdades, han desenterrado secretos que podrían arrastrarme hacia la victoria absoluta en esta guerra. Cada palabra, cada detalle, alimenta la ansiedad que me consume desde dentro, como si estuviera siendo devorado por un fuego invisible que solo yo puedo sentir.

Y en mi cabeza solo se encuentra la imagen de él: de Alexander.

«Me necesita, me necesita, me necesita»: pienso una y otra vez.

Me siento como un rey desterrado de su trono, con el peso del mundo sobre mis hombros y la certeza de que el destino se cierne sobre mí como una espada afilada lista para caer. La

habitación, con sus muebles tapizados en cuero italiano y su mesa de café de cristal, es un escenario digno de una tragedia griega, donde los dioses caprichosos juegan con las vidas de los mortales como si fuéramos títeres en sus manos. Juegan conmigo.

—Vuelve mañana a Edimburgo, que los medios no se enteren de esto y manten la calma. Jugaremos nuestras cartas cuando sea necesario —me dice y se levanta.

Se acerca a mí después de haber recogido todos los papeles. Apoya su mano en mi hombro y lo aprieta. Frederick estudió en la misma Universidad que yo, solo que una carrera totalmente diferente. Fuimos compañeros hasta que entramos a la Universidad. Es lo más cercano que tengo a un amigo, saliendo de Blair claro.

—Él está bien —continúa—. Vete a casa, Alastair. ya tienes demasiado en lo que pensar.

Se refiere a Ava y el simple pensamiento de esa mujer hace que me estremezca. No le deseo a nadie estar en mi pellejo, ni a mi peor enemigo. La señorita Campbell es una mujer hecha para el papel de esposa. He podido estar con ella en algunos eventos multitudinarios y sé que me tiene fichado desde entonces. A mi madre le ha caído en gracia, eso es lo que más me preocupa. Pero en el fondo sé que es lo que debo hacer. Por mi familia, por Alexander... por mi padre.

Me pongo el pantalón del pijama y me tumbo en la cama. No paro de dar vueltas hasta que, al fin, el cansancio me vence y sueño con unos ojos verdes y una madeja de pelo rociado por los rayos del sol que se envuelven en mis manos.

Sueño con Isabel, con lo ocurrido en la noche anterior, con su cara de placer grabada a fuego en cada una de las conexiones de mi mente. Recuerdo su voz, los jadeos y los gemidos ahogados, sus uñas clavándose en la piel de mi espalda.

Y abro los ojos para mirar lo que esos recuerdos han provocado. ¿Por qué Isabel? ¿Por qué ella y no Ava Campbell?

Me obligo a pensar, a convencerme, de que lo que tengo con Isabel es solo un juego, algo que deberá terminar una vez que me comprometa con Ava. Pero, hasta ese momento, ¿qué me impide pasármelo bien? Ni yo, ni ella, queremos nada serio. Aunque en un principio me molestara que ella quedara con otra persona, tengo claro cuál es el camino a seguir que debo tomar. Pero, hasta ese momento, quería disfrutar, vivir e intentar ser feliz porque sé... yo sé que mi vida matrimonial no lo será.

Nunca.



CAPÍTULO 18

Me paro cerca de una cafetería y deslizo mi dedo para atender la llamada.

—Hola —exclamo—. ¿Se puede saber qué haces llamándome a estas horas? —gruño.

Mi madre dice que soy una malhumorada, pero os aseguro que no ha sido culpa mía. He tenido que viajar con un señor muy desagradable que ha estado refunfuñando porque llevo a Isla conmigo. Que no entiende cómo se puede tratar a un perro como a una persona, que son animales y que a los animales se les trata como tal; decía el muy cerdo. Y yo, que soy más verde que las lechugas que planta mamá en el huerto de Rueda, le he soltado una de las mías que ha provocado que el señor se enfadara y comenzara a levantar la voz. Pero ¿qué culpa tengo yo de que su coeficiente intelectual sea inferior al de un mosquito y no comprenda que hoy en día se deja viajar a los perros con nosotros en cabina? Hasta mi perra es más educada que él y no le ha soltado un mordisco porque sino se infecta de *gilipollismus agudis* -la última variante de una enfermedad que está asolando el mundo.

¡Eso sí que es una enfermedad preocupante y, nada, que no la declaran pandemia!

—Vaya humos, señorita —ríe él—. Solo quería saber cómo te ha ido el vuelo. Pongo los ojos en blanco y camino con Isla delante—. ¿Tan mal ha ido el vuelo?

—Puf, me ha tocado al lado de un señor muy desagradable que tiene un pequeñín —hago un gesto para indicar tamaño pequeño— problema con que los perros puedan viajar en avión con nosotros.

Lo escucho reírse a través de la línea.

—Y tú no te has quedado callada —afirma.

Chasqueo la lengua y me paro cerca de una cafetería para ubicarme.

—¿Yo? ¿Responder a alguien? —Hago un sonido con la boca y aireo la mano—. Por favor, si soy toda una señoritinga. Pero ahora en serio, ¿qué haces llamándome a estas horas? Es bastante tarde —murmuro aún con el humor por los suelos.

—He supuesto que estabas ya en el aeropuerto o que te faltaba poco —dice con una risa baja y ronca—. ¿Por dónde estás? —añade.

Observo a mi alrededor y me fijo en el cartel que tengo a unos metros.

—Pues estoy cerca de la salida —dudo—. Tengo un *Starbucks* justo a la derecha y una tienda de suvenires a la izquierda. ¿Por qué?

Silencio.

La línea se queda en silencio por unos segundos.

—¿Alastair? —inquiero, pensando que se ha podido cortar—. Será gilipollas, que me ha colga...

Noto como alguien toca el hombro.

Pego un brinco acompañado de un grito que hace que las pocas personas que se encuentran allí giren en mi dirección. Me doy la vuelta con la mano en el pecho y, entonces, lo

veo riéndose a carcajadas; muy posiblemente por mi cara de susto. Le doy un golpe en el brazo que lo hace reír aún más.

—¡Me has dado un susto de muerte! —exclamo en español, lo que hace que Alastair frunza el ceño—. He dicho que me has dado un susto de muerte —repito para que me entienda.

—Entonces lo entendí bien —murmura, cruzándose de brazos y sonriendo de lado.

Enarco una ceja en su dirección.

—¿Cómo qué has entendido bien? ¿Hablas español y llevas mintiéndome todo este tiempo? —Con las barbaridades que hemos dicho Lara y yo sobre él y Blair, me da miedo su respuesta.

Alastair niega y su pelo se mueve. Parece un puto modelo.

—He estudiado español mientras venía en el avión de vuelta a casa —me cuenta, y coge mi maleta.

—¡Espera! ¿Qué haces? ¿Crees que no puedo con ella o qué? —bramo.

Da un paso adelante y me mira por encima de su hombro. A Alastair le brillan los ojos y una sonrisa curva sus labios de diversión.

—¿Quieres dejar de ser tan gruñona —toca mi nariz con su dedo y yo soplo en respuesta— y dejar que te ayude y te lleve a casa?

—¿Y tú puedes dejar de ser tan... tan... perfecto y alegre? —me quejo, pero él ríe.

Camina e Isla lo sigue embobada. Es una perra traidora, se ha posicionado con el enemigo. Camino para pillar su paso porque veo que es capaz de irse y dejarme aquí. Y no es hasta que estoy a su altura que caigo en que quién tenía que venir a recogerme es Lara.

Lo paro en seco justo delante de las puertas que dan acceso, o salida, al aeropuerto. La brisa, tan gélida como la de hace dos días, me alborota el cabello. Alastair me lo quita de la cara con la mano que le queda libre.

—¿Dónde diablos está Lara? Se supone que tenía que venir a por mí con el coche.

Oh, eso es otra, he tenido que gastar una suma importante de dinero en arreglar el coche porque se le rompió no sé qué cosa. Yo solo sé que se le encendió un piloto rojo que parpadeaba, arranqué e hizo ¡PUM!

Alastair saca las llaves del coche de su bolsillo y sale afuera seguido de Isla y de mí. A lo lejos, las luces se encienden en señal de que ha apretado el botón del mando.

—Me ha pedido que te recogiera, llegabas media hora después de mi vuelo —dice, caminando a mi lado por la acera—. Te puedes imaginar qué está haciendo.

Chasqueo la lengua y murmuro una maldición. Arg, ella y su obsesión con Blair me están sacando de mis casillas.

—O sea, te ha pedido que vengas a por mí porque se lo está tirando y no le da la puñetera gana de sacarse su polla del coño, ¿no? Pues vaya amiga que me he echado —farfullo.

Pero él me mira por encima del hombro porque está metiendo mi maleta en el maletero. Una mueca aparece en su rostro y lo cierra de un botón.

—Se podría decir que sí —me acompaña al asiento del copiloto y me abre la puerta para que me suba. No me acostumbro a esto, a ese gesto. Isla sube a la parte de atrás y se recuesta en el asiento. Alastair hace una triquiñuela con el cinturón y su correa. Luego, se sube y mete la llave en el contacto—. ¿Qué llevas en la maleta que pesa tanto? —me pregunta, lanzándose a la carretera.

Me encojo de hombros y toqueto los botones de la radio para encenderla.

—Esa no era la maleta que me tenía que traer, la mía era mucho, pero que mucho, más pequeña —suspiro—. Mi madre se ha empeñado en que tenía que traerme todo lo que me ha

comprado, incluído cinco Tupperware de croquetas. ¡Cinco! No sé que voy a hacer con tantas.

No es una exageración. Esa misma mañana, en cuanto a Amparo le han dado el alta, mamá ha sacado la maleta más grande que había en casa y ha empezado a meter todo lo que estaba preparando para llevarme. Incluso ha metido unas botellas de la última cosecha de vino que hicieron el año pasado, y que estoy deseando abrir en cuanto llegue.

—¿Croquetas? ¿Qué es eso? —pregunta él con la vista fija en la carretera.

Me llevo la mano al pecho y abro los ojos como platos.

—¿No has probado las croquetas? —Niega—. No quería comenzar una guerra contigo, pero no puedo creer que no las hayas probado en la vida. ¿Pero aquí qué coño os dan de comer?

Alastair sonríe sin enseñar los dientes, quizá porque le parece divertido, pero lo estoy diciendo muy en serio. Las croquetas son un manjar y, a quién no le gusten, no es mi amigo. Mucho menos mi follamigo. El gusto por las croquetas ha roto más amistades que el juego de UNO.

—Pues aquí comemos *Haggis* o *Cullen Skink* —responde.

Tuerzo el gesto.

—Yo el único *Cullen* que conozco es el de Crepúsculo —suelto, provocando que se ría a carcajadas.

Desvío la atención a la ventana y observo como cae el primer copo de nieve. Luego otro, y otro. Y así hasta que comienza a nevar. Me explayo durante todo el camino mirando por la ventana, nunca imaginé que me sintiera tan bien fuera de mi país, de mi casa, lejos de mi familia. Es como si Escocia me estuviera acogiendo con su manto blanco. Alastair parece notar mi cambio de ánimo y me sonríe con complicidad, como si entendiera lo que estoy sintiendo.

—El paisaje escocés bajo la nieve es realmente hermoso, ¿verdad? Es como si cada copo de nieve fuera una pequeña parte de la magia de este lugar.

—Y que lo digas, es precioso —susurro—. ¿Has visto, Isla? Pronto podrás ver nieve por primera vez.

Desde atrás, ladra en respuesta y yo sonrío.

—Esta noche pienso abrirme una botella de vino de las que me ha metido mi madre en la maleta —murmuro y Alastair suspira.

Desvío la mirada hacia él y lo veo cansado. Por un momento, sus manos se tensan en el volante y la mandíbula la mantiene apretada. Es como si una máscara de hielo se hubiera interpuesto entre su típico buen humor y lo que estoy viendo ahora. Y entonces caigo en que es posible que la persona que estoy viendo delante sea la real.

—¿Ha ocurrido algo?

Las facciones de su rostro se suavizan y acaba negando con una sonrisa dulce en los labios.

—No, no te preocupes. Es... —titubea, y un brillo titila en sus ojos— trabajo —añade, y asiento.

Pero no le creo, hay algo más.

—Yo me he tirado todo el día a la bartola con mi sobrino —digo, y le saco la lengua como toda una cría pequeña.

Alastair curva sus labios en una mueca.

—Me consuela saber que, por lo menos, has descansado más que yo. ¿Cómo está tu hermana? —Desvía el tema de conversación y decido dejarlo pasar.

Me encojo de hombros.

—Todo bien, ahora tiene que reposar hasta el parto —respondo—. ¿Y tú? ¿Todo bien en

el... trabajo?

—¿Te importa si no hablamos de eso? —Para el coche enfrente del edificio e Isla se remueve.

Levanto las manos en señal de paz y me suelto el cinturón.

—Está bien, entiendo que no quieras hablar de ello. —Y por un momento me recuerda a mí cuando sucedió lo de Cristian. El corazón se me encoge en el pecho—. Pero si alguna vez necesitas a alguien para desahogarte —pongo mi mano encima de la suya en la palanca de cambios—, puedes contar conmigo. —Los ojos le brillan, pero no dice nada. Eso es suficiente para saber qué se siente agradecido—. Anda, vamos.

Y hago lo que hicieron conmigo cuando más lo necesitaba. Le suelto el cinturón y él clava su mirada en mí. Siento una corriente eléctrica correr por mi cuerpo cuando esas dos esferas del color del chocolate se fijan en las mías.

—¿Qué? ¿Adónde?

Abro la puerta y pongo el primer pie fuera mientras mantengo el cuerpo medio doblado hacia él.

—¿Crees que voy a comerme yo sola cinco Tupperwares de croquetas y a beberme una botella de vino? —Salgo y me agacho—. Vamos —le urjo.



CAPÍTULO 19

Isla se encuentra recostada en su camita, con los ojos cerrados, y Alastair y yo estamos en el sofá, con una copa de vino cada uno. El plato de embutido hace tiempo que se ha acabado y la botella está a punto de caer.

Fuera se escucha la lluvia furiosa, la tormenta que azota el exterior parece no tener fin. Cada golpe de viento contra la estructura del apartamento hace que los marcos de las ventanas se quejen, añadiendo un tono siniestro a la melodía nocturna. La lluvia golpea los cristales con una fuerza implacable, como si miles de pequeñas manos intentaran entrar desesperadamente.

En el cielo, los relámpagos rasgan la oscuridad cada pocos segundos, iluminando el salón con una luz blanca y fría que dura apenas un instante. Los truenos, no queriendo quedarse atrás, retumban con un estruendo profundo que parece sacudir el suelo. A veces, el intervalo entre luz y sonido es corto, revelando la proximidad de la tormenta.

El viento no solo trae consigo el ruido y la furia del agua, sino también hojas arrancadas de los árboles, pequeñas ramas y otros detritus que chocan contra la casa. Se oyen, de vez en cuando, crujidos y golpes, como si la misma naturaleza estuviera intentando remodelar Edimburgo a su antojo.

En el interior, a pesar del caos que se desata fuera, se respira una calma contrastante. Alastair y yo, conscientes del rugir del temporal, decidimos que era mejor quedarnos aquí, en el salón, dejando que el sonido de la tormenta llenara el espacio de las pausas de las risas.

Isla, por su parte, parece la más sensata, durmiendo tranquila en su camita. De vez en cuando, un trueno más fuerte que los otros hace que se remueva ligeramente, pero pronto vuelve a encontrar su paz, respirando suavemente.

—Espera, espera, ¿me estás diciendo que te encontraste a la madre de tu ex en el mercado? —pregunta él con la cara a punto de estallar por la carcajada que gorgotea desde su garganta.

—Sí, esa señora es insoportable —pongo los ojos en blanco. Solo recordarla, provoca que me encoja—. Es horrible, siempre lo ha sido. Aunque parece que Fani le cae mejor, quizá porque encaja más en su estructura de mujer perfecta.

Alastair levanta una ceja en mi dirección y se sacude el pelo, llevandoselo para atrás con los dedos. Se pone cómodo en el sofá y eso hace que los músculos de sus brazos se destaquen bajo su camiseta.

—¿A qué te refieres con que ella encaja más? —inquieta con curiosidad.

Me bebo el último culo de vino y ruedo la copa entre mis dedos.

—Yo nunca le he caído bien a la madre de Cristian, quizá porque siempre he sido independiente —le cuento, clavando la mirada en sus ojos de color chocolate—. Fani no tiene estudios superiores. Acabó la enseñanza obligatoria y se puso a trabajar. Ella tenía el carnet del

coche antes que yo, tenía trabajo antes que yo... ganaba más que yo al principio, cuando yo solo era una becaria. Por lo que me han contado mis amigas, está trabajando en un supermercado y han podido comprarse un piso en nada de tiempo. Se ve que Fani entra dentro de la estructura perfecta de mujer que tiene la madre de Cristian en la cabeza —chasqueo la lengua—. Una mujer que trabaje, que se gaste todo el dinero en la casa para que su marido ahorre, que se levante a las seis de la mañana a limpiar, que haga la comida, que cuide a sus hijos cuando los tenga...

Alastair frunce los labios en un gesto que me deja ver lo consternado que se siente ante mis palabras. Pero es la realidad. A mí, Concepción nunca me ha querido con Cristian y eso es un hecho tan real como que me llamo Isabel. Nuestra relación siempre ha sido muy tumultuosa, como una arena de lucha. Siempre compitiendo, siempre desvalorizando mis sueños, mis metas... siempre siendo la mala.

—Y tú no eres así —suenas más como una afirmación que como una pregunta.

Suspiro y vacío el contenido de la botella de vino en mi copa.

—No, no lo soy. A mí me gusta trabajar, me he ganado el puesto que tengo por mi constancia. Y sí, soy consciente de que no me he sacado el carnet de conducir a los dieciocho o he tenido ahorros hasta hace prácticamente poco; pero me he sacrificado mucho para llegar a dónde estoy y no me arrepiento.

Alastair se acerca a mí y me acaricia el dorso de la mano. Estoy tan cansada psicológicamente después de recordar cada una de las vejaciones de esa mujer que lo dejo. Me agota, Concepción es una sanguijuela, te absorbe el alma hasta sin estar presente.

Me recuesto en el sofá, estando de lado, y cierro los ojos, disfrutando de la caricia. Cuando aparta su mano, aún con los ojos cerrados, vuelvo a cogerla entre gruñidos y hago que siga, pero las yemas de sus dedos ascienden hasta mi brazo, hasta la corva.

Él ríe por lo bajo, una risa ronca y cercana. Siento su aliento tan cerca que me obligo a abrir un ojo. Lo veo a solo centímetros de mi rostro con una sonrisa cerrada en los labios, una de esas que hacen que mi corazón se acelere inmediatamente.

—Eres una gruñona —juguetea con la manga de mi jersey.

—Y tú un quejica —contraataco, divertida—. ¿Estás mejor?

Alastair suelta un bufido y se acaricia la barriga en círculos. Hemos acabado con un Tupperware entero de croquetas y un plato enorme de embutido, creo que está como yo, que va a explotar en cualquier momento.

—Tu madre es una experta cocinera, nunca había probado algo tan rico —hace un ademán con la cabeza hacia el plástico que está encima de la mesita de café—. En realidad, estaba todo muy bueno. Aunque lo mejor es el vino. —No es la primera vez desde que abrí la botella que lo menciona—. ¿Crees que tu padre podrá mandarme algunas? Tengo cenas antes de Navidad y me encantaría que mis acompañantes lo probaran.

Justo en ese momento, en el que le quiero responder, suena el móvil. Cuando veo que es mi madre, suelto una maldición y le hago una seña, poniendo mi dedo índice en los labios, para que se calle. Estela Jiménez me la va a liar, pero bien liada.

Descuelgo el teléfono y pongo el altavoz.

—Hola, mamá —digo y se escucha una exclamación.

—¿Hola, mamá? ¿Hola, mamá? —Alza el tono cada vez más, se nota que está enfadada a kilómetros—. ¡¿Pero tú crees que puedes venir ahora con eso?!—

He olvidado llamarla y soy su último polluelo en haber despegado del nido, su preocupación es exagerada, protectora y... divertida. Admito que hay veces en la que echo tanto de menos ese estallido de carácter que no la llamo solo para que me pegue dos gritos.

—Mamá...

—¡Ni mamá ni leches! —exclama—. ¿Sabes lo preocupada que estaba? ¡Qué en las noticias están diciendo que allí está cayendo una de Dios y yo aquí, sin saber nada de ti y sopesando lo peor! ¡Un azote te metía yo, un buen azote! —Alastair está alucinando y yo me estoy aguantando las ganas de echarme a reír por su cara y por el enfado que lleva mi madre encima—. Eres una *destalentá*, una...

—Mamá... —me interrumpe.

—Una sinvergüenza, una...

—Mamá, estoy aquí con Alastair. Deja ya de gritarme que entre que no entiende nada y te está escuchando hecha una fiera, está asustado. —Silencio, se ha hecho un silencio sepulcral hasta que el grito de mi madre hace que los dos, Alastair y yo, peguemos un salto de sofá; él sin entender qué es lo que dice y yo muerta de la vergüenza.

—¡Antonio, qué tu hija está con un *guiri* en su casa! ¡A estas horas! ¿Qué se supone que estás haciendo tú? —Oigo a mi padre farfullar.

—¿Quieres dejar que el niño haga lo que le dé la gana en su casa? —le dice a mi madre—. Isabel, hija, ¿has llegado bien?

Sonrío, indicándole a Alastair con el pulgar hacia arriba que todo va OK.

—Sí, papá. Ha faltado poco para que la tormenta me pillara arriba. Ha empezado cuando estábamos llegando a mi apartamento —le confieso y me aclaro la garganta—. Otra cosa que quería decirte, ¿crees que podrías mandarme algunas botellas? Alastair ha probado el vino y le encantaría comprar algunas.

—Oh, ese chico tiene buen gusto —susurra mamá.

—Se lo diré a tu hermano Toni para que te mande unas cuantas, que sabes que yo eso no lo entiendo —dice él—. Ese amigo tuyo tiene muy buen gusto, díselo de mi parte.

Me río por lo bajo y asiento.

—Yo se lo diré, papá. No te preocupes —le guiño un ojo a Alastair y él sonríe—. tengo que irme, ¿vale? Os llamo mañana por la tarde cuando acabe de trabajar.

—Sí, sí. Pero ¿es este chico al que vas a traer a la boda de Cristian? —pregunta mi madre con la voz enérgica, tal como es ella siempre.

Alastair frunce el ceño y sus labios gesticulan silenciosamente la palabra boda. Temo que ha entendido algo, que esa palabra sí la conoce. Y comienzo a preocuparme.

—Eh... yo... eh... —balbuceo—. Hablamos mañana —les cuelgo y lanzo el móvil a la mesa.

Alastair no dice ni una palabra, pero parece que su cabeza está llena de preguntas. Trato de leer la expresión en su rostro, que ahora parece más confundido que antes.

—Lo siento por eso —me disculpo, recogiendo el móvil de la mesa y volviendo a enfocarme en él—. Mi madre es muy explosiva.

Alastair asiente lentamente, pero puedo ver que algo le inquieta.

—¿Boda? —pregunta finalmente, su acento inglés haciendo que la palabra suene casi exótica.

Respiro hondo, sabiendo que no puedo evitar la conversación.

—Sí, boda. Mi ex novio Cristian se casa en febrero y a mí se me ocurrió decirle que iría acompañada. Lara mencionó, no sé ni por qué, que iría contigo o algo así. Y bueno, mi madre asume que te llevaré contigo porque... bueno...

Observo cómo Alastair procesa la información, jugando nerviosamente con el borde de su camiseta.

—¿Me estás invitando a la boda de tu ex novio? —Su tono es cauteloso, como si temiera asumir demasiado.

—No, no —urjo en decir—. Bueno, yo... solo... —me trabo una y otra vez.

Alastair sonríe, una sonrisa que alcanza sus ojos.

—Me encantaría acompañarte —murmura, finalmente, y yo me quedo atónita—. Puede ser divertido.

Gesticulo con las manos al aire.

—No hace falta, de verdad. No quiero que te sientas en la obligación de nada.

Él echa la cabeza hacia atrás y ríe a carcajadas. Pone su mano encima de la mía y la aprieta, en sus ojos titila un brillo de complicidad y diversión.

—¿Obligación? No, no es obligación. ¿No crees que sería interesante? Imagina las caras de todos cuando lleguemos juntos. —Lo hago y la imagen me parece muy divertida—. Además, será una buena forma de conocer mejor tu mundo. ¿Somos amigos, no?

Me quedo mirándolo, algo desconcertada pero también aliviada y agradecida por su actitud positiva y su disposición a acompañarme en una situación que podría ser incómoda para ambos.

—Sí, amigos —digo con una sonrisa genuina, sintiéndome más relajada.

Alastair asiente y su sonrisa se ensancha.

—Pues ya está. Además, me vendrá bien.

No tengo ni idea de a qué se refiere. Pero me giro cuando un estruendo rompe el silencio. La tormenta está empeorando, al igual que las ráfagas de viento. En una de ellas, una de las ventanas se abre de par en par, dejando que el agua entre al apartamento y lo moje todo a tu paso, incluida a mí, que me he levantado para cerrarla. Lo logro gracias a que Alastair me ha ayudado. Está detrás de mí, manteniendo la ventana pegada al marco mientras que yo cierro el pestillo y me aseguro de que esté bien puesto.

Cuando me giro, él permanece con las manos en la ventana. Tiene el pelo revuelto y me mira desde arriba. Estoy entre sus manos, con su cuerpo a escasos centímetros del mío. Se ha empapado la camiseta y los músculos se le marcan todavía más.

Me río al ver que tiene una hoja pequeña en el pelo. Me alzo en puntillas y se la quito. Alastair la mira y una sonrisa cerrada surca su rostro. me imita, me quita algo del pelo y luego lleva un mechón húmedo detrás de mi oreja.

Los centímetros cada vez son más escasos y ahora es él quien da el paso de fundir sus labios con los míos en un beso que hace que una corriente eléctrica me recorra cada centímetro del cuerpo.



CAPÍTULO 20

Escucho la puerta del baño abrirse de par en par. La cortinilla se mueve, pero no se abre. Me asomo por un hueco, sin destapar mi cuerpo. Lara entra y abro los ojos como platos.

—¿Qué coño haces aquí? —le pregunto.

El agua caliente cae sobre mi cuerpo desde arriba. Tengo jabón en el pelo, en el cuerpo y temo que se me meta en los ojos si no me aclaro ya.

Ella bailotea y se baja los pantalones y las bragas para sentarse en el inodoro y hacer pis.

—Tía, que me estaba meando —responde ella.

—Ya, ya lo veo —frunzo el ceño—. Pero podrías haber tocado la puerta.

Cierro la cortinilla y su cálido cuerpo se pega al mío sin hacer ruido. Alastair me besa, pegando mi espalda a la fría pared. El deseo me recorre cada poro de la piel, se instala en mis ojos y me muerdo el labio inferior mientras desciendo sus besos hacia el cuello al ritmo de sus dedos. Me obligo a no gemir cuando mete el primero.

Es imposible que tenga tantas ganas. No hemos pegado ojo en toda la noche y esta mañana ha caído uno justo aquí: en la ducha.

—¿Y a ti cuándo te ha importado eso? —se escucha la cadena y le hago un gesto a Alastair para que pare.

Necesito que Lara se largue, necesito que se vaya y deje que Alastair me folle otra vez más porque siento que voy a explotar. Y la sensación crece cuando, con dos dedos ya dentro de mí, acaricia mi clítoris.

—No te vas a creer qué noche he pasado —pega un grito y escucho el agua del lavamanos correr—. No he dormido ni un poquito. Que si el misionero, que si el sesenta y nueve, que si ahora te lo como todo... ¡si hasta me ha follado con la carretilla, tía! —dice entusiasmada—. Vaya puta maratón de sexo que he tenido.

Alastair me tapa la boca con su mano cuando un gemido quiere escapar de mis labios. Muevo las caderas y subo una pierna sobre una pequeña repisa en la que hay varios botes de champú. Lo necesito dentro, necesito que me folle ya, o perderé la poca cordura que me queda.

—Ajá —digo, ahogando un jadeo, en respuesta.

—¿Y tú cómo has pasado la noche? ¿Isla se portó bien en el vuelo? —me pregunta.

Y yo le ruego a Alastair, que me mira con una sonrisa demasiado sexy, que vaya más rápido. Sus expertos dedos se introducen en mí, me torturan y siento como el placer se acumula en la parte baja de mi estómago. Estoy a punto de correrme. Esto es lo más excitante que he hecho en mi vida.

«Lara, por Dios, vete ya»; le ruego al cielo.

—Ajá —repito y Alastair saca los dedos de mi interior. Se los chupa y acerca su miembro a mi entrada. Piensa follarme estemos solos o acompañados, lo sé. Y, por primera vez, la idea me parece una maravilla.

Alastair me pasa un brazo por la cintura y otra por el culo, me eleva y yo abro la piernas para acoger toda su masculinidad. Me pega a la pared de nuevo y yo arqueo la espalda por lo fría que está. Nos envuelve el vaho del agua caliente. Es como si estuviera sentada, pero sus fuertes brazos mantienen mis piernas abiertas.

Coge un preservativo de la pequeña repisa. Nos hemos traído una tira de cuatro de la habitación. Se lo pone de manera experta, haciendo alguna que otra maniobra para no matarme en el acto.

Le brilla la mirada cuando acerca su pene erecto a mi abertura y echo la cabeza hacia atrás cuando lo mete de una sola embestida. Joder, se siente muy bien.

—¿Y tu hermana Amparo está bien? —pregunta otra vez mientras Alastair se introduce más fuerte en mi interior, hasta el fondo, hasta el punto de estar entre la fina línea del dolor y el placer.

Ruego al cielo que Lara se vaya, no sé cuánto voy a poder aguantar los gemidos, pero sé que es poco.

—Ajá —vuelvo a repetir, poniendo los ojos en blanco cuando Alastair sacude mi cuerpo con otra embestida.

Pero, de repente, la cortinilla de la ducha se abre.

—Tía, ¿es que solo sabes decirme...? ¡Hostia puta! —grita cuando nos ve unidos.

Lara vuelve a cerrar la cortinilla y yo me quedo estática con Alastair dentro de mí. Nos miramos y la risa surge de nuestras gargantas. Llego a creer que Lara se va, pero vuelve a abrirla y le echa un vistazo rápido a Alastair, parando en su miembro que descansa fuera de mi interior y enfundado en el condón.

Abre los ojos y silba.

—Vaya poderío —murmura.

Y yo le lanzo lo primero que pillo, que es una esponja.

Lara se va del baño riéndose a carcajadas y suelto el aire de los pulmones cuando la puerta se cierra.

Alastair vuelve a besarme, con su miembro un poco menos erecto apuntando hacia mí. A mí también se me ha cortado el rollo, pero ese beso, su lengua jugando con cada rincón de mi boca y sus labios aprisionando el mío, ha hecho que vuelva a resucitar.

—¿Prefieres que paremos o...? —Cojo su cara entre mis manos y lo beso, tan profundamente que jadea cuando me separo.

—Fóllame, Alastair.

Le paso un brazo por los hombros y él me sacude. Se introduce en mí con una rudeza que me deja sin aire. Mis senos bambolean al ritmo de sus embestidas. Duras, frenéticas. Una tras otra a un ritmo vertiginoso.

—Oh, mierda —farfullo cuando siento que estoy llegando a la cima.

Él suelta una risa baja, ronca, excitante. Cuela una mano entre los dos y masajea mi clítoris mientras arremete contra mi vagina otra vez.

—Míranos, preciosa —abro los ojos, pues tenía la espalda arqueada con la cabeza echa para atrás. Le hago caso y miro a duras penas el punto el punto en el que nos unimos. Jadeo y recuesto mi cabeza sobre su hombro.

—Hazlo, Alastair —gimo.

Y él ralentiza el ritmo y deja de tocarme. me levanta la cabeza y hace que clave mi mirada en la suya.

—¿Qué quieres que haga? —Un brillo siniestro, de excitación, cubre sus hermosos ojos

marrones—. ¿Qué quieres que haga? —Se desliza otra vez dentro de mí y se queda parado—. ¿Quieres eso?

Gimo y los ojos se me ponen en blanco cuando lo vuelve a hacer.

—¿Es eso lo que quieres, preciosa?

Asiento porque no me quedan fuerzas para hablar. Solo quiero correrme, caer en esa vorágine de placer tan intensa que me quede en el limbo.

—Fóllame, Alastair, haz que me corra —le ruego con la mirada.

Se acerca y me muerde el labio inferior. Gimo, tan fuerte que temo que los vecinos me escuchen.

—Tienes una boca muy sucia —se mete en mi interior con tanta rudeza que clavo mis dedos en su espalda.

—Y tú follas demasiado bien —respondo, dejando que su cuerpo se introduzca en el mío una y otra vez.

Alastair empuja, como si buscara unirse aún más a mí. Sus músculos se tensan y nuestros gemidos se funden en uno. Sus labios se pegan a los míos para ahogar el orgasmo que nos recorre a los dos al mismo tiempo. Su miembro palpita en mi interior, mis piernas parecen gelatina y nuestros corazones bombean al mismo ritmo desesperado.

Echo la cabeza hacia atrás y suelto una risa mientras el agua me cae por la cara. Alastair me baja y se quita el condón, abre un poco la cortinilla y lo deja en el lavamanos.

Me enjabona con la esponja y yo hago lo mismo que él.

—¿Crees que Lara nos habrá escuchado? —me pregunta.

Me encojo de hombros y me quito el jabón del pelo y del cuerpo antes de cerrar el paso del agua, que demasiada hemos malgastado ya.

Le paso una toalla.

—Me importa una mierda —murmuro con una sonrisa pícaro en los labios.

Entonces, Alastair me da una cachetada en el culo y yo lo miro con los ojos muy abiertos. Ha dolido, sí, pero la excitación que siento hace que me muerda el labio inferior.

—Tienes una boca muy sucia.

Elevo una ceja en su dirección y salgo de la ducha envuelta en la toalla.

—Otro día te enseñe lo sucia que puedo ser —le guiño un ojo y él se ríe a carcajadas.

Quizá lo de tener un amigo con beneficios no está tan mal.



—Es que sabía que te lo tirabas —me dice Lara cerrando la puerta de mi despacho.

Acabo de terminar una reunión improvisada con Dougal y Miryam, los encargados del proyecto que estamos ejecutando y, nada más irse, Lara ha entrado como el torbellino que es.

—¡Qué pollón! —exclama, sentándose enfrente de mí.

Mi vista viaja del ordenador a ella y una sonrisa divertida curva mis labios.

—Ha sido la leche, Lara —le confieso, bajando la tapa del portátil—. Qué hombre, qué... todo.

Ella rueda los ojos y saca de su bolso unas galletitas de chocolate.

—Y qué lo digas. ¿Te ha tenido toda la noche entre sus brazos? Porque llevas unas ojeras...

Asiento y me llevo una a la boca.

—Toda la noche —digo cuando trago—. Y cuándo digo toda, es toda. Habremos

dormido como... ¿tres horas? Señor, me duelen las inglés incluso.

Lara pega un grito ahogado y palmea la mesa emocionada.

—¿Ves cómo tener un follamigo es lo mejor? Puedes salir con él a tomarte unas cañas y luego ¡a disfrutar! —mueve su cuerpo como si estuviera bailando.

Asiento.

—Tenías razón, Lara. Y, ¿sabes qué? Que me gusta. He estado diez años con una persona a la que he querido mucho, pero se acabó el luto. Me quiero divertir, quiero disfrutar de los placeres que me da la vida —murmuro.

—¡Eso, eso! —exclama ella—. Por cierto, ¿has sacado los billetes para ir a España estas Navidades?

Asiento y abro la tapa del ordenador para enseñárselo.

—Lo he hecho en un rato que he tenido libre. El mío es el más caro porque Isla viene conmigo. —Ella asiente—. ¿Sabes, Lara? Alastair me ha dicho que sí vendrá a la boda conmigo.

Pega un grito ahogado, otra vez, y se lleva la última galleta a la boca.

—¿Qué dices, tía? Yo iré con Blair —confiesa.

Abro los ojos.

—¡Joder, qué bien! Así se harán compañía.

—Ajá. Y no se volverán locos al conocer a los demás porque vaya panda somos —ríe ella—. Por cierto, dice Triana que te quiere matar por no haberles dicho nada cuando fuiste.

Pongo los ojos en blanco y niego.

—Estaba pendiente de mi hermana.

Lara se encoge de hombros.

—Todo lo que tú quieras, pero te quiere matar —dice y nos echamos a reír las dos.

Nos quedamos hablando un poco más hasta que Lara recibe un mensaje en su móvil de Blair. Se le iluminan los ojos mientras lo lee y yo le insto con la mirada a que me diga qué es lo que pasa.

—¿Apetece ir a una cabaña al bosque para celebrar el cumpleaños de Blair este fin de semana? —me pregunta y me enseña el mensaje—. No irá mucha gente, pero puede ser divertido.

Me quedo pensando en la propuesta un minuto, tiempo en el que recibo un mensaje en mi móvil. Lo saco del bolsillo del pantalón, porque hoy he optado por ponerme un vaquero, una camisa y una americana; y deslizo mi dedo por la pantalla táctil.

Leo atentamente los dos mensajes que me han llegado.

Blair: ¡Hola, Isi! Este sábado es mi cumpleaños y me gustaría que vinieras. Supongo que Lara ya te lo habrá dicho, pero quería ser yo quien te escribiera. Me encantaría que vinieras con Lara.

Curvo los labios en una sonrisa y le enseño el mensaje a Lara. A ella le titlan los ojos de la emoción.

Isabel: Hola, Blair. Estaré encantada de ir, gracias por invitarme. ¿Qué te parece si me llevo una botella (o varias) de la colección que me he traído de la bodega familiar que tengo y algo de embutido? Mi madre me ha echado tanto que no sé qué voy a hacer con él. ¿Crees que Isla pueda venir?

Al poco tiempo, recibo su respuesta.

Blair: ¿Vino y embutido español? ¡Te adoro! ya me ha contado Alastair que está muy bueno. Por supuesto que Isla puede venir, ya contaba con ella.

Sin embargo, cuando cierro la conversación enviándole una carita sonriente, observo que Alastair me ha escrito.

Alastair: He tenido que irme fuera otra vez, ¡vaya mierda! Pero Blair me acaba de decir que vendrás este fin de semana. ¿Os paso a recoger el viernes por la tarde?

Isabel: Claro, así me ahorro el conducir. Por cierto, me has dejado un chupetón en la teta, gilipollas.

Siento sus labios ahí, en esa zona, y algo en mi interior se activa.

Alastair: Y tú a mí en el cuello. Mi madre me ha visitado esta mañana antes de irme y no sabes qué cara ha puesto. Lo peor es que se me ha puesto dura de recordar todo lo que hemos hecho. Ha valido la pena no dormir, gruñona.

Lara frunce el ceño cuando la risa surge desde mi garganta. Niego en su dirección y me recuerdo que lo primero que tengo que hacer es comprar condones.



CAPÍTULO 21

Isla se baja tan rápido del coche que no me da tiempo de advertirle a Blair que va a por él. En cuanto ve, hablando con una pareja que carga a un niño en brazos y tiene a una niña cogida de la mano, se lanza a por él para que la salude.

—Son unos amigos de toda la vida —susurra Alastair en mi oído.

Me ha tomado por sorpresa, al igual que la supuesta cabañita en la que íbamos a pasar el fin de semana. ¡De cabaña tiene lo que yo de morena! ¡Nada! Delante de mí tengo una casa envuelta en nieve, en pleno corazón de las Highlands. Es una mansión de piedra robusta y de aspecto antiguo, envuelta por gruesas enredaderas que trepan por sus paredes grises, entrelazadas en algunas ventanas. La nieve, recién caída, cubre suavemente el techo inclinado, cuyas tejas antiguas parecen contar historias de tiempos pasados, y se acumula en montones alrededor de los robustos marcos de las ventanas, ofreciendo un contraste dramático con el musgo oscuro y las piedras erosionadas por el tiempo.

Alastair coge mi maleta y me hace un ademán con la cabeza para que lo siga. Me he quedado tan ensimismada que no me he dado cuenta del momento en el que nos hemos quedado solos, fuera.

El acceso principal a la casa presenta una gran puerta de madera maciza con adornos de hierro forjado y un pomo que parece un antiguo león tallado, desgastado por los años pero aún imponente. Al cruzar el umbral, el ambiente cambia dramáticamente. Un calor acogedor embarga el aire, y el sonido de la madera crujiente en el gran hogar central me saluda con un murmullo.

El interior de la casa es un espectáculo en sí mismo. Techos altos, con vigas de madera expuestas y oscurecidas por el humo de incontables fogatas, dominan el salón principal. Grandes tapices y pinturas de escenas campestres y retratos de ancestros nobles adornan las paredes, mientras que pesadas cortinas de terciopelo rojo oscuro cubren las ventanas, protegiendo a sus ocupantes del frío exterior. La luz tenue, proporcionada por lámparas, arroja danzarinas sobre los muebles de madera tallada.

Abro la boca de par en par. Si mi madre me viera, diría que pueden entrar hasta moscas. Doy el primer paso, pero me tropiezo. Observo mis pies, entonces.

El suelo de piedra está cubierto por alfombras persas que amortiguan los pasos y agregan un toque de color. En el centro, hay una sala de estar compuesta por varios sofás de cuero marrón oscuro, que rodean una mesa de centro baja. Frente a esta, la imponente chimenea de piedra, el corazón de la casa, con un fuego que crepita alegremente y arroja un resplandor dorado sobre los rostros de los allí presentes.

Los niños pasan por mi lado, correteando uno tras el otro mientras ríen. Su madre, una alta mujer con el cabello trenzado y más rubio que el mío, de esplendorosos ojos azules como el zafiro y una sonrisa tan amable como la luz del amanecer.

—Niños, cuidado —los advierte con una sonrisa amable que le sube a los ojos. Se acerca y me estrecha la mano mientras, el que supongo que es su marido, abraza a Alastair—. Soy Keira, encantada. —Se presenta.

—Isabel, un gusto —le respondo.

—Este de aquí —señala con un ademán al hombre, que es un poco menos de la estatura de Alastair, robusto y pelirrojo— es mi marido, Ronan.

Le estrecho la mano y él sonríe ampliamente.

—Vaya, por fin conocemos a la famosa Isabel —codea a Alastair y el susodicho se rasca la nuca. ¿Les ha hablado de mí?—. Alastair nos ha hablado mucho de ti.

Elevo una ceja en su dirección y quizá es por el reflejo del fuego en su rostro, pero parece que se ha puesto rojo, avergonzado de que su amigo lo haya delatado.

—Encantada, Ronan, es un placer —digo—. ¿Son vuestros hijos? —les pregunto cuando los niños pasan de nuevo por el medio.

Keira asiente y resopla.

—Son Donnan y Laureen, son unas fieras —ríe por lo bajo y entrelaza su brazo con el mío—. Alastair nos ha dicho que eres de España, pero veo que hablas muy bien inglés.

Asiento y, de soslayo, observo a Lara besarse con Blair. A mí que me quiera engañar, pero está coladita por él.

—Sí. Mis padres nos llevaron a mis hermanos y a mí a un colegio bilingüe y es como una segunda lengua. —Keira asiente impresionada y toma asiento en el sofá conmigo.

—Deja que los hombres lleven las maletas, a mí me apetece conocerte —murmura.

Isla está delante de la chimenea, tumbada y con los ojos abiertos hacia mí mientras que Laureen, la más pequeña de los dos niños, la peina con un cepillo de muñecas.

—¿Llevas aquí mucho tiempo? ¿Te gusta Escocia? —pregunta, cogiendo una taza de chocolate caliente que Olivia ha dejado hace poco encima de la mesa.

—Me encanta —exclamo y soplo—. Hay mucha gente que siente la morriña cuando se va a otro sitio, pero es como si hubiera nacido para estar aquí. Y a cuánto tiempo llevo aquí —me paro a pensar—, un año y pico. Casi dos.

Ella pretende decir algo, pero Donnan se acerca y le dice que quiere ir al aseo. Keira se levanta con una disculpa y se va por las escaleras hacia arriba. Me quedo en el sofá, viendo el fuego crepitar. Pero alguien me tapa los ojos y se acerca a mi oído.

—¿Te está pareciendo interesante el lugar? —susurra Alastair, haciendo que la piel se me erice.

Le quito las manos y le doy un golpe en el brazo.

—Me has asustado —miento y él lo sabe por la sonrisa socarrona que curva sus hermosos y mullidos labios.

—¿Qué te parece si te enseño la casa? —me pregunta, inclinándose y apoyando su rostro sobre la mano, que está en el cabecero del sofá.

Me levanto y dejo que me guíe por la casa.

Más allá del salón, un largo pasillo conduce a otras áreas de la casa. La cocina es vasta y parece sacada de otra época, con un enorme horno de leña, estanterías repletas de utensilios de cobre y cerámica, y un gran fregadero de piedra. Una mesa rústica de madera ocupa el centro, rodeada de sillas con cojines bordados a mano.

Los dormitorios, repartidos en el segundo piso, conservan el estilo rústico y elegante. Cada habitación tiene su propia personalidad, decorada con muebles antiguos, cortinas pesadas y camas grandes y cómodas con dosel y colchas hechas a mano. Las vistas desde las ventanas

ofrecen panoramas impresionantes de los bosques y montañas nevadas que rodean la propiedad, transformando el atardecer en algo imperturbable.

Pero hay un problema, algo en lo que caigo cuando el sol ha bajado lo suficiente para dejar de arrojar sus rayos. Las habitaciones tienen todas una cama, enorme sí, pero solo hay una; salvo en una habitación que supongo que están ocupando Ronan y Keira por los niños en la que hay una cama grande y otra un poco más pequeña separada por una puerta para dar más intimidad.

—¿Voy a dormir con Olivia en la misma cama?

Antes de venir, habíamos formado grupos de dos para las habitaciones y Olivia me pidió que me pusiera con ella. Sin embargo, no veo su maleta por ninguna parte y eso me hace sospechar que algo no va como lo planeado.

Giro sobre los talones y clavo la mirada en Alastair. Lo tengo tan cerca que me asusto y él responde con una sonrisa sexy.

—A Olivia le daba vergüenza pedirte que durmieras conmigo porque ella quiere pasar estos días con Neill, el otro chico que has visto que ha ido a por leña con ella. No estaba planeado que viniera, ha sido a última hora —dice y yo elevo una ceja en su dirección.

—¿Tu hermana quiere pasar las noches con él? —inquiero con curiosidad y él se encoge de hombros.

—Tienen una historia pendiente —susurra, dando un paso hacia mí.

Retrocedo.

Da otro.

Y retrocedo.

Sus ojos se mantienen en los míos, fijos, como si fuera su presa. Y es que eso me siento ahora mismo, un cervatillo a punto de caer en las garras del león. Y qué Dios estuviera de mi parte porque la regla me ha jodido el plan.

Mi espalda choca contra la pared de piedra y su cuerpo se pega al mío. Pero antes de que sus labios rocen siquiera mi cuello, lo aparto suavemente.

Él frunce el ceño, consternado de mi aparente mal humor y distanciamiento.

—No va a poder ser, Alastair —me aclaro la garganta.

Su ceño se frunce más.

—¿Estás conociendo a alguien? Si es así yo... —me echo a reír y eso parece dejarlo peor de lo que está, más confuso si es posible.

—No, no estoy conociendo a nadie —respondo, mordiéndome la uña del dedo pulgar.

Normalmente, mi regla es un reloj. Pero se ha adelantado casi una semana, quizá por el estrés del trabajo o porque quería joderme los planes. Pero esta misma mañana, ahí estaba, manchando mis bragas y sin señal de bienvenida. Ni un “hola, voy a visitarte” como siempre me pasa.

—Me ha venido la regla —murmuro con cierta vergüenza.

En los años en los que estuve con Cristian, el tema era tabú. No podía contarle nada acerca de ello, le daba asco. Así que me acostumbré a callarme, a guardarme las molestias y los malos días para mí mientras que él atinaba a enlazar mi mal humor con que ya me había venido; una burla que siempre me ha sentado muy mal y que me callaba por amor.

—¿Y? —inquiere Alastair en respuesta—. ¿Te sientes mal, necesitas algo? —insta, alarmado—. Puedo ir al pueblo más cercano y...

Se calla cuando ve mi cara de perplejidad. Cierra la boca como si se la hubieran pegado con celo y otea cada uno de mis movimientos. Pero estoy en shock que lo único que mi cerebro

hace es procesar la situación.

Parpadeo y reacciono cuando pasa una mano por delante de mis ojos.

—No, no necesito nada —meto las manos en los bolsillos del pantalón y desvío la mirada de sus ojos—. Es solo que... que... —me muerdo el labio. ¡A la mierda!—. Es solo que tenía pensado hacer muchas cosas —musito mirando mis zapatos—. Muchas cosas... sexuales y esta mañana me ha bajado y... y... —me trabo y acabo por callarme porque parezco idiota.

Para mi sorpresa, dos de sus dedos toman mi barbilla y alzan mi rostro para que lo mire directamente a los ojos. Tan cálidos, con un brillo de complicidad titilando en ellos. Pega su cuerpo al mío hasta que no queda ni un centímetro por abarcar. Jadeo cuando su lengua se encuentra con la mía y sé que podría estar así durante horas, días, incluso semanas.

Se aparta y acaricia mi mejilla con suavidad, con cariño.

—¿Y tú crees que eso va a detener lo que tenías en mente? —Muerde el lóbulo de mi oreja y yo gimoteo en respuesta—. No, claro que no lo va a hacer. Pienso follarte de todas maneras, en todas las posiciones, y voy a hacer que te corras tantas veces que no recuerdes ni tu nombre.

Una promesa.

Una promesa muy sucia.

Y eso es lo que me gusta de él. Es un caballero, sí, pero guarda un lado tan salvaje que resulta casi irresistible. En los momentos más inesperados, ese lado oscuro y audaz aflora, contrastando profundamente con la imagen pulida y refinada que presenta ante el mundo. Es en esos instantes, cuando se revela de manera tan cruda y sexual, siento la fuerza total de su atracción.

Su capacidad para oscilar entre la cortesía más impecable y un descarado seductor es, sin duda, lo que más me intriga y me mantiene cautivada. A primera vista, podría parecer simplemente otro hombre de buenos modales, con un trato educado y un comportamiento ejemplar. Pero basta con rascar un poco la superficie para descubrir que bajo esa fachada de perfecto caballero, yace una naturaleza intensa y desinhibida.

—¿A ti te da igual?

Y la pregunta lo hace reír por lo bajo.

—Es algo natural, ¿por qué iba a importarme? Además, dicen que de esa manera se siente mucho mejor, que es todo más intenso —alega, soltándose el rostro.

—Pues no lo sé —confieso, consternada—. Yo nunca lo he hecho así.

Me toca la nariz y comienza a dejar un reguero de besos húmedos por mi cuello. Enredo mis dedos en su cabello jadeo cuando muerde esa parte entre el cuello y la clavícula que me hace estremecer.

—Tu ex era un gilipollas —suelta mientras sus manos acarician mis caderas—. Un imbécil que no supo darte el placer que mereces. —Vuelve a morder esa zona y ahogo un gemido. Parece estar hasta cabreado—. Y, en parte, tengo que darle las gracias por eso —apoya un brazo en la pared y se inclina para poner su rostro a centímetros del mío, su aliento chocando con el mío—. Porque, aunque seas una gruñona —y razón no le falta—, mi cuerpo está enganchado al tuyo. No hay día que me levante con una erección al soñar con tus caricias. Eres una droga, Isabel. Una puta droga dura que no puedo dejar de consumir.

Quiero decirle lo mismo, pero alguien aporrea la puerta y los dos dirigimos la mirada a ella.

—¡Dejad ya de sobaros y bajad, la cena está en la mesa! —grita Lara desde fuera.

Pedazo de hija de... esta me la devuelve.



CAPÍTULO 22

El grito se escucha por todo el bosque mientras que el trineo de madera se desliza por la inclinada colina nevada. Laureen, que está entre mis piernas, se ríe cuando llegamos abajo. Me choca los cinco y va hacia Ronan, que le da una nube chamuscada. Me levanto del trineo e Isla me acompaña hasta el jardín exterior, en dónde están todos alrededor de una fogata que ha montado Blair para asar nubes.

Suelto la cuerda que va atada al trineo y me acerco para calentarme las manos. Me pego a Lara y ella se frota las manos y las acerca al fuego. Olivia, por su parte, está riéndose de alguna tontería que le ha dicho Neill al oído como si tuviera quince años. Quizá sea porque estoy más sensible de lo normal, o porque Alastair y yo hemos estado toda la noche dándole al tema y eso me ha ablandado, pero me parecen muy monos.

Y hablando de Alastair, ¿dónde diablos se ha metido?

—Isi, Isi, ¿puedo peinar a Isla? —me pregunta Laureen, enseñándome el cepillo de muñecas.

Isla, que no es tonta, sale corriendo hacia la casa. Me acucillo y la señalo con el dedo.

—Si la atrapas, por supuesto —murmuro.

el niño, enfundada en un plumas de color rosa, me coge de la mano y tira de mí hacia el interior. Aunque Keira la regañe, la aliento a que la deje. Me lo estoy pasando muy bien con ella y no me importa buscar a Isla por la casa. Cuando estamos en el salón, justo el que da a la parte de atrás, Laureen pone las manos en las caderas y resopla.

—¡Yo iré por aquí y tú por allí! —señala las escaleras.

Asiento y chocamos el puño.

Me dirijo al segundo piso y silbo.

—Isla —la llamo en un tono amable—. Isla, bonita, ¿dónde estás?

Pero lo único que logro escuchar son murmullos que vienen de la habitación de fondo, la mía, la nuestra. El pasillo está a oscuras y me deslizo por él hasta llegar a la puerta entreabierta. Es Alastair, pretendo abrirla y darle un buen susto, pero hay algo que me hace esconderme en las sombras del pasillo y husmear como buena chismosa que soy. Escucho atentamente su conversación con el ceño fruncido.

—Me importa una mierda lo que tengas que hacer, ¿queda claro? Asegúrate de que está bien, sino soy capaz de todo —dice, muy enfadado.

No sé con quién está hablando, pero le ha tocado los huevos a dos manos. De eso estoy segurísima. Alastair no suele mostrarse así y la forma amenazante de sus palabras me hace temblar.

Una maldición, una palabra malsonante, sale de sus labios como un ladrido de advertencia. Y joder si digo que me da miedo estar a su alrededor, pero hay una parte de mí, la

más cotilla, que siente la necesidad de quedarse y escuchar a escondidas; de descubrir qué es lo que lo ha puesto así y... conocerlo un poco más. Porque, ¿qué sé de él? Nada, absolutamente nada, salvo que está forrado hasta las cejas.

—¿La mercancía? ¿En serio? —brama.

Abro los ojos como platos mientras discute al teléfono. Acaba de decir mercancía, acaba de decir mercancía y eso solo hace que mis alarmas se activen, que una luz roja comience a dar vueltas dentro de mi cabeza.

Bajo corriendo y me deslizo por la nieve hasta el punto de resbalar y caerme de culo. Todos se quedan mirándome, pero yo me levanto de forma ágil y cojo a Lara del antebrazo, separándola de los morros de Blair.

Me disculpo con disculpo con todo el mundo, sintiendo como el culo me duele del golpe que me he metido, y me la llevo a otro lado con la excusa de que la ha llamado su madre. Pero Lara no es tonta y sabe que algo va mal.

—¿Qué pasa? —refunfuña.

Me sobo el culo mientras hago una mueca.

—Qué no te vas a creer que acabo de escuchar —susurro.

Ella, cruzándose de brazos, me insta a que se lo cuente.

—¿Te tengo que rogar como se lo hacías tú a Alastair? —bromea con una sonrisa socarrona que le llega a los ojos.

—Eso es algo aparte —me cruzo de brazos y oteo a todos lados para comprobar que no hay nadie—. Lo que quiero decirte es que he escuchado a Alastair hablando con alguien en la habitación.

—¿Y qué decía? —Lara frunce el ceño, obviamente preocupada pero intentando mantener la calma.

—Hablabla sobre enviar "la mercancía" a algún lugar. No estoy segura de qué se trata, pero el tono de su voz... era sospechoso, casi como si estuviera metido en algo ilegal —explico, bajando la voz aún más.

—¿Crees que Alastair podría estar involucrado en algo turbio? —pregunta, su mirada ahora llena de incertidumbre.

—No lo sé, Lara, pero creo que deberíamos averiguarlo —digo—. Creía que era empresario o algo así, porque está claro que está forrado. Pero ¿y si es un mafioso de esos? —Lo que me faltaba para agrandar el drama es que Alastair fuera eso—. ¿Y si se dedica a la droga?

A Lara se le iluminan los ojos, no hay misterio que se le resista. Es la única que logró descubrir que el profesor de matemáticas estaba liado con la de griego y todo porque un día vio al de profesor de matemáticas, que era más resabiado que una berenjena en vinagre,

—Vamos a tener que investigar esto con cuidado, sin que él se dé cuenta. No podemos arriesgarnos a que se entere de que sospechamos algo. —Su expresión está endurecida—. Esta noche intentaré sonsacarle algo a Blair. —Ella abre los ojos y me da un manotazo. Abre la boca y se la tapa con la mano. ¡Copón sagrado, el daño que me ha hecho la capulla!—. ¿Y si Blair está metido en el ajo? ¡Ay, señor, que estoy con un narco!

A dramática no la gana nadie, de eso estoy segura. Pero ¿y si es verdad? ¿Y si son narcos o algo peor?

—Creo que lo mejor es que intentemos averiguar qué pasa.

Lara asiente y suspira. Se lleva una mano a la cabeza y niega.

—Isi, ¿te imaginas que nos hemos estado tirando a dos capos de la mafia escocesa? —cuestiona con cara de circunstancia.

Quise responder, pero la voz de Blair nos interrumpe. Una mirada cómplice de su parte me hace saber que va a estar alerta... igual que yo.

*

Fort William es un pueblo precioso, una magnificación de los antiguos Highlanders que rebosa historia. Pero, sin duda, mi lugar favorito es este: Glenfinnan y el Valle de Glencoe, desde el que hemos visto el viaducto en el que se rodó *Harry Potter*. Lara pega un grito cuando ve, en el horizonte, el humo del tren. Saca el móvil y se lo da a Blair.

—Sácanos una foto ya —urge, cogiéndome del brazo para que pose con ella con el tren a lo lejos.

Blair le hace caso y mi amiga, una adicta a la saga desde que sacaron los libros, se sienta con los ojos brillosos, como buena fan, a ver cómo el mítico *Hogwarts Express* pasa delante de sus narices. Me ha parecido verla soltar una lagrimilla de la emoción, pero se recompone rapidísimo.

—¿Lo has visto? ¿Lo has visto? —murmura emocionada—. Ha sido una pasada. Un puto año aquí y no hemos tenido la decencia de venir...

Me codea y yo me río por lo bajo. ¡Cómo si la culpa fuera mía! Los únicos lugares que hemos conocido son Dundee y Glasgow en el año que llevamos en Escocia.

—Las reclamaciones a Clyde —levanto las manos en señal de rendición—. Él es el culpable de que no hayamos podido hacer más cosas.

Y es verdad. Los primeros meses fueron intensos de trabajo... mucho. Nunca nos hemos quejado, al contrario. En Escocia nos hemos sentido muy valoradas laboralmente, una oportunidad que en España no nos han dado por desgracia. Clyde siempre nos ha pagado las horas extras, nos las ha agradecido día tras día. No es un mal jefe, cuida de la plantilla como si fuéramos sus hijos. Y eso dice mucho de él como persona.

Lara eleva una ceja en mi dirección.

—¿De él o de los meses que te has tirado llorando a Cristian? —Eso ha sido un golpe bajo, pero razón no le falta.

La señal, con una advertencia titilando en mis ojos.

—Ha sido mitad y mitad —digo.

Entonces, cuando Lara se pone a ver las fotos con Blair, miro al frente y respiro. Inhalo el aire fresco que casi quema los pulmones cuando entra y siento una paz que nunca llegué a imaginar tener. Este paisaje, este olor a tierra húmeda, la llovizna que ha empezado a caer... Sí, me gusta, me gusta esto.

Una sombra me cubre y tengo que mirar hacia arriba. Alastair está detrás de mí, tapándonos con un paraguas para cubrirnos de las pequeñas gotas que caen desde las nubes grises que cubren el cielo.

Me tenso. No puedo evitar hacerlo cuando se acerca, el disimulo no es uno de mis dones; sobre todo cuando, en medio de la caminata hacia aquí, ha recibido otra llamada sospechosa que lo ha puesto de muy mal humor. Aunque él, al parecer, sí sabe disimular mejor que yo. Pone una sonrisa que no llega a sus ojos mientras me ofrece el refugio bajo el paraguas.

—¿Estás bien? —pregunta con una voz que pretende ser suave, pero la tensión subyacente es palpable.

Asiento, intentando devolverle la sonrisa, pero sé que ambos sabemos que es una fachada. Alastair siempre ha sido un enigma, un rompecabezas del que no sé absolutamente nada, y estos últimos días, con sus llamadas misteriosas y su humor fluctuante, han hecho que mi

curiosidad se mezcla con una inquietud que no puedo sacudir.

—Es un lugar hermoso, ¿verdad? —trato de cambiar el tema, señalando el paisaje que nos rodea. Las colinas suaves, cubiertas de un blanco que parece brillar bajo la lluvia fina, ofrecen un contraste sereno contra el cielo tormentoso.

Él sigue mi mirada, y por un momento veo un destello de admiración en sus ojos antes de que se vuelva a poner la máscara.

—Sí, es perfecto aquí, aunque la lluvia podría arruinar el paseo —dice, volviendo su atención hacia mí.

—Prefiero pensar que la lluvia lo hace aún más especial —respondo, intentando ignorar la pesadez que su presencia trae. Es difícil, sobre todo cuando mi mente sigue regresando a esa llamada.

—Lara y Blair parecen estar disfrutando también —apunta Alastair, asintiendo hacia donde nuestras amigas continúan absortas en las fotos.

—Sí, y me alegra —comento, intentando sonar despreocupada.

—¿Vamos? Los demás ya están yendo hacia el coche.

Lo observo por encima del hombro unos segundos y asiento. Ambos, uno al lado del otro guardando la distancia, caminamos hacia el coche. Isla lleva un chubasquero para perros, pero no duda en revolverse y sacudirse antes de subir al maletero, que hemos adaptado para que esté cómoda, segura y calentita.

Blair y Lara se ponen detrás. Mi amiga intercambia una mirada cómplice conmigo, de esas que lo dicen todo. «Voy a sonsacarle hasta lo que no recuerda», parece que la escucho en mi mente.

Tomo asiento en el copiloto y Alastair busca mi mirada antes de arrancar, pero la evito para observar por la ventana. Olivia, Neill, Ronan, Keira y los niños van en otra furgoneta delante de nosotros.

Cuando llegamos, con apenas una conversación que ha fluido gracias a que Lara es muy buena actriz, me bajo y voy directa al baño. Necesito respirar, siento que me ahogo cuando él está cerca. El sentimiento de engaño, ese mismo que viví con Cristian, me ha pegado fuerte. Es algo que no sé explicar, un dolor en el pecho que me cuesta procesar.

Y solo cuando siento que puedo controlarlo, bajo a cenar.



CAPÍTULO 23

ALASTAIR

Isabel está muy rara. Me evita cuando me acerco, cuando la busco con la mirada. Después de una cena llena de intentos fallidos de conversación, Isabel se levanta abruptamente y se retira. Algo en su prisa me alarma y, sin pensarlo, me levanto y la sigo. La encuentro en nuestra habitación, de pie junto a la ventana, mirando hacia la oscuridad de la noche. Al escuchar mis pasos, se gira bruscamente y un atisbo de miedo cruza su rostro.

—Bel ¿qué pasa? —pregunto, cerrando suavemente la puerta detrás de mí. Ella intenta sonreír, una sonrisa que no alcanza a tocar sus ojos, y responde de una manera evasiva.

—Nada, todo está bien.

Pero algo en la forma en que evita mi mirada me dice que no es así.

—Isabel, algo no va bien. ¿He hecho algo que te haya molestado?

Ella niega con la cabeza, pero sus ojos dicen lo contrario. En ellos veo una turbación que me confunde aún más. Siento como si de repente, entre nosotros se hubiera levantado un muro invisible.

—Bel, podemos hablar de lo que sea que esté pasando. No tienes que esconderte ni guardar silencio. Estoy aquí para ti —insisto, intentando acercarme a ella.

Pero se aleja un paso, su expresión se endurece. Duda, hay duda en su mirada verde. Se lleva un mechón de pelo detrás de la oreja y traga saliva.

—¿Por qué no me dijiste la verdad, Alastair? ¿Por qué mentir?

Frunzo el ceño, desconcertado.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué mentira? —Mi desconcierto crece.

—Oí una llamada tuya esta mañana... hablabas de 'mercancía' y de cómo. ¿Qué es eso, Alastair? ¿Qué estás ocultando? ¿Eres... eres de la mafia escocesa?

No puedo evitar soltar una carcajada. La idea de que Isabel piense que estoy involucrado en algo ilícito parece tan absurda. Ella me mira, herida y confundida por mi reacción.

—Isabel, ¡no es lo que piensas! —digo, intentando contener la risa—. No estoy involucrado en nada ilegal, te lo aseguro. Y mucho menos en ningún tipo de mafia.

Ella cruza los brazos, claramente no convencida.

—Entonces, explícame. ¿Qué significa eso de 'mercancía'?

Mi risa cesa de inmediato. La conversación de esta mañana resuena en mi mente y la resquebraja como los truenos parten en dos el cielo.

Hay cosas que no puedo contarle, todavía es muy pronto. Simplemente, no puedo.

Me siento en el borde de la cama y palmeo mi pierna. Ella, algo temerosa, se sienta. Su perfume inunda mis fosas nasales, afrutado, suave, una delicia. Le quito el pelo del hombro y acaricio el dorso de su mano.

—Hay muchas cosas de mi vida que no me gusta contar —me lamo los labios y continuo —, que no le cuento a nadie. Cuando me has oído decir eso es porque la persona tras el teléfono ha mencionado de forma peyorativa que alguien era una mercancía. Por eso me has escuchado tan enfadado. Y la llamada en el viaducto también era de esa persona.

Frunce el ceño.

—Entonces, ¿no estás metido en ninguna mafia? —me pregunta.

Echo la cabeza hacia atrás y me río a carcajadas.

—¡No, Dios mío, no! —exclamo.

—¿Y a quién se han referido como mercancía? ¿Quién era esa persona? Tiene que ser verdaderamente horrible, estar podrida por dentro para referirse a un ser humano como un objeto de intercambio —murmura, consternada.

Contarle eso sería abrirme del todo a ella y todavía no estoy seguro de estar listo para eso. Me levanto y comienzo a caminar de un lado a otro de la habitación, cada paso pesado con el peso de los recuerdos.

—Es complicado —digo finalmente, deteniéndome frente a la ventana, mirando hacia fuera sin ver realmente nada—. Hay partes de mi pasado que preferiría mantener enterradas. Cosas que he visto, cosas que he tenido que hacer, que vivir...

Ella se levanta y se acerca a mí, su presencia es como un bálsamo. Coloca una mano suave pero firme sobre mi brazo.

—No tienes que contarme nada que no quieras —dice con voz suave—. Pero quiero que sepas que estoy aquí para ti, sin importar lo que sea.

Me giro hacia ella, viendo la sinceridad en sus ojos, y algo en mí se rompe. Con ella, me siento más seguro, más aceptado, quizás lo suficiente para compartir incluso las partes más oscuras de mi historia en algún momento.

—Te lo agradezco —le sonrío sin enseñar los dientes y ella acaricia mi brazo—. ¿Qué te parece si comenzamos haciéndonos preguntas estándar?

—¿Preguntas estándar?

—Sí, preguntas normales, para conocer a alguien —respondo—. Siento que te lo debo, tú te has abierto más a mí que yo a ti y los amigos se conocen, ¿no? —¿Amigos? Esa palabra hace que algo dentro de mí se revuelva, que me oprima.

Ella parece sopesarlo.

—Me parece bien —dice, girándose hacia la ventana—. ¿Color favorito?

La imagen del cristal me enseña una sonrisa. Estoy a su espalda y la veo mirarme a través del reflejo. Me acerco a ella y bajo la cabeza hasta su oreja.

—El verde —respondo.

Isabel tiembla con mi susurro.

—¿Por esto?

Señala afuera y yo niego. A pesar de que mi tierra es verde, exuberante y llena de vida, no es sólo por eso.

—Por tus ojos.

Isabel gira el rostro hacia mí. Sus mejillas han tomado un color rosado que la hace ver todavía más bella. Me río, tocándole la nariz y ella gruñe y me da un codazo. No esperaba esa respuesta, la ha tomado por sorpresa. Sin embargo, no le he mentado. El verde se transformó en mi color favorito desde el momento en el que soñé noche tras noches con sus ojos esmeralda mirándome. No hay un verde más perfecto en el mundo que el de sus ojos cuando están iluminados por la felicidad o, como ahora, sorprendidos.

Pronto, su mirada se vuelve audaz.

—¿Pretendes llevarme a la cama diciéndome esas cosas? —susurra, desafiante.

—No —respondo en rotundo, ofendido—. Mira, no sé con qué clase de hombre, si es que se le puede llamar así, has estado. Pero no te digo eso porque quiera tener sexo contigo —confieso con la cara seria—. Te lo digo porque es la verdad, Isabel.

Baja la mirada, quizá porque he sido muy duro con ella. Parece avergonzada. Traga saliva con dureza y mete las manos en los bolsillos del vaquero.

—No quería ofenderte —dice—. Es solo que... —se calla y una sonrisa triste curva sus labios— cuando me decía cosas así era porque... ya sabes —hace un ademán con la cabeza hacia la cama.

Justo lo que me he imaginado.

—Y eso solo me deja ver que no ha sabido amarte de ninguna manera —digo. Le tiendo una mano—. ¿Vamos abajo?

Isabel posa su mano encima de la mía y asiente.

—Vamos.



Su risa cala hasta lo más profundo de mi ser. Isabel se remueve cuando vuelvo a hacerle cosquillas y mi risa sale sola. Los rayos del sol, los pocos que las nubes han dejado entrar, se cuelan por la ventana. El amanecer, ese momento del día en el que la noche y el día se funden. El sol comienza a salir entre la montaña, aunque los nubarrones lo tapan de inmediato.

—No, no, para, por favor —me ruega con lágrimas en los ojos.

Lo hago.

—Has empezado tú —señalo mientras que ella se las limpia con el dorso de la mano—. Tienes lo que te mereces.

Se muerde el labio inferior, culpable del delito, y se encoge de hombros.

—Es que eres como una estufa, no es culpa mía que haga frío —se excusa.

Me han despertado sus pies helados contra los míos. Sus manos han recorrido mi torso y he sentido el frío. Su nariz se ha resguardado en mi hombro en busca de calor. Pero mi susto ha sido tal que he maldecido entre jadeos y ella ha vuelto a colocar los pies más arriba, por los gemelos, para que volviera a sentir frío.

—Ni culpa mía que parezca un bloque de hielo —me froto las manos y les echo aliento. Me acerco a ella y hago lo mismo—. Se habrá estropeado la calefacción.

Isabel va hacia la cama y se tapa con la manta hasta el cuello.

—Pues yo me quedo aquí —dice—. Isla también.

La perra, que nos ha acompañado durante toda la noche, se sube a los pies de la cama y se hace un ovillo, mirándonos con ojos somnolientos.

—Voy a bajar a encender la chimenea y a ver qué ha pasado —le hago saber.

Isabel asiente y decide llamar a su madre mientras que yo bajo. Blair y Ronan ya están en el salón, preparando la leña. Keira ha hecho chocolate caliente y lo ha dejado encima de la mesa. Neill y Olivia entran por la puerta con bolsas llenas de dulces y salado, han bajado al pueblo para comprar los bollos recién hechos.

—¡Vaya frío! —exclama mi hermana—. Habrá que avisar a los de mantenimiento, Alastair.

Asiento y la leña prende.

—Ya os dije que llevaba mucho tiempo sin venir aquí y que era posible que algo fallara.
—Y es verdad, llevaba varios años sin pisar esta casa.

—Pero ha valido la pena solo por ver como Lara e Isabel se lo han pasado —murmura Blair.

—Y que lo digas —afirma Ronan—. No les habéis contado nada, ¿verdad?
Niego.

—Isabel pensaba que estaba metido en la mafia, con eso os lo digo todos —se echaron a reír.

Keira aprieta mi hombro y sonrío.

—A mí me parece bien que estés tomando precauciones en ese sentido —dice—. Ellas no están acostumbradas a este mundo, a tu mundo —me da con el dedo en el pecho—. Y es bueno que quieras dejarlas a un lado.

Keira, mi jefa de prensa, sabe todo lo que se cuece. Ella es quién se encarga de que no salgan más cosas de las necesarias en la prensa o en la televisión.

—A mí también me parece bien —interviene Oliva—. Os conocéis de muy poco y, aunque me caigan superbien —veo que todos asienten—, es mejor esperar a más adelante y más con la que tienes encima.

Bufo y pongo los ojos en blanco.

—¿Es que aún sigues con eso de casarte con Ava? —pregunta Neill.

—El año que viene tenemos boda —afirma Oliva, disgustada.

Y todas las miradas se vuelven a mí, que estoy con la leña.

—No me jodas, tío —farfulla Ronan—. ¿En serio?

Asiento en respuesta, serio como un ataúd. La noticia parece caer como un balde de agua fría sobre todos, dejando un silencio incómodo en la habitación. Siento sus miradas fijas en mí, como si estuvieran tratando de descifrar si estoy bromeando o no.

—¿Estás seguro de esto? —pregunta Keira finalmente, su tono lleno de incredulidad.

Asiento nuevamente, aunque siento que una gran roca se ha instalado en mi estómago. No es fácil hablar de esto, pero sé que es necesario.

—Sí, estoy seguro —respondo con firmeza, aunque mi voz tiemble un poco—. Ava y yo hemos decidido que es lo mejor para ambos.

No se escucha nada por unos segundos, el silencio llena cada rincón del ambiente.

—¿Y qué coño haces con Isabel entonces? —increpa Ronan, enfadado—. ¿No le estarás dando esperanzas cuando no las hay, verdad?

Niego de inmediato.

—Isabel y yo somos adultos, sabemos qué es lo que hacemos y tenemos. Es solo diversión —confieso, pero muy en el fondo me arrepiento de esas palabras—. Cuando llegue el momento, hablaré con ella.

—Yo solo espero que para ese momento hayas entrado en razón, Alastair —me advierte Oliva—, y detengas toda esta barbarie.



CAPÍTULO 24

—Que sí, mamá, que llevo el móvil, dinero, el bolso... —le doy un beso en la mejilla— la cabeza pegada al cuerpo —bromeo.

Mamá me coge el rostro entre las manos y me pega dos besos sonoros, de esos en los que te duelen las mejillas cuando la otra persona se separa.

—Ten cuidado, te esperamos a la hora de la comida para irnos todos a Rueda. No llegues tarde —me advierte.

Salgo de casa y cierro la puerta. Lara está tecleando algo en el móvil y no se da cuenta de que estoy fuera. Así que me acerco y le pego el susto de su vida, haciéndola gritar. Me descojono de ella a carcajada limpia mientras que la gente se nos queda viendo como si fuéramos dos extraterrestres. Aunque, quizá, es porque vamos con un jersey navideño y unas orejas de reno como diadema. Además de la nariz pintada de rojo. Sí, somos Rodolfo.

—¡Hija de tu madre! —exclama, dándome un golpe en el brazo—. ¿Sabes el susto que me has dado?

Me limpio una lagrimilla traicionera y entrelazo mi brazo con el suyo para ir a nuestro lugar de encuentro: La Rabiosa.

La Rabiosa es un bar-pub en el que nos reunimos todos los años en día de Noche Buena para darnos el regalo del amigo invisible y tomarnos unas cañas. Lo único diferente es que este año también estará el bebé de Triana y Quique, que también se ha vestido para la ocasión.

Llegamos ayer para pasar aquí dos maravillosas semanas.

Caminamos hacia La Rabiosa y el aire frío de diciembre en Madrid nos pellizca las mejillas, ya rosadas por la emoción y el maquillaje. La ciudad se muestra en su esplendor navideño: las luces cuelgan en cascadas brillantes de los árboles, los balcones están adornados con guirnaldas y los mercados rebosan de gente buscando regalos de última hora.

A Lara le suena el móvil y cuando desliza el dedo por la pantalla se echa a reír. Me enseña la foto que le ha mandado Blair y no puedo evitar soltar una carcajada. Quiere pretender verse sexy, lleva un calzoncillo rojo y hay una flecha que indica hacia abajo con las frase: aquí está tu regalo.

—¡Madre de Dios!

Lara se ríe.

—Madre mía. Alastair es el Grand Canyon porque, bueno, su cosa es inmensa. Pero Blair no se queda corto. Es más como el Monte Saint-Michel... imponente a su manera.

—Y que lo digas —murmura—. Si es que tenemos estilo hasta para elegir a quien nos follamos, tía.

Riendo aún, nos apretamos más el brazo, y nuestras respiraciones crean pequeñas nubes en el aire. Pronto llegamos al cálido refugio de La Rabiosa.

—Por cierto, ¿cómo te sientes al reencontrarte con Cristian después de tanto tiempo? —me pregunta mientras busca la mesa.

Me encojo de hombros, restándole importancia.

—Bien, es agua pasada —respondo.

—Me alegra oír eso, tía.

Lara y yo nos sentamos en nuestra mesa y esperamos a los demás. Jorge, el camarero, nos pone dos cervezas y nosotras le damos las gracias.

—¿Al final has aclarado lo de Alastair? Blair me lo ha contado.

Pego los labios al vaso y asiento.

—No me lo ha contado todo, pero me ha asegurado que no es de la mafia —río por lo bajo—. Anda que pensar eso —me siento estúpida, mucho a decir verdad.

Lara resopla.

—¿Y qué quiere? —inquieta, pegándole un buen trago a la caña—. Lo importante es que se está abriendo poco a poco. Aunque ya podría darse prisa, se está haciendo de rogar el capullo.

Lara es una cotilla de carrera. Le encanta saberlo todo de todos.

—Tía, que nos llevamos conociendo un par de meses solo. Es normal que no me lo cuente todo sobre su vida.

Pero no puedo evitar reírme de nuevo cuando los imagino como capos de la droga.

—¿Y tú de qué te ríes? —me pregunta con curiosidad.

—Imagínate que Blair y Alastair fueran de la mafia —comento entre risas.

—¡Dios mío! —Lara se ríe, cubriéndose la boca con la mano—. Con esos suéteres que usan, serían la mafia más elegante. "El Padrino: Edición Pasarela". ¿Te lo imaginas?

Antes de poder continuar, la puerta de La Rabiosa se abre y tanto Lara como yo pegamos un grito al ver a Quique y Triana con la pequeña Raquel vestida de reno, como es tradición en el grupo. Luego llegan Pablo, Pilar, Fati e Iván; todos juntos. La alegría de verlos es tan grande que no puedo evitar emocionarme, al igual que Lara. Los abrazo como si mi vida dependiera de ello y Fati, que a pesar de no celebrar la Navidad, nos ha traído regalos a todos de su último viaje a Marruecos para comprar unas telas.

Pero, de repente, el tiempo se detiene cuando la campanita de la puerta suena. Por encima del hombro, los veo. Allí están Cristian y Fani; ella con un enorme anillo en el dedo anular y una sonrisa que no le sube a los ojos.

El ambiente se vuelve tenso. Todos guardan silencio y siento sus miradas en nosotros tres. Clavo la vista en Cristian, quien hace una mueca con los labios a modo de sonrisa.

Han pasado casi dos años. Tiempo suficiente en el que he podido pensar en mi sentimientos hacia él y sanar. Sí, sanar. Mi corazón late con una intensidad que parece querer escapar de mi pecho mientras miro a Cristian. Es un torbellino de emociones el que se desata dentro de mí, una mezcla de recuerdos dulces y amargos que vienen a la mente sin pedir permiso. Recuerdo las tardes bajo el sol del parque, las risas que se perdían entre los besos y los planes con la ingenuidad de quien se cree eterno. Pero también, como una sombra que se cierne implacable, recuerdo el dolor, la decepción y la sensación de traición que me consumió el día que descubrí su infidelidad.

A pesar del tiempo y el espacio, ver a Cristian todavía me hace sentir vulnerable. Es como si cada fibra de mi ser se agitara, queriendo retroceder en el tiempo para advertir a la Isabel del pasado, tan llena de esperanzas y sueños, sobre el dolor que estaba por venir. Sin embargo, a pesar del caos, una parte de mí reconoce la transformación que he atravesado gracias a ese tormento. He aprendido a ser más fuerte, más resiliente, y a valorar mi propia felicidad por

encima de la necesidad de complacer a otros. He aprendido a quererme, aunque me haya costado horrores.

Miro a Cristian y veo a un hombre que, aunque familiar, también se ha convertido en un extraño. Los rasgos que alguna vez amé ahora me parecen distantes, marcados por las elecciones que hizo. Es extraño cómo el amor puede transformarse, mutar en algo menos ardiente, pero quizás más profundo y reflexivo.

Veo también a Fani a su lado, con su sonrisa forzada. Pienso en ella no con rencor, sino con una especie de compasión triste. Ambos eligieron un camino que les costó mi confianza y, probablemente, una parte de su paz. No deseo mal alguno para ellos; al contrario, espero que encuentren la felicidad que buscaban cuando tomaron la decisión de estar juntos.

Es en este momento, rodeada de mis amigos, con el espíritu de la Navidad amortiguando los golpes del pasado, que siento cómo la última cadena de dolor se disuelve. Sí, Cristian y yo compartimos momentos que nunca podré olvidar, y sí, me dolió profundamente su traición. Pero aferrarme al rencor y al dolor es más un lastre que una armadura. Elijo perdonar, no porque olvide, sino porque entiendo que todos somos humanos, propensos a errar y a aprender de esos errores.

Doy un paso, luego otro y acabo frente a ellos. Cristian traga saliva, quizá porque piensa que le voy a meter una bofetada. Pero lo que hago deja impresionados a todos. Abro los brazos y sonrío.

—¿Es que no vas a darme un abrazo? —le pregunto.

Cristian suelta la mano de Fani y me abraza. Lo escucho resoplar de tranquilidad. Cuando nos separamos, él tiene los ojos ligeramente húmedos. Es evidente que la carga de la culpa pesa sobre él, una carga que probablemente lleva desde el día que todo salió a la luz.

—Isabel, no sé si alguna vez podrás perdonarme realmente —comienza Cristian, su voz es un murmullo quebrado—. He pensado mucho en lo que hice. Me arrepiento cada día. No hay excusa para lo que te hice.

Observo su semblante, las líneas de expresión más marcadas, quizás producto del remordimiento o del tiempo. Mi corazón, que una vez latió con fuerza por él, ahora siente una calma melancólica. No deseo su sufrimiento, pero tampoco puedo negar que las cicatrices que dejó en mí necesitaron de mucho tiempo y lágrimas para sanar.

—Cristian, gracias por decir eso —respondo, manteniendo mi voz firme pero suave—. El perdón que te ofrezco no borra el pasado ni elimina el dolor. Pero es un paso hacia adelante, para mí y para ti. No olvido lo que pasó, y no voy a mentirte diciendo que ya no duele. Pero estoy eligiendo dejar ir el resentimiento. Eso es todo lo que puedo hacer.

Fani, que hasta ahora había estado en silencio, con una mirada de aprensión, interviene con cautela.

—Isabel, lo siento muchísimo. Sé que lo que hicimos fue imperdonable y entiendo si no quieres saber nada de nosotros. Solo quería que supieras que realmente lamento todo.

Asiento con la cabeza hacia Fani, reconociendo su disculpa.

—Gracias, Fani. Lo valoro, y lo que sucedió fue un golpe duro. El perdón también te incluye a ti, aunque como le dije a Cristian, no olvido.

La atmósfera entre nosotros tiene una calidad frágil, como el hielo que amenaza con romperse bajo peso excesivo, pero por primera vez en mucho tiempo, siento que puedo respirar sin ese peso en mi pecho.

—No quiero que pasemos el resto de nuestras vidas evitándonos o recordando solo los malos momentos —continúo, buscando en sus rostros algún indicio de entendimiento—. Espero

que ambos encuentren la felicidad que buscan y que hayan aprendido, al igual que yo, de todo esto. La vida es demasiado corta para vivirla anclados en el dolor.

Cristian asiente con un gesto sombrío, y Fani parece aliviada, quizás de que la conversación no haya escalado a mayores conflictos.

—Gracias, Isabel —dice Cristian, y su voz tiene un tono de gratitud—. Significa mucho para mí, para nosotros, que nos ofrezcas esta oportunidad de redimarnos, aunque sea solo un poco.

Nos damos un último abrazo, uno que sella el acuerdo tácito de seguir adelante. Le doy una palmada en la espalda y le guiño el ojo. Paso un brazo por los hombros de cada uno y vamos hacia el grupo.

—Nos esperan unas buenas cervezas, ¿no creéis? —les pregunto—. Eso sí, a esta ronda invitáis vosotros.

Ellos se ríen por lo bajo y asienten.

La expectación que se ha formado, desaparece. Volvemos a ser un grupo de amigos normal y corriente. Nos reímos, Lara les casca que tenemos dos amigos en Escocia en cuanto lleva dos cervezas y yo me siento avergonzada cuando comienzan a pedirnos fotos. Por suerte, solo tengo una y es de lejos, por lo que tampoco pueden ver mucho.

En medio de la risa y el bullicio de La Rabiosa, un vibrar insistente en mi bolsillo me saca de la alegría del momento. Excusándome con una sonrisa, me deslizo entre mis amigos hacia un rincón más tranquilo del bar. Al ver el nombre de Alastair en la pantalla, un destello de emoción me recorre.

—Hola, Alastair —pero escucho su respiración entrecortada, agitada, y frunzo el ceño—. ¿Va todo bien? —pregunto, intentando infundir un tono de calma en mi voz.

—Isabel, lo siento, no sabía a quién llamar —se disculpa con la voz quebrada—. No, la verdad es que no hay nada bien —su voz suena cansada y hay un matiz de tristeza que no le es habitual.

Salgo del ruido del bar hacia el frío del mediodía madrileño. El invierno en Madrid tiene esa cualidad crujiente, el aire frío que te pica la cara, pero sin la humedad penetrante de Escocia. Los adornos navideños brillan en las calles, proyectando una luz cálida sobre los adoquines, y aunque la ciudad bulle de festividad, hay un silencio que me permite escuchar mejor a Alastair.

—¿Qué ha pasado? —insisto, mientras me envuelvo más en mi abrigo.

—Tuve una discusión fuerte con mi madre. No quiero entrar en detalles ahora, pero... me siento muy agobiado. Realmente no tengo ganas de estar aquí —confiesa.

Puedo escuchar en su tono un profundo desgaste emocional, un cansancio que va más allá de lo físico. El corazón se encoge en mi pecho al escucharlo de esa manera.

—Lo siento mucho, Alastair.

—Yo... es solo que... —se le corta la voz—. No puedo con ella, Isabel, te lo juro.

Trago saliva y meto la mano libre en el bolsillo del abrigo. Su angustia me catapulta a una idea loca, algo inédito en mí. Pero, ¡joder!, siento muchísima tristeza al escucharlo así y más en fechas tan señaladas como Navidad.

—¿Y por qué no te vienes aquí, a España? —le pregunto—. Aquí puedes descansar y quizás ver las cosas desde otra perspectiva —sugiero, con la esperanza de ofrecerle un refugio.

Hay una pausa. Puedo imaginarlo del otro lado, pesando sus opciones. Finalmente, responde.

—¿Y qué voy a hacer yo solo en España? —inquire.

—Mira que eres idiota —resoplo y me relamo los labios—. Cuanto te he dicho de venir a

España no es para que estés tú solo, sino conmigo —suelto—. Joder, Alastair, somos amigos, ¿no? ¿De verdad piensas que te diría eso para que estuvieras solo?

Silencio.

Se hace el silencio y solo escucho su respiración.

—¿Me estás diciendo...?

Suelto una maldición que lo calla.

—Mira, te quiero aquí dentro de cinco horas como mucho. ¿Te queda claro? —gruño y lo escucho reír por lo bajo, le he hecho reír. Yo.

—Eres una gruñona, ¿te lo he dicho alguna vez? —sisea.

—Puf, el los meses que nos conocemos me lo habrás dicho como doscientas mil —admito—. Pero no cambies de tema. Coge el primer avión que salga hacia Madrid y ven —le ordeno, aunque la verdad es que estoy sonriendo como una estúpida y me veo en el cristal del bar—. Mándame la hora a la que llegas e iré a recogerte.

¿Cómo voy a dejarlo solo? Alastair no se merece eso, ni él ni nadie. Me he prometido a mí misma que voy a hacer cosas buenas más a menudo, actos de caridad para ganarme el cielo... ¡no me lo creo ni yo! No sé muy bien qué es lo que me ata a él, pero escucharlo así, imaginarlo con los ojos humedecidos en medio de un ataque de ansiedad, me destroza.

—Sabes qué, Isabel, eres una gruñona, una mandona y —espero a que suelte un NO a mi ofrecimiento—eso te hace especial, única. Sí, iré. Necesito escapar un poco de todo esto —dice.



CAPÍTULO 25

ALASTAIR

El alboroto de los reencuentros entre familiares lo he dejado atrás con un sabor amargo. Salgo del aeropuerto con una maleta de mano colgando a mi derecha. Aprieto el asa cuando vislumbro a Isabel apoyada en un coche. Ha comenzado a atardecer, son las seis de la tarde y el sol cae en el horizonte. Hace muchísimo tiempo que no estoy aquí, en Madrid.

Cruzo la calle por el paso de peatones y camino hacia ella. Isabel, esa pequeña chica que me está esperando con los brazos cruzados y unas pintas de haberse acabado de levantar de la siesta. Lleva el pelo recogido en un moño, con mechones de su dorado cabello por el rostro. Los vaqueros ajustados hacen que sus piernas se vean más estilizadas y las botas de tacón cuadrado negras realzan su figura, al igual que la camiseta pegada a su cuerpo, delineando cada una de las curvas de su cuerpo.

Llego a ella y se despega del coche. Su nariz está ligeramente roja y temo que haya esperado demasiado.

—¿Llevas aquí mucho tiempo? —le pregunto con cierta distancia—. Parece que tienes frío.

Eleva una ceja y se señala la nariz.

—¿Lo dices por esto? —chasquea la lengua—. No te preocupes —se guarda las manos en los bolsillos del abrigo que lleva abierto—. Tenemos la tradición, mis amigos y yo, de vestirnos de reno cada Noche Buena e ir a tomarnos unas cervezas. No me he dado cuenta de que me he echado un pintalabios permanente a modo de maquillaje y me ha costado horrores quitarlo... o medio quitarlo.

Saca las llaves del coche y lo abre, pero antes se para y clava su verde mirada en mí, analizando mi rostro con los ojos entrecerrados.

—¿Tú cómo estás? —me pregunta sin entrar en detalle.

Encojo los hombros.

—Bien —miento—. Estoy bien.

Una sonrisa curva sus labios, pero no le llega a los ojos. Se aparta de la puerta del coche y hace lo inesperado. Me rodea con sus brazos, Isabel me abraza y descansa su cabeza en mi hombro.

—Eres un mentiroso —susurra con una risa floja.

La maleta cae de mi mano al asfalto y la cubro con mi cuerpo.

—Y tú una gruñona y no me quejo —contraataco.

Se aleja un poco, todavía enrollada a mi cintura.

—Tendrás queja —murmura, divertida—. Es que eres demasiado sunshine, Alastair.

Frunzo el ceño. ¿Qué diablos es eso?

—¿Es un insulto? —inquiero, escuchando el devenir de los coches.

Ella niega.

—Significa que eres una persona muy positiva, siempre intentando ver el lado bueno de las cosas. Es lo que más me gusta de ti, aunque a veces sea un poco irritante —confiesa.

Isabel sonrío, pese a mi confusión inicial. La luz del atardecer se refleja en los cristales del coche, creando patrones de luz que danzan sobre su piel. Es precioso.

—Entonces, ¿no es malo ser un "sunshine"? —pregunto, todavía con la frente ligeramente arrugada.

Isabel se ríe de nuevo, su voz suena clara.

—No, definitivamente no es malo. Es solo que a veces haces que el resto de nosotros parezcamos un poco más grises. Eres como... un recordatorio constante de cómo deberíamos ser —dice—. Pero también te digo que tienes tu genio, tu carácter. Te he visto enfadado y no me apetece verte otra vez así. Das miedo.

La observo por un momento, el gesto serio va desapareciendo poco a poco. Luego, suelto un suspiro y un pequeño bufido.

—Bueno, si ser "sunshine" te ayuda a ti y a los demás, supongo que puedo vivir con eso —inhalo su perfume—. ¿De verdad doy miedo cuando me enfado?

Me aprieta un poco más antes de soltarme y dar un paso atrás. Recoge la maleta caída y la balancea ligeramente.

—Solo un poco —hace un gesto con los dedos y se ríe—. Vamos, Sunshine. Deja de preocuparte tanto por eso. Hoy solo intenta disfrutar, ¿sí? No todos los días tienes el honor de cenar con Estela Jiménez.

Isabel mete la maleta en los asientos de detrás y cierra la puerta.

—¿Quién es Estela Jiménez?

Ella me da su mejor sonrisa, esa que la hace ver tan inocente como una niña pequeña con las manos en la masa de galletas.

—Mi madre.

Isabel se mete en el coche y la imito. Me pongo el cinturón y pone rumbo hacia un lugar que se llama Rueda.

—Ru... Rue... Rueda —leo.

Bel, aún mirando a la carretera, frunce el ceño.

—¿Acabas de hablar en español? —pregunta con una mezcla de sorpresa y diversión en su voz.

—Sí, bueno, llevo un tiempo practicando —respondo con una sonrisa nerviosa.

—¿Y eso por qué? ¿Quieres saber qué hablamos de ti Lara y yo? —ríe y suelto una carcajada.

Miro por la ventana. El paisaje pasa borroso por la velocidad, pero puedo distinguir los contornos de los edificios y las luces que destellan entre los árboles. Madrid es una ciudad vibrante y llena de vida, donde cada rincón tiene una historia que contar.

A medida que nos alejamos del bullicio de la ciudad y nos adentramos en las afueras, el paisaje comienza a cambiar. Los altos edificios dejan paso a casas más pequeñas y pintorescas, con jardines cuidados y calles tranquilas. Los árboles bordean la carretera, sus ramas meciéndose suavemente con la brisa nocturna.

El cielo sobre Madrid es un lienzo estrellado, salpicado de puntos de luz que parpadean en la distancia. La luna brilla con un resplandor plateado, iluminando el camino con su suave luz.

Es una noche clara y serena, una Navidad perfecta.

—Es solo que me gusta —comento—. Me gusta mucho.

Cruzamos la mirada unos segundos y ella vuelve a fijar los ojos en la carretera.

A medida que avanzamos por las sinuosas carreteras, el paisaje se vuelve más rural. Campos abiertos se extienden a ambos lados de la carretera, salpicados de árboles y arbustos. El aire fresco de la noche me acaricia el rostro, llenándome de una sensación de libertad que acaba cuando mi móvil suena impertinente.

Lo cojo y cierro los ojos cuando los gritos de mi madre me llenan los oídos.

—Madre, basta —murmuro firme. Isabel se calla, pues estaba tarareando una canción de la radio, y pone atención—. Madre, por favor.

—Ni por favor ni nada, Alastair. ¿Dónde estás? Deberías... —la corto.

—Estoy dónde debo estar —zanjo—. Tú has sido la que has decidido por Olivia, tú has decidido ponerte del lado de su marido en vez de escuchar a tu hija.

Mierda, mierda, mierda. Tal como pronuncio la palabra *marido*, Isabel abre los ojos como platos y yo me arrepiento de haber hablado más de la cuenta.

—Feliz Navidad —ladro, colgando.

El coche se sume en un silencio sepulcral que solo rompe la música. En el horizonte, puedo ver las siluetas de las montañas recortadas contra el cielo oscuro. Son imponentes y majestuosas, como guardianes silenciosos que velan sobre la tierra. Me maravillo ante la belleza de la naturaleza, sintiendo una profunda conexión con el mundo que me rodea.

—Tu hermana tiene... ¿marido? —murmura, apretando el volante.

—Sí —respondo, echándome el pelo hacia atrás.

—Y no es Neill.

Niego y desvío la mirada por la ventana.

—Olivia se separó de su marido cuando ya no podía más. El muy hijo de puta... —me callo y aprieto la mano en un puño— Bueno, eso no me incumbe a mí contarle. Pero mi madre se ha enterado de que está viviendo conmigo y ha montado una cena sorpresa con él y más invitados de la familia. Mi hermana, al verlo, le ha plantado cara. Es un cerdo, un...

—¿Qué ha hecho para que Olivia le haya plantado cara? Si puedo saberlo, claro.

Me muerdo el labio inferior y siento como la ira se desencadena en mi interior. Es difícil hablar de algo tan personal, pero confío en Isabel y sé que puedo contarle lo que sea.

—Él... la engañaba. Durante años. Con múltiples mujeres. Y no solo eso, también la maltrataba emocionalmente. Olivia finalmente tuvo el coraje de dejarlo, pero ha sido un proceso muy doloroso para ella. Hoy, él ha aparecido con otra y se ha reído de ella en su cara. Mi madre le ha dicho que la familia es lo primero y que ella debe aparentar ser la mujer ideal, aunque él esté con otra —le cuento.

—¿¡Cómo?! —exclama—. ¿Me estás diciendo que tu madre...? Pero, ¿qué clase de monstruo tienes como madre, Alastair?

—Uno que es peor que una pesadilla viviente. —Mi voz se quiebra un poco al pronunciar esas palabras. Trago saliva, tratando de contener la avalancha de emociones que amenaza con desbordarse—. Lo sé. Es difícil de creer. Pero así es como es. Mi madre siempre ha priorizado las apariencias y el estatus social por encima de todo lo demás. Para ella, la opinión de la sociedad y mantener las apariencias es lo más importante, incluso si eso significa ignorar el sufrimiento de su propia hija.

Mis manos siguen temblando, y apenas puedo contener las lágrimas que amenazan con brotar en cualquier momento. Me siento vulnerable y expuesto al hablar de algo tan doloroso,

pero al mismo tiempo, me siento aliviado de poder compartirlo con alguien en quien confío.

Isabel me mira con compasión, su rostro reflejando el horror y la incredulidad ante lo que acabo de revelar.

—Lo siento mucho, Alastair. Nadie debería tener que soportar algo así, especialmente por parte de su propia familia. Pero tienes razón al alejarte de esa toxicidad. Tu bienestar emocional es lo más importante, sobre todo el de Olivia. ¿Cómo está ella?

—La ha mandado a tomar por culo y se ha ido con Neill —respondo y ella asiente en silencio, procesando la información.

Finalmente, llegamos a Rueda, un remanso de paz en medio de la naturaleza. El aire fresco y el olor a tierra húmeda me reciben con los brazos abiertos. Isabel es la primera en bajar y en estirarse. De la chimenea de la casa sale humo y se escuchan risas. Salgo del coche y trago saliva con dureza. ¿Y si no he hecho bien en venir?

Ella saca la pequeña maleta y se acerca a mí. Le cojo la maleta, aunque ella gruñe.

—¿Crees que no puedo cargar una maleta? —Su mirada denota diversión—. machista.

Le toco la nariz y ella se aparta.

—Gruñona.

Se ríe y me coge de la mano. Caminamos hacia la puerta entreabierta del que emana un aroma exquisito mezclado con el almizcle de la madera quemada. Antes de entrar, Isabel se gira y hace una mueca con los labios.

—No te asustes, ¿vale? —Abre la puerta y las voces se escuchan mucho más fuertes.

La entrada de la casa es cálida y acogedora, iluminada por la suave luz de las lámparas que cuelgan del techo y el resplandor de la chimenea. El sonido de las risas y las conversaciones llena el aire.

En el pasillo cuelgan fotos, fotos en las que sale Isabel de pequeña. Hay una en concreto, en la que está con un hombre subida a sus hombros, con un ramo de uva en un campo de vid. Está... está feliz.

—Mamá, ya estamos aquí —dice ella con voz suave.

Cuando aparezco por la puerta, siento como todas las miradas se centran en mí. Solo se escucha el sonido crepitante del fuego. Me rasco la nuca y una señora, supongo que la madre de Isabel, se levanta del sofá y se acerca. Parece impresionada.

Me coge la cara entre las manos y me da un beso en cada mejilla.

—Bienvenido, hijo. Yo soy la mamá de Isabel. SU MAMÁ —me grita, haciendo gestos demasiado exagerados. Mis mejillas arden por la intensidad de su saludo, y me siento un tanto abrumado por la energía de la mujer.

—Es un... un placer conocerla, señora Jiménez —respondo, tratando de mantener la compostura a pesar de todo. Se queda impresionada cuando hablo español.

Ella asiente con satisfacción, sus ojos brillando con un brillo travieso.

—Míralo, Antonio —se dirige a un hombre—, que guapo es el chico.

El padre de Isabel se acerca y me estrecha la mano.

—Bienvenido, chico. ¿Te gusta el vino?

Isabel gira el rostro hacia mí y abre los ojos.

—Sí, claro —respondo con un español muy chapucero—. Sobre todo el de usted. Hace un vino bueno.

Antonio me palmea la espalda y me entrega una copa. Pasa un brazo por mis hombros y me lleva hacia dónde hay otros dos hombres; uno el hermano de Isabel y el otro lo presentan como *el cuñado*.

Pronto, me incluyen. Intentan hablar inglés y me preguntan por mi vida. Todo va bien hasta que Toni, el hermano de Isabel, con dos copas de más, suelta en medio de la cena: —Así que, ¿os volvisteis a encontrar después de un año y tú —me señala— pensabas que mi hijo era vuestro?

Isabel le da un codazo y lo mira mal.

Estela, que está frente a Isabel y mío, frunce el ceño.

—¿Por qué pensaba Alastair que Martín era...? —Se calla y abre los ojos como platos, deja el tenedor en la mesa con un sonido sordo y se pone roja—. ¡Isabel María Márquez Jimenez, qué has hecho! —exclama.

Ella se aclara la garganta y se limpia la boca con la servilleta. Se pone recta en la silla y mira a la mesa.

—Ese es el problema —susurra—, que no me acuerdo que hice esa noche —suelta mientras se mete a la boca una croqueta y la muerde.

Y todos estallan en carcajadas, menos su madre. Pero, a pesar de todo, siento tranquilidad. Y por un momento pienso en que yo también quiero esto.



CAPÍTULO 26

Me siento hinchada, tanto que temo por mi vida cuando paso del pequeño balcón de mi habitación hacia la de la derecha en la que está Alastair. Sí, una vieja costumbre, sino que se lo pregunten a mi hermano Toni.

Lo veo a través de las cortinas finas. Llevo años sin venir aquí, pero todo sigue igual. Las paredes de papel pintado, los muebles de madera y esa cama que chirría con el susurrar del viento. Es como si los años no hubieran pasado.

Alastair está sin camiseta y con el pantalón del pijama yendo de un lado para otro mientras habla por teléfono de forma acalorada, pero entre susurros, con alguien. Admiro su cuerpo bajo la oscuridad de la noche, con los rayos de la luna siendo testigos de mi repentino delirio por ese hombre.

«¿Por qué tiene que estar tan bueno?», me pregunto, mordiéndome el labio inferior.

Se echa el pelo para atrás y se sienta en la cama de espaldas a la ventana. Sus hombros están echados para delante, pero eso solo hace que sus músculos se destaquen todavía más.

Entonces, pico con los nudillos la ventana y él se da la vuelta con el ceño fruncido. Lo saludo efusivamente con la mano mientras se acerca. He sido tan estúpida que me he traído un pijama de verano, un camisón de manga corta que llevo con unos calcetines gordos, que le he quitado a mi padre. Bajo llevo unas bragas y las piernas al descubierto, ¡y tengo un frío que pela! Pero no me arriesgo a ir por el pasillo porque sé que mi madre está haciendo guardia detrás de su puerta. Bien claro lo ha dejado, Alastair en una habitación y yo en otra. Sí, es un poquito... antigua en ese aspecto. Pero la entiendo, si Alastair fuera mi pareja otro gallo cantaría. Pero como no lo es...

Abre la ventana y paso, abrazándome a mí misma. Le hago un gesto con el dedo sobre los labios para que se calle. Me mira de arriba abajo y una sonrisa le llega a los ojos.

—Intuyo que te has olvidado el pijama —susurra.

—No, es que me gusta ir así a menos cinco grados. Soy Elsa, de Frozen —ironizo y cierro la ventana—. ¿Cómo estás? Ha sido un poco caótico, ¿verdad?

Alastair se acerca a la cama y coge una manta que hay de decoración a los pies. Me la pone por encima porque estoy temblando y le doy una mirada agradecida. El corazón me salta del pecho cuando se para delante de mí y pica mi nariz con el nudillo de uno de sus dedos.

Quizá sea porque es Navidad y tengo el corazón blandito, pero ese gesto, algo tan simple como eso, ha hecho que mi corazón salte de mi pecho y se acelere la respiración.

—Tienes una familia muy divertida —murmura por lo bajo, acomodando la manta sobre mis hombros.

—¿Lo dices por cuándo mi cuñado y mi padre han comenzado a meterse con Toni o por cuando mi sobrino Martín ha decidido empezar una guerra de croquetas?

Se ha liado y bien. Martín está en esa tierna edad en la que todo lo quiere y todo lo tira. Se ve que las croquetas de mi madre le han parecido perfectas para ser perdigones volantes que ha lanzado a todos lados mientras pegaba gritos de alegría. Pero, claro, lo hace él y no pasa nada, todos son risas. Pero yo le tiro un chusco de pan a Toni y me arman la de Troya.

Qué mierda es no ser ya la pequeña.

—Eso ha sido muy bueno, tu sobrino tiene muy buena puntería. —Y tanto que la tiene, como que me ha colado una en todo el canalillo y mi hermana Amparo ha empezado a incitar a Alastair a que me la saque... con la boca.

A mi madre se le salían los ojos de las órbitas.

—Te recomiendo que no levantes mucho la voz. Mi madre puede estar con los ojos cerrados y en la cama, pero, como escuche algo fuera de lo normal, se levanta cual momia —hago un gesto exagerado con la lengua fuera y él ríe por lo bajo— recién resucitada.

—Lo tendré en cuenta —dice y se aleja un paso de mí—. Has entrado por la ventana —afirma, mirando hacia fuera.

—Estoy acostumbrada —me encojo de hombros—. Además, los balcones están pegados.

Nos quedamos por un momento en silencio, momento en el que se escucha un búho fuera. Alastair se vuelve a pasar la mano por el pelo y clava su mirada en mí.

Siento un cosquilleo en el estómago cuando sus ojos marrones se encuentran con los míos. Es como si pudiera leer mis pensamientos más profundos, como si pudiera ver a través de mi alma. Trago saliva nerviosamente, sintiendo el calor subir por mi cuello hasta mis mejillas.

Intento desviar la mirada, pero es como si estuviera atrapada en un hechizo, imposible de romper. Alastair se acerca un poco más, y puedo percibir su aroma, una mezcla embriagadora de madera y un toque sutil de colonia. Mi corazón late con fuerza, como si quisiera salir disparado de mi pecho.

—¿Estás bien? —pregunta Alastair, con una nota de preocupación en su voz.

Asiento rápidamente, tratando de recuperar la compostura. No puedo ponerme así, es solo mi amigo.

—Sí, estoy bien —miento, forzando una sonrisa que espero parezca convincente—. ¿Y tú? Te he visto hablar con alguien.

Él asiente.

—Era Blair. Le he contado por encima qué ha pasado y me he exaltado un poco —responde, pero su mirada vuelve a mí y una sonrisa curva sus labios—. Gracias.

Frunzo el entrecejo y me separo de él un paso. Necesito hacerlo porque siento que el aire se vuelve denso, cargado de una tensión que amenaza con desbordarse. No puedo permitirme dejarme llevar por estas emociones confusas que me invaden cada vez que estoy cerca de Alastair. Él es solo un amigo, nada más. No debería importarme tanto lo que le suceda, ¿verdad?

Pero entonces, ¿por qué mi corazón late con tanta fuerza cada vez que me mira de esa manera, con esos ojos que parecen penetrar en lo más profundo de mi ser? ¿Por qué no puedo sacarlo de mi cabeza ni de mi corazón?

—No tienes por qué agradecerme nada —respondo, tratando de sonar indiferente, aunque sé que mi voz tiembla ligeramente—. Solo estaba tratando de ser amable. Lo que hace una amiga.

Me muerdo el labio inferior, desviando la mirada hacia cualquier lugar que no sea sus ojos marrones que me miran con tanta intensidad. Se acerca hasta acortar la distancia y me da un beso en la mejilla que me hace sonrojar.

—Eres de las pocas personas que me lo ha dado todo sin pedir nada a cambio, Bel. Me

has abierto las puertas de tu casa, de tu familia. Has dejado que te conozca más íntimamente al hacerlo. ¿De verdad crees que eso es solo ser amable? —me encojo de hombros con indiferencia fingida y chasqueo la lengua para desviar la mirada hacia el suelo—. A mí no me engañas —Coge mi barbilla con dos de sus dedos y me alza la mirada—, gruñona astuta. No sé cómo serías antes de dejar a tu ex novio, pero estoy seguro de que esa manera de ser la has forjado para protegerte. Que en realidad eres tan tierna como un cervatillo.

Aparto la cara de sus dedos y lo enfrento con una mirada tenaz, sintiendo cómo el calor se intensifica en mis mejillas ante sus palabras sinceras. No puedo permitirme ceder a la vulnerabilidad que amenaza con apoderarse de mí en este momento. Tengo que mantenerme firme, mantener mis defensas en alto.

—No sé de qué estás hablando —murmuro, tratando de mantener mi voz firme y segura, aunque sé que su mirada penetrante puede ver a través de mi máscara de indiferencia.

Pero Alastair no se deja engañar. Sus ojos marrones parecen buscar la verdad en lo más profundo de mi ser, y me siento desnuda ante su mirada penetrante.

—Lo sé, Bel —dice suavemente, con un tono que me hace temblar por dentro—. Sé que tienes miedo. Pero no tienes por qué esconderte detrás de esa fachada de fortaleza.

Su cercanía me abruma, su presencia me envuelve como un abrazo reconfortante que me hace bajar las defensas que he construido con tanto esfuerzo a lo largo de estos dos años.

—¿Y tú? —contraataco con rapidez—. Te resguardas bajo una sonrisa encantadora, una puta sonrisa de mojabragas que me da hasta rabia —lo empujo hacia atrás del pecho de forma juguetona—. Pero tienes mucho que contar, escondes demasiadas cosas, Alastair.

Se acerca a mí y me coge en volandas con una sonrisa socarrona en los labios y se deja caer en la cama. No grito porque sé que mi madre me escucharía, pero suelto un jadeo cuando siento su cuerpo aplastando el mío. Los muelles de la cama suenan como si se hubiera dejado caer en ella para dormir, pero la realidad es muy diferente. Lo tengo encima, mirándome de la manera más coqueta y provocadora que existe y con una sonrisa que derretiría hasta al corazón más frío. Mi respiración se vuelve irregular, mi corazón late con fuerza contra mi pecho mientras sus ojos marrones centellean con una intensidad que me deja sin aliento.

—¿Crees que soy un libro abierto, Bel? —pregunta, con una mezcla de diversión y curiosidad en su voz—. Quizás haya cosas que prefiero mantener para mí mismo, pero eso no significa que no confíe en ti.

Rodeo su cuello con mis brazos y acaricio su cabello tan negro como la noche.

—Ya lo sé —digo—. Sé que hay mucho de ti que no conozco. ¿Una pregunta? —le brillan los ojos y asiente.

—Dispara.

Alastair aguanta su peso sobre los codos mientras me mantiene debajo de él.

—¿Cómo estás? —pregunto, seria. Él traga saliva y desvía la mirada hacia otro lado. Pero le cojo la cara entre las manos y hago que me mire.

Por primera vez, observo como esa máscara de felicidad fingida que lleva las veinticuatro horas del día se cae. Sus ojos pierden el brillo que suele tener y se tornan sombríos, llenos de una tristeza que me hace doler el corazón. Puedo sentir el peso de sus preocupaciones, de sus cargas, como si fueran también mías. Y por un momento me pregunto quién es él, quién es Alastair en realidad.

—No estoy bien, Bel —susurra, su voz apenas un suspiro en la penumbra de la habitación—. Hay cosas que me atormentan, cosas que preferiría olvidar. Problemas que no desaparecen.

Me siento impotente ante su dolor, deseando poder hacer algo para aliviar su sufrimiento. Pero sé que no puedo solucionar sus problemas, no puedo borrar sus pesares con un simple gesto.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunto con suavidad, acariciando su mejilla con el pulgar en un intento de reconfortarlo.

—Me encantaría —una sonrisa triste curva sus labios—, pero no puedo.

Asiento con comprensión.

—Por lo menos has dicho la verdad —susurro—. ¿A qué sienta bien?

Él asiente y se pone a mi lado con cuidado de no hacer mucho ruido.

—Sienta bien tener a alguien al que puedas decirle que estás mal y que no te atosigue a preguntas —responde con la voz cargada de gratitud.

Él asiente, dejando escapar un suspiro de alivio que parece liberar un peso de sus hombros. Nos quedamos en silencio por un momento, tiempo que aprovecho para quitarme la manta y trazar círculos en su brazo.

Alastair cierra los ojos cuando mi dedo pasa por su clavícula y comienza a hacer círculos en su pecho.

La habitación está envuelta en penumbra, solo iluminada por la débil luz de la luna que se filtra a través de las cortinas. Estoy acostada junto a Alastair, sintiendo el calor de su cuerpo cerca del mío. Sus palabras me han dejado sintiendo un torbellino de emociones, deseando poder hacer algo para aliviar su dolor, pero consciente de mis limitaciones.

Mientras trazo círculos en su brazo, siento su respiración tranquila y regular, como si estuviera a punto de sumergirse en un sueño reparador. Mi pulgar desciende por su clavícula, explorando la suavidad de su piel, y él cierra los ojos de nuevo, dejando escapar un suspiro que hace eco en la quietud de la habitación.

Un impulso irresistible me lleva a acercarme un poco más, mi mano deslizándose desde su pecho hasta su abdomen, donde puedo sentir el ritmo de su respiración. Su piel está cálida bajo mis dedos, y mi corazón late con fuerza en mi pecho.

Alastair gira la cabeza hacia mí, sus ojos marrones encontrando los míos en la oscuridad. Por un momento, nos quedamos mirándonos en silencio. Bajo mis dedos hacia el dobladillo del pantalón y él parece alarmarse. Pero lo siento, siento contra mi cuerpo como su miembro se despierta mientras acaricio la parte baja de su estómago.

—Bel... —murmura, su voz apenas un susurro en la quietud de la habitación—. ¿Qué estás haciendo?

Mi corazón da un vuelco en mi pecho, pero no puedo apartar la mirada de la suya. Hay algo en esa mirada intensa que me hace sentir viva, como si estuviéramos conectados de una manera que trasciende las palabras.

—Solo... quiero estar aquí para ti —respondo, mi voz temblando ligeramente—. Quiero que sepas que no estás solo, que siempre estaré aquí para ti, pase lo que pase.

Él asiente lentamente. Puedo ver la lucha interna en sus ojos, la necesidad de abrirse completamente contra el deseo de mantener sus demonios en silencio.

Y entonces, sin pensarlo, me inclino y capturo sus labios con los míos en un beso suave pero cargado de pasión. El mundo parece detenerse a nuestro alrededor mientras nos perdemos en el momento.

El beso es lento y delicado al principio, pero pronto se vuelve más profundo, más urgente, como si estuviéramos desesperados por encontrar consuelo y alivio en los brazos del otro.

Sus manos acarician mi cintura y en un rápido movimiento, con el chirriar de los muelles

de la cama, me pongo encima de él con cada pierna a un lado y mi sexo rozando su miembro por encima de la ropa.

Abordo sus labios con una necesidad imparable. Pero el sonido de los muelles es tan molesto que refunfuño y me levanto de la cama despacio y le tiendo una mano.

Alastair la toma y lo llevo hacia una esquina de la habitación. Me acorrala contra la pared y despega los labios de mis labios para bajar a mi cuello. Sus manos aprietan mi culo y yo jadeo, dándole completo acceso para que se cebe.

Siento los pezones duros rozando con el camisón y él lo sabe. Alastair sabe perfectamente lo que quiero, lo que busco con desesperación. Una mano se cuela debajo del camisón y asciendo por mi cuerpo mientras que la otra sigue en mi trasero y su boca jugando con el lóbulo de mi oreja. Encierra uno de mis pezones entre sus dedos y yo gimo muy flojito, temerosa de que alguien me escuche.

El aire en la habitación se carga mientras Alastair y yo nos envolvemos en un juego de deseo. Cada roce de sus manos sobre mi piel despierta una sensación embriagadora que recorre todo mi ser, dejándome anhelando más de su ardiente contacto.

Sus labios encuentran los míos con urgencia, y el mundo parece desvanecerse en un torbellino. Me entrego a la vorágine de placer, dejando que cada beso sea una promesa.

Sus manos, fuertes y seguras, exploran cada centímetro de mi cuerpo con una destreza que me deja sin aliento. El roce de sus dedos sobre mi piel desnuda despierta una oleada de calor que se propaga desde el centro de mi ser.

Cuando sus labios se posan sobre mis pezones endurecidos, un gemido escapa de mis labios entreabiertos. Me siento completamente vulnerable ante él, entregada al placer que él desencadena con cada caricia, cada beso, cada susurro de deseo compartido. En este momento, no hay nada más que el fuego que arde entre nosotros dos, consumiendo cualquier pensamiento o preocupación que pueda haber existido fuera de esta habitación.

Mi camisón queda en el suelo y su pantalón sigue el mismo camino. Se toma un momento, apenas un segundo, para observarme y pegarme a su cuerpo. Me da la vuelta y cuando sus dedos acarician el monte de Venus que tengo entre las piernas me erizo. Un escalofrío me recorre todo mi ser y apoyo las palmas de la mano en la pared.

Está pegado a mi trasero, siento su miembro contra las nalgas mientras me masturba metiendo un dedo en mi interior. Exploto y me muerdo la mano para que no me escuchen.

Se aleja de mí y siento frío, pero se agacha para coger de la mesita su cartera y sacar un condón. Se lo pone y me mira como un león a su presa, con un hambre voraz.

Me inclino más hacia delante, sobre la pared y él me embiste de una sola estocada, por detrás, cogiéndome de las caderas. Su ritmo es imparable, llevándome al borde del abismo una y otra vez con una maestría que me deja sin aliento. Me aferró a la pared con fuerza, dejando que el placer nos envuelva en una danza frenética de deseo. En este momento, somos uno solo.

Después de alcanzar el clímax más intenso, Alastair y yo nos deslizamos hacia la cama, agotados pero completamente satisfechos. Nos acurrucamos uno al lado del otro. La suavidad de las sábanas nos envuelve.

Alastair se deja llevar por el sopor del placer, sus párpados pesados cediendo ante el sueño que lo reclama. Antes de sumergirse por completo en el mundo de Morfeo, susurra las palabras que hacen que mi corazón dé un vuelco.

—Podría acostumbrarme a esto.

Una sonrisa ilumina mi rostro mientras me acomodo junto a él.

—Yo también —susurro en respuesta.

Y eso es lo que me da miedo, acostumbrarme a él, a... lo que tenemos sea lo que sea.

Pero la paz se ve interrumpida cuando el móvil de Alastair emite una vibración que rompe el silencio de la habitación. Al principio, pienso que es mi teléfono, pero al ver el nombre en la pantalla, mi corazón se hunde en el pecho. "Ava", leo en el identificador de llamadas, una sensación de angustia y confusión se apodera de mí.

Pero la llamada se corta y llega un mensaje.

Ava: Alastair, cielo, tenemos que hablar.

Con las manos temblorosas, dejo el teléfono en la mesita de noche. ¿Quién es Ava y por qué ha llamando a Alastair cielo? ¿Qué me está ocultando Alastair?



CAPÍTULO 27

Los campos de vid se extienden hasta donde mi vista no alcanza. El olor a café recién hecho se siente en el aire. Soplo de la taza humeante que tengo en mano y bebo un poco.

—Pues sí que es guapo, sí —comenta mi madre mientras observa a Alastair desde la ventana de la cocina de la casa de la Villa con su café en mano. Se acerca a mí y me pega un codazo que me hace jadear. Estoy tan empanada que no le he prestado atención—. ¿Y tú de dónde lo conoces? Porque se me hace parecido a alguien...

Diana y Amparo se echan a reír y mi madre cae en lo que me ha preguntado.

—Estela, no creo que quieras saber los detalles de cómo lo conoció —murmura Diana, levantándose y acercándose a la ventana. Chasquea la lengua y se apoya en la encimera—. Pero tengo que admitir que es muy guapo. Qué suerte has tenido, Isi.

—Suerte la que tuvo él al encontrar a mi hermana. —Amparo, con su enorme barriga, pone un brazo sobre mis hombros.

Resoplo y dejo la taza en el fregadero.

—Estáis dando por hecho que estoy con él y os equivocáis, es solo un amigo —ladro con bastante mal humor.

No he podido pegar ojo en toda la noche. El nombre de Ava aparecía en mi mente cada vez que intentaba dormir. He tenido el tiempo suficiente como para montar mis propias teorías, pero no el valor suficiente como para preguntárselo.

Alastair parece ajeno al caos que está causando en mi cabeza, eso o que me he vuelto muy buena actriz. Es extraño cómo puede aparecer alguien de repente y sacudir tu mundo de una manera que no esperabas. Pero aquí está, rompiendo las paredes que había construido para protegerme. Mandando todo a la mierda.

Salgo al porche, buscando un poco de aire fresco para aclarar mis ideas. Las hojas de los árboles susurran suavemente mientras el viento las acaricia. Me recuesto en la barandilla y cierro los ojos, tratando de encontrar un poco de paz. La imagen de Ava se desliza de nuevo en mi mente.

«¿Quién demonios eres, Ava?», me pregunto.

Una voz me saca de mis pensamientos. Es Alastair, con una expresión preocupada en su rostro.

—¿Estás bien, Isabel? Pareces distraída —dice, acercándose y poniéndose a mi lado.

Isla se va con mi padre, le ha cogido mucho cariño. Además, a mi padre le encanta dar caminatas al igual que a Isla. Son tal para cual.

Asiento con un gesto, forzando una sonrisa que espero sea convincente.

—Sí, solo un poco cansada. No he dormido bien —miento, evitando su mirada penetrante.

Él asiente, pero puedo sentir que no está convencido del todo. Alastair siempre ha sido

bueno leyendo entre líneas, y no me sorprendería que sospeche algo.

—¿Qué tal con mi padre? —le pregunto, cambiando de tema.

Siento un hormigueo desagradable cuando lo miro a los ojos. Sus ojos... ¡ya podría haberme dicho que no le gustan las croquetas! Hubiera acabado pronto con él y no estaría en esta maldita encrucijada. Pero no, le tienen que gustar. Otro punto más para el puto highlander.

—Tu padre es muy agradable. Ha utilizado el traductor para comunicarse conmigo y me ha enseñado todo esto —abre los brazos, señalando la Villa—. Es un sitio precioso, tan tranquilo, tan...

—¿Perfecto? —intervengo—. Se parece, de cierta manera, a la casa en el bosque, ¿no crees?

Él asiente y un suspiro abandona sus labios.

—Es una pena que mañana tenga que irme —murmura.

Me toma por sorpresa y parece que sus palabras golpean con fuerza mi pecho. ¿Mañana? ¿Se va mañana? La noticia me deja aturdida, como si un vendaval hubiera pasado repentinamente por mi mente, dejando un caos de pensamientos en su estela. ¿Por qué se va tan pronto? ¿Será por Ava?

Trato de mantener la compostura, aunque por dentro siento que todo se desmorona. No quiero que se vaya, no ahora que siento que hay algo... ¡no, no hay nada!

—Sí, es una lástima —respondo, forzando una sonrisa que no llega a mis ojos—. Pero bueno, supongo que todos tenemos nuestras responsabilidades.

Él asiente en silencio, y un incómodo silencio se instala entre nosotros. Siento la urgencia de decir algo, cualquier cosa para romper esa barrera que se ha levantado de repente entre nosotros.

—Oye, ¿quieres dar un paseo por los viñedos? —propongo, señalando hacia los campos que se extienden más allá de la Villa—. Es un buen día para disfrutar del paisaje.

Alastair parece considerarlo por un momento antes de asentir con una sonrisa.

—Sí, me encantaría —responde.

Caminamos entre los viñedos, perdidos en el laberinto de vides que se extienden a nuestro alrededor. El sol derrama su luz dorada sobre nosotros. El aire está lleno de un suave aroma a tierra húmeda y fruta madura, mezclado con el frescor de la brisa que acaricia nuestras mejillas.

A pesar de la belleza del entorno, una sensación incómoda se arraiga en lo más profundo de mi ser. Una extraña inquietud que no puedo sacudir, como si algo estuviera acechando en las sombras, observándonos en silencio. Escucho un *click* casi inaudible y miro a todos lados.

—Bel, ¿qué pasa? —pregunta Alastair, notando mi cambio de actitud. Sacudo la cabeza, tratando de despejar mis pensamientos.

Pero la sensación persiste, como un peso en mi pecho que no puedo ignorar. Me detengo abruptamente, escuchando atentamente, tratando de identificar el origen de esta extraña sensación.

—¿Qué pasa? —insiste, frunciendo el ceño con preocupación.

—No lo sé... —murmuro, escudriñando el paisaje a nuestro alrededor—. Creo que solo son imaginaciones mías.

Pero incluso mientras hablo, una sombra se desliza por el rabillo de mi ojo, rápida como un destello. Giro la cabeza en su dirección, pero no hay nada más que las interminables filas de vides y el cielo azul arriba.

—¿Qué es? —pregunta Alastair, siguiendo mi mirada hacia la nada.

—Nada, solo pensé que vi algo —respondo, tratando de convencerme a mí misma de que fue solo mi imaginación.

Continuamos nuestro paseo, pero la sensación de ser observados persiste, como una melodía discordante en medio de un concierto armonioso. Trato de apartar esos pensamientos de mi mente. Golpeo una piedra con el pie y la mando lejos. Estoy con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta y siento que la cabeza me va a mil por hora. Así que decido intentar sonsacarle algo.

Me aclaro la garganta y él me mira.

—Alastair, ¿tienes novia? —inquiero.

Abre los ojos como platos y niega inmediatamente.

—No, claro que no —exclama—. ¿Por qué dices eso?

Me relamo los labios y me paro debajo de un olivo. Hemos llegado a la finca en la que han plantado oliva para producir aceite y abrir el negocio familiar a otro sector. Me apoyo en el tronco y me encojo de hombro.

—Porque nunca hemos hablado de ello y tenía curiosidad. ¿Sabes? Me disgustaría mucho saber que me estoy acostando con alguien que tiene pareja. la sensación de saber que te están engañando es horrible —murmuro, clavando mi mirada en él.

—Por supuesto, debe ser horrible —dice, pero desvía la mirada la suelo y pateo una piedra.

—¿Y tienes más... amigas como yo? —arremeto con otra pregunta.

Alastair frunce el ceño, confundido.

—¿Otra amiga como tú?

—Otra amiga a la que te follas. —Directa, sin tapujos, hasta el fondo.

Se apoya en el tronco y se inclina hacia mí. Me toca la nariz y sonrío. El viento alborota su cabello ondulado y le brillan los ojos, quizá de diversión.

—Para tu información, gruñona, no. No tengo otra amiga como tú —responde. Entrecierra los ojos y me hace un ademán con la cabeza—. ¿Y tú? ¿Tienes más... amigos?

Me echo a reír.

—¿Yo? Claro, tengo una horda de hombres en pelotas cada vez que chasqueo los dedos —bromeo y él ríe por lo bajo—. No, no tengo a nadie más. Dougal entendió que no me interesaba para algo más que no fuera una amistad limpia y sana, sin condones de por medio.

Dudo de si preguntarle sobre Ava. Quizá solo sea una amiga y lo haya llamado así de cariño, como yo a Quique, Iván o Pablo. Quizá sea yo la que está sacando las cosas de contexto y me esté volviendo loca... más de lo que ya estoy. Se me hace un nudo en el estómago.

—¿Y si Dougal quisiera algo serio contigo? ¿Le darías una oportunidad?

Frunzo el ceño y abro la boca para contestarle, pero la cierro de inmediato. ¿Lo haría? Dougal es un tío excepcional, la opción más conveniente para tener estabilidad. Quererlo sería sencillo, aprender a amarlo.

¿Qué es el amor?

He pasado por una relación larga, por momentos en los que la pasión se enciende y se apaga con la misma rapidez. Pero ahora, con Alastair en mi vida, todo es diferente. Y aunque nunca hemos cruzado la línea de la amistad, más allá de la intimidad que compartimos, algo en mí se pregunta si podría haber algo más entre nosotros.

La pregunta me persigue como una sombra. ¿Y si Dougal quiere algo serio conmigo? ¿Le daría una oportunidad? La incertidumbre me aprieta el pecho, y me muerdo el labio inferior mientras intento encontrar una respuesta.

Por un lado, está la seguridad, la estabilidad que Dougal representa. Sería tan fácil dejarme llevar por eso, por la comodidad de lo conocido, de lo seguro. Pero por otro lado, hay algo que me detiene, algo que me hace dudar.

—¿Y tú? —Contraataco astuta—. Si hubiera alguien que quisiera algo serio contigo, ¿lo harías?

El nudo en mi estómago se aprieta más con cada segundo que pasa, y siento que me estoy ahogando. ¿Puede el amor ser una elección, una decisión racional en lugar de un impulso irracional? ¿Puedo aprender a amar a alguien, como quien aprende a tocar un instrumento o a cocinar un plato nuevo? ¿Él pensará lo mismo?

—¿Yo? —Echa la cabeza hacia atrás y se ríe a carcajadas—. No lo sé, la verdad. Quiero disfrutar del momento, no quiero nada serio. No quiero amar a nadie a ese nivel.

Su mano roza la mía y yo hago una mueca. Isla aparece con su pelota, mueve la cola y salta para que Alastair se la tire. Mi cachorra tiene una energía que abruma. Pero él le acaricia la cabeza y la lanza, apartándose un poco de mí. Cierro los ojos y dejo que esas palabras me envuelvan, me atormenten. Y en un momento lo veo claro, una certeza que me hace temblar.

Ese nudo en el estómago, el pecho apretado hasta el punto de dolerme, ese sabor amargo cuando lo ha dicho... estoy jodida.

—Creo que... creo que Alastair me gusta —susurro para mí misma, dejando que las palabras salgan con un miedo atroz. Porque en ese momento, entiendo que el amor no se trata de lógica o de conveniencia, sino de seguir lo que dicta mi corazón, aunque eso signifique que no es recíproco.

Estoy muy jodida.



CAPÍTULO 28

Sentadas alrededor de la mesa del porche delantero, mis amigas y yo nos unamos en una conversación que no quiero tener. El aroma del café recién hecho se mezcla con el perfume fresco de la mañana, mientras sirvo las tazas humeantes, dejando que el vapor se eleve en espirales danzantes hacia el techo.

Triana observa por encima de su hombro como su pequeña hija está en brazos de Quique mientras que él y los chicos están apoyados en la barandilla del porche hablando del último partido de fútbol que dieron por la tele.

Los viñedos se extienden hasta donde alcanza la vista. Las hojas de las vides brillan con un verde intenso bajo la luz del sol, mientras los racimos de uvas maduran lentamente, prometiendo una cosecha abundante. Más allá de los viñedos, las suaves colinas se elevan en el horizonte.

Paso un brazo por la silla y dejo la taza del café en la mesa.

—Isi, ¿estás aquí o te has ido a Escocia con tu amigo? —Pilar irrumpe mis pensamientos con una sonrisa socarrona.

Hemos venido para pasar la Nochevieja aquí, todos juntos incluyendo a Cristian y a Fani. Incluso Fati ha venido. Mis padres han decidido irse con dos parejas más de amigos a celebrar la entrada del año y mis hermanos están con sus suegras. Así que tenemos la casa para nosotros solos.

—¿El qué? Estaba distraída, perdona —se echan a reír.

—¿En qué estabas pensando? —me codea Triana, que está a mi derecha.

Me encojo de hombros y Lara me insta con la mirada a que les cuente lo que pasa.

—¿De verdad queréis saber en qué está pensando? —Lara hace un gesto con las manos, imitando el tamaño del pene de Alastair y yo me pongo roja como un tomate. Le lanzo una galleta y ella la agarra al vuelo y se la lleva a la boca—. Cómo si fuera mentira.

—¿Qué basta eres, Lara! —exclama Fati, que se acomoda en la silla.

Lara chasquea la lengua y se cruza de brazos.

—Para basto el parapeto del amigo —ladra—. Que no es coña, que es así. Que los pillé en la ducha dándole al tema y se lo vi, con estos ojitos —se los toca— que me ha dado el Señor. ¡Qué es así, tía!

Las chicas abren los ojos como platos, todas menos Fati que se tapa la cara con las manos y se ríe del nerviosismo que le genera el tema.

—¿Nos estás vacilando? —pregunta Triana.

Los cuatro pares de ojos recaen en mí y sueltan exclamaciones cuando niego.

—No, no está vacilando —contesto.

—¿Os pilló en la ducha? ¿Lo estábais haciendo ahí? —inquieta Fani, que hasta el momento no había abierto la boca.

Asiento y me termino el café.

—Sí, claro. Otra cosa no, pero me he hecho medio Kama-sutra. Ni yo misma sabía que soy tan flexible —hago una mueca, recordando.

—Por Dios —susurra Pilar—, qué suerte has tenido.

—Y que lo digas —farfulla Fani—. Bien pudiera yo. Cristian es bastante tradicional en ese aspecto y... —pero se calla de inmediato y me mira con apuro—. Los siento, no pretendía...

—No pasa nada —sonrío amable—. Para una cosa en la que estamos de acuerdo, mejor decirlo, ¿no?

Ella me devuelve la sonrisa y asiente. No ha sido agradable escucharlo, sin embargo, ya no se siente igual. Es como la herida se estuviera cerrando y solo quedaran rescoldos.

—Pero ¿vas en serio con él, Isi? —pregunta Fati con curiosidad.

¿Ir en serio? Tiro la cabeza hacia atrás y me jacto a carcajadas.

El sonido de mi propia risa me sorprende, casi tanto como la pregunta de Fati. Respiro hondo y me apoyo en el respaldo de mi silla, sintiendo cómo el aire fresco de la tarde me envuelve. Mis amigas me observan con una mezcla de asombro y preocupación dibujada en sus rostros.

—La verdad... —comienzo, pausando para ordenar mis pensamientos. Mis dedos juegan distraídamente con el borde de mi copa de vino, trazando el rimel sin realmente verlo—. No estoy segura de nada en estos momentos. —Admito, finalmente.

Pilar inclina la cabeza, su expresión se suaviza. Fani, por su parte, muerde su labio inferior, claramente arrepentida de haber sacado el tema. Me doy cuenta de que me siento confundida, sí, pero no solo por la pregunta sobre mi relación con Alastair, sino por todo lo que ha venido con ella.

—Es extraño —continúo, sintiendo la necesidad de explicar mi tumulto interno—. Cuando estoy con él, todo parece encajar perfectamente, como si realmente pudiéramos tener un futuro juntos. Pero cuando estoy sola, empiezo a cuestionarlo todo. No me malinterpretes, Fani —me dirijo a ella un momento—, pero lo que ocurrió con Cristian me dejó una huella muy honda. Además, ¡qué cojones! Somos amigos, ya está.

Me detengo un momento, tratando de descifrar mis propios sentimientos, algo que parece cada vez más un rompecabezas.

—Pero, ¿eso es realmente lo que quieres? ¿O es lo que se espera que quieras? —pregunta suavemente Triana con sus ojos oscuros llenos de una comprensión que me hace sentir desnuda.

—Isi, ¿te gusta? —pregunta Lara sin andarse con rodeos.

Respiro hondo, sintiendo cómo el peso de su pregunta se asienta en mi pecho. Es la pregunta correcta, la esencia de todo.

—No lo sé —confieso con mi voz en apenas un susurro—. No lo sé.

El silencio se instala entre nosotras, solo interrumpido por el suave zumbido de las abejas que se afanan entre las flores cercanas. Cierro los ojos por un momento, dejando que el calor del sol de la tarde se filtre a través de mis párpados.

—Creo que estás asustada —dice Fati—. Asustada de tomar una decisión equivocada, de comprometerme con alguien no por amor, sino por miedo a la soledad o al cambio.

Pilar se extiende sobre la mesa para tomar mi mano, su contacto es cálido y firme.

—Yo creo que todas opinamos igual, isi. Tómate tu tiempo, pero si te gusta, no seas tonta. Lánzate porque el no ya lo tienes.

El problema no soy yo, sino él. Alastair no quiere nada serio y yo me siento demasiado segura con nuestra relación de *nos tomamos una cerveza y lo hacemos sin compromiso*.

—¿Y si dejamos el tema y nos ponemos a hacer la cena? Tengo hambre.



Me despierto con el espantoso ruido del politono de mi móvil. ¡Vaya mierda y qué resaca llevo! Estaba soñando una cosa preciosa hasta que el maldito cacharro me ha despertado a las... ¿once de la mañana? ¿En Año Nuevo? Estornudo, pues llevo varios días resfriada y pateo a Lara, que está durmiendo la mona a mi lado y se le cae la baba. Resoplo y retiro las sábanas de mi cuerpo para levantarme y deslizar mi dedo por la pantalla táctil. Bostezo mientras me pego el móvil a la oreja.

—Hola, mamá, feliz año —digo con la voz ronca.

—¿Hola, mamá? —inquire con tono de reproche—. ¿Cuándo ibas a contarme que que Alastair es duque? ¡Si ya decía yo que me sonaba su cara!

Me tallo los ojos y hago una mueca, apartándome el móvil del oído por sus gritos. Me estiro y me rasco la nuca. ¿Alastair un duque?

—Y yo soy la Marquesa de Santillana, no te jode... Mamá, ¿no crees que si Alastair fuera Duque lo sabría? —respondo a modo de pregunta. ¿De dónde se habría sacado eso? Me levanto de la cama y camino, descalza, hacia el salón y enciendo la tele mientras que mi madre sigue gritando barbaridades. Saco la leche y los cereales y me lleno un buen cuenco—. Mamá, ¿estás segura de que las hierbas que te compras en la herboristería son legales? —Cojo el móvil con el hombro y me dirijo con mi tazón de cereales al sofá.

Me encuentro sola en el salón y tengo que admitir que lo hemos dejado hecho una pocilga. Pero el grito de mi madre inunda mis oídos.

—¡Serás gandula! —me grita—. Mira, Isabel, eres de lo que no hay, hija. Deja ya de hacerte la tonta, que te he pillado. ¿Cómo no me lo dices?

Me quedo a solo un centímetro de meterme la cuchara en la boca, pero la risa que me da por la ocurrencia de mi madre me hace desestimar la opción.

—Mamá, en serio, deja de ir a por esas hierbas raras que te tomas —insisto—. ¿De dónde has sacado eso? —Me meto la cuchara de cereal en la boca y escucho con atención lo que mi madre me dice.

—¡Pero si estás saliendo en el noticiero de todo el mundo! ¡Anda, ponte las noticias!! ¡Antonio, que el niño nos está saliendo con un Duque y nosotros sin enterarnos! ¡Ay, Señor, esta niña solo va a darme disgustos! —exclama mamá.

Me quito el móvil del hombro y lo dejo a un lado del sofá con el altavoz puesto.

—Mamá, ¿estás segura de que Toni y Amparo no te están gastando una broma?

Pongo los ojos en blanco mientras intento buscar la cadena que mamá me ha dicho. Tengo el cuenco con cereales en las piernas y de vez en cuando le llevo una cuchara a la boca mientras hago zapping. Y estoy a punto de decirle a mamá, de nuevo, que se deje de tomar infusiones hasta que me veo en una cadena local de noticias junto a Alastair en los olivos. Leo con atención el titular y me entra la tos gracias a que un cereal de chocolate se me ha ido por el otro galillo de la impresión.

—AY-MI-MADRE —exclamo.

“Se ha visto al Duque Hamilton acompañado de una muchacha en España. ¿Hay crisis en la familia Hamilton? ¿Hablamos de una nueva conquista?”

Me quedo atónita, observándome en la televisión. Ponen varias imágenes claras de nosotros dos en los terrenos de mi padre. Momentos clave que se pueden malinterpretar... ¡No! No se pueden malinterpretar porque fue lo que sucedió. En una de las fotos salimos Alastair y yo riéndonos. En otra mirándonos. En otra agarrados de la mano. Subo el volumen y me llevo el móvil a la oreja.

—Mamá, luego te llamo. —Cuelgo.

Dejo el tazón y subo las escaleras de dos en dos y llamo a todas las puertas. Mis amigos comienzan a salir y les urjo que bajen al salón. Cuando están todos allí, se quedan petrificados al ver las noticias.

Quique se deja caer al sillón y se lleva las manos a la cabeza.

—¿Estás con un puto Duque?! —exclama en mi dirección.

—Yo es que de esto no tenía ni idea —comienzo a caminar de un lado a otro, nerviosa. Lara clava su mirada en mí—. No tenía ni puñetera idea, os lo juro.

Lara se cruza de brazos, pero todos, sin excusa, fruncimos el ceño cuando escuchamos jaleo a lo lejos. Nos asomamos por la ventana y palidezco al ver una horda de fotógrafos detrás de la puerta que cierra la propiedad de mi familia. Estoy tan abrumada que me apoyo en la pared más cercana.

Duque... ¡un maldito duque!

—Me... me estoy mareando —susurro y Fati es la primera en atenderme mientras que mis amigos llaman a la policía.

Pilar me trae agua y Lara maldice mientras llama a Blair. Triana ha ido a por la pequeña y Fani está detrás de mí, en shock.

—Bebe un poco —me insiste Fati, acariciando mi rostro. Pero su gesto se tensa—. Estás ardiendo, Isi. ¿Alguien tiene un termómetro?

No me he dado siquiera cuenta. Me he levantado un poco caliente y he supuesto que es por el resfriado, pero con el pasar de los minutos, por la noticia, me siento cada vez peor.

—Espera, sé dónde hay uno —comenta Fani.

Lara se pone a mi lado cuando cuelga y me agarra de la mano. Fani me trae el termómetro y compruebo que tengo treinta y ocho de fiebre. La policía viene de inmediato y despeja la zona. Pero yo permanezco dentro de la casa hasta que consigo recomponerme un poco.

¿Por qué Alastair no me lo ha contado? ¿Por qué me lo ha ocultado? Duque... un Duque. Siento como el corazón oprime mi pecho y mi mente se llena de preguntas sin respuesta. La revelación de que Alastair es un Duque no solo me sorprende sino que me llena de un desconcierto que no logro gestionar. ¿Cómo alguien tan cercano puede haber ocultado algo tan fundamental sobre su identidad? ¿Qué más no sé sobre él?

Todo mi cuerpo tiembla, no solo por la fiebre que evidentemente me debilita, sino también por la avalancha de emociones que me golpea. La confianza que pensé tener en Alastair se desmorona, dejándome vulnerable y confundida. Pero sobre todo vulnerable... otra vez.

Lara aprieta mi mano. Me doy cuenta de que, a pesar de mi estado febril y del torbellino emocional, tengo a mis amigos a mi lado, dispuestos a apoyarme en lo que necesite.

—No estás sola en esto, Isi —me susurra Lara con voz suave pero firme—. Sabes que el karma es muy sabio y yo una hija de puta. Pienso romperle los huevos nada más lo vea, a él y a Blair.

Poco a poco, mientras intento respirar profundamente para calmar mi acelerado corazón, comienzo a recomponerme. Fani regresa con una manta ligera y me la coloca sobre los hombros. Pilar, siempre la más práctica, trae un vaso de agua y unas pastillas para bajar la fiebre.

—Tómate esto, te ayudará —dice, entregándome las pastillas y el vaso.

Acepto su ayuda, aunque una parte de mí todavía está perdida. El medicamento parece surtir efecto poco a poco, y aunque la fiebre empieza a ceder, la confusión y el resentimiento siguen ardiendo dentro de mí.

—Necesito respuestas —digo finalmente.

—Y las tendrás, Isi. Vamos a averiguar todo sobre esto —afirma Triana, que acaba de regresar sin la pequeña, probablemente dejándola durmiendo de nuevo.

Quiero hablar, pretendo hacerlo, pero mi móvil suena interrumpiéndome, arrancándome de mis pensamientos. Es un número desconocido, y por un instante, me quedo paralizada, mirando la pantalla antes de deslizar para contestar.

—¿Hola? —mi voz tiembla ligeramente.

—Isabel, soy yo, Alastair. Necesitamos hablar. —Su voz suena seria, y noto una tensión subyacente que me hace apretar el teléfono contra mi oído con más fuerza.

—Alastair, yo te mato, pedazo de... —Empiezo, pero las palabras se me atascan en la garganta.

—Sé que estás enfadada, y tienes todo el derecho. Pero por favor, permíteme explicarme. No es lo que piensas, sea lo que sea, te lo aseguro.

—No sé qué pensar —confieso, mi voz apenas en un susurro. Las miradas de mis amigos están clavadas en mí, llenas de preocupación y curiosidad. Se hacen señas entre ellos, decidiendo rápidamente dar un paso atrás, dándome privacidad pero quedándose lo suficientemente cerca como para intervenir si es necesario.

—Mañana regreso a Edimburgo.

—Podría ir a recogerte y hablar —sugiere él, y puedo escuchar un deje de desesperación en su tono.

Mi mente corre, sopesando las posibilidades. A pesar de todo, necesito respuestas, y tal vez la única forma de obtenerlas es enfrentando a Alastair directamente. Asiento, aunque él no puede verme.

—Está bien —respondo, con más firmeza de la que realmente siento—. Nos vemos en el aeropuerto a las siete de la tarde.

—Gracias, Isabel. Realmente aprecio esto. —Puedo oír el alivio en su voz.

—Alastair, esto no cambia nada hasta que hablemos.

Me he follado a un Duque... joder.



CAPÍTULO 29

Me duele la cabeza y tengo sueño, pero no sé si es por la fiebre o porque no he podido pegar ojo en toda la noche. Cada vez que cierro los ojos, la imagen de la marabunta de gente que se acumulaba delante de mi casa se me viene y no puedo evitar hacer un mohín.

Rara vez les pido algo a mis amigos, sobre todo si es para mí; aunque lo éramos desde el colegio prácticamente y sé que ellos lo darían todo por mí. Pero esta mañana les he rogado que me saquen de la casa y he acabado con Isla en el maletero de uno de los coches. Ha sido para matarnos, pero ni los policías han podido impedir que los periodistas se lanzaran sobre los coches para preguntarles qué es de mí. Menos mal que Lara les ha dicho que me he ido por otra parte, por las fincas, y se han ido corriendo; algo que he aprovechado para salir del maletero cuando me han dado luz verde.

No he podido despedirme de mamá, ni de Martín ni de nadie. Me han llevado directamente al aeropuerto y les he rogado que me metan la primera para evitar más conflictos.

Esto está siendo una locura, una verdadera locura de la que no sé cómo voy a escapar.

Hago acopio de todas mis fuerzas cuando nos mandan a abrocharnos los cinturones. Isla me mira y yo le acaricio la cabecita para que se relaje en el aterrizaje. Gracias al cielo, no tengo a nadie al lado y hemos podido ir muy tranquilas. Le doy una chuche y ella la mastica.

Cuando aterrizamos, miro a todos lados mientras camino con la maleta y con Isla por la terminal. Escucho los murmullos de la gente que se encuentra allí, pero lo que más me llama la atención es la cantidad de seguridad que hay. Trago saliva con dureza y siento una punzada de dolor en la cabeza. Suspiro cuando me toco la frente, estoy ardiendo.

Sin embargo, me quedo tiesa en mi sitio cuando Alastair se acerca con dos gorilas a cada lado. Quizá sea por la fiebre o por los mocos, pero es demasiado sexy. Demasiado él. Lo que más me llama la atención es su rostro, las facciones duras que muestra, un lado de él que nunca he llegado a ver.

Les hace una señal para que se queden quietos y ellos, inmediatamente, se dan la vuelta. Alastair se acerca y se acerca.

Un paso.

Otro paso.

Y se queda quieto a una distancia prudente.

Isla estira y la correa se escurre de mis manos. Sus duras facciones se relajan mientras la acaricia. Pero yo no, me es imposible. Lo único que puedo hacer es quedarme quieta, con la mano que tenía la correa en un puño y la otra apretando el asa de la maleta hasta el punto de que mis nudillos se vean blanquecinos.

Clava la mirada en mí y se aclara la garganta. Se acerca con Isla, termina con la distancia que nos separaba.

—Creo que tienes muchas cosas que explicarme, ¿no? —farfullo entre dientes, desviando la

mirada hacia otro lado.

Vuelvo a coger la correa de Isla.

—Sí, demasiadas cosas —murmura él por lo bajo, en un hilo de voz. Se pone a mi lado y hace un ademán con la cabeza para que ande. Su mano se acopla a mi cintura y siento un escalofrío—. Por aquí —dice.

Alastair, y los dos gorilas, me guían por un sinfín de puertas en las que no hay absolutamente nadie. Escucho como se pasan información por los pinganillos, la situación me pone los pelos de punta.

Cuando salimos, el coche de Alastair nos está esperando. De nuevo, no hay ni un alma. Todo está silencioso, salvo por el eco de mis tacones sobre el asfalto del aparcamientos. Subimos la maleta al maletero y me aseguro de que Isla vaya bien sujeta. Voy hacia el asiento del copiloto, sin embargo, es Alastair quien me abre la puerta. Quizá estoy tan enfadada que mi resfriado ha quedado en segunda plana, pero me siento débil por la fiebre y los ojos los tengo entrecerrados y húmedos.

Él se sube por el otro lado y me mira, clava su mirada en mí.

—Isabel, no pretendía que pasara nada de esto.

—Ah, ¿no? —tengo la voz ronca, pero sueno lo suficiente enfadada para que baje la mirada. Le doy un manotazo en el brazo y luego otro, y otro—. Claro, porque ser Duque te parece un detalle mínimo y sin importancia, ¿verdad? —Le doy otro y él no se resiste—. ¡Maldita sea, Alastair! Estaban en mi casa —exclamo, exasperada—. En mi casa, maldita sea. Nos sacaron fotos en la finca de los olivos, han estado ahí todo el día. Los escuchaba, veía los flashes y ni la policía los pudo parar. ¡He tenido que salir de mi casa en un puto maletero! —grito—. Pero lo peor es que me he tenido que enterar de quién eres en realidad por la televisión. Mira, puedo entender que tu situación sea complicada. Pero lo que me jode es que no me lo has dicho tú. Te he contado toda mi vida y tú... —me callo, mordiéndome la lengua.

Descanso la espalda en el asiento y dirijo la mirada al cielo estrellado.

—Lo sé, sé que no he estado a la altura —dice. Su tono serio hace que lo mire por encima del hombro—. Tenía que habértelo dicho, pero no me atrevía. No quería que mi título cambiara nada de lo que hay entre lo dos.

Enarco una ceja y le arreo con el bolso de mano. Se queja y se soba la zona afectada.

—¡Es que no cambia nada, imbécil! —estallo contra él—. Me importa una mierda que sean Conde, Duque o Lord; o como coño se diga —continúo—. ¡Cómo si eres jardinero!

En sus ojos brilla un atisbo de redención y reprime una sonrisa.

—No estoy acostumbrado a eso —confiesa—. Cuando alguien se ha acercado a mí fuera del círculo íntimo que tengo, ha sido para beneficiarse de mi título, para engañarme.

Se me oprime el pecho.

—Hay demasiada gente interesada —bajo el volumen de la voz—, pero yo no soy una de ellas —le aseguro, abrazándome a mí misma. Tengo frío, mucho frío—. Alastair, no voy a aprovecharme de ti. Soy directora comercial, ¿crees que a mí me interesa tu dinero o tu fama o lo que sea?

Niega, pero frunce el ceño y posa una mano en mi frente. La aparta, con los ojos muy abiertos. Me castañean los dientes y siento que el sueño me va a vencer en cualquier momento. Estornudo y me sueno con un pañuelo.

—Madre mía, está ardiendo —murmura—. Tienes que descansar y tomarte algo.

Chasqueo la lengua y saco de mi bolso de mano el medicamento que me han recetado. Me tomo la pastilla con un poco de agua, que he pedido en el vuelo y por la que me han cobrado un

dineral, y cierro los ojos.

—No te preocupes, es solo un resfriado —le digo, pero un suspiro abandona mis labios. Entreabro los ojos y lo veo apretar el volante—. ¿Hay algo más que quieras decirme, alteza?

Se ríe por lo bajo.

—Lo primero, que no soy alteza. Soy Alastair —enciende el coche—. Lo segundo, que voy a llevarte a casa y a cuidarte hasta que te pongas mejor. Y tercero... —Parpadeo y bostezo.

No suelo ponerme enferma, por eso los medicamentos me hacen efecto muy rápido. Bueno, eso y que es un chute bastante grande. Soy de las personas que hasta con un Paracetamol se queda frita.

—¿Y tercero? —pregunto.

Alastair se relame los labios y aprieta el volante. Pone la mano en la palanca de cambios y mete la primera. Me estoy comenzando a quedar dormida, pero logro escuchar casi en un susurro lo que dice, algo me toma por sorpresa.

—Tengo un hijo, Isabel.

¡Así que era eso!

Los ojos se me abren solos, tengo la boca pastosa y los ojos humedecidos por el resfriado. Pero no pierdo mi toque. me arremolino en el asiento, mirándolo y sintiendo como los párpados se me cierran poco a poco.

—Yo también tengo que confesarte algo —frunce el ceño—. En ocasiones, veo muertos —y se echa a reír a carcajadas.

Acaricia mi mano sin quitarle ojo a la carretera y me quedo dormida sin darme cuenta.

ALASTAIR

Maldigo entre dientes, sin querer despertar a Isabel. Su casa está repleta de periodistas y no es seguro que vayamos allí. Por eso, me desvío e informo a mi jefe de seguridad de ello.

Después de conducir por tres horas y media, las puertas que encierran mi casa, mis tierras, se abren. La casa, esa gigantesca edificación situada en las Highlands, es mía. Es un día opaco, las nubes cuelgan bajas, pesadas de amenaza sobre los vastos terrenos que rodean mi hogar. Mientras mi coche serpentea a través del denso bosque que custodia la entrada, mis pensamientos se enredan en lo que acaba de pasar. Tener que huir de casa de Isabel tan apresuradamente no era parte de mis planes, pero la seguridad es siempre lo primero.

Tanto para ella como para mí ahora que conocen su identidad.

Al entrar en el claro donde se yergue la mansión, siento un mezcla de alivio y pesar. Este lugar, con sus piedras grises y grandes ventanas que miran hacia los picos de los Cairngorms, tiene el aire de un fuerte inexpugnable y un refugio seguro al mismo tiempo. El coche se detiene frente al pórtico principal y, al descender, respiro el aire fresco de las tierras altas, intentando dejar atrás las preocupaciones.

Tomo a Isabel entre mis brazos y cierro la puerta del coche y avanzo hacia la entrada principal. Aunque he vivido aquí muchos años, la magnitud de la mansión nunca deja de impresionarme. Construida en 1914, ha sido hogar de mi familia desde entonces. Cada piedra, cada ventana arqueada, cada torre pequeña que se eleva majestuosamente hacia el cielo cuenta un momento de mi vida desde que me mudé aquí.

Maine abre la puerta y se sorprende de verme con Bel en brazos.

—La habitación está preparada —dice ella entre susurros.

Lleva le pelo recogido y viste de pijama. maine vive en la casa, como parte del personal. Están ubicados en un ala y yo en otra.

El eco se dispersa por el salón y sube flotando por las escaleras de madera que conducen a las plantas superiores. A mi izquierda, la sala de billar invita a perderse bajo la suave luz de las lámparas de pared, pero ahora no hay tiempo para eso.

Paso junto a las dos cocinas, una moderna y totalmente equipada para el uso diario y otra más tradicional, utilizada en las grandes ocasiones. Continúo mi camino hacia mi ala privada con maine pisándome los talones.

—Mañana le diré al servicio que no digan ni una palabra de esto —asiento mientras paso a la habitación.

—Si alguien dice una sola palabra, puede despedirse de su trabajo. —Amenazante, así sueno.

Deposito a Isabel sobre la cama y la tapo con las mantas. Toco su frente y veo que no tiene fiebre, pero a pesar de ello le pido un termómetro a Maine. Cuando regresa, arregla el borde de la cama.

—Nadie dirá una palabra, mi niño. Antes tendrán que vérselas conmigo —susurra—. No quiero ni imaginarme cómo lo ha tenido que pasar la pobre.

No tiene fiebre, pero temo que le pueda subir en cualquier momento.

—Maine, esta noche me quedaré aquí —le hago saber, acariciando el rostro de Isabel con cuidado—. Se lo he dicho.

Ella frunce el ceño y pone su mano en mi hombro.

—¿Qué le has dicho, mi niño? —cuestiona con curiosidad.

Trago saliva y la miro por encima del hombro. Mis caricias cesan.

—Le he dicho que tengo un hijo, Maine.



CAPÍTULO 30

Me desperezco mientras que la lluvia cae sobre el tejado. El sonido es relajante, tanto que me da pereza abrir los ojos. Se está tan agustito en la cama... Desearía quedarme así todo el día, arremolinada en las sábanas y echa un ovillo. Siento a Isla ponerse en los pies de la cama, se revuelve y se tumba.

Estiro el brazo para ver la hora en el móvil, pero a tientas lo busco y no lo encuentro. Pero lo que sí siento es un movimiento rápido, a alguien que ha entrado y ha abierto las cortinas de un tirón.

—Pero qué... —abro los ojos y veo allí a una mujer que no conozco de nada, vestida con un uniforme y que me sonríe—. ¡AH! —grito y me caigo al suelo de culo porque no me he dado cuenta que estaba en el borde.

¡Vaya golpe me he metido! Entonces, caigo en la cuenta de que no estoy en mi casa.

—¿Quién es usted y dónde estoy? —pregunto exaltada, cogiendo lo primero que pillo para protegerme, que resulta ser un cojín.

A ver el daño que le hago yo con una almohada, pero es mejor que nada.

—Buenos días, señorita —dice y se acerca—. Ha dormido usted toda la noche y no le ha dado fiebre. ¿Se encuentra bien o quiere que llame al médico?

—Qué médico y que leches —ladro, alejándome de ella cuando hace el amago de acercarse—. ¿Quién es usted?

La mujer se ríe por lo bajo.

—Soy Maine, señorita. Encantada de conocerla —se presenta—. Y en cuanto a su segunda pregunta, se encuentra en casa del señor Hamilton.

Elevo una ceja en su dirección.

—Yo no conozco a ningún señor Hamilton —espeto.

—Oh, es verdad. Me refería al señor Alastair, señorita.

Bajo la almohada hasta ponerla en la cama. Isla me mira desde abajo, la he despertado. Abro la boca y la vuelvo a cerrar. ¿Cómo he llegado aquí? No recuerdo nada luego de haberme tomado el medicamento para el resfriado.

—Alastair la trajo en brazos, estaba dormida y enferma. Se ha quedado con usted toda la noche —murmura Maine con una sonrisa amable.

Dirijo la mirada hacia el sillón que hay justo al lado de la cama y frunzo el ceño.

—¿Se ha quedado ahí toda la noche? —señalo el sillón y hago un mohín.

—Así es, señorita. —Maine baja a Isla de la cama y la lleva hacia un rincón en el que hay una camita para perros muy grande. La acaricia y la tapa con una mantita.

«Putra perra, vive mejor que yo»; pienso para mis adentros.

—¿Y dónde está Alastair? —cuestiono con curiosidad—. Se suponía que íbamos a mi casa —me rasco la nuca y me muerdo el carrillo.

—Alastair está en las cuerdas, señorita —responde ella, tirando las sábanas para atrás. Se yergue y mira fijamente—. ¿Quiere cambiarse antes de salir? Hace bastante frío y le vendrá bien abrigarse, no queremos que se vuelva a resfriar.

Su tono maternal hace que me sienta un poco más en calma, aunque todavía estoy tratando de entender qué es exactamente lo que ha ocurrido.

—Gracias, Maine. Sí, me gustaría cambiarme antes de salir —acepto su oferta, aunque la confusión todavía ronda mi mente.

Maine se dirige hacia un armario y saca un conjunto de ropa que parece demasiado elegante para ser mío, pero en ese momento no estoy en posición de ser exigente. Me entrega un suéter grueso, unos pantalones de tela suave y unas botas de cuero.

—Estas prendas las compró el señor Alastair para usted esta misma mañana —comenta mientras me pasa la ropa—. Por esa puerta se va al baño —señala la otra puerta que hay en la inmensa habitación—. La dejaré sola, señorita. No dude en buscarme si necesita algo. Está como en su casa.

Maine se retira y es cuando giro sobre mi misma para ver la habitación. Creo que gigantesca se queda corto como calificativo para describirla. La cama es grande y está cubierta con sábanas de lino blanco y una manta de cachemira que parece increíblemente suave. Hay una chimenea en un extremo que aún tiene algunos troncos humeantes, lo que sugiere que alguien la ha mantenido encendida durante la noche para mantener la habitación caliente. Grandes ventanales ofrecen vistas al extenso jardín que parece más un parque privado, con árboles altos y senderos que serpentean entre arbustos meticulosamente cuidados.

Me dirijo al baño, que no es menos impresionante. Los grifos son de oro pulido, y una gran bañera de porcelana se asienta bajo una ventana con vitrales. Tomo un momento para apreciar el silencio y la tranquilidad del lugar, un contraste fuerte con la confusión y las emociones que he estado sintiendo.

Después de vestirme con la ropa que Alastair había comprado, me miro en el espejo. El suéter es de un azul suave que complementa mis ojos, y los pantalones son cómodos pero elegantes. Las botas, aunque nuevas, ya están adaptadas a mi tamaño como si hubieran sido hechas a medida. Todo esto me hace pensar en la consideración de Alastair, y aunque estoy agradecida, también me siento un poco invadida por su asumida familiaridad.

Salgo del baño y decido explorar un poco la habitación mientras me aclimato a la idea de estar aquí. Hay varios muebles antiguos, un escritorio con libros y documentos, y en una esquina, una pequeña mesa de té con dos sillas. Es evidente que no se ha escatimado en gastos en la decoración y mantenimiento de esta casa.

Salgo de la habitación y bajo por un largo pasillo que conduce al resto de la casa. Al llegar a un gran salón, encuentro a Maine quien parece estar esperándome.

—¿Se encuentra mejor, señorita? —pregunta con una sonrisa amable.

—Sí, gracias, Maine. ¿Podría indicarme dónde está Alastair? —inquiero, intentando mantener la compostura.

—Claro que sí, señorita. Está en las caballerizas, atendiendo a los caballos. Le guiaré hasta allá si lo desea —ofrece Maine, gesto que agradezco con un asentimiento.

Juntas salimos al exterior de la casa y nos dirigimos hacia las caballerizas. La lluvia ha dejado de caer, por lo que no necesitamos paraguas.

Observo la mansión por encima del hombro y silbo.

—Vaya casoplón —musito por lo bajo.

Maine se ríe y señala las caballerizas que hay a varios metros.

—Alastair se encuentra ahí. Si me disculpa, iré a preparar algo de desayuno.

Asiento y ella vuelve a la mansión por el camino serpenteante. Por un momento, me paro a ver la propiedad. El jardín se despliega frente a mí como un vasto lienzo de verdes matizados. El césped, recortado a la perfección, forma una suave alfombra que invita a caminar descalzo.

A mi izquierda, un pequeño estanque con lirios acuáticos flotando grácilmente sobre la superficie, refleja el cielo. Algunas ranas se asoman tímidamente, y el ocasional chapoteo de un pez rompe la tranquila simetría del agua. Un sendero de piedras planas, musgosas por la humedad reciente, conduce a un banco de madera bajo un sauce llorón. Sus ramas, aún goteando, crean un velo de gotas de agua que titilan con los primeros rayos del sol.

A la derecha, el camino de gravilla cruza una serie de arcos cubiertos de rosas trepadoras, sus capullos pesados y llenos de rocío, desprendiendo un aroma dulce y fresco que se mezcla con el olor a tierra mojada. Más allá de los arcos, un pequeño huerto se revela con filas ordenadas de vegetales y hierbas. Tomates, zanahorias, y altos tallos de albahaca añaden color y vida al paisaje.

Directamente frente a mí, el jardín se convierte en un laberinto de setos verdes, probablemente un desafío para cualquier visitante que se atreva a resolverlo. Este laberinto parece antiguo, sus paredes de follaje son gruesas y altas, con un aura de misterio y aventura. Al fondo, puedo vislumbrar lo que parece una pequeña glorieta, oculta parcialmente por el entramado verde.

Más allá, los árboles altos, como robles y castaños, forman un pequeño bosque. El susurro del viento a través de sus hojas crea una melodía suave, casi como si el jardín mismo susurrara sus secretos. Entre estos gigantes, pequeñas sendas de tierra invitan a explorar más profundamente, donde la luz del sol juega a través de las ramas, creando patrones de luz y sombra en el suelo.

Me abrazo a mí misma y el jersey se desliza por mi hombro. Me dirijo a las caballerizas y paro en el marco del establo.

La estructura de la caballeriza se alza robusta y elegante, con sus paredes de madera oscura barnizada que brillan suavemente bajo el poco sol de la mañana. El tejado, de un rojo gastado, complementa el verde de los alrededores. Grandes puertas dobles están abiertas de par en par.

Dentro, el olor a heno fresco y cuero impregna el aire. Los compartimentos de los caballos están alineados a ambos lados del pasillo central, cada uno con su nombre en placas de bronce pulido. Los establos están impecablemente limpios y organizados, y hay una sensación de calma que solo los amantes de los caballos pueden apreciar realmente.

Al fondo, se escucha el suave relincho de un caballo. Allí está Alastair, cepillando la crin de un ejemplar de pelaje negro azabache que reluce como si estuviera espolvoreado con estrellas. Sus ojos, inteligentes y alertas, me observan con curiosidad mientras me acerco. La elegancia de su porte es casi regia.

Voy despacio, tanto que Alastair no se da cuenta de mi presencia. Si no hubiera sido por la rama que he pisado y se ha quebrado, nunca me hubiera descubierto allí. Se gira y el caballo Clydesdale relincha. Alastair lo calma y le da una manzana.

—Es precioso —murmuro, guardando las distancias para que no se ponga nervioso.

Alastair me hace un ademán con la cabeza para que me acerque.

—Orión es muy buen caballo —me tiende la mano, pues me he quedado en la entrada del establo. Impone y no me refiero solo al caballo. Alastair está vestido con unos pantalones Cavallo Cordano, de esos que le marcan absolutamente todo. Su torso está cubierto por una chaqueta [Winchester](#) y juraría que le venía un poco estrecha porque se le marcan todos los músculos. Le cojo la mano y entro—. Toma, dásela.

Me da una manzana y se la acerco. Orión la olfatea y se la come, haciéndome cosquillas. Me

río en el acto y me atrevo a acariciarle la crin con mucho cuidado y precaución.

—Gracias —le digo y él frunce el ceño, clavando su mirada en mí.

—¿Por qué?

—Porque me has cuidado toda la noche —respondo y desvío la mirada hacia otro lado.

De soslayo, veo qué un mohín.

—No me tienes que dar las gracias, Bel —musita—. Estabas con fiebre y...

Se calla cuando Orión relincha, buscando atención. Alastair lo peina y le pone la silla.

—¿Por qué no me dejaste en casa? —cuestiono con curiosidad.

Se rasca la nuca y resopla.

—Estaba llena de periodistas y pensé que lo mejor era traerte aquí. Los alrededores están blindados. —Sigue peinando a Orión y se relame los labios, nervioso—. Lo que te dije ayer...

Sí, lo que dijo ayer, que tiene un hijo. Frunzo el ceño y chasquéo la lengua. Avanzo hacia él y le cojo el cepillo. Peino a Orión con cuidado.

—A mí me da igual que tengas un hijo, Alastair. Lo que me molesta es que me lo has ocultado y he tenido que enterarme de la peor forma posible de quién eres —continuo—. Que seas Duque o que tengas un hijo no cambia las cosas, no para mí.

Y parece que eso hace que Alastair se detenga un momento, como si mis palabras le hubieran golpeado con más fuerza de lo que anticipa. Baja la mirada hacia el suelo, evadiendo la mía. Cuando finalmente habla, su voz es más suave, casi vulnerable.

—Lo siento, Bel —susurra—. No fue mi intención mantenerte en la oscuridad. Solo... solo quería proteger mi privacidad un poco más. Y sobre todo, protegerte a ti de todo este circo mediático.

Su sinceridad me hace pausar en mi tarea con Orión. Dejo el cepillo a un lado y me enfrento a él.

—Entiendo eso, Alastair, pero si vamos a... si esto va a ir a algún lado, necesito confianza. Y la confianza se construye con la verdad, no con secretos.

—¿Tú quieres construir algo conmigo? —pregunta, atónito.

—Nos hemos acostado y cre-creo que... —me callo, me muerdo el carillo y bajo la mirada a mis pies.

Alastair asiente, sabiendo que tengo razón. Se acerca y toma mis manos entre las suyas.

—Tienes toda la razón, y lamento mucho haberla roto. Te prometo que a partir de ahora, no habrá más secretos entre nosotros. Creo, creo que me gustas, Bel.

Le devuelvo la mirada, notando la sinceridad y el arrepentimiento en sus ojos.

—Creo que a mí también me gustas —digo finalmente, esbozando una pequeña sonrisa—. Pero vamos paso a paso, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —se sube a Orión y me tiende la mano—. Te debo una explicación larga y tendida.

Elevo una ceja en su dirección y lo observo desde abajo.

—¿Quieres que me monte en Orión? ¿Contigo? —Esboza una sonrisa ladina y asiente—. Ya puede ser buena la explicación, Alastair.

Lo hago.

Me impulso y me acomodo delante de él en el lomo de Orión. Siento su presencia tranquilizadora detrás de mí mientras Orión comienza a caminar. La brisa juega con algunos mechones de mi cabello, y la cercanía de Alastair añade un calor confortable a la mañana húmeda. Él pasa sus brazos a ambos lados de mi cintura, tomando las riendas con seguridad, guiando al caballo por el sendero que bordea el bosque de robles y castaños.

El paisaje se despliega ante nosotros como un tapiz. El suave trote de Orión crea un ritmo hipnótico, y me encuentro relajándome completamente en el movimiento y la proximidad de Alastair.

—Bel, sobre lo de mi hijo... —comienza Alastair—. No quise ocultártelo por desconfianza. Es solo que... bueno, es complicado con la madre y no quería que eso te alejara antes de que tuviéramos la oportunidad de ver realmente qué podríamos ser.

Asiento, escuchando atentamente, apreciando su voluntad de abrirse.

—Entiendo eso —respondo, sintiendo cómo la tensión entre nosotros se disuelve con sus palabras—. Lo importante es que podemos hablar de estas cosas ahora, sin reservas.

—Exactamente. —Alastair parece aliviado por mi respuesta. Orión nos lleva por un sendero que asciende ligeramente, dándonos una vista hermosa del valle. Alastair continúa—: Y hay más que quiero compartir contigo, sobre mi vida, mis esperanzas... incluso mis miedos.

Sonrío, alentada por su apertura.

—Estoy aquí para escucharlo todo, Alastair. Paso a paso, juntos. —Acaricio su mano sobre la mía, sellando nuestro nuevo entendimiento.

Él aprieta suavemente mi mano en respuesta.

—Estoy luchando por la custodia de mi hijo y la voy a ganar —afirma. Lo observó por encima del hombro, mira al horizonte. Lo está diciendo de verdad, está serio—. No sé si eso es un problema para ti.

Tiemblo. Estábamos hablando en serio, estábamos planteando la posibilidad de estar juntos y yo me encuentro acojonada.

—No, por supuesto que no —siseo, tratando de calmar el remolino de emociones que se arremolinan en mi interior—. Es más, me alegra que luches por ello.

Alastair se inclina ligeramente para mirarme, sus ojos buscando los míos en busca de confirmación. Veo en ellos una mezcla de alivio y algo que podría interpretarse como temor —temor de involucrarme demasiado en su vida.

—Gracias, Bel —dice con una sinceridad que hace que mi corazón se acelere—. Significa mucho para mí que lo entiendas. Quiero que seas parte de mi vida, en todos los aspectos, si estás dispuesta.

Abro los ojos como platos.

—¿En qué sentido?

Se me acelera el pulso. ¿Está insinuando lo que creo?

—En todos, Isabel. En todos.

¡Ay, Dios mío! Asiento, sintiendo que algo dentro de mí se asienta. A pesar de los miedos y las incertidumbres, hay también una chispa de anticipación por lo que el futuro podría traernos.

—Estoy dispuesta —afirmo, y es como si una decisión se solidificara dentro de mí en ese instante—. Pero tienes razón, vamos paso a paso. Quiero conocer más sobre ti, sobre tu hijo, y sobre cómo puedo encajar en todo esto.

Alastair sonríe, un gesto que alumbra su rostro.

—Eso es todo lo que puedo pedir.

Cuando Alastair se inclina hacia mí, el mundo parece desacelerarse. Sus ojos oscuros están llenos de una especie de cautela, como si cada parte de él estuviera preguntándome, sin palabras, si esto está bien, si debería continuar. Asiento ligeramente, dándole permiso no solo para el beso, sino para todo lo que podría significar después.

Sus labios tocan los míos con una gentileza que roza lo sagrado. Es un contacto suave, apenas un roce que despierta un hormigueo a lo largo de mi columna. Cierro los ojos, permitiéndome

sentir cada pequeña sensación. El calor de su boca contra la mía, la ligera presión que ejerce, el movimiento casi imperceptible pero profundamente íntimo. Es un beso que habla por sí solo, de preguntas formuladas en el silencio entre dos personas que todavía están aprendiendo los contornos del mundo del otro.

Alastair modula la presión, explorando con una lentitud deliberada que hace que mi corazón lata con fuerza. Puedo sentir la ligera aspereza de su barba de varios días rozando suavemente mi piel, añadiendo una textura que contrasta con la suavidad de sus labios. Sus manos, que hasta hace un momento descansaban con timidez a los lados de mi cintura, se mueven para enmarcar mi rostro. Sus dedos son firmes pero tiernos, como si estuviera sosteniendo algo precioso.

Respondo al beso, movida por un impulso que es tanto emocional como físico. Mis propias manos encuentran su camino hacia su pecho, sintiendo el sólido batir de su corazón bajo mis palmas. El beso se profundiza, y Alastair responde con un suspiro que siento vibrar a través de mí. Es un sonido de liberación, como si estuviera dejando ir alguna reserva interna, algún miedo al rechazo que lo había mantenido cautivo.

Gradualmente, el beso cambia, se vuelve más asegurado. Los labios de Alastair se mueven con más confianza.

Cuando finalmente nos separamos, ambos estamos respirando más rápido, nuestros alientos mezclándose en el aire fresco de la mañana. Sus ojos buscan los míos, brillantes.

—Isabel... —comienza, su voz es ronca.

El rugido de mis tripas lo interrumpen. Se ríe conmigo y me toco el estómago.

—Creo que tengo hambre.



CAPÍTULO 31

ALASTAIR

No sabría explicar qué ha cambiado en mí. Pero lo he hecho, he cambiado. Quizá fue el agobio titilando en los ojos de Isabel y la necesidad de protegerla de todo lo que me ha abierto los ojos y darme cuenta de que cabe una remota posibilidad de estar con ella. Quizá fue verla enferma y vulnerable lo que me mostró una faceta de la vida que nunca había considerado: la fragilidad humana y lo efímero de nuestra existencia. Al cuidarla, algo se movió dentro de mí, algo profundo, una conexión que trasciende lo físico, una empatía que se convirtió en motor de un cambio irrevocable.

Antes, mi mundo giraba en torno a los deseos de y necesidades de mi madre, pero ver a Isabel luchar cada día, mostrar tal resiliencia en su fragilidad, me enseñó la importancia de los otros. No es solo protegerla; es entenderla, es estar junto a ella no solo en los momentos de alegría, sino también en los de verdadero desafío.

O también fue saber qué a ella le daba igual quien fuera. Para Isabel solo soy Alastair y eso me gusta. Me agrada la idea de ser valorado por quien soy realmente, no por las expectativas o los títulos que pueda tener. Isabel me ha enseñado a apreciar la autenticidad, a desechar las máscaras que solemos llevar para impresionar a los demás o para cumplir con normas sociales que no nos representan. Con ella, puedo ser simplemente Alastair, sin adornos ni pretensiones. Solo yo.

Muevo el vaso y el hielo tintinea suavemente, un sonido que resuena en la quietud de una casa en completo silencio.

Olivia entra, vestida con un camisón y una bata. Cierra la puerta detrás de ella con delicadeza y se acerca hasta donde estoy. Fuera, la tormenta acecha.

—Llevas toda la tarde aquí metido, ¿vas a explicarme ya qué ha pasado con Isabel? —me pregunta, tocando mi brazo.

Pienso en cómo tratar el tema con Olivia. Tengo tanto que decirle, tanto que contarle, que no sé por dónde empezar. Y mi silencio se propaga unos minutos, algo que hace que mi hermana se inquiete. Ella se sienta y espera, dándome el espacio que parece intuir que necesito. Finalmente, hallo el valor para hablar.

—Se acabó, Liv.

Ella frunce el ceño, sumida en la incertidumbre de mis palabras.

—¿Se acabó el qué? ¿Le ha pasado algo a Alexander? —Se levanta agitada.

Niego y me bebo el líquido de color ámbar, un Wiski de mil dólares la botella.

—Quiero intentar algo con Isabel. —Ella agranda los ojos y se lleva la mano a la boca—. Se acabó el anteponer el beneficio familiar a mí.

Una sonrisa curva sus labios y le llega a los ojos. Olivia se levanta y me abraza.

—Pero ¿qué ha cambiado, Alastair? Estabas tan seguro de todo que pensé que nunca llegarías a... a esto.

Hago un mohín y aspiro profundamente, buscando las palabras adecuadas para expresar el torbellino de emociones y revelaciones que he estado experimentando.

—Es Isabel, Liv. Ella me ha cambiado. —Mi voz se suaviza al decir su nombre—. Estar a su lado me ha hecho ver lo que realmente importa. Verla tan frágil, tan vulnerable... No es el dinero, ni los negocios, ni las expectativas de nuestro círculo social. Es... es la autenticidad, la conexión con otra persona. No quiero perder eso por nada del mundo.

Olivia me sostiene con fuerza, su abrazo es cálido.

—Estoy tan feliz de oírte decir eso. —Ella se separa un poco para mirarme a los ojos, sonriendo con orgullo y alegría—. Siempre he sabido que había más en ti que las decisiones que tomabas, más que las responsabilidades que cargabas. Isabel te ha mostrado el camino a seguir y lo has escogido, y eso es maravilloso, Alastair.

—Sí, y es aterrador, pero también liberador. —Admito, y siento una especie de alivio al compartir esto con alguien que me conoce tan bien—. Quiero ver dónde me puede llevar este nuevo camino, con Isabel.

Olivia me da un apretón de hombros y asiente.

—Hazlo. Y recuerda que tienes mi apoyo, pase lo que pase. Esta es tu vida, Alastair, y tienes el derecho de vivir de una manera que te haga feliz de verdad. ¿Le has contado sobre Alexander?

Asiento.

—Sí, por supuesto —digo—. A ella no le importa. Lo sabe, Liv. Le he contado qué ocurrió con ella, con Margot.

Margot es la madre de mi hijo. Estuve saliendo con ella una temporada. Se suponía que se estaba tomando anticonceptivos, pero los dejó sin decirme nada y se quedó embarazada. Se fue a Estados Unidos y yo me enteré de todo por la televisión, por las entrevistas que ella daba para contar mentiras.

Cuando tuvo al niño, me pidió una pensión. Y se la concedí con varias condiciones después de comprobar con varias pruebas de ADN que era mío. La más importante fue estar en la vida del pequeño. Quizá no fue deseado, pero sí querido. Mi hijo lo es todo para mí. Pero al ver que no recibía todos los caprichos que me pedía, supuestamente para el pequeño Alexander, se negó a dejarme verlo. Así que entramos en juicios. Conseguí la custodia compartida, por eso viajo tanto, porque una vez al mes vuelo hacia Chicago y estoy con él durante 7 días. Y ahora estoy luchando por la custodia completa, quiero que mi hijo esté conmigo.

—¿Y qué te ha dicho? —pregunta Olivia con curiosidad.

Dejo el vaso en la mesita de café y río por lo bajo.

—Es Isabel, ¿qué crees que me ha dicho?

Olivia eleva una ceja.

—¿Vaya zorra, ojalá le den por culo y que no le guste? —dice y yo asiento.

Soez, pero realista.

Mi hermana echa la cabeza hacia atrás y se carcajea. Se deja caer en el sofá y se pierde hasta que consigue respirar. palmea el sitio libre y voy allí, me siento y ella me acaricia la mejilla.

—Me alegro que hayas tomado esa decisión —dice—. Yo he tenido que pasar por un matrimonio horrible, con alguien a quién creí amar. Me convencí de ello y nunca me di una oportunidad —confiesa.

A Olivia le brillan los ojos de tristeza. Odio ver así a mí hermana pequeña. Es un sentimiento de impotencia que me invade cuando la veo alicaída. Siento que debo protegerla, aunque ya no sea una niña. Ella sigue siendo mi pequeña hermana, la que solía subirse a mis rodillas y pedirme que le leyera cuentos, la que se metía en mi habitación las noches de tormenta y por la que no pude hacer nada porque posicioné el deber familiar a su felicidad.

—Tienes que hablar con madre —finaliza.

Asiento.

—Lo haré, pronto. Quiero dejar las cosas claras antes de que Alexander venga. Él no necesita ver toda esta mierda.

Olivia sonrío de lado.

—¿Cómo está mi sobrino? ¿Lleva bien la situación? —Se pone cómoda en el sofá, sosteniendo su cabeza con la mano.

Hago una mueca.

—Sí, creo que lo lleva mejor que yo. Está deseando conocer a Isabel, le he hablado de ella —ahora, el que sonrío soy yo—. Me ha pedido que la lleve a Chicago la próxima vez que vaya. Alexander tiene una función justo el viernes en el que me toca estar con él. Margot desaparecerá, se irá con alguno de sus novios por ahí y no aparecerá. Así puede ser el momento perfecto para presentársela sin que hayan conflictos.

Olivia asiente en afirmación.

No entiendo como pude estar con alguien como Margot, aunque supongo que me dejé llevar por la emoción del momento y su encanto superficial. A veces uno no se da cuenta de lo tóxico que puede ser alguien hasta que está muy metido en la situación.

—Entonces, ¿os vais a Chicago en dos semanas?

—Sí ella quiere, por supuesto. He pensado en proponérselo el viernes que viene, esta semana tanto ella como yo tenemos mucho trabajo y no creo que podamos vernos —hago un mohín de disgusto—. Esto de tener una agenda tan apretada es una mierda.

Olivia se ríe.

—Es porque tienes que dejarlo todo preparado para irte una semana a Chicago, Alastair —murmura ella—. ¿Habéis quedado aquí para cenar, comer...? Te lo digo porque yo podría irme con Neill —se sonroja—. He pensado que podría ir a la casa del bosque a pasar un fin de semana con él... a solas.

Olivia siempre ha estado enamorada de él, y viceversa. Estuvieron saliendo durante un tiempo, pero todo acabó cuando el deber llamó a la puerta de mi hermana. Fue horrible ver cómo se marchitaba poco a poco, como tuvo de dejarlo todo para satisfacer unas necesidades ajenas que limitan en lo absurdo. Pero parece que ahora, finalmente, tienen una nueva oportunidad.

Igual que yo.

ISABEL

Resoplo cuando consigo llegar al coche y subirme. Lara entra a toda prisa y cierra la puerta tan fuerte que por un momento creo que la ha arrancado de cuajo. Se disculpa con la mirada y me hace un ademán con la cabeza para que tire para casa antes de que los periodistas se nos tiren encima del coche.

Odio la prensa, ya está dicho. Llevan una maldita semana tocándome las narices. Me

persiguen a todos lados, los escucho hasta cuando no están. Y todo para sonsacar información sobre Alastair y de mí. Qué si somos pareja, preguntan. Señores, no lo sé ni yo.

—Esto es una mierda, pero mierda, mierda —se queja Lara entre dientes mientras se pone el cinturón—. ¡Me da miedo hasta ponerme falda por si me caigo y me fotografían las bragas! Tía, que agobio, cuánta foto. Mañana salimos en las revistas fijo.

Enciendo el motor y pongo rumbo a casa. Delante de mí hay una comitiva de dos coches y otro detrás, regalito de Alastair para que no nos acribillen. Pero a la prensa rosa se la suda todo con tal de sacar fotos y hacer dinero, y lo sabemos bien. No puedo evitar sentir un poco de ira al pensar cómo invaden nuestra privacidad, cómo nos exponen sin un ápice de consideración.

—Lo sé, Lara, es un asco, pero intentemos no pensar en eso ahora —respondo, tratando de mantener la calma mientras me enfoco en la carretera.

—Lo importante es que estamos juntas y vamos a casa seguras.

Ella suspira y se reclina en su asiento, claramente frustrada.

—Tienes razón. Es solo que a veces desearía poder salir sin preocuparme de quién está al acecho con una cámara —chasquea la lengua y me mira de manera socarrona. Alarga la mano y me da golpecitos con el dedo en el brazo—. Pero lo importante es que tú estás con Alastair —canturrea y yo pongo los ojos en blanco.

—No estoy con él... o no lo sé. Solo hablamos de intentar algo, de dejarnos llevar —respondo.

—Pues eso, tía, que estás con él.

Río por lo bajo y niego. Lara es un caso aparte.

—Acuérdate que hoy me voy, Isla se viene conmigo. Le encanta el jardín —ironizo— que tiene Alastair. Sobre todo asustar a las palomas.

—Ay, claro, Isla y su afición por los pájaros. —Lara se ríe y parece que por un momento, olvida la molestia de los paparazzi—. Ojalá pudiera pasar más tiempo al aire libre sin preocuparme por los flashes.

Conduzco a través de las calles, sintiendo cómo el peso de la noche comienza a asentarse sobre la ciudad. Las luces de los faroles se esparcen en un reflejo dorado sobre el pavimento mojado, y aunque la escena es hermosa, no puedo evitar sentir una cierta melancolía por todo lo que implica nuestra vida bajo el ojo público.

—¿Te importa si Blair se queda conmigo? Cómo tú vas a estar fuera...

Me encojo de hombros y una sonrisa llega a mis ojos.

—Lara, ¿para qué me preguntas si ya le has dicho que se quede contigo? —Se echa a reír—. Sabes que por mí no hay problema.

Llego a casa y aparco. La seguridad que Alastair ha puesto forma un cordón y podemos pasar al apartamento sin problemas. Entonces, saludo a Isla con una sesión de mimos y me preparo un pequeño bolso. La mansión de Alastair está a tres horas de Edimburgo, en las Highlands, en pleno corazón. Así que me ha invitado a pasar allí el fin de semana y ¿cómo decirle que no?

Alastair: Llego en media hora, gruñona. He tenido que parar a echar gasolina.

Leo en el móvil cuando salgo con el bolso y ya cambiada con algo más informal.

Isabel: Isla tiene ganas de cazar palomas, no tardes, *alteza*.

Alastair responde con una carita sonriente y un corazón, y no puedo evitar sonreír ante la

pantalla. Me siento en el sofá, con Isla apoyada en mis pies, y trato de relajarme mientras espero. Pienso en lo que este fin de semana podría traer.. No puedo negar la chispa que siento cuando estoy cerca de Alastair, pero también soy consciente de las complicaciones.

El ruido de un coche aparcando me saca de mis pensamientos. Me asomo y veo a Alastair bajarse del vehículo, un Land Rover de color oscuro, y dirigirse a la puerta. Más abajo hay un cordón de seguridad que no deja pasar un alma. Sus pasos son decididos, su postura relajada pero siempre con ese aire de autoridad que parece llevar sin esfuerzo. Toca el timbre y le digo que bajo. Me despido de Lara y bajamos por las escaleras. Isla, al oírlo, corre hacía él, ladrando feliz.

—¡Hey, preciosa! —exclama Alastair al ver a la perra, y luego sus ojos se encuentran con los míos—. Y tú también, Isabel.

Su sonrisa es desarmante, y cualquier pensamiento serio se desvanece por un momento. Me ayuda con mi bolso y enseguida estamos en el coche, dejando la ciudad atrás. La carretera hacia las Highlands es tranquila, y la conversación fluye fácilmente entre nosotros. Hablamos de todo un poco en el camino; pero hay un tema... un tema que surge sin más.

—Alastair, ¿tú qué pretendes conmigo? —le pregunto—. ¿Qué es lo que esperas de mí? ¿Crees que encajo en todo esto? No he parado de comerme la cabeza.

—Es complicado, no lo voy a negar —dice Alastair mientras maneja con una mano y con la otra me toca la mano que descansa en el asiento entre nosotros—. Pero creo que lo más importante es encontrar a alguien que entienda y comparta tus valores, alguien con quien puedas ser tú mismo, sin máscaras. Así es contigo, Bel. Y lo demás me da igual.

—Eso suena bien —respondo, apretando su mano—. Pero, ¿y si el mundo no está listo para aceptar eso. Yo no soy de alta cuna, Alastair. Tú te has criado entre suelos pulidos y yo entre viñedos y olivos.

—Entonces haremos que el mundo cambie.

Sus palabras son firmes, y por un momento, creo en la posibilidad de nosotros, en un nosotros que podría enfrentarse al mundo.

—¿Aunque sea una gruñona?

Se ríe y asiente.

—Aunque seas una gruñona, Bel.

Finalmente, tras un trayecto divertido gracias a Isla (que ha llegado un momento en el que ha comenzado a hacer ruiditos como si estuviera hablando con nosotros), el paisaje cambia a medida que ascendemos hacia las tierras altas. Montañas imponentes, valles verdes y el aire fresco que entra por las ventanas del coche. Al llegar a la mansión, me tomo un momento para admirarla. Es un edificio majestuoso, claramente antiguo pero bien cuidado, con piedra oscura y torres que parecen sacadas de un cuento de hadas.

Pero mi admiración se ve interrumpida cuando la puerta principal se abre y una mujer elegante, de mirada intensa y porte aristocrático, sale a nuestro encuentro.

Alastair aprieta el volante y se baja el primero, desafiante.

Abro la puerta y la mujer me escruta con la mirada de tal manera que tiemblo.

—¿Esto es lo que quieres, Alastair? —le pregunta ella, haciendo como que no existo.

—Madre, basta —le dice él.

¿Su madre? Oh, por Dios...

—¿Una plebeya, Alastair? ¿Una... plebeya? —inquiere la mujer con cara de asco hacia mí.

Parpadeo, anonadada. Es la primera vez que me enfrento a una situación tan

incómoda y humillante. Los ojos de la mujer se clavan en mí como dardos, despojándome de toda dignidad con su desprecio. Siento que cada palabra suya pretende cortarme como un cuchillo, cada sílaba enfatizada con una dosis de veneno aristocrático.



CAPÍTULO 32

ALASTAIR

Un golpe seco sobre la mesa de mi despacho hace que me ponga alerta. Mi madre lo ha dado, dejándome aturdido por un momento.

—¿Una plebeya, Alastair? —grita, enfurecida.

—Madre, te pido que la respetes. Ella es importante para mí —intento guardar la compostura.

La irritación se dibuja en el semblante de mi madre, que con un suspiro melodramático, se hunde en el respaldo de cuero repujado de la silla frente a mi escritorio. Su gesto, cargado de una desilusión teatralizada, parece oscurecer aún más la estancia, ya de por sí sombría por la madera oscura de las estanterías y el tapiz de damasco verde que recubre las paredes.

—Alastair, tu padre tenía ciertas expectativas para ti, expectativas que no solo eran caprichos pasajeros, sino mandatos de nuestro linaje —su voz, aunque suave, porta el filo cortante de la manipulación, aunque yo aún no percibo la profundidad de sus estratagemas.

—Lo sé, madre. Pero los tiempos cambian, y con ellos, las exigencias del corazón y del mundo —replico, intentando infundir en mis palabras una firmeza que me es cada vez más esquiva.

Ella levanta una ceja, y en sus ojos veo danzar las llamas de antiguas convicciones, incólumes ante la erosión del tiempo y de las modernas sensibilidades.

—¿Cambian, dices? ¿Acaso nuestro apellido, nuestra herencia, pueden permitirse el lujo de diluirse en la vulgaridad de sentimientos? Tu padre... —hace una pausa, y su siguiente frase cae sobre mí como una guillotina— tu padre murió con el corazón roto, sabiendo que el futuro de nuestra familia estaba en manos de un romance con una mujer cualquiera.

El recuerdo de mi padre, cuya muerte aún pesa sobre mi conciencia como una losa, resurge con una claridad dolorosa. La noticia de que Margot esperaba un hijo mío fue lo último que él supo antes de su fatal infarto.

—No fue culpa tuya, querido —continúa mi madre, su voz ahora empapada en una dulzura venenosa—, pero sí lo sería deshonorar su memoria perpetuando decisiones... imprudentes.

Las palabras me golpean con la fuerza de un mazo, dejándome desorientado, fluctuando entre la lealtad a mi propio corazón y el deber filial que mi madre tan astutamente me recuerda.

—Ava Campbell es una opción digna, apropiada. Ella sí que puede ofrecerle a nuestra familia lo que necesita para perseverar —insiste.

¿Cómo podría yo, hijo desleal y deficiente a ojos de aquellos que dejé atrás, desafiar los deseos póstumos de un padre a quien tanto admiré?

—Tienes hasta la primavera para hacer lo correcto, Alastair. No solo por ti, sino por

todos nosotros —concluye ella, levantándose con la majestuosidad de quien ha librado mil batallas y ha salido victoriosa de todas ellas.

Debo hacer lo correcto, debo hacerlo. Simplemente, tengo que hacerlo por mi padre.

Así que, con ese sabor amargo en la boca, voy hacia el ventanal que da al jardín en el que está Isabel con Isla jugando a la pelota. Tengo que contárselo, no puedo callarme algo como esto sabiendo que, de alguna manera, le he dado esperanzas.

Mi corazón se debate entre la lealtad a la memoria de un padre cuya aprobación siempre busqué y el profundo afecto que siento por Isabel, cuya presencia en mi vida ha sido un faro de felicidad genuina. A medida que me acerco al cristal, que separa mi mundo de decisiones dolorosas del mundo exterior lleno de risas, siento cómo mi pecho se comprime con una dualidad que rasga el alma.

Isabel alza la vista y me ve. Su sonrisa se congela ligeramente al notar la sombra que oscurece mi semblante. Isla, ajena a las complejidades del mundo humano, corre tras la pelota, sus risas se filtran a través del vidrio, aguijoneando mi ya torturada conciencia con la realidad de lo que estoy a punto de perder.

Se lo diré mañana. Hoy solo deseo disfrutar un poco más de una libertad que me va a ser arrebatada. Respiro hondo antes de deslizar la puerta de vidrio, el sonido de su movimiento se mezcla con el de las hojas susurrantes de los árboles.

—¿Vamos a cenar o voy a tener que esperar mucho? —me pregunta desde abajo con los brazos en las caderas.

Me apoyo en la barandilla de la ventana y sonrío.

—Solo si me prometes que esta noche me vas a dejar que te coma a besos —digo y ella eleva una ceja.

Una sonrisa socarrona le llega a los ojos, tan llena de vida, tan... ella.

—Ya puede estar la cena buena para que te deje hacer eso —me guiña un ojo y le silba a Isla.

ISABEL

Me levanto con sus caricias en mi espalda, con el suave murmullo de la lluvia y algunos rayos del sol filtrándose por la ventana. A lo lejos, escucho a Orión relinchar. Siento sus labios en mi espalda desnuda y tiemblo al sentir su aliento cálido sobre mi piel. Alastair se inclina sobre mi cuerpo y deja un reguero de besos que acaba en mi cuello. Me retuerzo cuando comienza a hacerme cosquillas.

—Para, para —le ruego, intentando zafarme de su agarre entre risas.

Pero se muerde el labio inferior y me arrastra hacia él para plantarme un beso de esos que te dejan atontada.

—¿Te he dicho que estás preciosa cuando te levantas? —inquire.

Y yo me río a carcajadas.

—Seguro que se lo dices a todas.

Siento mi corazón oscilar entre la incredulidad y el deseo de creerle cuando afirma que no ha traído a otra mujer aquí, que soy la primera desde su hermana Olivia.

Alastair capta mi escepticismo y lleva mi mano a su pecho.

—Te lo digo en serio, Bel. No estoy bromeando —su voz es un susurro, pero firme—. Aparte de mi hermana, nadie, ninguna mujer, ha estado en este lugar. Eres la primera a la que traigo a mi casa.

Suspiro, aún procesando sus palabras, mientras un calor inexplicable empieza a deshacer el hielo en mi pecho. Él sigue hablando, y cada palabra parece un ladrillo menos en la muralla que he construido alrededor de mi corazón.

—Sé que puede ser difícil de creer, pero contigo es diferente.

La lluvia intensifica su caída, y la habitación parece aún más aislada del resto del mundo. Decido dejarme llevar.

—Está bien, Alastair. Creo en ti —mi voz es apenas un murmullo.

Su sonrisa ilumina la habitación, y con un gesto tierno, aparta un mechón de mi cabello. Su tacto es suave. Se inclina y me besa con una suavidad que me hace cerrar los ojos. Podría estar así siempre.

—Te quería proponer una cosa —se relame los labios.

Me tapo hasta la barbilla porque el aire de finales de enero se cuele hasta mis huesos y más en las tierras altas, en dónde el frío parece eterno.

Lo miro, expectante, mientras él parece meditar sobre sus palabras.

—Dispara, *alteza* —susurro y él se ríe por lo bajo.

—Le he hablado de ti a Alexander —frunzo el ceño y él me toca la nariz—. A mi hijo —continúa.

Es verdad, que tiene un hijo.

—¿Y qué pasa? —le pregunto.

—Pues que te quiere conocer —suelta de sopetón—. Quería proponerte venir conmigo a Chicago. Van a hacer una función en su colegio y pasaré allí una semana. —¿Le ha hablado de mí a su hijo? Oh, por Dios—. No te preocupes, le he dicho que eres mi amiga.

Suelto todo el aire que tenía en los pulmones y hago un mohín.

—Tendría que adelantar todo el trabajo que tengo, pero creo que a Clyde no le importará darme unos días —sonríe—. Nunca he estado en Estados Unidos y sería muy guay ir contigo.

Alastair mueve los labios para decirme algo, pero su móvil suena. Le doy un beso en la mejilla y salgo fuera de la cama, poniéndome su camiseta y un pantalón de pijama.

—Te espero abajo.

Él asiente y coge el teléfono. Por el rabillo del ojo, mientras me dirijo a la puerta de la habitación para ir a la cocina, lo veo fruncir el ceño. Salgo y pretendo cerrar la puerta tras de mí cuando lo escucho.

—Ava, ¿qué quieres? —pregunta con un tono irascible.

«¿Ava? ¿La misma Ava de la otra vez?»; me pregunto.

Nunca le he preguntado por ella, quizá por miedo a lo que pudiera responder.

Pero ahora, con su nombre flotando en el aire tan cargado de tensión, siento un nudo en el estómago. Me detengo un momento antes de cerrar la puerta por completo, luchando contra el impulso de escuchar más.

—No, ahora no es un buen momento —oigo decir a Alastair, su voz baja pero firme. Hay una pausa, y puedo imaginar a Ava al otro lado de la línea, probablemente sorprendida por su tono.

Me alejo silenciosamente del marco de la puerta y bajo las escaleras. ¿Quién es Ava realmente para él? ¿Y por qué su llamada lo altera tanto.

«Voy a necesitar hablar con él sobre esto», me digo, no queriendo dejar que el asunto de Ava se convierta en un fantasma que me aceche. Pero por ahora, decido darle el beneficio de la duda. Después de todo, él no me mentiría, ¿no?

Saludo a Maine y a la cocinera y les hago saber que no hace falta que hagan nada, que yo

misma puedo hacerlo. La cocinera, de nombre Martha, me sonríe con calidez y asiente con la cabeza.

—Está bien, querida, si necesitas algo, estaré por aquí —dice ella antes de retirarse a la despensa para seguir con su trabajo del día.

Hago tortitas y les echo sirope de chocolate. Mucho sirope. También cojo del enorme frigor ıf ico zumo recién exprimido que Martha ha guardado en una jarra. Me echo un vaso y me subo a la barra, sent ndome allí mientras observo por la ventana.

Saludo al jardinero y él inclina la cabeza hacia adelante.

Pensé que estar en una casa llena de gente ser ı incómodo, pero resulta más reconfortante de lo que imaginaba. Hay algo en la familiaridad. A pesar de la riqueza y la grandeza del lugar, hay una calidez subyacente que los que trabajan aquí contribuyen a mantener.

Mis pensamientos se desvían nuevamente hacia Alastair y su llamada con Ava. Necesito resolver esto. Quizás sea mejor abordar el tema en otro momento.

Mientras termino de comer la primera tortita, escucho pasos descendiendo por las escaleras. Es Alastair, quien aparece en la cocina con un aspecto algo despeinado pero sonriente. Su sonrisa cambia ligeramente al ver la escena ante él —yo en la barra y el desayuno listo—lo hacen fruncir el ceño.

Se pone entre mis piernas y yo le doy un trozo de tortita.

— Las ha hecho Martha? —pregunta y yo niego.

—Quizá su *alteza* esté acostumbrada a que le cocinen, pero a mí me han enseñado desde muy pequeñita a que debo hacer las cosas por mí misma —me burlo de él—. Las he hecho yo,  a qué están ricas?

Alastair asiente y reba a el plato con el dedo, manch ndolo de chocolate. Lo estampa cerca de mis labios y yo me hago para atrás.

—Así estás mucho mejor —dice con una sonrisa socarrona.

— Oye! —dejo el plato en la piedra de m rmar y le doy un manotazo en el brazo que lo hace reír.

Alastair me coge la cara entre las manos y me besa tan profundamente que siento que desaparezco, que me derriro con

cada segundo que pasa. Me separo un poco, aún con el corazón latiendo a mil por hora, y lo miro directamente a los ojos. Sin embargo, alguien carraspea a nuestra derecha.

Maine nos mira con una sonrisa en los labios.

—Orión ya está listo.  Han acabado o...?

Me pongo más roja que un tomate, sobre todo porque las personas que están a nuestro alrededor trabajando se nos han quedado mirando.

—Iremos enseguida, Maine. Gracias —murmura él.

Pero el m v il de Alastair vuelve a sonar. En la pantalla veo que es su madre. Bufa y lo apaga.

— Ocurre algo? —le pregunto.

Parece sopesar sus palabras, pero acaba negando.

—No te preocupes, no es nada.

Quiero creerle, de verdad que quiero. Pero hay una parte de mí que me grita que sí hay algo detrás de esas llamadas. Aparto los pensamientos negativos y me bajo de la barra, no sin antes mancharle toda la mejilla de chocolate. Salgo corriendo hacia la habitación, gritando como una cría y con él persigui ndome mientras se ríe a carcajadas.

Lo que no sabía es que esa tarde, la llamada de Ava tendría consecuencias que ninguno

de los dos podría haber anticipado.



CAPÍTULO 33

—Mamá, por favor, no me pongas más nerviosa de lo que ya estoy —exclamo, sentándome encima de la maleta mientras Lara intenta cerrarla.

—¿Cómo que no te ponga nerviosa? ¡Vas a conocer al hijo de tu novio! A un niño que en mentalidad es igual que tú —brama ella—. Ay, Antonio, díselo tú a el niño que a mí me enerva.

Frunzo el ceño. ¿Cómo que tenemos la misma mentalidad? ¡Si él tiene unos siete u ocho años! ¡Joder, vaya imagen tiene mi madre de mí!

—¿Quieres dejar a el niño tranquila? —le pregunta mi padre. Y me lo imagino sentado en su sillón con el mando en la mano y sus zapatillas de estar por casa—. Ya es mayor para saber lo que hace.

¡Gracias, papá, por fin salen a relucir todos los regalos del día del padre que he estado haciéndote durante mis 28 años!

Pongo el altavoz para que Lara lo escuche. Estoy segura que mi madre le va a soltar una de las suyas a papá, estoy tan segura como que me llamo Isabel.

—¿Pero tú la estás escuchando? Con lo cabeza loca que es, capaz que se queda en los Estados Unidos para ponerse a bailar en una barra o la pillan en un tiroteo de esos. ¿Es que no ves las noticias, Antonio? —le pregunta, consternada.

Las dos reímos por lo bajo, pero no tardamos en estallar en carcajadas cuando escuchamos la respuesta de mi padre.

—Si aquí el problema es por qué las ves tú —responde él—. Entre lo que ves, lo que imaginas y lo que te cuentan las vecinas, voy apañado.

—Y que no se te olvide que no es mi novio —intervengo—. Es solo un amigo.

—Un amigo con el que te has encamado —dice mamá—. Ya me dirás tú qué es eso.

Lara tira la cabeza hacia atrás y se ríe a carcajadas. Isla, la pobre, se ha asustado por el ruido y ha salido despavorida. Solo espero que mi amiga la cuide bien porque sino...

—Papá, dile algo a mamá —contraataco.

—Estela, deja a el niño. Ahora los tiempos han cambiado y puede hacer lo que quiera —me defiende, pero escuchamos un ruido sordo seguido de un jadeo.

—¡Antonio! —exclama mi madre.

Decido colgar y centrarme en la maleta que, de milagro, se ha cerrado.

Estoy nerviosa, mucho para ser sincera. No todos los días puedo conocer al hijo de Alastair, quiero caerle bien y no parecer la persona que se acuesta con su padre. Quiero que me conozca como su amiga. Resoplo cuando cojo la maleta y la dejo en el suelo.

—¿Te vas a llevar tanta ropa? —me pregunta Lara, frotándose las manos por el frío que está haciendo.

Asiento y subo el asa de la maleta para comprobar que las ruedas funcionan.

—Sí. Nos vamos a Chicago y, aunque Alastair me ha asegurado que no va a hacer tanto frío, quiero llevarme algunos jerséis por si las moscas.

Lara, que se encuentra apoyada en el marco de la puerta, enarca una ceja.

—Cada día te pareces más a tu madre —se burla, a lo que la miro mal.

—Mira, no me voy a enfadar porque Alastair tiene que estar al caer y paso de tener una pelea contigo después de la puta semana de mierda que he tenido con tanto trabajo —exclamo, y le saco la lengua.

Salgo, seguida por ella, al comedor donde me asomo con cautela por la ventana. Ver a todos los periodistas bajo, esperándome, me hace resoplar. Ya siquiera veo las noticias porque no paran de hablar de mí. Que si soy de España, que si estudié esto o lo otro... ¡Si hasta han entrevistado al director de mi colegio! Que ya podía haberse estirado un poco y haber hablado mejor de mí, todo sea dicho.

Dejo que la cortina tape la ventana para que nadie pueda vernos. Me siento en el sofá y me saco el móvil para cotillear mis redes. Pongo los ojos en blanco cuando veo que en varios días la cantidad de seguidores que tenía se ha triplicado.

—¿Te vas a trabajar en un rato, no? —le pregunto.

Lara se deja caer en el sofá y asiente. Lleva un precioso vestido en color azul que acentúa su cintura. Su pelo permanece suelto y con unas ondas naturales muy bonitas. Siempre he envidiado la forma que toma su cabello. Lleva tacones, no muy altos. Lara es, simplemente, preciosa. Esbelta, de piel rosada, cara en forma de corazón y unas curvas envidiables. Una belleza de lengua afilada.

Y yo...

Me miro al espejo de la entrada y suspiro. Soy más bien bajita y mi cuerpo tiene forma de pera: mucho culo y pocas tetas, vamos. Adoro mi cintura estrecha y mi cadera más ancha, incluso he llegado a aceptar mi pecho (que en algún momento de la adolescencia quise operar). Llevo el pelo recogido en un moño bajo, pero lo tengo de un color rubio castaño muy bonito. Lo que más me gusta de mí son mis ojos, que hoy van con una buena capa de rímel.

Cojo el bálsamo de sabor coco y me lo echo por los labios, últimamente los he notado muy secos debido al frío y eso siempre me ayuda a mantenerlos hidratados y que no se transforman en cuchillas.

Vuelvo a observar mi atuendo y asiento para mí misma, dándome el visto bueno. Llevo una sudadera ancha en color verde con el logo de Harvard, un vaquero y unas zapatillas de deporte rojas. Pensé en ponerme otra cosa, pero van a ser muchas horas en avión y me apetece ir cómoda. Lo que diga la prensa más exquisita sobre mi vestuario me la va a sudar... y mucho.

No todos habían sido halagos. Aún a día de hoy había periodistas que consideraban mi silueta como anormal; y por ello había sido criticada en alguna que otra revista. Pero decirnos que me daba igual es quedarse corta.

—Alastair ya está bajo —murmura Lara desde la ventana.

Me levanto y plancho con las manos el abrigo que me voy a llevar. Me preparo de forma mental para afrontar a la prensa y me fundo en un abrazo con Isla cuando escucho que tocan el timbre.

—Cuida a mi niña y mándame fotos y vídeos de ella cada...

—Cada media hora —pone los ojos en blanco.

Los flashes de las cámaras me ciegan en alguna ocasión, pero me consuela sentir el fuerte agarre de Alastair sobre mi mano.

No. No creo que nadie esté preparado para soportar esto. Es abrumador y agobiante. Cada vez

que salgo a la calle se instaura un ligero dolor en el pecho que reconozco como ansiedad. Ya la he pasado y me he enseñado a controlarme para que no llegue a más, pero es una sensación horrible.

Cuando conseguimos subirnos al coche, respiro con tranquilidad. Miro a Alastair un momento y sonrío sin enseñar los dientes. Me abrocho el cinturón y él emprende el camino hacia el aeropuerto.

—Siento todo el revuelo que se ha armado. —Lamenta con un brillo de tristeza en los ojos.

Niego.

—No te preocupes —me abrocho el cinturón—. Poco a poco lo voy sobrellevando mejor.

Alastair sonríe y se relame los labios.

—Quiero que sepas que he hecho una entrevista para una revista en la que digo que eres solo mi amiga. Cuento un poco cómo nos conocimos y esas cosas —su mirada está fija en la carretera. ¿Solo su amiga? Eso me duele.

Pongo los ojos en blanco porque no quiero que note la decepción que me inunda. Mi corazón se acelera, y me esfuerzo por mantener la voz estable.

—Entiendo —consigo decir, aunque cada palabra me pesa más de lo que esperaba.

Alastair parece notar mi cambio de tono; su expresión se tensa por un momento antes de volver a concentrarse en la carretera. El silencio que se instala entre nosotros es incómodo, lleno de palabras no dichas que flotan en el aire como fantasmas.

—Solo pensé que era lo mejor —rompe el silencio, su voz suena casi defensiva—. Con todo el escándalo, pensé que ayudaría a protegerte.

Asiento, aunque lo que realmente quiero es gritar. Protegerme siempre parece significar mantenerme a una distancia segura, en una caja etiquetada "solo amigos" para que el mundo no malinterprete nada. Pero la verdad es que cada vez que lo escucho decirlo, se siente como si negara una parte de lo que somos, o de lo que podríamos ser.

—Gracias por eso —digo, porque no sé qué más decir sin revelar cuánto me duele.

Él asiente, sus manos ajustando el agarre en el volante. Puedo decir que quiere agregar algo más, quizás disculparse o explicarse mejor, pero las palabras no llegan.

Decido cambiar de tema, para aliviar la presión que se está construyendo dentro del coche.

—¿Y qué más dijiste en la entrevista? —pregunto con curiosidad—. ¿Llegaste a contar que soy una maravilla en la cama? —digo, moviendo mis cejas de arriba abajo.

Alastair me mira brevemente y se ríe.

—Podría, pero no creo que eso contribuya mucho a que somos amigos.

Me chirrían los dientes, pero sonrío.

—Vaya, yo que pensaba que así me saldría algún pretendiente —murmuro con sorna.

A lo lejos, se ve el aeropuerto.

—¿Lista? —me pregunta.



Tengo que quitarme el móvil de la oreja cuando les digo que estoy en Chicago. El grito que ha pegado Lara me ha dejado medio sorda.

—Pero ¿cómo que tiene una mansión en Chicago, tía? ¿Qué me estás contando? —inquieta en una exclamación ella. ¿Y cómo es?

Me muerdo el labio inferior y observo la habitación. Suspiro y me dejo caer en la cama.

—Es... es enorme, Lara. Y no solo eso, está decorada con un gusto exquisito. Hay obras de arte por todas partes, un jardín que parece sacado de una película y las vistas de la ciudad son

impresionantes.

Puedo escuchar cómo Lara respira hondo al otro lado del teléfono, intentando imaginar el lugar.

—¡Hostia, qué puta pasada! —grita mi amiga a través de la línea—. ¿Y has conocido ya a Alexander?

—Que va, tiene que venir en un rato. Estoy muy nerviosa —murmuro, y escucho como pican la puerta—. Bueno, te dejo. Luego hablamos.

—Mucha mierda, chiqui —dice, antes de colgar.

Me incorporo de la cama y voy hasta la puerta para abrirla. Me encuentro a Alastair vestido con unos vaqueros y una camiseta casual.

—Vas muy guapo —murmuro—. Tendrías que ir más veces vestido así, ya no pareces un estirado —me burlo de él, haciéndolo reír.

—Tú sí que vas guapa. —Alastair me toma de la cintura y me pega a su cuerpo. Rodeo su cuello con los brazos y nos fundimos en un breve beso que finaliza por culpa de una de las mujeres que se encarga de mantener la casa limpia—. ¿Lista para conocer a Alexander?

Ese beso... ¿también es de amigos?

Trago duro y asiento. Intento mantenerme serena mientras bajo las escaleras de la mansión, concienciándome de lo que va a ocurrir. Llegamos a la puerta y esperamos en la entrada, fuera más bien, a que el coche que trae a Alexander pase la enorme puerta de rejas. Todo el perímetro está custodiado por vigilancia, pero los fotógrafos están ahí. Esperan una foto para la próxima portada de sus revistas. Esperan una noticia, un titular. Y, por un momento, lo imagino. Un escalofrío recorre mi espalda y me obligo a ponerme recta. Alastair nota mi nerviosismo y toma mi mano. La besa con dulzura y me sonríe. Ese simple gesto hace que me relaje.

El coche entra y para justo enfrente de nosotros. Guardo todo el aire en mis pulmones cuando veo a un niño monísimo, de tirabuzones azabache, bajar y correr hacia Alastair. Él me suelta la mano y abraza al pequeño. Me retiro unos pasos para dejarles espacio, lo último que quiero es interrumpir el momento tan bonito que están teniendo.

Me quedo mirando la escena hasta que los grandes y curiosos ojos del niño se fijan en mí. ¿Qué debo hacer? ¿Presentarme? ¿Agacharme y ponerme a su altura para darle un beso? ¡Ay, Dios mío! ¿Qué coño hago? Si hace un año me llegan a decir que estoy en esta situación, me hubiera echado a reír como una loca. Pero, mira, así de hijo de puta es el destino.

Sin embargo, me quedo por un momento paralizada cuando siento como Alexander me abraza por la cintura. Ha venido hasta mí y me ha abrazado. Es el pequeño quien ha dado el primer paso y, aunque me he quedado de piedra, la rodeo y me fundo en un cálido abrazo.

—Me llamo Alexander —dice el niño subiendo un poco su mirada hasta clavarla en mí.

Su carita es muy dulce, parece un muñequito de porcelana. Lleva una camiseta de rayas y unos vaqueros

—Yo soy Isabel —me presento con una sonrisa, a lo que el niño se separa y ríe mostrando su mellada dentadura.

—Ya sé quién eres —sonríe—. Eres la amiga de mi papi.

Amiga... sí, eso soy.



CAPÍTULO 34

Los días han pasado muy rápido, quizá demasiado. Aplaudo con entusiasmo cuando Alexander se inclina. Es el protagonista de la obra del colegio que ha representado y lo ha hecho muy bien. Todavía no me creo que el pequeño haya conectado tan bien conmigo. Pero es un niño encantador como su padre. ¿Qué puedo esperar? Pienso que guardar un poco las distancias cuando él está cerca ha hecho que me vea como una amiga. Y eso es algo que me agrada.

Nos levantamos de nuestros asientos, Alastair y yo, compartiendo una sonrisa cómplice que se dibuja suavemente en nuestros rostros. Atravesamos el mar de padres y madres, todos ellos emitiendo comentarios entusiastas y felicitaciones hacia sus hijos.

Al llegar tras bastidores, el ambiente cambia. Los nervios de antes de la función se han transformado en risas. Los niños, aún vestidos con sus trajes de época, parecen pequeños adultos en una recepción formal. Cuando Alexander me ve, sus ojos se iluminan con un brillo especial. Corre hacia mí, con el eco de sus pequeños zapatos resonando en el suelo de madera, y se lanza a mis brazos con una alegría desbordante.

—¡Isabel! —exclama, y su voz, impregnada de felicidad pura, me envuelve más cálidamente que el abrazo que nos une. Alastair nos observa, con una sonrisa paternal adornando su semblante, y sus ojos destellan con un orgullo que parece hacerlo aún más apuesto, si cabe.

—¡Has estado genial! —le choco los cinco y él ríe por lo bajo.

—¿A qué sí? Hemos ensayado durante mucho tiempo —me explica con los ojos muy abiertos—. Quería hacerlo muy bien porque iba a venir papi —desvía la mirada hacia Alastair.

La ufanía que siente Alexander por su padre, esa manera de mirarlo, me recuerda al mío. Para mí, mi padre es mi mayor héroe, al igual que mi madre. Unos ejemplos de padres que han trabajado duro para sacarnos adelante, aunque hayan tenido que sacrificar mucho. Alastair es así a ojos de su hijo y eso hace que mi corazón se ensanche. Me estoy volviendo una sentimental.

Alastair se acuclilla delante de Alexander y le revuelve el pelo.

—¿Qué tal si vamos a cenar fuera para celebrar lo bien que lo has hecho? Todavía nos queda un día para estar juntos —propone.

La idea le encanta al pequeño, pues pega un grito y se cuelga de su Alastair como si fuera un mono.

—¿No me voy a ir contigo? —le pregunta Alexander con una mueca en los labios.

Alastair intercambia una mirada conmigo, me está pidiendo ayuda porque él no es capaz de decírselo. Y acudo en su ayuda, me pongo a su altura mientras caminamos hacia el coche.

—Bueno —sopeso cada una de mis palabras—, todavía no porque hay que hacer muuuuuuuuchas cosas antes de que vengas —exagero mi expresión y Alexander frunce el ceño, así que me veo en la obligación de inventarme lo que sea para que no esté triste—. ¿Es que sabes lo que pasa? Hay que apuntarte al cole —empiezo a hacer la lista—, preparar la habitación, la sala de juegos...

Alexander abre los ojos.

—¿Voy a tener una sala de juegos para mí solito? —pregunta.

—¡Claro que sí! Con un scalextric que da la vuelta a toda la habitación. —Alastair me sonrío y me encoge de hombros—. Por eso vas a tardar un poquito más en venir conmigo.

—¿Y un caballo como Orión? Yo también quiero uno, te prometo que lo voy a cuidar mucho —habla de tener un caballo como si fuera un perro, pero lo dice de tal manera que me río.

Alexander baja de los brazos de su padre, que asiente.

—Por supuesto, campeón —le responde—. ¿Dónde os gustaría ir?

Pero justo cuando estamos a punto de discutir posibles destinos, su móvil suena. Se pone tenso cuando ve la pantalla.

—¿Te importa quedarte con Alastair un momento?

Niego.

Con una disculpa rápida, se aleja unos pasos para atender la llamada. La expresión de su rostro cambia sutilmente, el ceño fruncido apenas es perceptible mientras habla. Aunque intento no prestar atención, el nombre "Ava" llega hacia mí y siento una punzada de algo indescifrable en el pecho.

Alexander, aún agarrado de mi mano, frunce el ceño y su voz es apenas un susurro.

—No me gusta Ava —confiesa, y sus palabras me llegan cargadas de un significado que va más allá de la simple antipatía infantil—. Quiero que papá esté contigo.

El comentario me toma por sorpresa. Los niños, con su clarividencia inadvertida, a menudo ven el núcleo de las cosas mucho antes que los adultos. Y en ese momento, el deseo de Alexander parece el de mis propios sentimientos, esos que he guardado bajo llave en lo más recóndito de mi ser.

Intento formular una respuesta que sea tanto honesta como protectora de su inocencia, pero las palabras adecuadas se disuelven como la bruma.. Antes de que pueda hablar, Alastair regresa, guardando el teléfono con una expresión complicada que no logra disimular del todo.

La noche, de pronto, parece más fría y el cielo estrellado más distante. Necesito saber quién es Ava, hay algo dentro de mí que siente una mezcla de curiosidad y temor. Ava es un misterio cuya respuesta, sospecho, podría cambiarlo todo.

Y eso es lo que más me aterra.



Alastair, tras llevar a Alexander a la cama, regresa al salón. Su figura se recorta contra el umbral de la puerta, una silueta imponente y, al mismo tiempo, tan familiar que mi corazón da un vuelco. Nota mi distancia emocional inmediatamente, su semblante cambia, transformando por una preocupación patente.

—¿Qué ocurre, Isabel? —Su voz rompe el silencio, pero sus palabras parecen flotar hacia mí a través de un espeso velo de niebla que se ha creado entre nosotros. Mi mente divaga, perdida entre los recovecos de mis pensamientos que parecen laberintos sin salida.

Ava, Ava, Ava... ¿Quién demonios eres?

Respiro hondo, sintiendo el aire frío llenar mis pulmones, y con él, me atrevo a verbalizar la inquietud que me ha mantenido cautiva toda la noche.

—¿Quién es Ava, Alastair? —pregunto, con voz firme aunque dentro de mí todo es una turbulencia.

Al escuchar el nombre, observo cómo su cuerpo se tensa, como si cada músculo se preparara

para una batalla.

—Nadie —responde rápidamente, demasiado rápido. La simpleza de su respuesta me golpea con una fuerza que no esperaba, haciendo que mis dudas se enreden aún más.

Alastair se acerca a mí; con pasos medidos, casi cautelosos. Me enfrento a él con una mirada inquisitiva, decidida a desentrañar el misterio que siento que está empezando a erigir un muro entre nosotros.

—¿Qué eres de ella? ¿Sois amigos, amantes... qué? —La serie de preguntas fluyen de mí antes de que pueda contenerlas, cada palabra impregnada de un temor velado a las respuestas que pueda recibir—. Y no me mientas.

Él se sienta a mi lado en el sofá, su proximidad es un tormento y un consuelo al mismo tiempo.

—Es complejo —empieza, y su voz lleva un peso que no había notado antes—. Dada mi situación... —se detiene, buscando palabras que quizás teme pronunciar. Tras un momento de hesitación, sus ojos se encuentran con los míos, y en ellos veo una sinceridad que me desarma—. Ava no es nadie para mí.

—¿Y por qué te llama tanto? ¿Por qué te dice cielo? ¿Por qué te pones tan tenso cuando ves su nombre en el móvil?

No quiero parecer una celosa, pero es lo que siento. Necesito explicaciones porque siento que me voy a morir cada vez que él pronuncia que solo somos amigos, porque yo no lo siento así.

—Es complejo... —le interrumpo y me levanto.

—Eso ya lo has dicho —resoplo y miro a otro lado—. Ya sé que tu posición es complicada. Ya sé que tienes una responsabilidad mayor porque tienes un hijo. Solo te estoy preguntando quién es ella porque... porque... —respiro hondo y lo suelto todo— porque cada vez que veo que te llama se me retuercen las carnes. Cada vez que dices que somos amigos mi corazón se rompe. Mira, estúpido highlander —lo señalo—, no sé como narices lo has hecho. Pero te has colado aquí —me toco el corazón, dejándolo ojiplático— y quiero saber quién es para asegurarme de que esto está a salvo.

Se queda callado, mirándome fijamente, mientras intenta procesar la avalancha de emociones que acabo de soltar. Puedo ver cómo lucha por encontrar las palabras adecuadas, cómo sus labios se abren y se cierran varias veces antes de que finalmente hable. Parece apenado, sin embargo, le brillan los ojos.

—Sí, es complicado —me coge de la barbilla y me levanta el rostro—. Pero quiero que sepas que te quiero, Isabel. Tú, española gruñona, también te has colado en mi corazón. Lo hiciste aquella noche en el Lochside Tavern y desde ese día no he podido sacarte de mi cabeza.

Esas palabras, tan cargadas de significado, caen entre nosotros como una llave capaz de abrir un torrente de emociones reprimidas.

Me quiere, me quiere... ¡joder, me quiere!

La tensión se disuelve, reemplazada por un sentimiento abrumador que me empuja hacia él. Dejo que la Isabel impulsiva, esa que lleva dos años escondida, salga a la superficie.

Mis labios encuentran los suyos en un beso que nace de la necesidad, del deseo y de un amor que, hasta este momento, no me había permitido reconocer plenamente.

El beso se profundiza hasta que tenemos la necesidad de separarnos por falta de aire.

Me coge la cara entre sus manos y clava su mirada en mí.

—Recuérdalo, Isabel, te quiero. Pase lo que pase, te quiero.

Asiento, embelesada.

—Yo también te quiero, Alastair.

Pero en el fondo de mi corazón, un susurro de duda se cierne como una sombra.



CAPÍTULO 35

ALASTAIR

Cuando dejo de acariciarle la espalda, Isabel se remueve. Está dormida tan plácidamente que me da pena moverme, pero tengo la necesidad de levantarme. No puedo dormir.

Mientras observo cómo las gotas de lluvia se estrellan con fuerza contra los cristales de la ventana de la cocina, siento que la tormenta refleja el caos que arremete en mi interior. Trago un largo sorbo de la leche caliente que he preparado, buscando algún consuelo que apacigüe mi tumulto interno, pero el alivio es inexistente.

Blair rompe el silencio, aunque intenta no agravar la situación.

—No puedes seguir así, Alastair. Isabel merece la verdad. No puedes seguir alimentando esperanzas que no vas a cumplir —me dice con una franqueza desarmante.

Mi amigo ha venido a verme porque quería saber sobre la situación con Alexander. Pero al entrar a casa se ha encontrado con Isabel y, después de una conversación en mi despacho, le he confesado que le he dicho que la quiero. Olivia estaba detrás de la puerta y se ha enterado de todo.

Apoyo el vaso sobre la mesa.

—Lo sé, lo sé. Y lo peor es que le he dicho que la quiero, porque es verdad, la quiero de verdad —confieso con la voz entrecortada, dejando escapar la desesperación que me consume por dentro.

Olivia, que hasta ahora había guardado silencio, me interpela con una franqueza que resuena con dureza en medio del retumbar de la lluvia.

—¿Entonces por qué juegas con ella, Alastair? ¿Por qué te empeñas en seguir un camino que claramente te está desgarrando?

Me crispo ante su pregunta, más por la confrontación conmigo mismo que con ella.

—No es tan simple —respondo—, estoy atrapado entre el deber y el deseo, Olivia; entre honrar la memoria de padre casándome con Ava y seguir mi corazón que le pertenece a Isabel. ¿Crees que es fácil para mí?

Un rayo ilumina el cielo nocturno, seguido de un trueno que parece sacudir los cimientos de la casa. Blair coloca su mano sobre mi hombro, intentando transmitir calma, pero Olivia lo corta con una revelación que me deja atónito. La conozco demasiado bien y sé que me está ocultando algo. Siempre frunce el ceño de esa manera cuando lo hace.

—Nuestro padre... él sabía de los problemas que los matrimonios arreglados, Alastair. No era ajeno a las luchas internas que nos causaban.

Olivia había vivido en casa mucho más tiempo que yo, hasta que se casó con su ahora casi ex marido. Yo me mudé en cuanto pude, pero a ella nunca se lo permitieron. No era lo correcto para una dama de alta cuna.

La ventana se abre abruptamente y Blair la cierra para que la lluvia no entre y moje todo a su paso.

—Olivia, ¿hay algo que me quieras decir? —le pregunto, levantándome del taburete y cruzándome de brazos.

Ella traga saliva con dureza.

—Antes de morir, guardó un diario en su oficina. Varias veces lo escuché discutir con nuestra madre sobre cómo los matrimonios de conveniencia que ella había planeado para nosotros estaban lejos de ser lo que él deseaba para sus hijos. Creo... creo que deberías leerlo, Alastair. Quizá ahí encuentres las respuestas que estás buscando.

Blair asiente en respuesta y clava su mirada en mí.

—Todos queremos que seas feliz, Alastair. Y sabemos que con Ava no lo serás en la vida. Isabel y tú... —chasquea la lengua y se echa el pelo para atrás—. ¿Quién lo iba a decir? Tenéis una química alucinante. ¿Vas a dejar pasar ese tren?

—¿Padre también estaba en contra? —le pregunto entre murmullos casi para mí mismo.

Blair aprieta mi hombro, encierra sus dedos en él y hace un mohín.

—Sí —afirma Olivia—. Lo escuchaba discutir algunas veces. Pero cuando estaba delante hacían como si no pasara nada. Pero padre... —se calla y su mirada se pierde en la nada.

—¿Padre, qué? —me levanto y agarro a mi hermana de los hombros, la sacudo sin brusquedad—. ¡Por Dios, Olivia! ¿Padre, qué? —mi voz la saca de su ensimismamiento.

—Padre me dijo que estaba en mí si casarme con Gleann o no. Pero madre me convenció. Estuve a punto de no hacerlo, Alastair. Tuve una discusión con madre el día de la boda, mientras me ponía el vestido. —Ella parece recordar ese momento y se encoge—. Fue horrible —su voz se quiebra y con ello mi corazón.

Ese día la llevé yo al altar, fui su padrino de bodas. Cuando fui a recogerla a la habitación, observé sus ojos rojos. Pero madre me dijo que era por la emoción y los nervios, que era normal. La creí, a pesar de que mi hermana me estaba gritando que lo detuviera todo. Y yo hice caso omiso a ese sentimiento, al malestar que se desató en mi corazón.

—Olivia, no tienes que seguir —interviene Blair, abrazándola por la espalda—. Eso ya pasó y ahora has tenido el valor de enfrentarte tú sola a ella. Eres muy valiente.

Sí, valentía de la que yo carecía... hasta ahora.

—Necesito encontrar ese diario. Necesito saber qué pensaba realmente padre, y si realmente estoy honrando su memoria casándome con Ava —concluyo, mientras un nuevo rayo corta el cielo, iluminando brevemente la oscuridad que nos rodea.

Blair y Olivia asienten, conscientes de que estamos en un punto de inflexión. Mi futuro, y en cierto modo el de Isabel, depende de las palabras que mi padre dejó escritas en ese diario.

—¿Y sabes dónde está? —cuestiono en dirección a Olivia.

Ella niega.

—Lo único que sé es que está en su antiguo despacho. —«Eso es en casa de madre», pienso—. Un día lo intenté buscar, pero madre me pilló y la cosa no fue bien —responde con un mohín.

A pesar del temporal que azota la región, decido que no puedo esperar más. La lluvia cae torrencialmente mientras me dirijo hacia la casa familiar donde reside mi madre, a varias millas de distancia.

Cuando llego, la casa se yergue imponente y oscura bajo la tormenta, las ventanas parpadean con los relámpagos que iluminan el cielo. Sé que mi madre está fuera en un balneario, aprovechando uno de sus habituales retiros. Tomo un profundo respiro y me adentro en la casa,

decidido a hallar respuestas.

El mayordomo, un hombre mayor que ha servido a nuestra familia desde que tengo memoria, intenta detenerme.

—Señor Alastair, no debería estar aquí sin avisar... —comienza a decir.

Él es el mayor compinche de madre.

—No tengo tiempo, James. Necesito algo del despacho de mi padre —le interrumpo con firmeza, pero sin dejar de mostrar respeto.

Subo las escaleras con pasos decididos y entro, un lugar que siempre me ha inspirado tanto respeto como temor. Me dirijo directamente al escritorio, una robusta pieza de madera oscura que en la que le recuerdo casi a diario. Revuelvo entre los cajones, mi corazón late acelerado, hasta que mis dedos encuentran el cuero desgastado del diario.

Con el diario en manos, me siento en la silla de cuero de mi padre que todavía huele a él, y lo abro con cuidado. De entre sus páginas cae una carta, doblada con precisión, que lleva el inconfundible garabato de mi padre. Desdoblo la carta y comienzo a leer:

Mis queridos Alastair y Olivia,

Si estáis leyendo esto, significa que habéis encontrado el diario que he guardado durante todos estos años. Es mi deseo que al leer estas palabras, encontréis en ellas la fuerza para hacer aquello que yo no tuve el coraje de hacer en vida: buscar mi propia felicidad.

Quiero que sepáis cuánto me siento orgulloso de ambos. Cada uno a su manera ha demostrado una fortaleza y una integridad que cualquier padre estaría honrado de reconocer en sus hijos. Sé que las expectativas y las tradiciones familiares han pesado sobre vosotros desde muy jóvenes, pero mi amor por ambos siempre ha deseado que, por encima de todo, encontraréis el camino hacia la verdadera felicidad.

En mis últimos años, he reflexionado mucho sobre las decisiones que tomé, muchas de ellas influenciadas por la presión de mantener el legado y el estatus de nuestra familia. A menudo, estas decisiones vinieron a costa de sacrificios personales, tanto míos como de quienes me rodean.

Por ello, os lo imploro, haced lo que yo no pude hacer: librarse de las cadenas de las expectativas que no os pertenecen. Vivid vidas que os llenen de alegría y satisfacción, no de remordimientos. Aprended de mis errores y permitiros ser felices, por encima de cualquier obligación impuesta.

Siempre en mi corazón,

Edmund

Sostengo la carta contra mi pecho y me dejo caer en el sillón. Ahora sé lo que debo hacer.

James se encuentra en la puerta y lo miro con tanta rabia que retrocede cuando me levanto y me acerco a él, sosteniendo el diario en una mano y la carta en la otra.

—¿Mi madre sabía de esto? —le enseño la carta y él palidece—. ¿Mi madre sabía de esto?! —grito y escucho como las puertas del servicio se abren.

James tartamudea y lo aparto.

No puedo creer que me haya hecho esto, no puedo creer que mi madre nos haya manipulado durante años.

—Dile a mi madre que hablaré con ella cuando vuelva. —Está a mi espalda—. Y hazle saber que lo tengo y lo sé todo —le enseño el diario y lo observo por el rabillo del ojo. Se acabó, por fin se ha acabado esta tortura.



Al regresar a mi casa en las Highlands, el corazón me late con una fuerza que casi puedo oír, resonando con cada gota de lluvia que aún cae de mi ropa empapada. Al entrar, la escena que me recibe disipa cualquier resto de duda o temor que pudiera haber albergado. Isabel está allí, su risa se mezcla con la de Olivia y Blair.

La veo, su risa despreocupada y su mirada llena de vida, y en ese momento, todo se vuelve cristalino. Avanzo hacia ella mientras una sonrisa se forma en mis labios. Antes de que pueda decir palabra, la agarro de la cintura y la beso apasionadamente, un beso que sella cualquier promesa no dicha, un beso que habla más que mil palabras.

El silencio cae sobre la sala por un momento, todos los ojos están sobre nosotros. Isabel me mira con los ojos como platos.

—¿Qué pasa? —pregunta, su voz en murmullo de incredulidad.

Con una certeza que nunca antes había sentido, respondo con voz clara, lo suficientemente fuerte para que todos los presentes escuchen.

—Te quiero, Isabel.

Ella parpadea, todavía procesando mis palabras, pero antes de que pueda reaccionar nuevamente, se da cuenta de mi estado.

—¡Alastair! Estás empapado, ¡ve a bañarte ya! —exclama, pero la sonrisa en su rostro no puede ocultar su felicidad.

Lo que sigue es una discusión juguetona, típica de nosotros, mientras ella intenta empujarme hacia el baño.

—No puedes estar serio ni cinco minutos, ¿verdad? —gruñe Isabel, aunque el tono de su voz está teñido de cariño.

Riendo, la levanto en vilo y la cargo sobre mi hombro como si fuera un saco de patatas.

—¡Alastair! ¡Bájame! —protesta, entre risas, mientras yo subo las escaleras.

Maine observa la escena con una sonrisa radiante.

—¡Maine, ayúdame! —grita Isabel, intentando zafarse en un esfuerzo inútil—. ¡Olivia, Blair, traidores!

Pero Maine, sabiamente, se hace la tonta, su sonrisa se ensancha aún más. Al pasar junto

a ella, le guiño un ojo y ella lo entiende todo.

La risa de Isabel se mezcla con la mía mientras cerramos la puerta del baño detrás de nosotros.

—Hueles a perro mojado —la bajo y ella me da un codazo—. Y me has mojado entera.
—Se señala.

Pero la cojo de la cintura y la acerco a mí.

—Pero soy tu perro mojado.

Ella me coge del cuello del jersey y me acerca a ella.

—Solo mío.



CAPÍTULO 36

Hay promesas que no se deben hacer si no quieres dañar a otra persona, a esa a la que se supone que quieres. Si como yo, odias que no cumplan las promesas que te hacen, no te enamores de un Duque escocés.

Enamorarse... ¡Señor! Solo de pensarlo me daban escalofríos. Creí que nunca más volvería a pronunciar semejante palabra, pero aquí estoy; sentada en el sofá de casa con los brazos cruzados y enfurruñada con él por dejarme plantada.

¡Maldito highlander! Cuando lo pille, se va a enterar.

—Tía, relájate, parece que vas a echar humo por las orejas —se ríe Lara de mí, oteando de vez en cuando por la ventana.

Chasqueo la lengua y dejo escapar todo el aire de los pulmones.

—Me dijo que vendría a por mí a la una... ¡son las tres! —replico—. Y lo peor es que no me coge el teléfono y...

Me callo cuando la mirada audaz de Lara recae en mí. Isla está en su regazo y ella le acaricia la cabecita. Mi perra no se inmuta, está demasiado bien recibiendo mimos.

—Ni que estuvieras colada por él, Isi —murmura con una sonrisa socarrona—. ¿O es que se te ha olvidado contarme algo de vuestro viaje a Chicago?

No le había dicho nada, siquiera que Alastair me había dicho que me quería... ni yo a él. Si se entera Lara, pronto correría la voz y quiero estar segura de todo, tantear el terreno antes de decírselo a nadie. Pero mi amiga es demasiado inteligente como para saber que hay algo que no le he contado, quizá por las llamadas hasta las tantas de la madrugada, los mensajes o por la cara de estúpida enamorada que cargo en cuanto me suena el teléfono.

Me encojo de hombros y relajo las facciones de mi rostro.

—No, no se me ha olvidado nada —respondo y ella asiente.

Se levanta del sillón que hay justo al lado de la ventana, haciendo que Isla la imite y acabe en su colchoncito. Lara se acerca y pone su mano en mi hombro.

—Solo te voy a decir esto —susurra con una sonrisa—. Me alegro que vuelvas a ser feliz con alguien. —Se acerca a mi oído—. Me lo ha contado Olivia.

Me echo a reír y decido no decir nada. me quedo callada a esperas de que Alastair me coja el teléfono. Pero no lo hace. Me quito los zapatos y enciendo la televisión.

Aquí me encuentro, en la penumbra de mi apartamento, anegada en una amalgama de sensaciones que fluctúan entre la rabia y la frustración. Me he vestido con esmero, seleccionando un vestido azul que me compré hace mucho tiempo, y unos zapatos de tacón que añaden un toque muy sensual a mi estilismo. Todo, pensando en Alastair, en cómo sus ojos se posarían en mí con aquella mezcla de deseo y ternura a la que he comenzado a habituarme. Sin embargo, el reloj ha continuado su marcha inexorable y él no ha aparecido.

Mis amigas han inundado mi teléfono con mensajes y me pongo cómoda mientras me como un helado para contestarles

Triana: ¿Cómo estás? Nos ha dicho Lara que te han dejado plantada.

Pilar: ¿Todo va bien?

Fati: Si ves que no va, es que no merece la pena.

Les respondo con una ceja enarcada al aire.

Isabel: Todo bien, chicas. Estoy esperando que me diga algo, Alastair no es de los que dejan tirada a la gente. Le ha tenido que pasar algo.

Le doy a enviar y me aclaro la garganta.

—¡Te ha faltado tiempo para decírselo a las chicas, pedazo de puta! —le grito a Lara, que se está preparando un café.

Ella se echa a reír, pero me fijo en el audio de cinco minutos que me ha grabado Triana en respuesta. le doy a la pantalla y me lo acerco a la oreja.

—"Tía, estamos todos igual. Queremos conocer a Alastair porque los medios solo saben hablar maravillas de él. ¡Y es guapísimo! —exclama—. ¿A qué sí, cielo? ¿A qué la tita Isi se ha echado un novio muy guapo! —La pequeña se ríe en respuesta—. ¡Hasta mi hija lo dice, Isi! Si dices que le ha tenido que pasar algo para que no haya ido, estoy segura de que es así. No se le ve mal tío. Quizá haya sido por algo de su hijo, ¿lo has pensado?"

¡Ostras! Pues no lo había pensado. ¿Y si le ha pasado algo a Alexander y ha tenido que irse para allá y no me responde a las llamadas porque está en el avión? Sí, tiene que ser eso. Aunque la preocupación crece en mi pecho al pensar que al pequeño le ha podido pasar algo.

Isabel: No lo había pensado, pero estoy segura de que es algo importante. Os lo presentaré en la boda de Cristian y Fani, ¡qué quedan dos semanas! ¡Qué ganas de pegarme una buena fiesta!

Dejo el móvil en el sofá y me meto una cucharada de helado. Cuando lo cojo, Cristian me ha respondido.

Cristian: ¡La tendréis! Isi, Lara, os esperamos para la despedida. ¡No nos falléis!

Cristian y Fani han decidido hacer una despedida conjunta con todo el grupo. Por mi parte, he prometido no liarla porque la última vez que estuvimos todos juntos, excepto Nochebuena, la lié... mucho. Demasiado.

Lara: Allí estaremos. Además, Fati nos está haciendo el vestido. ¿Crees que vamos a dejar pasar la oportunidad de lucirlos?

Nuestra amiga se ha encargado de nuestros vestidos y del suyo. Nos ha ido pasando el

proceso por videos y solo puedo decir que es una grandísima diseñadora.

Dejo el móvil otra vez y vuelvo a comer helado. Pero la llamada de mi madre llega en un momento particularmente pensativo. Su voz resuena con preocupación.

—Isabel, cariño, ¿cómo estás? —pregunta y yo suspiro.

—Oh, mamá, Alastair me ha dejado plantada hoy —confieso, dejando que la verdad se deslice por mis labios con una mezcla de alivio y pesar.

—Pero cariño, ¿estás bien a su lado? ¿Ha ocurrido algo? —Su pregunta es directa, penetrante, como suele ser cuando intenta llegar al corazón de los asuntos.

—Sí, mamá, estoy muy a gusto con él, realmente lo estoy. Es solo que... hoy no sé qué pensar.

—Entonces, ¿debo esperar un nuevo yerno o le pido la escopeta a tu padre? —su tono es juguetón, intentando aliviar la pesadez de mi ánimo.

—Es posible, mamá —respondo, una sonrisa floreciendo brevemente en mis labios ante la idea de que Alastair sea algo más—. Es posible que tengas un nuevo yerno.

Mi madre pega un grito ahogado.

—¡Antonio, qué la niña tiene novio! ¡Qué no se queda para vestir Santos! —exclama con efusión—. Ay, cariño, que alegría me das. Pero ¿estás segura? A ver si ahora él va a pasar de ti.

Me encojo de hombros e Isla clava su mirada en mí.

—Estoy segura de que ha tenido que pasar algo importante para que me haya dejado plantada. Alastair no es así. —O eso espero.

Quiero pensar que Alastair tiene una razón válida, algo que justifique su ausencia y que no signifique simplemente un desinterés o una falta de respeto hacia mí. Aunque mi corazón intenta aferrarse a esa esperanza, una parte de mí no puede evitar sentirse vulnerable y dudosa.

—Cariño, entonces dale el beneficio de la duda, pero no bajes la guardia —me aconseja mi madre.

—Lo intentaré, mamá. Gracias por escucharme —respondo.

Después de colgar, me dirijo hacia la cocina. Mientras lleno un vaso de agua, mis pensamientos se encadenan uno tras otro, formando un monólogo interior que busca ordenar mis sentimientos y planificar el enfrentamiento inevitable con Alastair.

—No, no se me ha olvidado nada —ensayo en voz baja, imaginándome su presencia, su rostro ligeramente confundido ante mi reproche. Planeo cada palabra con meticulosa atención.

Lara ha detectado mi malestar mucho antes de que se vocalizara. Su mano en mi hombro

y sus palabras susurradas son un recordatorio de que, más allá de este incidente, hay algo que no debo descartar tan precipitadamente.

—¿Tú sientes qué es así? ¿Qué ha tenido que ocurrir algo para que no haya venido?

Asiento.

—Sí, por supuesto —pero hago un mohín—. Alastair no... no me dejaría plantada así como así —me tiembla la voz.

Así que decido esperarlo, pero el sonido del teléfono rompe el silencio y me hace sobresaltar. Al ver en la pantalla un número desconocido, una oleada de curiosidad recorre mi espina dorsal. ¿Y si es él? Deslizo el dedo sobre la pantalla y llevo el aparato a mi oído, mi corazón palpita con expectación.

—¿Hola? —Mi voz es un susurro tenso.

—Si quieres saber qué esconde Alastair, ven a Meteor Mansion a las siete de la tarde —dice una voz femenina en el otro extremo de la línea, con un tono cargado de un desdén frío y calculador.

—¿Perdona? —Parpadeo incrédula y Lara me hace un ademán con la cabeza para saber quién es. me encojo de hombros en respuesta—. ¿Quién eres? —inquiero, intentando mantener la compostura, aunque la intriga y el desconcierto me invaden.

La respuesta es una risa maliciosa, un sonido que eriza mi piel y hiela mi sangre momentáneamente antes de que la llamada se corte abruptamente, dejándome con el teléfono aún pegado a la oreja y una sensación de vacío ensordecedor.

Lara se acerca lentamente a mí.

—Isabel, ¿vas a ir? —pregunta con su voz cargada de un temor que se palpaba en el aire—. Esto parece una película de terror, tía.

Me quedo en silencio, sopesando las opciones. La parte racional de mi mente me grita que ignore la llamada, que es una trampa o una broma de mal gusto. Pero la semilla de la duda ha sido plantada firmemente. ¿Qué si hay algo crucial que necesito saber sobre Alastair? ¿Y si esto cambia todo?

—Yo... no lo sé, Lara. ¿Y si... y si...?

Ella traga saliva tan duramente como yo y se cruza de brazos. Desvía la mirada hacia la sartén que hay en la encimera y frunce el ceño. La coge y me la enseña.

—Si decides ir, voy contigo y con mi amiga *si me tocas te rompo los huevos* —murmura.

Asiento con la cabeza, más por la necesidad de disipar la incertidumbre que por convicción.

—Necesito saberlo, Lara. No podría vivir con la duda —confieso, sintiendo cómo el peso de la decisión me libera y me encadena al mismo tiempo.

¿Y si Alastair...? Disipo todo pensamiento mientras bajo por las escaleras hacia el coche. Nos subimos y pongo el GPS hacia Meteor Mansion. Lara se abrocha el cinturón y me mira los pies.

—¿Deportivas con ese vestido? —inquire, mientras meto la llave en el contacto.

Me encojo de hombros.

—Por si tengo que salir corriendo o pegar alguna que otra patada —bromeo.

O por lo menos espero que sea una broma de mal gusto y todo quede en eso.

Lara asiente y saca su teléfono para intentar llamar a Blair. Pero al igual que con Alastair, solo encuentra el vacío del buzón de voz.

—No responde —dice con un suspiro, guardando su teléfono—. Vamos, esto es muy raro.

El viaje hasta Meteor Mansion es silencioso. Situada en las afueras de la ciudad, la mansión es conocida por su arquitectura imponente. A medida que nos acercamos, la silueta se recorta contra el cielo crepuscular, como un presagio que hace que me entren escalofríos. Frunzo el ceño cuando me dejan pasar, las puertas se abren y siento la agitación de la gente que hay dentro de la mansión.

—¿Pero qué coño...? —musito, aparcando.

Un aparcacoches intenta que le dé las llaves, pero me niego diciéndole que será solo un minuto. Lara y yo subimos los tres escalones y nos paramos ante el portón entreabierto. Dentro, la gente está riendo y bebiendo. Hay servicio que reparte copas de champagne. Me introduzco en la casa y miro arriba la enorme lámpara de araña. Sin embargo, Lara me codea y clavo la mirada en ella. Su semblante se ha vuelto serio y me hace un gesto para que mire hacia delante. Cuando lo hago, me quedo sin respiración.

Allí está ella, la madre de Alastair con una mujer hermosamente bella a su lado.

—Vaya, pensábamos que no ibas a venir —dice la mujer de la que desconozco su nombre, pero sí su voz. Es ella, la que me ha llamado. Me tiende la mano y yo se la estrecho—. Soy Ava Campbell, querida.

Me retiro abruptamente y tanto ella como la madre de Alastair ríen.

—¿Qué queréis? —les pregunta Lara con un tono borde, acercándome a ella.

La madre de Alastair, esa señora que me emponzoña con su mirada, da un paso hacia adelante con la mano de Ava encima de la suya. Me la enseña y yo pierdo toda noción de la

realidad.

—¿Ves esto, querida? —Parpadeo incrédula—. ¿Sabes lo que es o tu mentalidad pueblerina te lo impide?

Estoy tan sorprendida y confundida que por un momento no puedo formular una respuesta. La atmósfera está cargada de tensión y me hace sentir como si el aire se espesa, dificultando cada inhalación. Miro la mano que la madre de Alastair me enseña, y en ella destella un anillo que reconozco de inmediato.

—Es el anillo de compromiso de la familia de Alastair, una joya que ha pasado de generación en generación —murmura Ava con una sonrisa siniestra.

El impacto me hace tambalear, y Lara aprieta mi brazo.

—Ese anillo... —mi voz se quiebra.

—Exacto, querida —interviene Ava con una sonrisa que no alcanza sus ojos—. Alastair me lo entregó hace tan solo unos minutos. Soy su prometida.

El mundo parece girar a mi alrededor mientras las palabras de Ava reverberan en mi mente. Mi corazón se siente como si estuviera siendo apretado en un puño cruel.

Niego y siento como los ojos se me humedecen. Simplemente no es posible, Alastair nunca... nunca me mentiría.

—¿Pensabas que mi hijo iba a estar contigo? —Se ríe y yo la miro con el corazón en un puño. Se acerca y acaricia mi mejilla—. Querida Isabel, las plebeyas solo estáis para calentar la cama. Alastair se ha prometido y te lleva engañando desde que te conoció. Eso es lo único que has sido para él, sino ¿por qué no te ha llamado hoy? —suspira con una tristeza fingida y se toca el corazón—. No te lo tomes a mal, querida. Teníamos que decírtelo. Ni Ava ni yo soportábamos la carga de saber que vivías en la ignorancia. —Y conforme habla, yo lo enlazo todo.

Ava, ella es su prometida y yo solo un maldito juego con el que se ha consolado hasta ese momento. Un juguete que ha tirado a la basura cuando le ha dado la gana.

—Eso no puede ser —murmura Lara, tan sorprendida como yo—. Alastair no...

—Alastair es mi hijo, niña —interrumpe—. ¿Crees que ese día fue agradable para mí, Isabel? ¿Crees que no es duro para una madre ver como su hijo juega con las mujeres? —dice con el mentón en alto—. Ya te lo dije ese día y a él también. ¿Por qué crees que no le han dado la custodia de Alexander? ¿No habrás creído su versión?

—Qué cabrón —susurra Lara.

Una lágrima se desliza por mi mejilla y bajo la cabeza para que el pelo me tape la cara.

Ava se acerca a mí y me toma de la mano.

—Querida Isabel, yo hago esto porque es mi deber. Pero tú tienes la oportunidad de alejarte, de irte y no sufrir. —Ava suspira con tristeza—. Tú...

—¿Isabel? —escucho su voz a mi derecha y levanto la mirada.

Alastair se queda estático cuando me ve y no puedo evitar limpiar la última lágrima que se desliza por mi mejilla con el dorso de la mano y levantar el mentón.

—Así que, ¿no era nadie? —le pregunto y me hincho de valor para encararlo. Con la mirada acuosa y los ojos entrecerrados, lo miro de arriba abajo y el desdén se acumula en mi voz. Alastair avanza unos pasos hacia mí con las manos extendidas en un gesto apaciguador.

—Isabel, por favor, déjame explicarte qué está pasando—su voz es un ruego cargado de desesperación.

—¿Explicar qué, Alastair? ¿Cómo es que tu madre y Ava parecen conocer mejor tus planes que yo? —mi tono es frío, cortante.

Y él abre los ojos.

—No es lo que piensas —intenta defenderse, pero la mirada de su madre lo atraviesa, llenándolo de una culpa palpable.

—No, claro que no debe ser —digo, cada palabra impregnada de sarcasmo. La situación me desborda, pero no estoy dispuesta a mostrarme vulnerable frente a él. Lara se mantiene a mi lado, pero su mirada recae en Blair.

—Isabel, escúchame. Todo esto es un malentendido. Ava y yo... —Alastair hace una pausa, buscando las palabras adecuadas, pero Ava lo interrumpe.

Me doy la vuelta para salir de allí antes de que me deshaga como la gelatina.

—Alastair, no hagas esto más difícil para ella —dice Ava con un tono de reproche. Se vuelve hacia mí—. Isabel, no quería que te enteraras de esta manera.

Alastair la aparta, lo veo por el rabillo del ojo.

—¿Qué le habéis dicho? —les pregunta—. ¿Madre? —Su tono de voz es alarmante. Avanzo hacia la puerta y tomo el pomo, pero su mano se enrolla alrededor de mi brazo—. Espera, por favor —me ruega.

Pero me zafó de su agarre y salgo. Escucho a Lara discutir con Blair a lo lejos, en realidad, todo parece lejano.

—¡Suficiente! —exclamo, interrumpiendo el caos de excusas y medias verdades. Me doy cuenta de que necesito claridad, espacio para pensar lejos de las manipulaciones y las intrigas de la familia de Alastair.

Mientras atravieso el umbral, siento cómo el frío de la noche se cuela en mi cuerpo y el

dolor bulle dentro de mí. La voz de Alastair me sigue, cargada de una desesperación que parece atravesar el aire frío.

—Isabel, por favor, déjame explicarte. No es lo que crees —insiste Alastair, con la voz rasgada.

Con un suspiro que parece llevarse parte de mi alma, me detengo a unos pasos de distancia, girando para enfrentarlo una última vez. La iluminación suave de la mansión proyecta sombras que juegan caprichosamente sobre su rostro, dándole un aspecto casi fantasmagórico. Alastair avanza hacia mí, sus pasos resonando en el pavimento con una determinación que contrasta con el dolor que se dibuja en sus ojos.

—Isabel, lo que Ava y mi madre te han contado... es mentira. Vine aquí para enfrentarlas, para decirles que no habrá boda. Porque la persona a quien realmente quiero es a ti —declara.

Llega tarde, demasiado tarde. Mis ojos se encuentran con los suyos, buscando en las profundidades de esa mirada algún atisbo de la verdad que su boca pronuncia. Pero el corazón tiene sus razones, que la razón no entiende, y el mío ya está demasiado lastimado.

—Alastair, ¿es verdad que estabas prometido con Ava? —pregunto, necesitando oír la verdad, aunque cada palabra sea una estaca en mi corazón.

Él asiente lentamente, la admisión parece costarle cada fibra de su ser.

—Sí, estaba prometido con Ava, pero... —comienza, pero la confesión basta para reafirmar la traición.

—Así que, mientras estabas conmigo, mientras me decías que me querías, ¿pensabas en casarte con otra? —las palabras brotan de mí no como una pregunta, sino como un lamento.

Alastair parece encogerse con cada sílaba, su rostro una máscara de dolor y arrepentimiento.

—Isabel, lo siento, realmente lo siento. No quería herirte. Me di cuenta de mi error y vine a ponerle fin a todo con Ava antes de que fuera demasiado tarde —su voz se quiebra, buscando en mí alguna señal de perdón.

Pero el daño ya está hecho.

—Lo siento, Alastair, pero aunque hayas decidido suspenderlo todo, eso no cambia el hecho de que me mentiste. Me mentiste sobre algo fundamental, y eso... eso no puedo perdonarlo —digo—. Lo siento.

Me doy la vuelta, dejando atrás a Alastair. No miro atrás, porque tengo miedo de desmoronarse delante de él.



CAPÍTULO 37

—¡Auu!

Abro los ojos de par en par y, cuando me incorporo de un salto, me llevo la mano a la frente.

—¡Venga y levántate! —exclama Lara a mi lado, quitándome las sábanas—. Dios, tía, hueles a tigre. ¿Cuántos días llevas sin ducharte?

¿Dos? ¿Tres? Lo único que sé es que llegué a casa de mis padres hace cuatro y no he salido ni a comer.

—¡Se puede saber qué haces! —grito tanto que hasta Isla se asusta—. ¡Madre mía, Lara! ¡Qué susto! Tú quieres matarme de un ataque al corazón, ¿verdad?

Enciendo la luz y está enfrente de mí con los brazos en jarras, y yo intento que todos mis órganos vuelvan a su sitio porque noto el corazón en la garganta. Miro a mi alrededor y veo una zapatilla en el suelo.

¿La muy bruta me ha lanzado una zapatilla a la cabeza? ¿Ha tenido la desfachatez de hacerlo?

Se acerca a los pies de mi cama y tira de mí. Si fuera una persona normal, me hubiera pedido que me levantara, aunque le hubiera hecho caso omiso. Pego un grito cuando vuelve a hacerlo y acabo despachurrada en el suelo. Mi madre aparece en la puerta con un juego de toallas. Las deja encima de mi cómoda y abre las ventanas. El sol me deslumbra y me tengo que tapar los ojos con las manos.

—Eso, Estela, ventila esta habitación —le dice Lara. me levanto y me sobo el culo—. En serio, Isi, hueles a puto tigre. ¡Vete a la ducha, cerda! Qué no entiendo cómo Isla está aquí dentro. Por favor, venta, bonita, que te vas a asfixiar.

Isla meneas la colita y se va con Lara. Mi madre refunfuña mientras me arregla unas camisetas que me he traído de Escocia. Las dobla y las guarda.

—¿Pero tú crees que esto es posible? Isabel, hija, qué ya tienes pelitos ahí abajo, que no eres una cría para tener así la habitación, hija —me regaña.

Resoplo y me dejo caer en la cama.

—Ya lo sé, mamá —sueno demasiado débil, cansada. Y es que a pesar de dormir, no descanso.

Mi madre se sienta en el borde de la cama y se remanga la camiseta de media manga que lleva con un estampado demasiado estrambótico. Creo que la tiene desde hace veinte años por lo menos, al igual que las alpargatas que utiliza en casa.

Me acaricia el pelo y su mirada maternal se dirige a mí, que agarro una almohada y la estrujo entre mis brazos.

—Te gusta mucho, ¿verdad? No te recuerdo así ni por Cristian —murmura.

¿Tan mal me veo? Posiblemente parezco un zombie salido de *The Walking Dead*, pero ¿tanto? ¿Más que con Cristian? Solo recordar a Alastair hace que sienta un vuelco en el estómago. Alastair no es como Cristian; es algo completamente distinto, algo que parece ir más allá de lo que normalmente entiendo por amor.

—Me ha dado fuerte, mamá —respondo finalmente, lo que significa que sí me gusta mucho; quizá demasiado.

Ella asiente con suavidad, como si comprendiera todo el peso de mis palabras sin necesidad de que diga más. Me ofrece una sonrisa mientras sigue acariciándome el pelo.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —pregunta.

No tengo una respuesta para eso. ¿Qué se hace cuando alguien te afecta de manera tan profunda que altera tu ser entero? No es simplemente un flechazo o una atracción pasajera; es como si Alastair hubiera redibujado los contornos de mi mundo.

—No lo sé, mamá —admito, sintiendo cómo la almohada absorbe la tensión de mis brazos—. Me mintió.

Mamá me mira con una expresión serena. Luego, extiende una mano y acaricia mi mejilla con un gesto lleno de amor.

—Las personas erramos y con esto que te voy a decir no quiero defenderlo. Quizá el pobre estaba muy confundido y no pretendía hacerte daño. Se ha equivocado, sí. Pero ¿no crees que se lo está currando bastante? —Desvía la mirada hacia todos y cada uno de los regalos que me ha enviado desde que le dije adiós. Cajas que no he abierto, que todavía siguen precintadas—. Le quieres —me quita un mechón de la cara y lo coloca detrás de la oreja—. Y querer también es saber perdonar, como lo has hecho con Cristian. Solo ten cuidado, mi niña. El corazón es frágil y el amor puede ser tanto un bálsamo como un veneno.

Asiento, sabiendo que tiene razón. Cristian fue un capítulo cerrado, uno que pensé que había sido amor, pero ahora entiendo que lo nuestro fue más la comodidad de lo conocido que la pasión de lo verdadero. Con Alastair, cada momento parece estar cargado de electricidad, de

posibilidades. Pero también de riesgos.

—¿Eso lo dices porque es guapo y rico?

Mi madre se echa a reír, pero niega y me toca la nariz tal como lo hacía él.

—Lo digo porque en la vida he visto a un chico mirarte como lo hacía él —responde y se levanta. Señala la puerta y se pone un brazo en jarra—. Y ahora ve a ducharte, voy a tener que darle la razón a Lara. Hija, hueles muy mal.

Pongo los ojos en blanco y me dirijo al baño con algo de ropa limpia en las manos. Cuando llego, me meto bajo el agua tibia y me quedo allí durante mucho tiempo. Es inevitable no recordar cada momento que he vivido con él, cada caricia, cada risa y cada beso.

Pero abro los ojos y la realidad me golpea como un cubo de agua fría. Estoy aquí, sola, tratando de descifrar mis sentimientos y los de él, mientras el agua borra las huellas de un día más en la confusión de mi mente.

Me pregunto si él siente lo mismo, si esos momentos compartidos significan tanto para él como para mí. Me pregunto si detrás de esos ojos que a veces me miran con tanta intensidad, hay un futuro posible o solo un bonito recuerdo que, con el tiempo, se desvanecerá.

Al terminar la ducha, me envuelvo en una toalla y me miro en el espejo empañado. Paso la mano por el vidrio, borrando el vapor, intentando verme con claridad, como desearía ver todo lo demás en mi vida en este momento. Me siento vulnerable.

Seco mi cabello, me visto y salgo del baño.. No puedo dejar que el miedo rijan mis decisiones. Y mucho menos el dolor.

Cuando regreso a mi habitación, observo los regalos encima de la mesa. Todos tienen una forma similar a excepción de uno que lleva una carta. Chasqueo la lengua y comienzo a abrirlos. Me sorprende cuando veo que el primero contiene un ratón de ordenador con una nota que dice LO SIENTO. El segundo es una caja con dulces, mis favoritos. El tercero es una pequeña planta en una maceta decorativa, acompañada de otra nota que dice "Para crecer y florecer, incluso en los días difíciles". Cada regalo parece tener un mensaje especial, y mi curiosidad crece con cada uno que abro.

Finalmente, llego al paquete que es diferente, aquel que incluye una carta. Con manos temblorosas, rompo el sello y despliego el papel. La caligrafía es familiar y cada palabra parece pulsar con significado.

“Querida Isabel,

Sé que lo que he hecho no está bien. Sé que he roto tu corazón y no hay cosa que más me lamente en este mundo. Nunca fue mi intención hacerte daño, pero reconozco que mis acciones hablaron por sí solas y el daño ya está hecho. Te pido perdón desde lo más profundo de mi ser,

esperando que puedas encontrar en tu corazón el espacio para eventualmente perdonarme.

Quisiera explicarte cada decisión, cada error, porque creo que te debo esa honestidad. Sí, estaba prometido con Ava y la fiesta de pedida se celebraría en primavera. Me inculcaron desde muy pequeño que mi deber era ese, honrar mi título y a mi familia. ¿Antiguo? ¿Arcaico? Sí, lo sé. Cuando te conocí, esa noche, las cosas cambiaron para mí de una manera inimaginable. No he podido sacarme tu sonrisa de la cabeza desde ese momento. Retrasé la boda todo lo que se me permitió porque me hiciste ver que había algo más que solo honra familia (sé que tu película favorita de Disney es Mulán, me lo dijiste aquella noche). Fuiste tú quién hizo que mi mundo se reconstruyera poco a poco, la culpable de que empezara a cuestionar todo lo que me había sido impuesto. No es excusa para lo que he hecho, pero quiero que sepas que mi corazón estaba y sigue estando en un conflicto.

La decisión de acabar con todo la tomé a raíz de encontrar una carta de mi padre que mi madre me había ocultado, tanto a mí como a Olivia. Siempre he creído que él estaba de acuerdo con los matrimonios de conveniencia, pero me equivocaba. Eso fue lo que me hizo acabar con toda esa parafernalia, con ese circo en el que mi madre era la titiritera y yo la marioneta. Pero debes entender que a pesar de mis sentimientos hacia ti, hay responsabilidades que no puedo ignorar fácilmente. Lamentablemente, mi vida no es solo mía; también pertenece a las tradiciones y expectativas de mi familia. Traté de luchar contra esto, pero cada intento solo me mostraba cuán arraigadas están estas normas en mi vida. Hasta ahora, Isabel. Prefiero no tener el título a no estar contigo.

Sigo pensando en ti todos los días y desearía poder ofrecerte un futuro claro y sin complicaciones. Sé que las palabras no pueden cambiar lo pasado, y mucho menos reparar lo que se ha roto. Aun así, me gustaría tener la oportunidad de intentarlo, si estás dispuesta a escucharme. No pido una segunda oportunidad como algo que merezco, sino como algo que espero poder merecer con el tiempo y la demostración de cambio. Entiendo si no quieres verme o hablar conmigo por ahora, pero si decides que podemos encontrarnos, estaré allí donde quieras, esperando la oportunidad de hacer las cosas bien esta vez.

Sé que las últimas semanas han sido complicadas y quizás no siempre he sabido cómo estar a la altura de las circunstancias. Cada uno de estos pequeños regalos representa una disculpa y un deseo. Una disculpa por los momentos en que no supe entender lo que necesitabas, y un deseo de ser mejor, por ti y contigo.

Pero más que todo, quiero que sepas que cada día que paso a tu lado es un día que valoro profundamente. Tal vez no siempre lo demuestro cómo debería, pero estoy aquí, aprendiendo y creciendo contigo.

Isabel, te quiero. Y quizá esto no sea para siempre, pero quiero que sea contigo, ahora.”

Respiro y me limpio una lágrima traicionera que se escapa por mi mejilla mientras continúo leyendo. Alastair ha desnudado su alma en esta carta, mostrando una vulnerabilidad que no había visto antes. Me siento desgarrada, atrapada.

“Si eso significa tener una oportunidad contigo” continúa la carta. “Estoy dispuesto a enfrentar las consecuencias que vengan de romper con las expectativas que otros han colocado

sobre mí. Pero solo puedo dar ese paso si sé que tú también estás dispuesta a enfrentar ese futuro. No puedo pedirte que entres en esta tempestad sin advertirte de lo turbulento que puede ser."

Las palabras me golpean con la fuerza de un huracán. Alastair está ofreciendo algo que nunca pensé posible, un futuro juntos, aunque plagado de desafíos. Es una oferta tentadora, pero también aterradora. Me pregunto si tengo la fortaleza para embarcarme en un viaje que seguramente será escrutado y criticado.

"Por favor, Isabel, tómate todo el tiempo que necesites para pensar en esto. No necesito una respuesta inmediata, solo la esperanza de que tal vez, juntos, podamos encontrar un camino a través de este enredo. Te esperaré, sin importar cuánto tiempo tomes."

Siempre tuyo, Alastair."

Termino de leer y dejo la carta sobre mi escritorio, sintiendo cómo cada palabra se asienta en mi mente y corazón. Necesito tiempo para procesar todo esto, para pesar los riesgos contra la posibilidad de un amor verdadero y libre de las cadenas del deber.

Me levanto y camino hacia la ventana, mirando hacia fuera en busca de claridad. ¿Puedo realmente entrar en una relación que podría alterar mi vida y la suya de manera irrevocable? ¿Es lo correcto?



CAPÍTULO 38

Pasan los días y cada vez me siento más confundida y agitada. Mis pensamientos son un torbellino, girando sin cesar entre la posibilidad de un futuro con Alastair y las realidades que ello conlleva. Mi corazón se inclina hacia él con cada recuerdo dulce, cada promesa susurrada en noches estrelladas, pero mi mente advierte sobre el terreno complicado y posiblemente doloroso que nos espera.

¡Maldito Highlander de mierda! No podría haberme enamorado de un tío normal, no. ¡Yo de un Duque!

Le tiro la pelota a Isla y ella va a recogerla. Estamos en la finca de los viñedos, está atardeciendo. Debo darme prisa, en unas horas es la despedida de Fani y de Cristian y no puedo llegar tarde.

Paso por casa y el reloj marca las siete y media; queda poco tiempo y la ansiedad me corroe por dentro. Me dirijo directamente al armario, buscando ese vestido que sé que me sienta como un guante. Es un modelo ajustado, de terciopelo azul oscuro, con un escote en V que se sumerge en la delicadeza de mi pecho, realzando la curvatura de mi silueta. Lo elijo no solo por su elegancia sino porque, esta noche, necesito sentirme poderosa, segura.

Mi reflejo en el espejo confirma la elección: el vestido es todo un acierto. Con cuidado, selecciono unos tacones a juego, altos y con tiras que serpentean alrededor de mis tobillos, y añado unos pendientes largos que oscilan con cada movimiento. El maquillaje lo mantengo sofisticado: un ahumado que intensifica mi mirada y un labial en tono vino que destaca mis labios, firmes y decididos.

Salgo de casa y tomo un taxi hacia el domicilio de Cristian y Fani, donde nos reunimos todos.

—Vas guapísima —me susurra Pilar mientras Quique abre la puerta del portal con sigilo.

No sé cómo se las ha apañado, pero ha conseguido las llaves del piso.

—Es que hoy va a por todas —me guiña un ojo Iván.

Pablo le da una colleja y le hace un ademán con la cabeza para que suba las escaleras. Fani y Cristian saben que hoy es su despedida, lo que no se esperan es que entremos en su casa con todo el arsenal que llevamos en bolsas para hacerles pasar algo de vergüenza.

Fati nos chista cuando llegamos a la primera planta y Quique mete la llave en la cerradura. La gira silenciosamente y la puerta se abre con un click. Entramos todos con sigilo y los pillamos con sorpresa en la cocina. Los chicos cogen a Cristian y nosotras nos llevamos a Fani a la habitación. Le ponemos un tutú rosa, una diadema con un pene y una banda.

Cuando salimos, Cristian está igual pero en vez de llevar un pito, le han puesto unas tetas. Las fotos empiezan a llegar pronto y todos nos miran cuando vamos a la discoteca. El portero nos deja pasar porque tenemos una entrada VIP.

El ambiente allí es eléctrico. Todos están divirtiéndose y me obligo a seguirles el ritmo por muy poco que me apetezca estar allí. La música retumba en mis tímpanos. Nos abrimos paso entre la multitud hasta alcanzar la barra. Necesito un chupito... o dos.

Me apoyo en la barra, pidiendo una copa, intentando pasarlo bien. No obstante, es imposible. No dejo de pensar en Alastair y en la carta que me ha escrito. Además, hay algo que no termina de encajar. Siento una mirada insistente en mi espalda y al girarme, me encuentro con dos chicos que me observan con insistencia. Sus sonrisas son torcidas, cargadas de una intención que no me agrada. Trato de ignorarlos, de concentrarme en la conversación que mis amigos sostienen, pero ellos se acercan.

El primero intenta bloquear mi espacio, preguntándome mi nombre con un aliento cargado de alcohol. Le respondo con frialdad, intentando no dar pie a más interacción. Sin embargo, su amigo se suma, haciendo un comentario sobre mi vestido que roza lo obsceno. Mi paciencia se desgasta; esta noche se suponía que era para desconectar y no para aguantar a dos borrachos.

—Oye, guapa, ¿y si te vienes conmigo al baño? —dice uno de ellos.

Lo ignoro, me doy la vuelta y me centro en lo que Pilar está contando. Quique y Triana están agarrados y bailando al ritmo de la música y Fati se ha metido entre pecho y espalda una gaseosa porque no bebe alcohol. Lara... bueno, Lara está con el móvil pegado a la oreja porque mañana viene Blair para la boda.

Sin embargo, los dos borrachos insisten en entablar una conversación conmigo.

—Venga, bonita, ¿no te apetece un poco de marcha?

Uno de ellos, el rubio, me coge del antebrazo y me da la vuelta en un movimiento rápido que me retuerce el brazo.

—¡Suéltame! —exclamo, empujándolo con fuerza, pero el agarre del borracho es firme y doloroso.

Fati, que ha notado el altercado, deja su gaseosa sobre la barra y se acerca con paso decidido. Quique y Triana interrumpen su baile y miran preocupados, pero antes de que cualquiera de ellos pueda intervenir, el otro borracho, un tipo de cabello oscuro y mirada turbia, intenta bloquear el paso de Fati.

—Tranquilos, solo estamos charlando —dice el de cabello oscuro con una sonrisa torcida.

—No es así, déjala en paz —insiste Fati, intentando acercarse más a mí.

En ese momento, la música baja un poco y los gritos y risas de los demás asistentes al bar parecen desvanecerse ante la tensión del momento. Lara cuelga rápidamente el teléfono y se une al grupo, intentando evaluar la situación con una mirada rápida.

—¿Isabel, estás bien? —pregunta Lara con preocupación.

Intento responder, pero el rubio aprieta más mi brazo, y el dolor corta mi aliento. Es entonces cuando veo su sombra ceñirse sobre ambos chicos.

—¡Hey! —La voz es profunda y autoritaria. Alastair, al que llevo sin ver desde la no fiesta de compromiso, se acerca rápidamente a nosotros. Su rostro está sombrío, los ojos fijos en el hombre que me sostiene.

Sin una palabra más, Alastair agarra del brazo al rubio y lo retira con una fuerza que hace que el borracho pierda el equilibrio. Su amigo, el de cabello oscuro, da un paso hacia adelante, como si fuera a intervenir, pero la mirada de Alastair lo detiene. Es una mirada que no admite réplicas, fría y calculadora.

—Creo que la señorita ya ha dejado claro que no quiere tu compañía —dice Alastair al rubio... en español.

Un español un poco chapucero, pero entendible.

—Estábamos solo bromeando, hombre, no hay que ponerse así —balbucea el rubio, intentando justificar su comportamiento.

—No es ninguna broma tocar a alguien sin su consentimiento —replica Alastair con severidad. Se gira hacia mí y su expresión se suaviza ligeramente—. ¿Estás bien?

Asiento con la cabeza, todavía tratando de calmarme. Fati y Lara se ponen a cada lado mío.

—Creo que deberíais iros —dice Alastair a los borrachos, señalando la salida con un movimiento decidido de cabeza.

Los dos hombres, claramente sobrepasados por la firmeza de Alastair, recogen sus abrigos de una silla cercana y, con murmullos y miradas de reprobación hacia nosotros, se dirigen hacia la puerta. El ambiente de la discoteca lentamente comienza a volver a la normalidad.

—Podría haberme defendido yo sola —digo, dándole un manotazo, soltando toda la rabia contenida—. ¿Crees que puedes venir —le doy otro manotazo y él retrocede y se soba la parte afectada— aquí a salvarme como si fueras mi príncipe azul?

Abre la boca para decir algo, pero la cierra de inmediato.

Alastair dirige la mirada detrás de mí y frunzo el ceño. Observo a mis amigos, todos mirando a Alastair como si fuera un fantasma. Me doy un golpe mental y pongo los ojos en blanco.

—Este es Alastair —les digo—. Y cerrad la boca que os van a entrar moscas.

Fati es la primera en acercarse y estrecharle la mano. Luego, la siguen todos menos Lara que se está morreando con Blair. Pongo los ojos en blanco y la separo de él.

—¿Has sido tú la que les ha dicho que estábamos aquí? —le pregunto con los brazos en jarra y muy cerca de su oído.

Lara se ríe por lo bajo y se limpia la boca. Dios, qué asco. Estos dos no se besan... ¡se babean!

—Puede ser que sí —se acerca a mí y me hace un ademán hacia Alastair—. ¿Por qué no hablas con él? —me da un empujón y yo me tambaleo.

—¿Para qué? —replico y ella rueda los ojos.

—Para jugar al mus, ¿tú qué crees? Hasta hace dos días estabas encerrada en tu habitación y olías a perro mojado, por decir algo agradable —se encoge de hombros—. Habla con él y zanja las cosas ya.

Suspiro y me abro paso entre mis amigos.

—Disculpad, pero tengo que llevarme un momentín a este ca... —La mirada de Fati me hace callarme—. Vale, vale —levanto las manos en señal de rendición—. Me llevo a Alastair un momentito.

Salimos del ruido y nos encontramos con la fría noche madrileña de febrero. Las calles están apenas iluminadas por las farolas, y la brisa nocturna nos corta el rostro, recordándonos que aún estamos en pleno invierno. A pesar de la hora, Madrid sigue con vida.

Caminamos en silencio durante unos minutos, yo con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza baja. Alastair anda a mi lado, mirándome de reojo, preocupado por mi evidente malestar.

Finalmente, rompo el silencio. Mi voz suena cansada y rasposa, porque estoy luchando por mantener las emociones a raya.

—¿Por qué has hecho eso, Alastair? —mis palabras salen más ásperas de lo que pretendo.

Alastair se detiene y se vuelve hacia mí, sus ojos buscan los míos en la penumbra.

—¿Te refieres a lo de esos tipos? No podía quedarme de brazos cruzados, Isabel.

Chasqueo la lengua y levanto el mentón.

—No, no es eso. —Niego con la cabeza, frustrada. Mis ojos se llenan de lágrimas, pero lucho por contenerlas—. Quiero decir, gracias por eso, pero... todo lo demás. Las mentiras, los juegos... Y eso duele, porque yo nunca te he mentado.

Alastair exhala profundamente, su rostro se suaviza.

—Lo siento, Isabel. Nunca fue mi intención hacerte sentir así. —Hace una pausa, eligiendo sus palabras con cuidado—. Sé que a veces soy un libro cerrado, y eso no es justo para ti. Es algo en lo que necesito trabajar.

Lo miro con mis ojos brillando bajo la luz tenue de la farola.

—Me mientes, primero me mientes y ahora estás aquí. Estoy enamorada de ti, Alastair. Y eso me asusta porque no sé si tú... —Mi voz se quiebra, incapaz de terminar la frase— no sé si serás capaz de quererme.

El rostro de Alastair refleja sorpresa y algo más, una mezcla de alivio y algo que no puedo descifrar. Se acerca a mí, su expresión ahora es seria.

—Isabel —comienza, pero no encuentra cómo continuar. Toma mis manos entre las suyas, frías por la noche—. Tienes razón, no es justo. Y lamento mucho haberte hecho sentir así. Pero yo... yo te quiero, Bel.

Intento apartarme, la sobrecarga emocional es demasiado. Siento como si cada parte de mí ser estuviera expuesta y temblara al borde de un precipicio.

—Necesito irme —digo con voz temblorosa, intentando soltarme de su agarre.

Pero Alastair no me suelta. En cambio, me atrae hacia él y me envuelve en un abrazo fuerte. No puedo resistirme y, finalmente, las lágrimas comienzan a fluir libremente mientras me dejo caer en su abrazo.

Siento su aliento en mi oído y tiemblo. Quizá por el frío o quizá por el calor que emana de sus labios.

—No te dejaré ir, no ahora que sé cómo te sientes. Y estoy aquí, más comprometido que nunca, para demostrarte que también me importas —susurra él con su voz ronca.

Me aferro a él, mi corazón golpea fuerte contra su pecho. Por primera vez en mucho tiempo, me siento bien. Alastair me sostiene mientras que yo empapo su chaqueta.

Me aparta un poco y toma mi rostro entre sus manos. Su mirada va de mis labios a mis ojos, y viceversa. Luego, suavemente, con un gesto que parece capturar toda la ternura del mundo, limpia las lágrimas de mis mejillas con sus pulgares. Su tacto es cálido y reconfortante, y a pesar de la fría brisa nocturna que nos rodea, siento una calidez creciente entre nosotros.

—Lo siento mucho, Isabel —sus palabras son un susurro, apenas audibles sobre el murmullo constante de la ciudad—. Debería haber sido más abierto contigo. No quiero perderte.

No puedo evitar el pequeño sollozo que se me escapa de los labios. Es la primera vez que veo a Alastair tan vulnerable, tan... él.

—Alastair, he estado tan confundida —admito—. Me asustaba pensar que quizás no sentías lo mismo por mí, que solo era un pasatiempo.

Él me aprieta más fuerte, como si intentara fusionar mi dolor con el suyo y disiparlo.

—Sí, siento lo mismo, Bel. Más de lo que crees —asegura, su captura la mía—. Estos últimos días sin ti han sido insoportables.

El ruido de la ciudad parece atenuarse, y por un momento, todo mi mundo se reduce a él, a su abrazo, a su mirada. En su expresión, encuentro lo que había estado buscando: certeza.

—¿Realmente lo sientes? —pregunto, necesitando escucharlo una vez más.

—Más de lo que puedo expresar —responde él, y entonces hace algo que no espero—. Isabel, estoy enamorado de ti y quiero estar contigo. Por favor, dame una oportunidad.

Una sonrisa curva mis labios y acaricio su mejilla.

—Yo también te quiero, Alastair —confieso.

Él sonríe, esa sonrisa que siempre me ha hecho sentir como si todo estuviera bien en el mundo, y se inclina hacia mí. Nuestros labios se encuentran en un beso. Es un beso suave, pero que pronto se intensifica.

Cuando finalmente nos separamos, seguimos abrazados. Parece que solo existimos nosotros dos.

—Vamos a hacer que esto funcione, Isabel. Juntos —dice Alastair.

—¿Sin secretos? —mi dedo meñique se extiende hacia él.

Alastair entrelaza su dedo con el mío, sellando el pacto.

—Sin secretos.



EPÍLOGO

Hoy hace exactamente dos años desde que Alastair y yo decidimos darle una nueva oportunidad a nuestro amor. A veces, cuando me detengo a pensar en todo lo que hemos vivido, apenas puedo creer lo lejos que hemos llegado. Estamos en nuestra casa en las Highlands, un lugar que ahora es tan mío como suyo, rodeados de verdes prados y el susurro constante del viento.

Vivimos aquí con Alexander, el hijo de Alastair. Es increíble cómo ese niño, que una vez miré con la incertidumbre de una recién llegada, se ha convertido en una parte esencial de mi corazón. Alex me llama "mamá" y, cada vez que lo hace, siento un calor indescriptible en el alma. Él es nuestro pequeño sol, siempre brillante, incluso en los días más grises de Escocia.

Recuerdo cuando recogí el ramo en la boda de Cristian y Fani. Fue un momento lleno de risas porque en cuanto tocó mis manos lo lancé a otro lugar. Todos bromeaban sobre cómo sería la siguiente en casarme. Poco sabían cuán cierto sería eso. Mi vida ha cambiado tanto desde aquel día... Alastair y yo hemos crecido juntos, aprendiendo y adaptándonos, pero sobre todo, amándonos cada día más. Estoy tan enamorada de él como siempre, quizás incluso más.

Hay días en que me sorprendo mirando por la ventana, viendo a Alastair y Alex jugando en el jardín, y me siento inundada por un sentimiento indescriptible. Elegir estar con Alastair nuevamente fue la mejor decisión de mi vida. Nuestra relación no es perfecta, ninguna lo es, pero es nuestra, construida con paciencia, amor y, sobre todo, confianza.

El sol de la tarde comienza a descender, tiñendo el cielo de tonos naranjas y rosados, un espectáculo que nunca me canso de admirar. Hoy, sin embargo, la belleza del atardecer tiene un competidor.

De repente, escucho unos pasos suaves acercándose a la puerta. Papá asoma la cabeza y me mira con ojos emocionados.

—¿Estás lista, Isabel? —pregunta.

Respiro hondo y sonrío.

—Sí, papá, estoy lista.

Me levanto y tomo a mi padre del brazo. Juntos, salimos de la habitación y bajamos las escaleras para subir al coche que nos espera. Durante el viaje, mirando por la ventana cómo el

paisaje cambia lentamente, mi corazón late con una mezcla de nerviosismo y emoción.

El coche se detiene y las puertas de la iglesia se abren. Doy un paso al frente, mi mano aún en el brazo de mi padre, y entonces lo veo: Alastair está allí, en el altar, esperándome. Su mirada se clava en la mía y me besa el dorso de la mano cuando llego a su lado.

¿Quién iba a decirme que **dos desconocidos, un par de cervezas, un whisky y el juego de los dardos iban a ser los ingredientes perfectos para empezar esta bonita historia de amor?**

AGRADECIMIENTOS

Cuando dije que escribiría un libro en 30 días, no me lo creí, pero he aquí la prueba de que, después de quitarme horas de sueño y aumentarme las diotrías, lo he conseguido.

Gracias a mi novio por apoyarme en esta locura. Eres el tornillo que me falta, la parte elocuente que se encontraba con un Paracetamol en la mano cada vez que acababa de darme las maratones de hasta quince horas delante del ordenador.

Gracias a mi querida Emory, por aguantar mis eternos audios. Mi confidente, mi amiga. Espero que Alastair esté hecho a tu gusto y te bebas un zumito a mi salud mientras disfrutas leyendo el libro.

Gracias a mi familia, que, aunque no lo sepan, están muy presentes en cada una de mis páginas.

Gracias a la gente que pensaba que no lo iba a conseguir. ¡No ni na!

Gracias a Isabel y Alastair, por demostrarme que puedo hacerlo.

Por último, quería darle las gracias a todas y cada una de las cuentas que me han ayudado a hacer esto real. Sois lo más.

Leeni Chase.